LUISIANA

Paul E. Hoffman

COLECCIONES
MAPFRE
1492

La costa norte del golfo de México fue descubierta, en 1519, por Alonso Álvarez de Pineda, pero el interés de España por esta región no despertó hasta la década de 1680, cuando se instaló una colonia francesa en la bahía de Matagorda. De 1698 a 1723, España disputó a Francia la posesión de la región, generalmente de forma pacífica, aunque violenta en ocasiones, que llegó a punto muerto de 1723 a 1763. En este período, la Luisiana francesa fue creciendo lentamente y sentando unas sólidas bases económicas y políticas con las que España habría de competir una vez en posesión de la colonia. Los objetivos de la Corona española eran mantener alejados a franceses y británicos de sus rutas de navegación de Nueva España a La Habana y, una vez conseguida Luisiana, que la frontera se fijase lo más al este posible. Teniendo en cuenta lo limitado de estos objetivos en el valle del Mississippi, Paul E. Hoffman plantea, en esta espléndida obra, que la Luisiana española los cumplió con creces.

Paul E. Hoffman (Baltimore - Maryland, 1943). Ph. D. University of Florida, 1969. Profesor de la Louisiana State University. Obras: *The Spanish Crown and the Defense of the Caribbean, 1535-1585* (1980), *Spain and the Roanoke Voyages* (1987), *A New Andalucia and a Way to the Orient: The American Southeast in the Sixteenth Century* (1990).

Colección España y Estados Unidos

LUISIANA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Michael Gannon y Eugene Lyon
Traducción: Eliézer Gutman
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-558-1
Depósito legal: M. 27621-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

PAUL E. HOFFMAN

LUISIANA



ÍNDICE

Capítulo I

LA LUISIANA FRANCESA: LLEGA UN VECINO MOLESTO

Introducción

Si exceptuamos el deseo de Tristán de Luna de establecer una colonia española en Pensacola entre 1559 y 1560, los españoles se alegraron de abandonar la barrera de islas, las barras de arena movediza y los deltas de la costa norte del golfo de México (donde habían estado asentados desde el descubrimiento de Alonso Álvarez Pineda en 1519, hasta la década de 1680) a sus habitantes nativos. La colonia del Señor de La Salle, en la ensenada de Garcitas, al borde de la bahía de Matagorda (1685) sustituyó esa indiferencia por un enorme interés. Gracias a sus exploraciones se comprobó que la bahía de Pensacola era el mejor puerto de la zona. No se habían tomado medidas para impedir la ocupación de la bahía por otros europeos hasta que en 1698 llegaron noticias de que los franceses tenían intención de fundar una colonia en la parte baja del río Misisipí o en algún puerto que tuviera acceso al mismo. Durante los veinticinco años siguientes (1698-1723), España —sobre todo por mediación de sus embajadores en México— disputó con Francia la posesión del golfo. El conflicto, en líneas generales pacífico, aunque en ocasiones violento, se mantuvo durante cuarenta años (1723-1763). En este intervalo de tiempo, la Luisiana francesa continuó creciendo con lentitud y fortaleciendo profundamente sus prácticas económicas y políticas, contra las cuales tuvieron que luchar los españoles una vez adquirida la colonia. Durante este periodo, Pensacola mantuvo una relación de beneficio mutuo con sus vecinos franceses. Hacia el oeste, en Texas, el conflicto se mantuvo, aunque a otro nivel, hasta el final de la guerra de los Siete Años (1756-1763). Las condicio-

nes finales de esta guerra incluían el traspaso de la zona más próspera y poblada de la Luisiana francesa a los españoles.

En este capítulo analizaremos el conflicto territorial y examinaremos el desarrollo económico de Luisiana. Las costumbres políticas de la colonia, relevantes para el régimen español, serán estudiadas en el capítulo III.

La Salle y el resurgimiento del interés español en la costa alta del golfo

Durante siglo y medio, tras la conquista española de México, los barcos navegaban, normalmente, por el norte, desde Veracruz, hasta el delta del Misisipí, antes de dirigirse hacia el sur de La Habana. En los últimos cincuenta años de este periodo, navegaban por aguas de la parte este del golfo, desde San Marcos hasta la bahía de Tampa, para abastecer a las misiones y a los ranchos ganaderos situados hacia el oeste entre San Agustín y los Apalaches y en los ríos Santa Fe y Suwanne. Pero hasta 1678, los españoles habían prestado poca atención a la costa norte del golfo. Sus mapas contenían los mismos errores geográficos desde 1530. En los mapas aparecía un gran río que penetraba hasta la bahía del Espíritu Santo, localizado, en realidad, en el recodo noroccidental del golfo de México.

La indiferencia hispana y su ignorancia geográfica cambiaron cuando los diplomáticos españoles establecidos en París informaron de que el renegado Diego de Peñalosa había propuesto a los franceses conquistar Nuevo México para establecerse en la costa norte del golfo de México. Nacido en Perú de una eminente familia española, Peñalosa había ascendido hasta llegar a ser gobernador de Nuevo México, 1661-1664, y había sido admitido en la Orden de Alcántara. Pronto empezó a tener dificultades con los franciscanos de Nuevo México y tuvo que regresar a la ciudad de México donde afirmó en 1664 que él personalmente había explorado las provincias llamadas Quivira y «Teguayo», ¡y que incluso había llegado hasta el Misisipí! Peñalosa propuso una versión secular de la oferta, que ya había sido hecha por Alonso de Benavides, el custodio franciscano de Nuevo México (1621-1629), de anexionar estas áreas a Nuevo México si se le proporcionaban hombres y el equipo necesario. El virrey, Marqués de Cerralbo, no

estaba interesado en la propuesta, y Peñalosa tuvo problemas con la Inquisición, que le acusó de blasfemo. Fue detenido y encontrado culpable, se le confiscaron sus propiedades y fue obligado a hacer penitencia pública y a exilarse en España. Desde España partió para Inglaterra donde le negaron apoyo para conquistar La Española o cualquier otra zona de Sudamérica. Entonces se trasladó a Francia, casándose en 1673. Supuestamente sediento de venganza por el tratamiento recibido en Nuevo México, aprovechó la ocasión que le brindaba la llamada Guerra Holandesa, para proponer a los franceses la conquista de Nuevo México.

El Consejo de Indias supuso que la ubicación de la proyectada colonia francesa sería la bahía del Espíritu Santo, que los mapas españoles localizaban en la cornisa noroccidental del golfo. Los miembros del Consejo dudaban de que las provincias supuestamente ubicadas entre la bahía y Nuevo México fueran tan ricas como se decía, ya que, si así era, ¿por qué los ingleses asentados en Virginia no habían intentado ocuparlas? El Consejo obtuvo la firma de Carlos II para una cédula que solicitaba del virrey de México indagaciones sobre la opinión que merecería la posible ubicación de una colonia española y una misión al oeste de la bahía del Espíritu Santo. Fechada el 10 de diciembre de 1678, esta orden «marca el comienzo del despertar del interés español en el desierto *(¡sic!)* valle del Misisipí y en la zona del golfo de los Estados Unidos» [1].

No se sacó nada en limpio ni de la oferta de Peñalosa ni de la cédula. En Nuevo México, el pueblo inició una revuelta (1680), que hizo retroceder a los españoles hasta El Paso. Pero se habían despertado, tanto en París como en Madrid, las aspiraciones imperialistas. Robert Cavalier, Señor de La Salle, fue el que las hizo realidad.

La Salle había sido comerciante durante la época en que Jean Baptiste Colbert se esforzaba por hacer que renaciese la colonia francesa en Canadá (década de 1660), liberando su economía del monopolio de la Compañía de los 100 (fundada en 1627) y fomentando la inmigración. Se ayudó de personas como La Salle, quien poseía un

[1] R. Weddle, *Wilderness Manhunt: The Spanish Search for La Salle*, Austin, 1973, p. 18; ignora a los numerosos nativos americanos que vivían en el valle y a lo largo de la costa del golfo.

gran capital y un fuerte interés en que la economía se desarrollase. Favorecido por Jean Baptiste Talon (entre 1670-1672) y más tarde por el gobernador Louis de Baude (1672-1682), Conde de Palluau y Frontenac, La Salle obtuvo poco a poco la concesión de tierras cerca de Montreal (1666); permiso para explorar el valle del río Ohio (1669-70) —exploraciones que entre 1670 y 1671 llegaron hasta el río Illinois—; permiso para construir un puesto destinado al comercio de pieles cerca de Kingston, Ontario (1673); el monopolio del comercio de pieles de la zona oeste del citado emplazamiento (1674-77) y, en 1678, el monopolio del comercio de pieles de la zona sur de los Grandes Lagos. Para desarrollar sus actividades comerciales le era imprescindible un barco que navegara por el Misisipí hasta un transbordo que debía estar situado en el golfo de México.

El fracaso de su plan, a raíz de los acontecimientos que se sucedieron en la zona norte durante 1680, hizo que La Salle tuviera que esperar hasta la primavera de 1682 para obtener las provisiones necesarias que le permitirían explorar el Misisipí. Salió del Fuerte Miami, en el Lago Michigan, en diciembre de 1681, y alcanzó el afluente del Misisipí que marca el nacimiento de su delta el 6 de abril de 1682. Durante los tres días siguientes, exploró sus tres grandes canales hasta dar con el golfo. Satisfecho de haber conseguido su objetivo, el 9 de abril de 1682, La Salle tomó posesión oficial, en nombre de Luis XIV, del río (llamado Colbert) y de todo el territorio que bañaba. Utilizando aparatos de medición y tablas, calculó y registró que se encontraba a 27 grados latitud norte. Parece ser que no permitió que ningún otro miembro de la expedición calculase la latitud. Se equivocó en dos grados: el delta se encuentra a 29 grados latitud norte. Satisfecho con sus mediciones que le permitirían encontrar la desembocadura del Colbert desde el mar, La Salle remontó el río y volvió a París a finales de 1683.

Ya en la corte, La Salle demostró gran interés por la geografía del norte de América y de las costas del golfo. La razón primordial de este interés era que Diego de Peñalosa había lanzado una segunda oferta (1682), esta vez para la ubicación de una colonia en la desembocadura del río Bravo (río Grande). Propuso que desde ese emplazamiento podría dirigirse un ataque de los bucaneros franceses con objeto de conseguir el control sobre las minas del norte de México (Nueva Vizcaya). Según él, los pobres de la zona estaban dispuestos a librarse del yugo opresor de los españoles.

Por su parte, La Salle buscaba el apoyo real para fundar un pequeño fuerte en la desembocadura del Colbert. Dicho fuerte sería para los franceses una puerta hacia el interior del continente, que serviría para expandir el comercio de pieles desde la zona sur de los Grandes Lagos, tal como deseaba La Salle. En una segunda oferta, alentada por la necesidad de fortalecer sus expectativas de éxito, La Salle, blandiendo los mismos argumentos que Peñalosa, propuso la construcción de un fuerte en el Colbert (860 leguas arriba), defendido por 100 soldados reales y acondicionado con provisiones para un par de años. Esta plaza, dijo, permitiría extender el cristianismo entre los nativos, servir como base para la posterior conquista del norte de México (Francia volvía a estar en guerra con España) y ser utilizado como puerto para el intercambio de productos entre el interior del continente y el mar. Si hubiera añadido también la posibilidad de utilizarlo, en tiempos de paz, como apoyo para el comercio francés con La Habana y México, habría completado todos los usos de la que más tarde sería la colonia de Luisiana.

Luis XIV firmó un acuerdo con La Salle el 14 de abril de 1684. Se otorgaron a la colonia y a su fundador cuatro barcos, 100 soldados, provisiones y una serie de privilegios económicos. Especialmente valioso para La Salle era que se le devolvieran sus propiedades en Canadá, hasta entonces embargadas por sus acreedores. Henri Tonti, el que fuera socio de La Salle desde 1678, fue enviado a Canadá a tomar posesión de los fuertes Frontenac y San Luis y a obtener provisiones que serían transportadas por el Colbert hasta el nuevo emplazamiento que La Salle había construido. Mientras tanto, Peñalosa esperaba.

La supuesta apropiación de las ideas de Peñalosa y sus errores de localización del delta del Misisipí han provocado debates entre los historiadores. Francis Parkman, al igual que algunos de los contemporáneos de La Salle, cree que éste deliberadamente erró la latitud, en un desesperado intento por conseguir dinero del rey para una empresa que era su última esperanza de materializar los planes que había concebido para el valle del Misisipí. Al localizar la desembocadura del mencionado río a 27 grados y, por tanto, en la costa de Texas, establecía la colonia cerca del norte de México, haciendo así verosímil su propuesta de utilizarla como base contra Nueva Vizcaya y sus minas. Un análisis más reciente hecho por Peter H. Wood, demuestra que La Salle cometió su error de cálculo en 1682, cuando aún no conocía la segunda propuesta de Peñalosa (y probablemente no conoció la primera, de

1678, que pudo haber sido hecha aprovechando el interés suscitado por el plan de La Salle de 1677). Con la falsa latitud y algunos errores sobre la dirección del curso del río –provocados por la niebla que le acompañó en su primer viaje– La Salle pensó que el río se desviaba hacia el oeste y luego hacia el este, y ello hacía posible la existencia de una entrada al golfo por la parte oeste. Cuando La Salle no pudo localizar el río que esperaba encontrar a 27 grados, surgieron dudas entre las personas que tomaban parte en la expedición. El error de cálculo de La Salle, provocado por ignorancia, le condujo hacia la costa de Texas.

La flota de La Salle salió de La Rochelle el 24 de julio de 1684, pero no alcanzó la costa del golfo hasta el 28 de diciembre, principalmente porque La Salle cayó enfermo y los barcos tuvieron que quedarse en Petit Groave (Haití) hasta que se recuperó. La flota recaló en la costa norte del golfo de México el 28 de diciembre de 1684 en un lugar desconocido, probablemente al este del delta del Misisipí. Una vez en la costa, los barcos se trasladaron hacia el oeste y el sur buscando el punto de encuentro, situado frente a la costa de Texas a unos 27 grados. Así llegaron a la bahía de Matagorda.

La Salle se sentía confundido con el entorno geográfico que encontró, ya que no se correspondía con lo que él recordaba del delta del Misisipí. Sin embargo, el 20 de febrero de 1685 desembarcó a los colonos. La colonia empezó a funcionar sin los suministros necesarios debido al naufragio de uno de los barcos y con él, a la pérdida de la mayoría de las provisiones traídas desde Francia y a la negativa de La Salle de permitir que sus naves fueran a por provisiones a las Indias occidentales. El barco que les quedaba embarrancó y no pudo volver a ponerse a flote. La única esperanza para los colonos era que La Salle encontrara el Misisipí y contactara con los hombres y provisiones que debían descender por el río desde Canadá en 1686.

El resto de la historia de la colonia de La Salle es corta. Las enfermedades acabaron con muchos colonos durante el primer verano y el primer invierno. La Salle emprendió tres viajes en busca del río Misisipí, el primero a pie, los otros con algunos caballos que obtuvo de un grupo de indios. En el segundo viaje llegó casi hasta el río Sabine, pero a costa de perder a 42 de los 50 hombres que le acompañaban. El tercer viaje comenzó en enero de 1687, y fue el último. Cerca del río Trinidad, cinco de sus hombres se amotinaron, asesinando a La Sa-

lle y a tres de sus leales acompañantes. Dos de los conspiradores fueron a su vez asesinados por sus compañeros. Finalmente, siete hombres continuaron el viaje hasta Canadá, de donde partieron hacia Francia, llegando en octubre de 1688. En la costa de Texas, los indios atacaron la colonia, se desconoce la fecha exacta, en el verano de 1688. Excepto unos cuantos niños y una mujer (asesinada más tarde), todos los franceses murieron. Algunos adultos fueron capturados por los indios. Dos años y medio más tarde de la fundación de la colonia, ésta quedó desierta.

Aunque el capitán de la escolta naval de La Salle informó de la localización exacta de la colonia (incluso proporcionando un mapa de la bahía de Matagorda), y de que la desembocadura del Misisipí no se encontraba en aquella zona, en ningún momento nadie se preocupó por enviar refuerzos o suministros durante los años en que se sostuvo la colonia.

La búsqueda española de La Salle

Las primeras noticias sobre la colonia de La Salle se obtuvieron de la confesión de Denis Thomas y de otros miembros de la tripulación de un barco bucanero que Andrés Ochoa y Zarate, capitán General de la Armada de Barlovento, capturó frente a Yucatán en septiembre de 1685. Thomas había desertado de la expedición de La Salle en Petit Groave y se había enrolado con los bucaneros con la esperanza, dijo, de poder regresar a Francia. Su misión era trabar contacto con uno de los servidores de La Salle y descubrir todo lo que pudiera sobre el plan. No sabía dónde se instalaría la colonia, pero sí conocía, de forma general, sus propósitos, que eran claramente hostiles a los intereses españoles. Como afirmó el fiscal de Nueva España, Pedro de la Bastida, la colonia era «tan perjudicial para la comunicación de todos los puertos de América, y para el comercio de galeones y flotas...» que el hecho exigía algún tipo de respuesta [2].

Consultando sus propios mapas, las autoridades mexicanas presupusieron que la colonia debía estar ubicada en las costas de la bahía

[2] Réplica del Fiscal, Pedro de la Bastida, 4 de noviembre de 1685, citada en R. Weddle, *Wilderness Manhunt; The Spanish Search for La Salle*, Austin, 1973, p. 1.

del Espíritu Santo, lugar que sus mapas localizaban en la desembocadura de un gran río que vaciaba sus aguas en el interior de Norteamérica. Se acordó que la búsqueda de La Salle, que comenzó en la primavera de 1685, iría dirigida a encontrar la bahía del Espíritu Santo, cuya localización no era exacta, a pesar de estar ubicada en los mapas.

Estos acontecimientos explican por qué Martín de Rivas y Pedro de Iriarte y sus pilotos, Enrique Barroto, piloto jefe de *Nuestra Señora de la Soledad*, uno de los barcos de la Armada de Barlovento, y Antonio Romero, el piloto de la *Almiranta* del mismo escuadrón, no exploraron completamente la bahía de Matagorda cuando entraron en ella el 2 de abril de 1687 y descubrieron restos de naufragio de un gran barco y del casco encallado del buque más pequeño de la flota de La Salle. La bahía estaba situada en una latitud errónea y no se parecía a la bahía del Espíritu Santo dibujada en los mapas. Ribas, Iriarte, Barroto y Romero perdieron la oportunidad de encontrar a los miembros supervivientes de la colonia. Sólo después de haber completado el viaje (en julio) se dieron cuenta de que sus mapas y el informe francés eran incorrectos: tanto el último mapa español, que dibujaba un gran río que llegaba hasta la bahía y cuyo perfil correspondía al de la «bahía del Espíritu Santo» de los mapas españoles –en forma de judía–, como el informe sobre la localización de la bahía. Aquella era la bahía Mobile que Barroto y Romero habían explorado en 1686 y no estaba al oeste, sino al este del Cabo de Lodo (Cabo Mud, en el delta del Misisipí, cerca de Port Eads).

Esta conclusión se vio reforzada por la información que el embajador español en Londres, Pedro de Ronquillo, había adelantado en 1687, dando la latitud de la bahía de Matagorda como la del asentamiento francés, así como una serie de detalles que sugerían que los restos de naufragio que Ribas y los otros habían encontrado, eran de los barcos de La Salle. La confusión geográfica de La Salle parecía confirmarse con el informe de Ronquillo. Según sus fuentes, La Salle, deliberadamente, había falseado la latitud de la desembocadura del río para poder conseguir el apoyo de los franceses prometiéndoles construir fuertes en una posición que les permitiría interceptar a los barcos españoles. Desde luego, no era por la bahía de Matagorda, ni por la de Mobile por donde el río Colbert se comunicaba con el golfo.

La verdadera ubicación de las desembocaduras del Misisipí fue descubierta dos semanas después de que se celebrara en Ciudad de

México una reunión en la que se revisaron los hechos. En otra de las expediciones en busca de La Salle, el capitán Andrés de Pez y Malzarraga y Francisco de Gamarra, consecutivamente, encontraron las tres desembocaduras principales del delta del Misisipí (1-7 de agosto). Siguiendo una ruta similar a la tomada por Rivas e Iriarte, pero con barcos de calado más profundo, Pez y Gamarra no pudieron llegar a la bahía de Matagorda, pero dibujaron detalladamente el mapa del delta del Misisipí. Continuaron hasta examinar la bahía Mobile, pero no pudieron acceder a la de Pensacola porque los vientos eran muy débiles e incapaces de mover sus barcos. Así consiguieron los españoles conocer la costa norte del golfo de México.

Incluso antes de que Pez y Gamarra volvieran de México, el virrey y sus consejeros habían deducido que la colonia de La Salle probablemente había sido destruida junto con los barcos encontrados en la bahía de Matagorda. Sin embargo, las informaciones llegadas de distintas fuentes despertaron algunas dudas. Especialmente las declaraciones de indios del este de Texas que visitaron Coahuila y Chihuahua, hicieron que las autoridades mexicanas continuaran buscando la colonia de La Salle. La «infructuosa caza del hombre» como Robert Weddle tan acertadamente la denominó, continuó hasta que Alonso de León descubrió el emplazamiento de la colonia en abril de 1689. El descubrimiento de los edificios saqueados, y de tres esqueletos humanos, que aún llevaban encima restos de sus ropas, le permitió escribir el final de la historia. Así concluía el primer desafío francés a las pretensiones españolas de mantener en exclusiva la propiedad de las costas del golfo.

Tras el consiguiente rescate de los pocos supervivientes, desertores y niños franceses capturados por los mismos indios que habían destruido la colonia, los franceses abandonaron Texas. En 1687, de forma prematura y con un optimismo que lamentaría más tarde, el virrey Monclova resolvió que «este reino nunca (más) será puesto en peligro por la fundación de ningún asentamiento enemigo a lo largo de su costa»[3].

De hecho, los franceses que se habían interesado por la empresa de La Salle no abandonaron sus sueños, aunque sí parece que comen-

[3] Monclova al Rey, Archivo General de Indias, México 61-6-20, citado en R. Weddle, *Wilderness Manhunt; The Spanish Search for La Salle*, Austin, p. 106.

zaron a elaborar las correspondientes correcciones geográficas. El hijo de Colbert, el Marqués de Seignelay y Louis, Conde de Pontchartrain, el Ministro de Marina, eran algunas de las influyentes personalidades que continuaban interesadas en el proyecto. Dicho interés, sin embargo, no fue suficiente para conseguir la aprobación real, ni los fondos necesarios para la fundación de una nueva colonia. Nada consiguieron las propuestas del hermano de La Salle, Abbe Cavelier, ni de los jesuitas, ni de Henri Tonti (1692-94), ni de varios canadienses (1694, 1697, 1698). La guerra de la Liga de Augsburgo (1686-97) acaparó todo el interés y los fondos de Luis XIV. En México y España, entusiasmados en principio por la idea de crear una colonia española en Pensacola, también se sufrió la crisis financiera derivada de los gastos de la guerra.

Se renueva el interés por la costa del golfo

El final de la guerra de la Liga de Augsburgo en 1697, abre para los franceses la posibilidad de invertir de nuevo sus esfuerzos y sus recursos en otros proyectos. También significó que la rivalidad entre Guillermo de Orange, Stadtholder de Holanda y el rey de Inglaterra, y Luis XIV podría pasar del campo de batalla a otras formas de combate. La pretensiones colonialistas se focalizaron hacia el valle del Misisipí.

El inicio del nuevo conflicto colonial lo señaló la publicación, en 1697, de dos libros supuestamente relacionados con el valle del Misisipí. El primero era una nueva edición de las memorias del Padre Louis Hennepin sobre su viaje por el alto Misisipí, con material ficticio añadido que describía un viaje por el bajo Misisipí y destacaba la riqueza de la zona. La dedicatoria de este libro invitaba a Guillermo de Orange a ocupar el valle del Misisipí. El segundo libro era similar, aunque completamente inventado. Se trataba de una memoria ficticia atribuida a Henri Tonti [4].

Parece ser que los gastos de publicación de las traducciones corrieron a cargo del doctor Daniel Coxe, promotor de proyectos coloniales,

[4] H. Tonti, *Derniers decouvertes dans l'Amerique Septentrionale, de M. de La Salle; misses au jour par M. Chevalier Tonti, gouverneur du Fort Saint Louis y aux Illinois*, París, 1697. Ambas fueron publicadas al año siguiente en inglés: L. Hennepin, *A New Discovery of A Vast Country of America...*, Londres, 1698.

entre otros. En algún momento durante los seis años anteriores, había conseguido el título de propiedad de «Carolana» (concesión de 1627), un territorio en el interior, situado entre los 31 y 36 grados al norte y al oeste de Carolina. En marzo de 1698, formó una compañía con algunos refugiados hugonotes con el propósito de asentar a 200 familias en tierras de Carolana, más concretamente, en el río Chatahoochee.

El Ministro de Marina francés, el Conde de Pontchartrain, estaba al tanto de las publicaciones de los mencionados libros y de los proyectos de Coxe. Así, tomó la determinación de evitar que los ingleses llegaran primero al valle del Misisipí. Necesitado de más información, en enero de 1698, consultó a dos canadienses, que se encontraban en Francia, y que afirmaron haber estado con La Salle. Consiguió toda la información que pudo sobre lo que los españoles sabían de la costa del golfo, incluyendo un informe, supuestamente de la expedición de 1686, que describía la «empalizada» que bloqueaba la entrada norte al río.

Dado que necesitaba un representante para llevar a cabo la colonización, a mediados de febrero ordenó a Pierre Le Moyne, Señor de Iberville y capitán de la Marina francesa, que mantuviera intacta su compañía de canadienses. Iberville acababa de regresar de la bahía de Hudson, de donde había conseguido expulsar a los ingleses. Poco después de cumplida esta misión, Pontchartrain interrogó a Iberville sobre Luisiana. A principios de junio, Pontchartrain estaba dispuesto a invertir gran cantidad de recursos en el proyecto. El reclutamiento de hombres y la preparación de los barcos y provisiones para el «viaje del Misisipí» se hacía con la más estricta de las reservas, como correspondía a un proyecto real. Sin embargo, la información llegó a oídos del embajador español en Versalles, y éste informó a su gobierno.

Las noticias de París provocaron una agilización de los planes españoles de ocupar la bahía de Pensacola. Descrita por el capitán Juan Jordán de la Reina en 1686 como «la mejor bahía que he visto en mi vida», Pensacola también había impresionado al capitán Andrés de Pez durante su viaje en busca de La Salle, a pesar de que no pudo explorarla. Convencido de que la región contaba con importantes recursos naturales y de que, por su ubicación, la bahía podría ser utilizada por los franceses para atacar la vital ruta marina Veracruz-La Habana, así como las fronteras de Nueva España, se convirtió en el más importante instigador de la ocupación española en los años posteriores al des-

cubrimiento, por parte de Alonso de León, de la colonia destruida de La Salle.

Pez presentó a la Junta de Guerra, en octubre de 1690, un primer proyecto para instalar un asentamiento en Pensacola, pero no consiguió hombres ni material hasta después de que él y Carlos de Sigüenza y Góngora no hubieron explorado y cartografiado la bahía en 1693. La orden de ocupar y fortificar Pensacola fue dada el 13 de junio de 1694, aunque el virrey de México, Conde de Galve, y algunas autoridades españolas, se negaron a suministrar tropas. Por esta razón, el proyecto se retrasó hasta la primavera de 1698, cuando los diplomáticos españoles en el país galo informaron de que Francia se estaba preparando. Los franceses habían ignorado de tal modo a los españoles que ni siquiera tomaron precauciones para impedir que la noticia de las intenciones de Pontchartrain llegara a sus oídos. España por fin actuó.

El 19 de abril de 1698, el gobierno español envió tres expediciones a ocupar Pensacola, si es que los franceses no estaban ya allí. Esta respuesta múltiple a las amenazas francesas fue una sabia decisión en una época en la que el correo era lento y con frecuencia surgían dificultades que impedían proceder con rapidez. Las fuerzas del capitán Juan Jordán de la Reina fueron las primeras en llegar. Cincuenta hombres desembarcaron de La Habana el 17 de noviembre. El 21 de noviembre, Andrés de Arriola llegó con la segunda expedición desde Veracruz. Algunos convictos traídos de México comenzaron a construir un fuerte con baluartes en los riscos de Santo Tomé, en la costa oeste, cerca de la entrada de la bahía.

Las paredes del fuerte estaban construidas con troncos apilados en horizontal hasta la altura de un hombre y clavados a postes verticales incrustados en la arena. Se apiló arena en la parte exterior de las paredes para construir un terraplén. En cuanto a la defensa marítima, se montaron 18 piezas de artillería. Otras construcciones fuera de la zona amurallada servían como barracones y despensas. Los españoles disfrazaron, en la medida de las posibilidades, su debilidad numérica y material, esperando que los franceses, al llegar, pensaran que se encontraban frente a una importante fuerza dispuesta a defender la posesión de la bahía de Pensacola.

La gran estrategia española era pensar que, vedando a los franceses el único puerto (que podía ser considerado como tal) de la costa norte del golfo de México, éstos renunciarían a sus planes de colonización.

Los españoles sabían que, por entonces, la entrada más profunda al Misisipí, hoy el Paso Norte, sólo tenía de 10 a 15 pies de agua y parecía estar completamente bloqueada por la «empalizada» de lodo de la que Reina ya había dado cuenta en 1686. Los barcos de calado profundo no podrían pasar por esta entrada. Los navíos más pequeños que pudieran pasar, iban a necesitar un puerto donde descargar los productos transportados por los barcos de altura. Las autoridades españolas parecían haber llegado a la conclusión de que negando a los franceses el puerto, éstos desistirán de sus planes. Sin embargo, pasaron por alto la posibilidad (que más tarde se materializó) de establecer un comercio rápido y continuo con barcos de calado relativamente poco profundo, entre las Indias occidentales y los puertos de la costa del golfo.

Los españoles pronto se dieron cuenta de que el lugar elegido para asentarse no era el ideal. La tierra era pobre, en su mayoría arenosa. Había pocos indios y la naturaleza proporcionaba escasos alimentos. Además, la entrada a la bahía era difícil de defender porque se hacía más ancha una vez dentro del corto canal que unía la isla de Santa Rosa con el continente. Alejándose de la política oficial, Andrés de Arriola, el comandante de la guarnición, sacó como conclusión que lo único que podía justificar que se conservara el fuerte de Pensacola era la expansión del Catolicismo. Respecto a los franceses dijo:

> No comprendía que los franceses intentaran ocupar una plaza tan alejada de Nueva España. La Salle no llegó hasta aquí buscando la bahía, sino el río al que llamaron Colbert... Estoy convencido de que es mejor para sus propósitos continuar la labor iniciada por La Salle y encontrar la desembocadura de dicho río, por su proximidad con Nueva España [5].

Arriola olvidaba el hecho de que para explorar el río se necesitaba un puerto en la costa del golfo que hiciera las funciones de caladero. Iberville deseaba con todas sus fuerzas controlar la bahía de Pensacola.

Los españoles ocuparon dicha bahía el mismo mes que Iberville emprendía su primera salida de La Rochelle, Francia. El mal tiempo y

[5] Arriola al Rey, Pensacola, 1 de diciembre de 1698, Archivo General de Indias, México 618/6, tal como está traducido en A. Manucy, «The Founding of Pensacola - Reasons and Reality», *Florida Historical Quarterly*, vol. 37 (1959), p. 236.

algunos problemas con los barcos le obligaron a volver a Brest. La compañía inglesa Carolina lo supo en seguida, así que sus representantes se lo tomaron con calma y decidieron llegar al Misisipí cuando los franceses ya hubieran tomado posesión. Y la verdad era que Iberville tan sólo se había retrasado. Una vez resueltos los problemas, partió de Brest el 24 de octubre de 1698. Navegó vía Santo Domingo (Haití), donde algunos bucaneros y escoltas de la marina francesa se unieron a sus fuerzas. Iberville recaló en la costa del golfo el 23 de enero de 1699.

Francia y España se disputan la posesión, primer asalto

Entre el 26 y el 29 de enero de 1699, los barcos de Iberville anclaron en la entrada de la bahía de Pensacola. Allí se encontraron con los españoles que les impedían el paso, y cumpliendo sus órdenes de no utilizar la fuerza contra ellos, tuvieron que trasladarse hacia el oeste en busca de otro puerto. ¡Francia había perdido la carrera por el golfo frente a un rival con el que su gobierno ni siquiera contaba!

Los franceses, obligados a retirarse hacia el oeste, se instalaron temporalmente en la ribera este del río Biloxi. Los españoles de Pensacola enviaron de inmediato a Arriola en busca de refuerzos, provisiones y, posiblemente, nuevas órdenes. Algunos desertores de Pensacola informaron a Iberville de cuáles eran en realidad las fuerzas con que contaban. Iberville, más preocupado por explorar la costa, paso previo hacia una ocupación permanente, no actuó de inmediato al conocer las nuevas, aunque el hecho determinaría la talla de las fuerzas con que regresaría al año siguiente.

Arriola volvió a Pensacola en marzo de 1700 con un barco de guerra de 24 cañones, un bilander de 6 cañones y varios buques más pequeños, hombres y provisiones. Traía órdenes del virrey de México de expulsar a los franceses de su emplazamiento si eran representantes de alguna compañía privada, pero de no hacer nada si se trataba de una expedición real. El 23 de marzo, se presentó en Biloxi con sus barcos de guerra, su bilander, un gran barco (provisto de cañones giratorios) y una tripulación de 200 hombres. Allí encontró las dos fragatas de Iberville, una fuerza de mayor envergadura que la que esperaba encontrar. Aunque los superaban en número, Arriola se encaró con

los representantes del rey de Francia, pero se conformó con enviar una protesta por escrito sobre la incursión francesa en territorio español con la que pedía a Iberville –que estaba fuera explorando el Misisipí– que no construyera más emplazamientos hasta que Arriola no informara a su soberano de la situación y recibiera instrucciones. Arriola levó anclas el 27 de marzo. Iberville opinaba que si los franceses no hubieran tenido tantos barcos, Arriola habría atacado Biloxi.

Tras abandonar Biloxi, Arriola navegó hacia el Misisipí con evidentes intenciones de explorar mejor su desembocadura y quizá de establecer un puesto español en sus orillas. Sin embargo, en la noche del 30 de marzo, su buque de 24 cañones encalló frente a las islas Chandeleur. No perdió a ninguno de sus hombres, pero la expedición no pudo continuar y tuvo que recibir ayuda de los franceses para hacer que sus hombres volvieran a Pensacola.

De su posición de relativa superioridad, habían pasado los españoles a aparecer débiles frente a los franceses, y lo más peligroso eran las afirmaciones de Iberville sobre el fuerte de Pensacola al que calificaba de «cosa insignificante». Además éste sabía que entre los españoles escaseaban los suministros, incluso llegó a decir que estaban «desamparados». En Pensacola no quedaba más por hacer que esperar la llegada de más suministros y barcos y rezar para que los franceses no atacaran.

En Biloxi, el Misisipí, los ríos Mobile y Tombigbee, y alguna zona más de la costa del golfo, los franceses continuaban sus exploraciones y entablaban relaciones con los indios. Sin desanimarse en absoluto por haber perdido un buen puerto, encontraron un anclaje poco profundo tras la isla Dauphine, en la desembocadura del Mobile y empezaban a pensar ya en cómo utilizarlo, junto con el río Iberville (Pantano de Manchac-río Amite) y el pantano de Saint Jones, para llevar cargamentos desde el lago Pontchartrain hasta el Misisipí.

Fruto de estas primeras exploraciones fueron los mapas de D'Lisle, de 1702, posiblemente los primeros mapas correctos de la costa norte del golfo. También en 1702 Pontchartrain e Iberville habían acordado construir un puesto permanente en el río Mobile (un emplazamiento de 27 millas de riscos) y otro en algún lugar del bajo Misisipí. Francia había llegado a la costa del golfo para quedarse.

Termina la disputa, 1700-1717

Los acontecimientos que se sucedían en Europa alcanzaron a las dos pequeñas guarniciones y pronto las hostilidades se convirtieron en cooperación para el beneficio mutuo. En octubre de 1700, Carlos II de España, que no dejaba herederos, firmó su último testamento nombrando al nieto de Luis XIV, Felipe, su heredero universal. Muchos franceses esperaban explotar este golpe de buena suerte en beneficio propio y en el de su país, y esperaban que los españoles se lo permitiesen. Así, Bienville propuso unir fuerzas para enfrentarse a los ingleses de Carolina, ¡a cambio de que los españoles se rindiesen en Pensacola! Ni que decir tiene que los españoles no tenían intención de rendir SU imperio a una potencia extranjera. El propio Felipe V tuvo que rechazar las propuestas de la Junta de Guerra que, en 1702, demandaban que España actuara de forma decisiva en el golfo atacando a los franceses antes de que tuviesen tiempo de establecerse mejor.

Pero más que la actitud de Felipe V, fue el modo en que se desarrollaron los acontecimientos en Europa lo que frenó temporalmente los deseos españoles de expulsar a los franceses de la costa del golfo. Sólo unas semanas después de que Felipe fuera nombrado rey de España, Luis XIV anunció que no desheredaría a Felipe ni a sus descendientes, y que éstos podrían llegar a ser herederos del trono francés. La perspectiva de un único imperio franco-español, la apropiación por parte de Luis XIV de las fortalezas españolas en los Países Bajos en febrero de 1701 y la concesión española a los franceses del monopolio del comercio de esclavos el 27 de agosto de 1701, fueron demasiado para Guillermo de Orange. Éste, inmediatamente, ultimó los detalles de la Gran Alianza entre Inglaterra, las Provincias Unidas y Austria (7 de septiembre de 1701). Las negociaciones iniciadas con objeto de satisfacer las demandas de la Gran Alianza fallaron, y el 4 de mayo de 1702 se declaró la guerra.

La guerra de la Sucesión española supuso luchas en España, Italia, Austria, los Países Bajos, Canadá y en los océanos. Preocupados por los acontecimientos que tenían lugar en España y ocupados en defender otras partes del imperio, las autoridades españolas decidieron que, al menos durante la guerra, España consentiría en la ocupación de Mobile y del Misisipí y esperaban que el gobierno mexicano pudiera abas-

tecer Pensacola. La estrategia española podría resultar acertada siempre que consiguieran mantener Pensacola.

Los efectos de la guerra en la costa del golfo pueden dividirse en dos periodos. Entre 1702 y 1707, los efectos más notables fueron la progresiva restricción en la llegada de suministros, aunque los franceses, mejor provistos, se ocupaban de satisfacer las necesidades de los españoles. Hacia 1707, ambas guarniciones comenzaron a sufrir privaciones y las hostilidades con los indios aumentaron debido a que la ofensiva inglesa se extendió hacia el oeste desde sus plazas en la Florida oriental en 1702. Este frente de guerra no se pacificó cuando en mayo de 1712 cesaron las hostilidades anglo-francesas en Europa, ni tampoco tras la firma de la paz de Utrech en abril de 1713. Muy al contrario, la lucha continuó hasta 1715 con el estallido de la guerra Yamassee.

Las noticias sobre la sucesión borbónica llegaron al golfo antes que Iberville a Pensacola (diciembre de 1701). Al llegar, encontró al sargento Francisco Martínez al mando de 180 hombres, atemorizados por sus oficiales y predispuestos a la deserción. Quizá fuera por el hecho de que España tenía un rey francés, o por la arrolladora fuerza con que contaba Iberville aunque, más probablemente, porque calculó que podría utilizar a los franceses, el caso es que Martínez se mostró muy cooperativo. Permitió que los franceses entraran en la bahía, ayudó a desembarcar a los hombres y a descargar los materiales para el nuevo fuerte de Mobile. Iberville se justificó diciendo que ocupaba Mobile para evitar que lo hicieran los ingleses. Martínez prestó (¿o alquiló?) una lancha para ayudar en el proceso. A cambio, consiguió de Iberville que le prestara la *Preciosa* para hacer un viaje a Veracruz. Los españoles estaban a punto de terminar con sus provisiones y el barco con suministros que debía haber llegado en diciembre les había fallado. Temiendo que le pidieran algunas de las provisiones de Mobile, Iberville pensó que prestarles un barco era el mejor de los males. Partieron para Veracruz el 28 de enero de 1702. Para entonces, Iberville ya había prestado a Martínez 15 barriles de harina, que se convertirían en 50 a finales de marzo. Cuando la *Preciosa* regresó, el 18 de abril, con provisiones para sólo un mes y con la noticia de que el barco con los suministros aún no había partido de Veracruz, Iberville autorizó otro viaje en un barco francés, ya que Martínez no tenía ninguno disponible. Como el primer viaje, su objetivo era conseguir provisiones

para la guarnición de Pensacola, pero Iberville intentó también aprovecharlo para iniciar negociaciones en Veracruz con objeto de establecer un comercio regular.

La cooperación y semidependencia de los españoles con respecto a los franceses continuó e incluso creció durante la década de la guerra de la sucesión española. Los problemas de aprovisionamiento de Pensacola, aún sin estudiar por fuentes españolas, proporcionaron una razón a los barcos franceses para visitar Veracruz no sólo en 1702, sino también en 1703 y 1706. No fueron bien recibidos en ninguna de las visitas, a pesar de cumplir tan sólo con el papel de emisarios. Esfuerzos similares se hicieron en 1704 y 1706 para iniciar el comercio con La Habana con la excusa de buscar provisiones para Pensacola. Los intentos fueron fallidos, aunque los franceses consiguieron algunos víveres. Mobile, mientras tanto, continuaba siendo modestamente mantenida por Francia, se recibieron cargamentos en 1703, 1704, 1706 y 1708. Un barco enviado en 1705 naufragó frente a Mobile. En 1710, los granjeros de Mobile comenzaron a producir algunos alimentos (maíz), lo suficiente para exportar a Pensacola a cambio de moneda española. Aunque los franceses de Mobile se quejaban de su precaria situación y de los pocos suministros que recibían, la verdad es que entre 1702 y 1708 vivieron en mejores condiciones que los españoles de Pensacola. A partir de entonces la situación en Mobile cambió, porque entre los difíciles años de 1708 y 1711 dejaron de llegar suministros de Francia. Entonces el hambre, el duro invierno (1708-1709) y las derrotas francesas limitaron considerablemente su capacidad de lucha. La situación de Pensacola está sin documentar, pero debió ser aún peor, especialmente a partir de la ofensiva británica contra la Florida española en el verano de 1707.

La ofensiva británica partió de Charleston en tres grandes oleadas sucesivas, que les llevaron a extenderse cada vez más hacia el oeste. La primera incluyó la toma, por parte de ingleses y creeks, de San Agustín, en 1702, y la destrucción de las misiones de los Apalaches en 1704. Hubo otras pequeñas oleadas en forma de incursiones creek contra los indios amigos de los españoles, a lo largo de la península de Florida, que llegaron incluso hasta Tampa en 1708. Hacia el oeste, los comerciantes británicos se acercaron a los choctaw para comerciar, pero los franceses se las habían arreglado para obsequiarles con regalos y buenos productos manteniendo así su alianza con este gran pueblo indio,

en aquella época, el vecino más cercano al norte de Mobile. La ofensiva franco-española contra Charleston de 1706 fracasó totalmente.

La segunda oleada de ataques británicos puso en peligro directamente a Pensacola, Mobile y a los amigos indios de los franceses que vivían al norte y al noroeste de Mobile. La base de la ofensiva fue una alianza entre ingleses y creek firmada en Coweta en 1705. Los creek, a los que se les suministraron armas y prometieron recompensas por cada piel de indio que consiguieran, estaban encargados de hacer la guerra a las pequeñas tribus que habitaban a lo largo del Mobile, del Tombigbee y de los ríos costeros. Parece que lo hicieron y con mucha eficacia, porque completaron la total despoblación de la zona, que ya había iniciado la viruela en 1690. Los choctaw, todavía desprovistos de armas de fuego, empezaron a trasladarse hacia el noroeste, escapando de estas incursiones. Pensacola y Mobile quedaron aisladas.

Pensacola fue atacada por los guerreros creek entre el 12 y el 18 de agosto y entre el 27 y el 29 de noviembre de 1707. En el último ataque, se reconoció a algunos ingleses entre los 40 hombres a caballo que quemaron lo que quedaba (de las incursiones de agosto) de los edificios situados fuera de los muros del fuerte. Tan brutal fue el ataque, que Bienville partió en ayuda de Pensacola llegando el 7 de diciembre de 1707 con 100 hombres. Este gesto de Bienville, en un momento en que tenía dificultades para mantener su alianza con los choctaw contra los creek y los chickasaw –abastecidos y alentados por los británicos–, indica hasta qué punto hubo colaboración entre franceses y españoles durante la guerra. Los españoles no les devolvieron el favor cuando tuvieron problemas con los guerreros creek en mayo de 1709.

Aislados y con escaso material militar, ambos asentamientos pudieron evitar la destrucción total porque las partidas de indios enviadas contra ellos entre 1707 y 1709 no tenían la fuerza necesaria para derribar sus defensas y porque la situación política de Carolina perjudicó las relaciones entre ingleses y creek y los intentos de alianza con los choctaw que sus representantes habían estado negociando. Dicho más claramente, los ingleses, deseosos de obtener beneficios con el comercio de pieles de ciervo, consiguieron en 1708 la legislatura de Carolina para poder revocar el reglamento mercantil aprobado en 1705, reglamento que reducía (aunque no eliminaba completamente) los abusos que obligaban a los indios a expulsar a los ingleses de sus pueblos, o,

en algunos casos, a matarlos. Este hecho pospuso la ofensiva creek (excepto la de 1709) hasta 1711, fecha en la que la proverbial llegada de un barco con suministros ayudó a Bienville a salvar su alianza con los choctaw, que durante ese año hicieron la mayor parte del trabajo de los creek. A partir de entonces los ataques se convirtieron en algún asesinato ocasional.

La tercera oleada de la ofensiva anglo-india comenzó en 1712 cuando la colonia de Carolina reguló de nuevo el reglamento del comercio indio y dejó el control en manos del experimentado Thomas Nairne, el hombre que había organizado las ofensivas de 1705-1708. A pesar de que la guerra en Europa terminó antes de que Nairne pudiera poner manos a la obra, él continuó con sus planes. En esta ocasión, el objetivo principal era aislar a los franceses, entablando relaciones comerciales con los indios que vivían entre el río Savannah y el Misisipí. Además, fomentó los ataques indios a Pensacola. Uno de ellos, en marzo de 1712, duró todo el mes, y fue seguido de otros ataques menores durante ese año, y de otro, en enero de 1713, en el que murieron tres hombres. Después de eso, dejaron tranquila a Pensacola.

Mientras tanto, en 1715, los representantes de Nairne habían sido bien recibidos en todos los pueblos choctaw a los que habían ido, excepto en dos, uno de ellos trabajaba en la zona del Misisipí cuando fue capturado por los franceses. Este hecho, junto con los encuentros franco-indios de Mobile en 1714 y 1715, en las que Bienville repartió numerosos regalos, ayudaron a contener el avance británico. Sin embargo, los verdaderos problemas llegaron cuando el comercio sin regular y la invasión de sus tierras provocó a los creek, iniciándose así la guerra de Yamasee en el verano de 1715.

Los españoles no tuvieron nada que ver con todos estos acontecimientos. La política española consistía en retener el monopolio europeo de las armas de fuego y utilizar misioneros, no comerciantes, para asegurarse el control sobre los nativos americanos. Como las misiones requerían la protección de las guarniciones y el mantenimiento de ambas costaba dinero, no se hizo nada para extender la influencia española entre los vecinos grupos de los creek, que eran, en cualquier caso, enemigos de los españoles por su apoyo a los indios apalaches, tradicionales enemigos de algunos poblados creek. Mientras los franceses estaban ocupados dando regalos y comerciando con los indios, dentro de las posibilidades de su precaria situación, con objeto de am-

pliar, más allá de Mobile, el área de sus alianzas con los indios y formar así un cordón umbilical entre Mobile y el Misisipí y los británicos, los españoles de Pensacola seguían aislados, sólo contactaban ocasionalmente y de forma pacífica, con los pueblos indios de la zona. Así que fueron los franceses, no los españoles, los que se beneficiaron de la decisión tomada en 1714 por los indios de Alabama de ser neutrales y aceptar a los comerciantes tanto franceses como británicos. Los franceses, y no los españoles, construyeron un puesto comercial fortificado, el fuerte Toulouse, cerca del actual Montgomery, en el estado de Alabama (1716), al noreste de Pensacola.

La pasividad española se mantuvo hasta el estallido de la guerra de la Cuádruple Alianza en 1719. Con la llegada de la paz, se revisaron los gastos derivados del mantenimiento de Pensacola. En 1714, el virrey de México, el Duque de Linares, afirmó que el mantenimiento de la plaza les costaba 100.000 pesos al año y que sin embargo, el fuerte no tenía ningún valor defensivo y estaba ubicado en una tierra pobre cuyos nativos atacaban el puesto constantemente. Su sugerencia de que Pensacola debería ser abandonada no fue tomada en consideración.

Se renueva la expansión francesa

Mientras tanto, los franceses comenzaron a planear la rápida expansión de su colonia. Un indicio de los proyectos franceses lo proporcionó la negativa del gobierno francés en 1712 de aceptar la sugerencia de Bienville de intentar negociar los límites entre Luisiana y Pensacola. En París se esperaba que la colonia se expandiera hacia el este, quizá hasta la bahía de Tampa y que se estableciera el comercio con Nuevo México o Viejo México a lo largo del río Rojo. Posiblemente el plan incluía la construcción de un puesto en el bajo Misisipí, hecho que se retrasó debido a la guerra, a la muerte de Iberville acaecida en 1706, a los problemas internos de la colonia en los años posteriores y a los conflictos en los puestos comerciales y las minas en la cuenca alta. Por lo menos, eso fue lo que los representantes de Antonine Crozat dispusieron que debía hacerse una vez asumida la dirección de la colonia bajo los términos de un acuerdo de cinco años firmado el 14 de septiembre de 1712.

El acuerdo de Crozat le garantizaba el monopolio de todo el comercio de Luisiana y del transporte durante quince años. Su objetivo inmediato era desarrollar el mercado de las pieles, pero también esperaba beneficiarse de la explotación de las minas de plomo del río Missouri y del cultivo de la seda y el índigo. El mercado maderero de los indios orientales franceses y el de las provisiones para Pensacola y La Habana también prometían beneficios, aunque más modestos que los de las otras actividades. Sus únicas obligaciones eran el transporte gratuito anual de los soldados del rey y 50 toneladas de mercancías para ellos. Crozat se comprometió a pagar a los soldados del rey contra reembolso. También estaba sometido a un control en los precios de las mercancías que vendía y compraba en la colonia. Aparentemente pretendía invertir una cierta cantidad de dinero y revaluar así la rentabilidad de la colonia en unos pocos años.

Rápidamente se dejaron sentir los efectos de las actuaciones de Crozat como responsable de Luisiana. Los suministros que les proporcionaba permitieron a los franceses expandir su área de influencia entre los indios, así como construir nuevos puestos, uno de los cuales amenazaba las reivindicaciones españolas del territorio oeste del Misisipí. Han quedado hasta nuestros días registros sobre las mercancías indias de que disponía Bienville entre 1714-1715 para contrarrestar las tentativas inglesas de comerciar en los poblados choctaw. Dichas mercancías no sólo le permitieron preservar la lealtad de los choctaw, sino que también desempeñaron un papel importante en la decisión tomada por los indios de Alabama de ser neutrales en la contienda anglofrancesa. Los nuevos puestos se establecieron en Natchitoches (1714) y Natchez (1716).

La implantación del puesto de Natchitoches fue consecuencia, y a la vez causa de que España tomara la iniciativa de ocupar Texas, frenando, de ese modo, la expansión francesa hacia el oeste. Lo que sucedió es que en 1711 el padre Francisco Hidalgo, uno de los misioneros españoles que habían trabajado en el este de Texas entre 1690 y 1694, y que no se había conformado con el abandono de aquellas misiones, escribió una carta a Mobile invitando a los franceses a unirse a él para trabajar en Texas. Louis Juchereau de Saint Denis, consumado comerciante y explorador, fue enviado a iniciar relaciones, más por motivos comerciales que religiosos. Por el camino construyó el puesto comercial de Natchitoches.

Durante los tres primeros años del acuerdo de Crozat, la influencia francesa se extendió desde Mobile y sus alrededores a un área en forma de L que abarcaba los valles del Misisipí y del río Rojo hacia el este y el norte, y la mayor parte de los estados actuales de Alabama y Misisipí, al este del río. La ocupación francesa se limitó a Biloxi, Mobile, el fuerte Tolouse, Natchez, Natchitoches y Arkansas. Unos cuantos granjeros franceses trabajaban ya los campos situados a lo largo del Misisipí, en las proximidades del pantano de San Juan. En la alta Luisiana, las actividades francesas se redujeron al comercio de pieles, a veces desde asentamientos temporales.

Después de que comenzara la expansión disminuyeron las actividades de Crozat hasta 1717, lo que dio tiempo a los españoles para responder, especialmente, a las exploraciones del río Rojo. Louis Juchereau de Saint Denis, una vez establecido su puesto comercial en Natchitoches, continuó hasta San Juan Bautista, uno de los puestos españoles de río Grande. Desde allí Saint Denis fue enviado a México como prisionero donde parece que cambió de bando y aceptó dirigir la expedición española desde río Grande hasta el río Rojo. La expedición partió en 1716, y finalmente se fundó el puesto de Los Adaes (al oeste de Natchitoches, cerca de Robaline, Luisiana) y varias misiones a lo largo del río San Antonio. El fuerte que debía ser construido en la bahía de Matagorda no lo fue porque no se encontró la ubicación adecuada. Estos nuevos puestos, aunque reforzaban las pretensiones españolas en Texas, no impidieron que los franceses se establecieran en el río Rojo, ni que éstos desarrollaran un comercio a pequeña escala con Texas y con el norte de México desde Natchitoches.

Otra reacción española a la expansión de Luisiana llevada a cabo por Crozat, fue la construcción de un fuerte en San Marcos, Florida, en 1717. Este puerto protegía el acceso fluvial a los Apalaches y a los pueblos creek. Los españoles esperaban contrarrestar la influencia francesa que procedía del fuerte Toulouse y la influencia inglesa procedente de Charleston. A pesar de que las misiones habían sido destruidas, la provincia Apalache contaba con algunos granjeros cuya producción era importante para aprovisionar a la guarnición española de Pensacola. Con el tiempo, los indios apalaches volvieron junto con los yamasee. Pero en 1727, la renovada provincia Apalache, y en especial sus habitantes yamasee, eran suficientes para amenazar a los británicos, a los que atacaron en la época de John Palmer.

La última reacción española ante la expansión francesa fue la prohibición de comerciar con ellos. El primer decreto en relación con el comercio de Texas y Pensacola, está fechado el 11 de junio de 1718, y se aplicó a todos los puertos indios.

Así que, desde mediados de 1717 en adelante, la expansión francesa fue contrarrestada por los movimientos españoles hacia el oeste y el este de los puestos que los franceses habían establecido durante 1699 y 1716 y por los intentos de expulsar a los franceses de los puertos del imperio español. Esta nueva «guerra fría» en las Américas, era reflejo de las deterioradas relaciones entre las monarquías borbónicas en Europa. La nueva esposa de Felipe V, Isabel Farnesio, y sus ministros italianos, el Cardenal Albironi y el Barón de Ripperdá iniciaron ciertas maniobras para recobrar territorios italianos y romper los acuerdos impuestos en España al final de la guerra de Sucesión. El resultado fue la guerra de la Cuádruple Alianza, 1719-1723.

A pesar de las intervenciones españolas contra los franceses y de que los acontecimientos presagiaban guerra, los franceses comenzaron de nuevo su expansión. Aparentemente al tanto de que Crozat estaba considerando renunciar a su acuerdo, ya que Luisiana había resultado poco rentable y el fondeadero de la isla Dauphin inservible tras las tormentas de 1716 y 1717 que bloquearon su entrada, las autoridades de Mobile volvieron a intentar fundar nuevos puertos e iniciar actividades más rentables. En general, sus planes eran coherentes con los primitivos proyectos de desarrollo de la colonia. Los planes, también coincidían con los de la Compañía del Oeste, de John Law (más tarde convertida en la Compañía de Indias), formulados tras tomar el control de Luisiana en septiembre de 1717.

El plan de 1717 incluía la construcción de un puesto en el Misisipí, cerca del pantano de San Juan, la del nuevo Biloxi en la costa opuesta a Ship Island y la de nuevos puestos en Texas y Florida. Nueva Orleans, como se denominó finalmente al asentamiento del Misisipí, sería utilizado como depósito y punto de intercambio en el río Misisipí para el transporte y comercio entre el nuevo puerto oceánico en Biloxi y el pantano de San Juan. Las desembocaduras del Misisipí eran, sin embargo, demasiado poco profundas para los barcos de altura. Se construyeron otros puestos en la bahía de San José (Puerto Saint Joe, estado de Florida), para flanquear Pensacola por el este, en la bahía de San Bernardo (bahía de Matagorda), utilizada como base avanzada para

comerciar con el norte de México y para afianzar las reclamaciones francesas sobre la colonia de La Salle. Estos puestos darían a los franceses control potencial sobre toda la costa norte del golfo de México.

La autoridades francesas de Luisiana se movilizaron para llevar a cabo su plan de 1717, iniciando la construcción del «nuevo» Biloxi y de Nueva Orleans (1718) y enviando fuerzas para ocupar la bahía de San José. Excepto la última, estas plazas se mantuvieron permanentemente.

El asentamiento de la bahía de San José sobrevivió de junio a julio de 1718 y luego fue abandonado. La zona era estéril para la agricultura y la desembocadura de la bahía era demasiado ancha como para ser controlada por un solo fuerte. Cuando los españoles se instalaron allí más tarde, se quedaron hasta 1723, principalmente debido a la guerra de la Cuádruple Alianza.

La ocupación de la bahía de San Bernardo también fue breve. Al Señor de La Harpe, a quien se le habían concedido tierras en Natchitoches, se le ordenó la tarea adicional de ocupar la bahía. La Harpe tomó a 60 colonos amotinados de Natchitoches en el otoño de 1718, y en abril de 1719 fundó un puesto en el condado de Hempstead, en el estado de Arkansas. Con estos asentamientos se pretendía evitar que los españoles flanquearan Natchitoches desde el noroeste. Cuando llegó a la bahía de San Bernardo en 1720, no intentó fundar ningún asentamiento, sino que informó a Mobile sobre las dificultades del terreno. Para entonces, la guerra de la Cuádruple Alianza había llegado hasta la costa del golfo.

Mientras tanto, entre 1718 y 1719, la compañía Law comenzó a enviar suministros y gran cantidad de personas a Luisiana. Mediante la concesión de territorios a hombres que enviaban colonos y la aprobación de decretos que destinaban allí a los delincuentes menores, Law hizo que la población europea de la colonia francesa aumentara de 700 en 1717 a, aproximadamente, 5.000 en 1721, si incluimos a las tropas del rey. Además, en junio de 1719, su compañía transportó a 500 esclavos, hecho que se sucedería hasta completar la cifra de 2.500. Si la compañía hubiese notificado a Bienville la llegada de cada grupo, y si éste hubiese enviado provisiones y barcos para trasladarlos desde Biloxi hasta sus destinos, habrían sobrevivido más inmigrantes europeos y se habrían instalado en un área más extensa del valle del Misisipí. Pero las cosas no fueron así, y el índice de mortalidad entre los inmigrantes

fue muy alto. Éstos terminaron por concentrarse cerca de Nueva Orleans y al norte de la ciudad, denominada «la costa alemana». Los esclavos que sobrevivieron también se concentraron en torno a Nueva Orleans. En Natchez, donde el tabaco crecía bien gracias al suelo arcilloso, también se formó una pequeña concentración de franceses y africanos.

Este flujo de hombres y materiales permitió la realización del plan de 1717 y procuró a Bienville, gobernador de Law, los hombres que necesitaba para pelear por su porción de costa del golfo en la guerra de la Cuádruple Alianza.

La guerra de la Cuádruple Alianza, 1719-21

Bienville conoció la noticia del estallido de la guerra el 20 de abril de 1719, antes, sin embargo, que los españoles de Pensacola. El 15 de mayo de 1719, dirigió a 600 franceses y 400 indios en una expedición que se apoderó de Pensacola.

Cuando en La Habana conocieron estos hechos, el gobernador Gregorio Guazo Calderón desvió a Pensacola una flota española que tenía preparada para atacar Charleston y que fue comandada por Alfonso de Carascosa. Carascosa recuperó fácilmente el fuerte el 7 de agosto y se puso en marcha hacia la isla Dauphin. Si hubiera atacado la isla Dauphin con fuerza, y más tarde Mobile, es probable que los franceses hubieran sido expulsados de la costa. En lugar de eso, el asedio duró diez días, hasta que una tormenta tropical y las noticias de que se aproximaba un barco francés, provocaron el regreso de Carascosa a Pensacola. Esta flota francesa, comandada por el Almirante Desnots de Champmeslin, reconquistó, a su vez, Pensacola, el 17 de septiembre. Esta vez los franceses destruyeron las fortificaciones y dejaron sólo entre 20 y 25 hombres para vigilar el puerto. Champmeslain se quedó en Mobile hasta el 2 de noviembre.

Informada de la captura de Pensacola, la Compañía del Oeste dio orden, el 8 de noviembre de 1719, de trasladar a Pensacola los cuarteles generales y los almacenes de Luisiana. Mientras tanto, en México y España, los españoles preparaban sus propias expediciones.

La primera de las flotas españolas que partió era mexicana y constaba de 4 fragatas y 2 bilanders comandados por Francisco de Cornejo.

Cuando llegaron al puerto de San José, a finales de octubre de 1719, Cornejo supo que Champmeslain estaba todavía en Mobile. Ignorando que la flota francesa estaba a punto de partir, Cornejo se retiró a La Habana a esperar refuerzos de España. La segunda flota mexicana, enviada a finales de enero de 1720, tuvo que regresar a Veracruz debido a los desperfectos sufridos por una tormenta. En España, una flota comandada por Baltasar de Guevara salió de Cádiz el 23 de febrero de 1720 con órdenes fechadas el 1 y el 27 de enero de unirse a los buques del almirante Cornejo en La Habana y luego «expulsar a los franceses de Mobile, Masacra (isla de Dauphine), Pensacola y otros territorios» de la costa del golfo que «habían ocupado ilegalmente» [6]. Estas órdenes fueron revocadas por otras del 28 de febrero, debido a que el 26 de enero, España había iniciado relaciones para intentar limar diferencias con la Cuádruple Alianza. El hecho también tuvo repercusión en las órdenes que los franceses dieron a sus tropas de mantener el control francés sobre la bahía de Pensacola, pero de cesar las hostilidades contra los españoles.

En el marco de la guerra franco-española, Pensacola fue el principal teatro de operaciones, aunque también en la frontera oeste de Luisiana hubo refriegas. El viaje de La Harpe a Matagorda en 1720 está documentado, viaje que fue precedido por la ocupación francesa de Los Adaes en 1719, contemporánea de un intento fallido del capitán Jean Béranger de ocupar la bahía de San Bernardo (bahía de Matagorda) desde el mar y seguido de un también fallido intento de fundar un puesto francés en la bahía de Galveston, tras una segunda expedición naval a la bahía de San Bernardo. La ocupación de Los Adaes terminó pronto. El gobernador de Texas envió tropas y la plaza fue reconquistada.

El control español sobre Texas y Los Adaes se fortaleció con la expedición de Aguayo de 1719-22, con la que se crearon nuevas misiones y se reforzaron las guarniciones de Los Adaes y San Antonio. El proyecto de construir un fuerte en la bahía de Matagorda no se llevó a cabo porque no se encontró el lugar adecuado.

[6] Citado de H. Folmer, *Franco-Spanish Rivalry in North America (1524-1763)*, Glendale, 1953, p. 259; para el equipo de esta flota véase L. Ford, *The Triangulas Struggle for Spanish Pensacola, 1689-1739*, Washington, 1939, pp. 117-120.

Más al norte, cerca del actual North Platte, Nebraska, una pequeña plaza española comandada por Pedro de Villasur fue casi destruida en agosto de 1720 por los ataques indios, pawnees o kansas, posiblemente ayudados por los franceses. Villasur había sido enviado desde Santa Fe para dar cuenta de los avances franceses en el Misisipí. Los franceses estaban proporcionando armas no sólo a los indios que atacaron a Villasur, sino también a sus vecinos, los cuales, a su vez, atacaron a los grupos apaches vecinos de Nuevo México. Las embestidas obligaron a los apaches a trasladarse más cerca de Nuevo México, alarmando a los españoles y a los habitantes de la población.

Rápidamente, las autoridades españolas, mexicanas y cubanas hicieron grandes esfuerzos para expulsar a los franceses de Luisiana, pero el mal tiempo, la indecisión de los oficiales, los esfuerzos franceses por expulsar a los españoles de la costa del golfo, su consentimiento en dar o vender armas de fuego a sus vecinos indios y los cambios en la situación diplomática que tuvieron lugar en Europa, impidieron que los españoles consiguieran su objetivo. Con el tiempo se demostró que la guerra de la Cuádruple Alianza fue la última oportunidad que los españoles tuvieron en mucho tiempo de adquirir la colonia.

En las negociaciones de paz que finalmente se iniciaron en Madrid en octubre de 1720, los franceses reclamaron Pensacola arguyendo que podría ser tomada por los ingleses o por los holandeses si permanecía en manos españolas. Los franceses ofrecieron de dos a tres millones de libras francesas y un asentamiento fronterizo, con la bahía del Espíritu Santo (bahía de Tampa) al este y río Grande al oeste. El Marqués de Grimaldo, el negociador español, rechazó la oferta y pidió en su lugar, la devolución de todas las plazas tomadas durante la guerra. Al final, lo que se acordó en el tratado franco-español firmado el 27 de marzo de 1721 fue lo siguiente: Pensacola y todos los demás puestos españoles que los franceses habían ocupado debían ser devueltos con toda su artillería, material y municiones. La ocupación francesa de Luisiana fue implícitamente, aunque no explícitamente, reconocida, ya que se estipulaba que la alianza defensiva franco-española, creada por el tratado cubría, respecto a ambas partes, «los reinos, provincias, estados y tierras bajo su dominio, *en cualquier parte del mundo en que se encuentren*»[7].

[7] Subrayado añadido. F. Davenport (ed.), *European Treaties Bearing on the History of the United States and Its Dependencies*, Washington, 1917, vol. 4, p. 22.

La cuestión de las fronteras entre los asentamientos franceses de Luisiana y los españoles de Texas y Florida quedó sin resolver. La postura española se indicaba en una cédula del 21 de septiembre de 1721 en la que se ordenaba al virrey de México que no permitiera que los franceses ocuparan más tierra de las que poseían cuando finalizaron las hostilidades. Esto significaba que el río Rojo y el Misisipí formaban la frontera, como más tarde afirmaron los mexicanos en su correspondencia con Madrid. En cuanto a la zona este, la cédula hacía prever que los españoles no aceptarían de buen grado el inicio de ninguna actividad francesa en los bosques que se extendían entre la bahía de Mobile y la de Pensacola (a pesar de que algunos franceses habían establecido granjas en las costas orientales de la bahía de Mobile), ni en el área localizada entre el fuerte Toulouse y Pensacola.

Además de dejar claras las fronteras de la Luisiana francesa, el gobierno español también volvió a dar orden de prohibir el comercio con los franceses, no sólo en las fronteras de Luisiana, sino en todo el territorio. Los decretos del 5 de diciembre de 1720, del 30 de julio de 1721 y del 8 de febrero de 1723 prohibían el comercio con los franceses, mientras que los del 27 de octubre de 1722 y del 10 de mayo de 1723, lo prohibían a lo largo del río Rojo dentro de Texas y Nuevo México. Estas reiteradas prohibiciones eran en sí mismas un exponente de la fuerza con que la compañía de Law presionaba para compartir el mercado mexicano (y, en general, el americano). Curiosamente, este tema está aún por estudiar.

Pensacola volvió a ser española el 22 de noviembre de 1722. Los españoles esperaban que la ocupación duraría poco. Las órdenes reales contemplaban la creación de un canal a través de la isla de Santa Rosa, confiando en que la nueva entrada provocara la obstrucción de la original, quedando ésta demasiado poco profunda para ser utilizada por los barcos de guerra. Pero la propia magnitud del proyecto lo condenó. Mientras tanto, se construyeron un nuevo fuerte y una ciudad en la isla de Santa Rosa. Excepto por informes que relatan algunas incursiones indias y las dificultades internacionales, se conoce muy poco de la historia de Pensacola en los cuarenta años siguientes.

Luisiana bajo la compañía reorganizada, 1721-31

El cese de las hostilidades en Europa en 1720 coincidió con el inicio de las actividades de la John Law's Mississippi Bubble. La Compañía de Indias se reorganizó en 1721, con su monopolio del comercio en Luisiana intacto. Aunque el logro principal de Law fue descargar gran cantidad de europeos y africanos en la colonia, el éxito de la reorganizada compañía consistió en el desarrollo de la economía de la colonia. La compañía continuó concediendo tierras, pero abandonó todos los métodos de Law para atraer inmigrantes europeos. La vida en el valle del bajo Misisipí y en la costa del golfo era dura, por eso pocos franceses se trasladaron a la colonia y los que volvían contaban sus amargas experiencias, reduciendo así el interés de los posibles inmigrantes. Además, la Compañía de Indias no hizo nada para facilitar la inmigración europea. Por otro lado, continuaron trayéndose esclavos, unos 3.500 más en 1731. En total, desde 1718 habían llegado 6.000 esclavos. Los africanos eran tan numerosos que, en 1724, el Código de Esclavos de las islas occidentales francesas se convirtió en ley en Luisiana. Los esclavos hacían los trabajos que los franceses no querían. Los informes indican que se empezó a tratarlos con dureza cuando éstos alcanzaron el número suficiente como para representar un peligro real de insurrección.

Los esfuerzos de la compañía por convertir a esta población y los recursos naturales de Luisiana en un mercado rentable tomaron diversas direcciones. En primer lugar, se amplió la red de transportes. Desde el principio las leyes de Luisiana (como las del imperio español en América) habían requerido una red de transporte marítimo punto a punto. Esto significaba que los barcos que navegaban rumbo a Luisiana tenían que volver a Francia directamente, y con frecuencia sin un cargamento lo suficientemente grande como para resultar rentable, o dirigirse a otra colonia francesa sin llevar ningún cargamento de Luisiana. Aunque Bienville había descubierto en 1708 que el comercio ligero y rápido con las Indias occidentales era más razonable en términos económicos —debido al escaso volumen y valor del comercio de Luisiana con Francia y al comercio de madera y alimentos entre las Indias occidentales y Luisiana—, las leyes no habían cambiado. Buscando más beneficios, la compañía consiguió excepcionalmente que se permitiera a sus barcos navegar desde Francia hasta Luisiana y luego a las Indias

occidentales con productos de Luisiana disponibles para exportar. En las Indias occidentales, los barcos podían conseguir una carga rentable de azúcar. El comercio en sentido contrario aún estaba prohibido.

El sistema comercial de la compañía tenía más en cuenta el trabajo de la naturaleza que el del hombre. Los sondeos realizados en otoño de 1721 y en los primeros meses de 1722, durante la época en que las aguas estaban bajas, demostraron que una de las desembocaduras del Misisipí tenía una profundidad de 13 pies, lo suficiente para los barcos de más de 350 toneladas. ¡Nueva Orleans podía ser utilizado como puerto oceánico! La Compañía ordenó inmediatamente el traslado de sus cuarteles generales y depósitos. La actividad comenzó cuando el 26 de mayo de 1722 se recibieron las órdenes en Nueva Biloxi, y se completó durante 1723. Ahora los barcos navegaban directamente desde Francia hasta Nueva Orleans, que se convirtió rápidamente en núcleo de población y centro agrícola de la colonia.

Indagando sobre los cultivos se llegó a la conclusión de que el tabaco era el que ofrecía las mejores perspectivas. Las granjas de Natchez tenían buenas cosechas en 1723, pero la preparación era de muy baja calidad. La Compañía acordó reclutar trabajadores ingleses para que enseñaran a los cultivadores franceses mejores técnicas. En 1728 se producían de 300.000 a 400.000 libras de atados. La calidad era mayor gracias a las nuevas técnicas, pero no superior a la inglesa (de Virginia). Muchos de los esclavos que quedaban en Luisiana (se desconoce el número de los vendidos a las Indias occidentales) se dedicaron a este trabajo.

Otra fuente de beneficios para la Compañía fue el comercio de alimentos (arroz, maíz, judías y ganado), madera, brea y alquitrán con las Indias occidentales. La Compañía siguió negociando con pieles y comerciando con los indios de la región y consiguió el derecho a comprar pieles de castor en la zona de Illinois, al sur de los Grandes Lagos y al este del Misisipí. En tiempos de Crozat y Law, ese territorio formaba parte de Canadá, no de Luisiana.

El comercio con las colonias españolas cercanas, el otro pilar de la economía de Luisiana, no cumplió las expectativas de la compañía. La reexportación de productos franceses desde Nueva Orleans hasta México y La Habana en barcos franceses fue irregular y a pequeña escala. El comercio mexicano utilizaba principalmente el puerto de Veracruz y no permitió que los franceses accedieran al principal mercado

del que ansiaban participar. En general, las autoridades españolas de Nueva España y Cuba habían utilizado un pretexto cualquiera para poner en vigor los decretos de 1718, 1720, 1721 y 1723 que prohibían el comercio con los franceses. En 1726, el gobernador de La Habana ignoró a tres barcos franceses.

Más rentable e importante era el intercambio de bienes en la isla Dauphin, aunque también aquí el comercio con los puertos de Nueva España era escaso. Se traían desde México, especialmente de Campeche, troncos, tabaco y plata en barcos que supuestamente navegaban rumbo a Pensacola o a La Habana vía Pensacola. A cambio, los españoles conseguían alimentos y productos franceses manufacturados. Este comercio movía de 3 a 5 barcos pequeños al año y la cantidad de unas 250.000 libras (60.000 pesos). Las disposiciones reales españolas en contra de este comercio fueron eludidas hasta 1728, e incluso después, a pesar de que el control en los puertos españoles de América se recrudeció.

Otro modelo de comercio con los españoles fue el terrestre entre Natchitoches y Texas y Nuevo México, a pesar de que las disposiciones de 1722 y 1723 prohibían a los españoles de dichas colonias comerciar con los franceses. El comercio con Nuevo México, vía Natchitoches suponía 12.000 pesos (unas 48.000 libras) anuales, en 1723, aunque probablemente fuera menos. No hay cifras sobre el comercio con Texas, vía Los Adaes. Estos mercados en el oeste contribuyeron a crear un clima de modesta prosperidad, sobre todo para Louis Juchereau de Saint Denis, comandante en Natchitoches.

La economía de Luisiana empezó a decaer en casi todos los aspectos desde 1726. Por motivos que no han sido aún explicados, la compañía dejó de mandar ese año los suministros convenientes, de modo que los comerciantes mexicanos que visitaron la isla Dauphin en 1727 se marcharon con las manos vacías. Los franceses prometieron que en 1728 tendrían abundante mercancía, pero no consiguieron persuadirles para que regresaran. Además, el gobierno español actuó de nuevo contra el comercio con los franceses, aprobando decretos (2 de febrero de 1728, 20 de octubre de 1729) y estimulando momentáneamente su aplicación en México.

Al descenso del comercio con los españoles, los franceses añadieron otras dificultades de cosecha propia. Como los acreedores se negaban a aceptar las monedas de cobre como valor de cambio, el decre-

to del 31 de octubre de 1726 la convertía en moneda de curso legal a todos los efectos. Esta medida provocó que dicha moneda se agotase rápidamente en Luisiana, destruyendo así la que había sido una moneda estable, aunque infravalorada, para la colonia. Pero lo peor de todo sucedió cuando en 1729, la tentativa de apoderarse del Poblado de la Manzana Blanca, tierras de los indios natchez, para establecer allí plantaciones francesas, provocó que los natchez tomaran la determinación de aunar esfuerzos para destruir la colonia francesa, y especialmente las granjas y fuertes de Natchez. Las plantaciones de tabaco más productivas (en Natchez) fueron destruidas. En represalia, los franceses emprendieron campañas en 1730-31 que aniquilaron a los natchez. Los que quedaron buscaron refugio con los chickasaw. Los costes de la guerra, que el gobierno había pagado sólo en parte, alcanzaron las 786.000 libras en 1731. La rentabilidad era escasa, y la compañía decidió que no podía permitirse el lujo de permanecer en Luisiana por más tiempo.

Luisiana, colonia real, 1731-1763

En 1731 Luisiana volvió a pasar a manos del imperio, aunque la Compañía de Indias mantuvo el monopolio de las pieles. Reclamó que se le debían tres millones de libras por las pieles enviadas durante la década de 1720, y se negó a importar más hasta que la deuda no fuera saldada. El pago resultó complicado.

En este periodo hubo sus más y sus menos. En cuanto a la parte positiva, el gobierno abrió todos los puertos franceses al comercio con Luisiana y decretó que se garantizarían los precios del tabaco de Luisiana enviado a Francia, según una escala descendente que regía el precio real del mercado en Francia en 1738. Se proporcionó cierta cantidad de toneladas en concepto de subvención para los barcos que navegaban rumbo a Luisiana, cantidad que se fue reduciendo con el tiempo hasta que finalmente se reservó sólo para los barcos pequeños (de menos de 150 toneladas). La reforma acometida por el gobierno respecto a los gastos y a los mecanismos que permitían a los comerciantes enviar sus beneficios a Francia en forma de letras de cambio y no en dinero, estabilizó la moneda de forma temporal.

Estas ventajas se vieron compensadas con la reimposición de la navegación punto a punto. La decisión convirtió el comercio con Nueva Orleans en una actividad poco atractiva para la mayoría de los dueños de los barcos, a pesar de los subsidios y del tabaco de Luisiana que se vendía en Francia. A falta de suficientes barcos privados que transportaran los productos de la colonia, especialmente los de exportación, la solución fue transportarlos en los buques de guerra reales que volvían a Francia. Esto resolvió los problemas, aunque sólo parcial y temporalmente.

Las medidas rentables no se mantuvieron y la situación económica de Luisiana parecía ir entrando, a medida que avanzaba la década de 1730, en una depresión. En 1734, el desequilibrio comercial crónico de la colonia iba socavando los efectos beneficiosos de la reforma. La reanudación de la guerra con los chickasaw en 1732 fue un incidente de gran importancia en el desarrollo de los acontecimientos. Las costosas campañas de 1736 y 1739-40, que trajeron gran cantidad de tropas europeas, arruinaron los mecanismos de intercambio e inundaron la colonia con papel moneda de escaso valor emitido por el gobierno para comprar suministros y costear la guerra. La navegación privada continuó evitando Nueva Orleans, de modo que, finalmente, se volvió a un comercio rápido y continuo con barcos de pequeño calado con las Indias occidentales francesas. El cabo Français (actualmente cabo Haitien) y Martinica se convirtieron en lugares de intercambio de los cuales Luisiana obtenía muchos de sus productos de importación y a través de ellos, o en ellos, se deshacía de sus productos de exportación. Cabo Français era especialmente famoso por la poca energía con que se hacían cumplir las leyes de navegación francesas. Era la guarida favorita de los anglo-americanos de las colonias de la costa británica oriental, los cuales eludían las leyes que afectaban al comercio de azúcar y melaza.

El cultivo del índigo se inició durante esos años, pero no reemplazó al tabaco como principal producto de exportación hasta la década siguiente. El clima no era bueno y hubo unos cuantos años en los que las tormentas abatieron Luisiana.

Los problemas económicos de Luisiana también afectaron a los asuntos indios. Los ingleses de Carolina continuaban intentando eliminar a los choctaw de su alianza con los franceses y utilizar a los creek y chickasaw para acabar con los franceses (y los españoles de

Pensacola). Para luchar contra ellos, los franceses utilizaron el comercio, los encuentros anuales de Mobile, en los que se daban regalos a los jefes y a otras importantes personalidades del consejo de la tribu, y la guerra chickasaw. Los franceses fueron derrotados en batalla dos veces, aunque se las arreglaron para proclamar en 1743 que habían firmado un tratado de paz. La incertidumbre sobre la llegada de suministros franceses y la ambición personal provocaron que algunos de los jefes choctaw («pies-rojos») buscaran en la década de 1730 a los proveedores ingleses. El camino estaba preparado para el inicio de la guerra civil entre los choctaw, que duró de 1747 a 1750.

Las relativamente tranquilas relaciones que franceses y españoles habían establecido en los años 20 también se rompieron, al menos en la frontera oeste de Luisiana. En el este pudieron mantenerse las relaciones debido al enemigo común, los británicos, que había vuelto a establecerse en Savanna (1733) y a la perpetua necesidad de la guarnición de Pensacola de ayuda francesa. La causa de las hostilidades verbales, no físicas, en la frontera occidental de Luisiana fue la decisión tomada por Saint Denis en 1735 de trasladar sus plazas comerciales desde el río Rojo hasta la costa oeste, donde se encuentra la actual Natchitoches. Ello provocó la continuada protesta española, que se alargó interminablemente hasta mediados de siglo. Durante los años 30, el gobernador de Texas, apoyado por el virrey de Nueva España, temía la inminencia de la guerra. Sin embargo, durante la década de 1740, el interés de las autoridades españolas se centró en descubrir a los que estaban relacionados con el comercio de contrabando entre Los Adaes y Natchitoches. La causa principal del conflicto fue la constante negativa de España de permitir que los franceses expandieran su área de control.

Quizá el síntoma más claro del declive de la Luisiana francesa durante aquellos años sea su población. En 1731 se estima que unas 5.000 personas de origen europeo y 3.000 africanos la poblaban, y en 1746 la población era de 4.000 de origen europeo y 2.000 de origen africano. Las cifras no son sorprendentes si analizamos la pirámide de población por sexos en las distintas áreas de la colonia. Predominaban los hombres entre 18 y 30 años, mientras que había muy pocas mujeres de esa edad, y, en consecuencia, pocas familias y pocos niños. Excepto la población de la «costa alemana», que contaba con un número similar de hombres y mujeres en edad de procrear, en el resto de las zonas,

la diferencia de cantidad entre hombres y mujeres era muy significativa y había pocos niños. El descenso de población africana se explica por el hecho de que, desde 1731 hasta 1743, no se trajeron más esclavos, por entonces, sólo se permitía a 200 entrar en la colonia, la cual no había pagado la deuda que contrajo durante la década de 1720 con la Compañía de Indias por la compra de esclavos. Esta población, incluso más desequilibrada en razón de sexo que la europea, no podía procrear. Además, algunos esclavos fueron vendidos fuera de la colonia por agricultores que intentaban aumentar sus ingresos.

La próspera década de 1745-1755

La situación demográfica y económica mejoró entre 1745 y 1755. Y el clima también. El estallido de la guerra de Jenkin's Ear (la guerra de la sucesión austríaca en Europa, 1740-1748) no sólo incrementó la demanda de índigo y sus precios, sino que también supuso nuevas oportunidades comerciales en el imperio español ya que los británicos cortaron casi completamente el comercio entre España y sus colonias. Además el papel moneda de escaso valor que había invadido la colonia a partir de las guerras de 1730, fue retirado en 1745. Durante un tiempo, mientras los desembolsos gubernamentales siguieron dentro de los límites permitidos por París, se emitieron obligaciones con pequeños descuentos.

El índigo se convirtió en el cultivo más rentable de las plantaciones de la ribera del Misisipí, al norte y al sur de Nueva Orleans, sustituyendo al tabaco, que siguió cultivándose en Natchez, Natchitoches y entre los pequeños granjeros que contaban con pocos esclavos o trabajaban la tierra con sus familias. Los agricultores que tenían gran cantidad de esclavos se dieron cuenta de que el índigo era más rentable porque se estimaba que un esclavo podía producir 60 libras al año, lo que en dinero equivalía a 300 libras. En cuanto a otros cultivos, el dinero que se invertía en los esclavos y en su manutención era mayor que lo que el esclavo producía.

Continuaron elaborándose y cultivándose los productos tradicionales, en mayor medida para el consumo interno y para exportar a La Habana y a las Indias francesas occidentales. Estos productos eran: tablones, tablas de ripia, duelas, brea, alquitrán, habas secas y guisantes.

Los tres primeros eran cultivos de invierno de las plantaciones situadas entre Pointe Coupée y San Bernardo. Éstas producían en verano índigo y tabaco, aunque cada vez en menor cantidad. La brea y el alquitrán se obtenían de una pequeña pero creciente industria situada en el norte del Lago Pontchartrain. Las habas y guisantes se producían en la zona de Mobile y en pequeñas granjas como las de la costa alemana.

La prosperidad de los años cuarenta también se basó en el comercio con el imperio español. Mientras duró la guerra, España autorizó el comercio con las naciones neutrales. Francia se mantuvo neutral hasta 1744, pero Nueva Orleans obtuvo de ello pocos beneficios hasta 1743. Sus almacenes carecían de los productos que los comerciantes mexicanos demandaban, pero en 1743 llegaron suministros y por fin Nueva Orleans comenzó a lograr triunfos comerciales, que en el fondo eran la razón de ser de la colonia de Luisiana. Sin embargo, hubo problemas. Los envíos franceses que iban directamente a México colocaron a los comerciantes de Nueva Orleans en una situación poco ventajosa, porque añadieron costos de navegación y de carga y descarga. Estos costos añadidos y la competencia de precios en Veracruz hicieron que el mercado mexicano no resultara rentable. Por ejemplo, en 1743, los cargamentos por valor de 55.000 libras dejaron tan sólo un 3 % de beneficios (suponiendo que el cambio estuviese a 5 libras el peso; el beneficio sería del 6,5 %, a razón de 12 libras el peso). Los productos comenzaron rápidamente a acumularse en Nueva Orleans. Para intentar deshacerse del excedente y beneficiar a los comerciantes, el gobernador, Marqués de Vaudreuil prohibió que se reexportaran los productos desde Nueva Orleans a México (a finales de 1743) e inició correspondencia con las autoridades y los comerciantes españoles invitándoles a visitar la Baliza. La Baliza era una especie de estación piloto construida cerca de la desembocadura del Misisipí y de la isla Dauphin. Vaudreuil prometió que los españoles obtendrían productos franceses a cambio de plata, madera, azúcar, tabaco, etc...

El sistema pronto dio resultados prácticos. Los barcos navegaban desde México a La Habana y a Pensacola o viceversa y entraban en la Baliza, Nueva Orleans y especialmente en la isla Dauphin. Los productos españoles eran extraídos cuidadosamente de sus contenedores que se rellenaban luego con mercancías francesas. Los oficiales de aduanas de Cuba y México, que no prestaban mucha atención a los contenedores, podían pensar que no habían sido abiertos. Desde entonces Lui-

siana tuvo azúcar y tabaco cubanos, palo de Campeche y plata. A cambio vendía alimentos y productos franceses. Es fácil imaginar que semejante sistema de comercio clandestino se mantuvo activo durante mucho tiempo, aunque el volumen de productos intercambiados no era grande.

Durante la guerra, el comercio con los mexicanos era de unos seis barcos al año, pero en 1746 alcanzó el récord de doce, con mercancías por valor de un millón de libras (200.000 pesos). Esta cifra refleja los altos precios con que los comerciantes de Nueva Orleans tasaban sus mercancías (justificados por la supuesta inflación de precios en la colonia causada por el papel moneda).

Tras restaurarse la paz en 1748, se hizo más complicado comerciar con los españoles. El gobierno español dejó de comerciar con las colonias del Caribe que no fueran españolas mediante un decreto de 1748 que, sin embargo, no entró en vigor hasta 1752, y no se hizo cumplir de manera estricta hasta 1755. También hasta 1755 las necesidades de la guarnición de Pensacola sirvieron de pretexto para seguir comerciando con la isla Dauphin. El sistema de vaciar y luego rellenar los contenedores españoles sí que se mantuvo. El comercio con la isla Dauphin después de 1748 era de cuatro a cinco barcos españoles al año (1750) con productos por valor de unas 250.000 libras (50.000 pesos españoles).

Paralelamente a este comercio indirecto con Nueva España, se desarrolló otro con La Habana. A principios de los cuarenta se hacía con barcos pequeños con base en Nueva Orleans, los cuales reexportaban los productos franceses junto a los que crecían en los bosques y campos de Luisiana. Sin embargo, a finales de los cuarenta, los barcos franceses que navegaban hacia Luisiana, hacían escala en La Habana, con lo que interrumpieron el comercio de reexportación con ese puerto.

Señal de esta nueva etapa de prosperidad fue el incremento del número de barcos que entraban a Nueva Orleans procedentes de Francia, con un promedio de 8 al año entre 1749 y 1753, y el aumento de población de casi el 50 % en 1755. Cada vez se instalaban más plantaciones a lo largo del Misisipí, al norte y al sur de Nueva Orleans y en Pointe Coupée. Natchez comenzó a recobrar algo de la importancia que tuvo en el pasado como exportadora de tabaco.

Mientras la Luisiana francesa prosperaba, sus vecinos indios, los choctaw, entraron en guerra civil (1747-50). La causa remota fueron los trastornos ocasionados a los indios, debido a que los franceses se dedicaban a comprar a los guerreros las cabelleras de indios de algunas tribus amigas de los ingleses. La causa inmediata fue la interrupción de la llegada de suministros franceses a principios de los cuarenta. Inicialmente dominaban los pueblos pro-ingleses, pero la oportuna llegada de suministros franceses en 1748 desniveló la balanza a favor de los pueblos franceses. Por fin llegó la paz en septiembre de 1750, pero los choctaw pusieron condiciones al «triunfo» francés, advirtiendo que si dejaban de llegarles los suministros que necesitaban, volverían a recurrir a los ingleses. La amenaza, junto con la poca certeza de que las mercancías francesas pudieran llegar durante la guerra europea, y las aspiraciones de Vaudreuil de dictar los términos de la paz tras la victoria militar, hicieron que la guerra de los chickasaw se prolongara durante los años 40 y hasta principios de los cincuenta.

Que ambos países cooperaran en tiempos de guerra no significa que los franceses olvidaran sus pretensiones de invadir territorios desde Luisiana, ni que los españoles dejaran de resistirse a ello. Por ejemplo, en septiembre de 1747, el rey ordenó el desalojo de un pescador francés, instalado en río Perdido, bajo amenaza de arresto si se negaba a abandonar la zona. El virrey de Nueva España, a quien se le había enviado la orden, fue informado de que en el futuro se diera a cualquier intruso el mismo tratamiento que a los piratas y que por tanto recibiera el castigo impuesto por el capitán. Algunos franceses que realizaban una exploración desde el río Missouri hasta Nuevo México en los años 1749-52 fueron detenidos por espías, aunque no ejecutados. Y acabada la guerra volvió a establecerse la prohibición de comerciar con los franceses, como ya hemos mencionado. También se aprobó en Madrid la orden de expulsar a los franceses de la ribera oeste del río Rojo, aunque dicha orden fue modificada en 1752, advirtiendo que se excluyera el uso de la fuerza.

Aumentó el recelo mutuo durante los primeros años de la década de los cincuenta, a medida que España se alejaba de los grandes poderes políticos en Europa y encontraba evidencias de que los franceses aún pretendían apoderarse del control de toda la costa norte del golfo de México. Con objeto de advertir de sus intenciones, en 1750 los franceses reeditaron el mapa de Jacques Nicolas Bellin de 1744 y el de

Guillaume D'Lisle de 1718 que marcaban en la bahía de San Bernardo (bahía de Matagorda) y río Grande la frontera de los territorios franceses. Algunos galos se habían establecido ya en Texas. Joseph Blancpain, junto con otros, mantuvo entre 1747 y 1754 una plaza comercial en el río Trinidad, cerca del poblado de los Orcoquizas y de algunos otros grupos pequeños de indios. M. de Masse tenía un rancho con algunos esclavos en el río Guadalupe, donde se ocupaba de unas pocas reses y del cultivo del maíz, habas y tabaco en cantidad suficiente como para exportar a Nueva Orleans. Bernardo de Miranda afirmó en 1757 que las dos personas mencionadas ya estaban allí cuando él llegó a Texas en 1748. De los tres, el más perjudicado fue Blancpain. Barrios le detuvo y le envió a México, y después a España. Murió en la cárcel sin ser procesado.

Las autoridades españolas en Texas y México, que tenían conocimiento de la existencia de estos intrusos, interpretaron que existía alguna relación entre ellos y la llegada a Luisiana en 1753 de 1.600 soldados franceses. A Blancpain, en particular, se le consideró la vanguardia de un ejército invasor.

La década final de la Luisiana francesa, 1755-1766

En 1756, para contrarrestar estas intrusiones y el peligro que percibían en las actividades comerciales de Blancpain, los españoles establecieron un presidio en el mismo lugar donde estaba el almacén de Blancpain, aunque más tarde se trasladaría a otro lugar. El gobernador de Luisiana, Kerlérec, acusó al ministro y a las autoridades españolas de Los Adaes de usurpar territorio francés. Y para probarlo, citó el mapa de Bellin. Desafortunadamente para él, su carta remitida a Francia fue interceptada por un corsario inglés y entregada a los españoles, quienes, ni que decir tiene, no aceptaron su protesta. El incidente sirvió para que la cuestión de Luisiana, la disputa franco-española por la propiedad de los territorio al este de Texas, llamara la atención de las autoridades de Madrid, así como de las de México, La Habana y Nueva Orleans.

Mientras tanto, en el valle de Ohio y en Europa, amenazaban nubes de guerra. La de los Siete Años finalmente estalló en 1756, pero ya en 1751 los franceses habían reforzado su guarnición fija en la baja

Luisiana con 1.650 hombres, anticipándose al conflicto. En 1753 el número se había reducido a 1.350, y en 1756 la guarnición contaba tan sólo con 300 soldados. El resto eran viejos, enfermos o indisciplinados. Las autoridades españolas de Pensacola y Texas observaban con preocupación esta considerable fuerza militar.

A medida que se acercaba la guerra, los franceses intentaban inducir a los españoles a la participación sugiriendo que si Canadá caía ante los ingleses, también podría sucederle a Luisiana, lo que abriría las puertas del golfo de México a los británicos, hecho poco beneficioso para los intereses españoles. Aunque preocupado por el resultado de la contienda, el gobierno de Fernando VI se negó a participar en ella. Lo máximo que hizo fue reconstruir el fuerte de Pensacola en la ubicación de la actual ciudad. El fuerte y el asentamiento de Santa Rosa habían sido destruidos por un huracán el 3 de noviembre de 1572, y desde entonces se había discutido la posibilidad de abandonar toda la bahía. Las incursiones anglo-indias de 1758 y 1761 pusieron a prueba la solidez de la nueva fortificación. Ambas fueron repelidas.

La guerra de los Siete Años supuso para Luisiana un nuevo periodo de dificultades económicas. En noviembre de 1755 el comisario de Pensacola informó a los franceses de que no se comerciaría más con ellos, cerrando de ese modo el mercado que había atraído a los barcos franceses y a los comerciantes a Nueva Orleans. Para colmo, las patrullas inglesas anularon casi por completo el comercio francés, dejando a la colonia sin alimentos y con sus almacenes llenos de productos para exportar. En 1756 podían encontrarse bienes para regalar a los indios tanto en los almacenes privados como en los reales. Se recibieron algunos suministros en 1757 y 1758, pero ninguno del gobierno francés hasta 1762; y por entonces, sólo tres barcos de cada ocho conseguían eludir a las patrullas británicas.

Al problema de la falta de suministros ha de añadirse la necesidad, derivada de los gastos de guerra, de emitir papel moneda. Su rápida pérdida de valor permitió a Rochemore, el *Ordonnateur*, abrir un establecimiento donde se vendían abiertamente letras de cambio.

El daño que Gran Bretaña hacía al comercio francés reduciendo al mínimo la navegación, lo remediaban sus súbditos. Muy poco después de comenzar la lucha, empezaron a aparecer en el Misisipí barcos británicos procedentes de Jamaica y de otras ciudades, enarbolando bandera blanca, cuyo objeto era repatriar a los prisioneros de guerra.

En realidad, pocos de estos barcos llevaban algún soldado o marinero francés, lo que sí llevaban eran distintas clases de mercancías que los capitanes estaban ansiosos por vender para comprar productos locales. El gobernador Louis Billouart, Caballero de Kerlérec, y el Ordonnateur, Vicente Gaspar Pierre de Rochemore coincidían al opinar que este comercio era aceptable si servía para cubrir las necesidades de Nueva Orleans. En lo que no estaban de acuerdo era en quién se beneficiaría de los permisos que debían darse a los barcos con bandera blanca. Rochemore y sus amigos querían valerse de su autoridad sobre los asuntos del almirantazgo para obligar a que los productos les fueran vendidos a ellos al precio que pusiesen y utilizar su poder para arrestar a cualquier barco o tripulación que rechazase su oferta. Los productos obtenidos podrían ser vendidos en Nueva Orleans a precio de monopolio. Kerlérec, por el contrario, permitió el acceso de todos los comerciantes de la zona a los cargamentos, y como resultado hubo un descenso de los precios provocado por la competencia.

El más importante de los acontecimientos relacionados con este tipo de comercio es el asunto *Texel* de 1759. El *Texel* era un barco jamaicano propiedad de un comerciante judío que atracó en Nueva Orleans al mismo tiempo que otro buque holandés. Los capitanes de ambos escucharon la propuesta de Rochemore de comprar todos sus cargamentos de harina o, en caso de negarse, arrestarles por contrabando (ninguno de los barcos llevaba prisioneros a bordo). El holandés aceptó, pero el capitán del *Texel* no, por lo que su barco y su cargamento fueron arrestados por Rochemore. Kerlérec se encontraba en Mobile en un encuentro con los indios, pero había dejado órdenes de que se admitiera, sin condiciones, en el mercado de Nueva Orleans a cualquier buque con bandera blanca. Cuando regresó y se dio cuenta de que Rochemore había desobedecido sus órdenes, rompió los precintos aduaneros del barco y del almacén donde se había guardado parte del cargamento y entregó al pueblo a Rochemore, poco apreciado por el asunto de la explotación del papel moneda. Como consecuencia, Rochemore fue requerido desde Francia. Denís-Nicolas Foucault le sustituyó temporalmente.

El asunto *Texel* ilustra con detalle los importantes cambios que estaban teniendo lugar en el comercio de Luisiana. Aunque antes de la guerra de los Siete Años ya había habido contrabando británico, sobre todo en Mobile, donde la mayoría de los productos utilizados en el

comercio con los indios, venían de los ingleses, ahora los británicos estaban encargándose del comercio de la colonia entera. Esta sustitución de barcos británicos por los franceses que habían estado suministrando los mercados de Luisiana fue, durante los primeros años de la posguerra, ocasional, pero no sistemática. A pesar de todo, el resultado fue un *incremento* del valor total del comercio de Nueva Orleans durante la guerra. En 1756, las importaciones y exportaciones se valoraban en 2.866.200 libras; en 1760 en 4.440.100 libras, y en 1761 en 5.611.000 libras. La depreciación de la moneda local responde en parte a este incremento, aunque la razón principal del aumento de producción y de demanda parece haber sido el acceso al comercio con los británicos. Como ya se ha dicho, pocos barcos franceses atracaron en Nueva Orleans durante estos años.

Si Francia no hubiera dado a Gran Bretaña todo el norte de Luisiana, la línea que forman Iberville, el lago Maurepas y el lago Pontchartrain, ni el este del Misisipí en 1763, la guerra no hubiera durado tanto y los españoles tendrían que haber luchado tras 1766. Pero los hechos no ocurrieron así. Es más, la mayor parte del comercio realizado por los barcos con bandera blanca era con los franceses, con los indios británicos occidentales y con las colonias continentales. El esquema comercial que mantenía Luisiana con los centros de distribución de las Indias occidentales se vio de esta manera reforzado. No sabemos si el comercio con Pensacola, La Habana y Campeche también se reforzó, desde luego, la política oficial española no se opuso.

En resumen, desde 1680 las autoridades españolas de Nueva España y Madrid empezaron a preocuparse por la llegada de los franceses al que hasta entonces había sido el lago privado de los españoles: el golfo de México. Intentaron de muchas maneras que la visita francesa no fuera permanente, pero después de 1723, tuvieron que resignarse a la presencia de la colonia francesa de Luisiana, por lo menos mientras permaneció dentro de las informales fronteras establecidas por aquellas fechas. Luisiana experimentó un crecimiento que la convirtió en 1763 en una pequeña colonia de no más de 12.000 habitantes europeos y africanos. Dichos habitantes se dedicaban al comercio de pieles con sus vecinos indios, al comercio con los españoles de Pensacola, Campeche y (a veces) La Habana y a generar productos para exportar a las Indias francesas occidentales (índigo, tabaco, troncos y alimentos). Durante casi toda la historia de la colonia, las autoridades coloniales fran-

cesas ejercieron un poder limitado sobre los habitantes de la misma, los cuales tenían ya experiencia en cuanto a los enfrentamientos entre el gobernador y el Ordonnateur, enfrentamientos que impedían la ejecución rigurosa de las leyes imperiales. Los objetivos originales de la colonia sólo eran cumplidos parcialmente; los sueños de formar una colonia autosuficiente y próspera no se realizaban. El hecho es que, debido a que Luisiana seguía practicando el contrabando con el imperio español, algunas autoridades españolas aún esperaban la oportunidad de conseguir recuperar el control de Luisiana, deshaciendo, así, el error de 1699 y consiguiendo lo que no pudo lograrse en 1719-21, debido a los acontecimientos europeos.

Capítulo II

CARACTERÍSTICAS DE LA ADQUISICIÓN DE LUISIANA

La diplomacia de la cesión francesa

«Tras la paz, debo llegar a un arreglo con Francia por Luisiana, mediante algún tipo de intercambio». Con estas palabras pronunciadas a principios de 1760 durante una discusión privada con el embajador francés en Madrid, el marqués d'Ossun, Carlos III parecía adoptar la política española vigente por tanto tiempo de tratar de desplazar a los franceses de Luisiana, incluso cuando sus ministros y embajadores en Francia sólo habían discutido previamente sobre los límites orientales de Luisiana y así prosiguieron haciendo hasta el final de 1760. Esta declaración real fue el origen de la posterior adquisición de Luisiana por España, aunque las circunstancias no fueran aquellas que Carlos III hubiera anticipado y su reacción inicial, emocional, fue negarse a aceptar la Luisiana que los franceses le cedieron el 3 de noviembre de 1762.

D'Ossun y su superior, el ministro francés de asuntos exteriores, el duque de Choiseul, no se rindieron inmediatamente a esta artimaña, que implicaba que los franceses debían pagar un precio por contar con la amistad española durante el largo recorrido que les esperaba. Durante la mayor parte de 1760 ofrecieron Menorca a cambio de la participación española en la guerra. Pero para julio de 1761, después de que Francia había perdido más batallas, Choiseul autorizó a d'Ossun a ofrecer Luisiana a cambio de una pronta entrada de España en la guerra y un cuantioso préstamo a Francia, mientras él negociaba sobre el primer punto con el marqués de Grimaldi, embajador de España en Francia. Por su parte, los españoles rechazaron la oferta al tiempo que

continuaban presionando para obtener una declaración firme sobre los límites de la Luisiana francesa, posición que probablemente reflejaba su poca disposición general a comprometerse en una guerra para la que todavía no estaban preparados. Las inclinaciones probritánicas de Ricardo Wall, el Ministro de Asuntos Exteriores, que no deseaba una guerra por Francia y, hasta su muerte en 1760, los moderados (en cuanto a la guerra) prejuicios antifranceses de la reina, María Amelia de Sajonia. Puesto que durante julio de 1761 no pudo alcanzarse un acuerdo ni sobre los límites de Luisiana ni sobre un intercambio de Luisiana por la ayuda española, el tratado que daba a la luz al «Pacto de Familia» del 15 de agosto de 1761, contenía sólo los términos generales que las dos monarquías estaban dispuestas a garantizar:

> todos los estados, las tierras, islas y lugares que ellos posean en cualquier parte del mundo sin excepción, y las posesiones objeto de su garantía, serán constatadas siguiendo el estado real en que se encontraban en el momento en que una u otra corona estaba en paz con las demás potencias [1].

Otra cláusula prometía que España entraría en la guerra después del 1 de mayo de 1762. Como esto era muy posterior a lo que Francia necesitaba, d'Ossun continuó ofreciendo Luisiana a cambio de la entrada inmediata de España en la guerra.

Proyectado por los españoles, según presenta el historiador Antonio Ferrer del Río, como una forma de resolver los asuntos de postguerra, especialmente en las colonias, no como una alianza que llevaba a una guerra, el Pacto de Familia les arrastró sin embargo a la guerra de los Siete Años. Choiseul rápidamente convirtió el Pacto de Familia en un instrumento, en sus esfuerzos diplomáticos de agosto y setiembre de 1761 por conseguir que los ingleses aceptasen el *status quo ante.* Grimaldi se unió a la presión sobre los ingleses en una especie de posición franco-española unificada, pero sin resultados. Esta ronda de conversaciones fracasó en octubre de 1761, mientras, la guerra continuaba. Y la muy rumoreada existencia del Pacto de Familia llevó a los

[1] Artículo 2, tal como aparece publicado en F. Davenport (ed.), *European Treaties Bearing on the History of the United States and Its dependencies,* Washington, 1917, Vol. 4, p. 83.

ingleses, en noviembre, a exigir saber la verdad sobre las disposiciones del documento. El comportamiento de Grimaldi durante las recién concluidas conversaciones parecía evidencia clara de un acuerdo de ese tipo. El 7 de diciembre, Carlos III decidió que declararía la guerra antes que renunciar al Pacto de Familia. De este modo, se dieron órdenes de prepararse para la guerra. El 10 de diciembre, el embajador británico, el duque de Bristol, fue informado de que era probable que hubiera guerra. El 12 de diciembre el Pacto de Familia fue reconocido públicamente, aunque sus términos permanecieron secretos. Tres días después la *Gaceta de Madrid* acusaba a los ingleses de querer hacerse con todas las restantes posesiones americanas de Francia y de tener ideas similares sobre el imperio español. Esto fue tanto una manifestación de los temores españoles manifestados a mediados de la década de 1750 como una indicación de lo que probaría ser la política española a largo plazo de defender el núcleo de su imperio a base de mantener a los ingleses, y más tarde a los angloamericanos lo más fuera de Norteamérica como fuera posible. El 2 de enero de 1762, Gran Bretaña declaró la guerra a España. Para entonces, Choiseul había invertido temporalmente su posición sobre Luisiana. Impresionado por la información que d'Ossun le había enviado, veía ahora a Luisiana como una base para la reconstrucción del imperio de Francia en Norteamérica. Además, la entrada de España en la guerra eliminaba la necesidad de ofrecerle el territorio. Sin embargo, los límites de la provincia seguían indefinidos.

La cuestión de los límites constituyó una vez más el centro de atención cuando se reanudaron las negociaciones preliminares franco-británicas en abril de 1762. Gran Bretaña presionaba para que le fuera cedida todo el territorio de Luisiana al este del río Misisipí. Esta posición se basaba en la pretensión del marqués de Vandreul, en discusiones con los conquistadores británicos de Canadá, de que este país se extendía hasta los ríos Ohio y Misisipí, esto es, que incluía el territorio de Illinois, por largo tiempo objeto de disputa entre Canadá y Luisiana debido a su población de castores. Territorio que, a su vez, era asignado a unos y otros indistintamente. Al sur del Ohio los ingleses opinaban tener derechos de conquista. A cambio, Gran Bretaña ofrecía Martinica, Guadalupe y Marigalante, mientras que, anteriormente, habían estado dispuestos a devolver Martinica. Choiseul quería Santa Lucía también, pero se encontró con que los ingleses no la cederían, por

lo que, al final, sin consultar a España, acordó que el «límite de Canadá» debía ser fijado en el Misisipí hasta su embocadura más oriental, el río Iberville (los actuales Bayou Manchac y río Amite), salida de los lagos Maurepas y Ponchartrain al golfo de México. Además, los ingleses podrían usar el canal principal del Misisipí desde el río Iberville hasta el golfo. Al este, la cesión incluiría Mobile. La frontera oriental exacta entre España y Francia parece no haber sido precisada en este momento. En julio se abrieron negociaciones trilaterales formales. Grimaldi inmediatamente protestó ante Choiseul la «frontera canadiense» como una violación de los derechos de España. Sostenía que España nunca había reconocido la posesión francesa de Luisiana ni el control inglés de Georgia, dos afirmaciones que se basaban en la falta de una mención explícita, dentro de varios tratados, a estas dos colonias, aunque hubieran sido repetidamente reconocidas de un modo indirecto, especialmente en el caso de Luisiana (véase más arriba, capítulo I). Al no encontrar apoyo para esta postura, Grimaldi y Wall propusieron usar la latitud de Carolina como límite meridional de Canadá. Esto reinstauraría la «zona neutral» en Georgia. También exigieron que le fuera negado a los ingleses el derecho a usar el Misisipí para llegar al mar abierto, pero Choiseul ya había accedido a ello.

La llegada a París del duque de Bedford el 17 de setiembre señaló una de las etapas finales de estas prolongadas negociaciones de paz. Para entonces, Luis XV y Choiseul estaban decididos a firmar la paz, pero sabían que la postura de España sobre la propuesta del Misisipí como límite y sobre algunos territorios que le había arrebatado a Portugal tanto en Europa como en Brasil podían constituir verdaderos obstáculos. Siguiendo instrucciones de Wall, Grimaldi prosiguió alardeando de que España no firmaría un tratado de paz si no se satisfacían sus intereses. Bedford se mantenía igualmente firme respecto al límite de Canadá, que debía fijarse en el Misisipí, mientras expresaba en privado a Lord Egremont, Secretario de Estado británico, su sorpresa al descubrir que los franceses parecían no haber informado a los españoles de su acuerdo preliminar de fijar la frontera en el río Misisipí. En realidad, Grimaldi y Choiseul habían discutido la cuestión. Choiseul simplemente había decidido dar esta impresión a Bedford para establecer a Francia como el mediador entre España y Gran Bretaña. Enfrentados a estas posturas hurañas y a la necesidad de obtener

la paz en los mejores términos posibles, Luis XV y sus ministros decidieron el 20 de setiembre que

> ordenaría a los franceses que evacuaran la totalidad de Luisiana, antes que perder la oportunidad de conseguir la paz, sólo por la discusión acerca de una colonia con la que somos incapaces de incomunicarnos excepto por mar, que no tiene, y no puede tener ni puerto ni nada en la que un xebec de doce cañones pudiera entrar y que cuesta a Francia 800.000 livres al año, sin dar un sueldo a cambio [2].

A d'Ossun se le encomendó llevar este amenazador mensaje a Carlos III. Cuando lo hizo, Carlos III se echó atrás asegurando a d'Ossun el 28 de setiembre que España firmaría la paz. Por preocupante que pudiera ser un avance británico hacia el golfo, el control de toda Luisiana o el abandono de los franceses del área al oeste del río Misisipí, hubiera sido peor porque cualquiera de estos sucesos hubieran expuesto el norte de Nueva España a una posible intrusión británica. Cuando España pudiera aceptar la paz, ésta giraría en torno al resultado del sitio de La Habana que había comenzado el 7 de junio. Mientras tanto, España continuaba poniendo objeciones a la frontera canadiense y regodeándose en la promesa hecha en abril, de que el Reino Unido devolvería cualquier territorio tomado durante la guerra, sin exigir compensación alguna.

Pero el tiempo para este tipo de maniobras se había agotado. El 14 de agosto, La Habana cayó en poder de sus sitiadores ingleses. Esta noticia llegó a Londres la tarde del 29 de setiembre. El gabinete británico, que hasta el momento se había inclinando por algún tipo de arreglo para asegurar la paz, endurecía ahora su postura exigiendo algún tipo de compensación por la devolución de La Habana [3]. A los españoles se les dio la elección de entregar Puerto Rico o Florida. Los esfuerzos de Choiseul para cambiar parte del Yucatán o incluso el área de Luisiana al oeste del río Misisipí fueron desechados por los británicos.

[2] Choiseul a d'Ossun, 20 de setiembre de 1762, citado en W. Shepherd, «The Cession of Louisiana to Spain», *Political Science Quarterly*, vol. 19 (1904), p. 447.

[3] Con anterioridad Jorge II de Gran Bretaña aparentemente había prometido a España que si La Habana era tomada sería devuelta sin necesidad de compensación. A. Ferrer del Río, *Historia del Reinado de Carlos III en España*, vol. I, pp. 376-77.

La reacción inicial de los españoles a este inesperado cambio de sucesos (La Habana era considerada como inexpugnable), fue la de cambiar de parecer y continuar luchando. En un intento de endulzar el amargo trago de la derrota española y de persuadirlos a no continuar luchando, el 9 de octubre, Luis XV escribió personalmente a Carlos III una carta ofreciendo Luisiana occidental y la isla de Orleans como compensación por cualquier territorio que España hubiera de entregar para recuperar La Habana o para usarla como un as en la manga para intercambiar por La Habana. Carlos III rechazó la oferta y sus ministros continuaron hablando de proseguir la lucha. Sin embargo, el 22 de octubre se instruyó a Grimaldi para que aceptase las condiciones inglesas y firmara la paz. El borrador preliminar del tratado de paz fechado en Fontainebleau el 3 de noviembre de 1762, fijaba el límite de Luisiana en el Misisipí hasta el río Iberville y hasta el golfo de México por los lagos Maurepas y Ponchartrain (cláusula 6). Cuba y La Habana eran devueltos a España (cláusula 18). A todo súbdito español que viviera al este del río Misisipí le era concedida libertad de culto si decidía quedarse bajo mandato británico o 18 meses para vender sus propiedades y marcharse si decidían no hacerlo (cláusula 19).

La cesión formal de los territorios tendría lugar tres meses después de la ratificación del tratado[4]. España había tenido no sólo que entregar Florida, sino también renunciar a sus derechos sobre Georgia.

La cesión francesa

Antes de la firma formal de este borrador del tratado de paz, Luis XV y Choiseul decidieron dar el resto de Luisiana a Carlos III. Luis volvió a escribir una carta a su primo, entregando esta vez el territorio como compensación por los sacrificios de España durante la guerra. Así le informó Choiseul al asombrado Grimaldi. Carlos III quedó aún más asombrado, y en primera instancia se quejó de que Luis XV renunciaba a demasiado, y que él, Carlos, no aceptaría el regalo. Wall refirió así sus comentarios a Grimaldi:

[4] F. Davenport (ed.), *Europeans Treaties Bearing on the History of the United States and Its Dependencies*, Washington, 1917, vol. 4, pp. 86-90.

Digo, no, no, mi primo pierde demasiado en conjunto; no quiero que pierda nada más por mi causa, y rogaría al cielo poder hacer aún más por él [5].

Sin embargo, al final Carlos III aceptó Luisiana, aparentemente porque sus consejeros le recordaron que incluso la adquisición de una parte de ésta interesaba a España, y era consecuente con sus pretensiones a largo plazo en la costa del golfo.

Hacia 1767 se había desarrollado un documento más meditado. En él se contemplaba de un modo favorable la frontera estable proporcionada por el Misisipí, el fin del contrabando francés en el golfo de Campeche, Honduras y Texas, y la eliminación del peligro que la posesión británica del margen occidental del río Misisipí supondría, especialmente por la posible expansión a lo largo del río Missouri en dirección a Nuevo México. Al mismo tiempo, los autores de este memorándum reconocían que la Luisiana española no impediría ataques británicos por tierra a Nueva España en tiempos de guerra. Su extensa frontera oriental no podría ser protegida con suficiente fuerza para prevenir invasiones. Las razones de Luis XV para dar Luisiana han sido objeto de una controversia considerable. Muchos de estos controvertidos elementos han sido alimentados por argumentos proporcionados por evidencias documentales incompletas y por la reticencia de algunas personas de ascendencia francesa en Luisiana a reconocer que Luis XV y sus ministros no tenían las mismas ataduras o ligaduras sentimentales a la colonia que ellos, y sus antecesores, sentían por Francia. Hay también autores que tienden a desplazar la «culpa» de la cesión a España, o que se niegan a aceptar la claras pruebas encontradas en los documentos acerca de los motivos franceses, cosa que hacen a menudo porque no entienden que las colonias en el Caribe eran intercambiadas de manera rutinaria por las potencias coloniales contendientes en cada una de las guerras del siglo XVIII, sin pensar en los deseos o sentimientos de los residentes.

La visión de William R. Sheperd de que la cesión fue «una mezcla singular de impulsividad gala con política gala» parece justa, aunque

[5] Wall a Grimaldi, 13 de nov. 1762, Archivo General de Simancas, Estado 4.552, citado en W. Shepherd, «The Cession of Louisiana to Spain», *Political Science Quarterly*, vol. 19 (1904), p. 451.

puede que acentúe «impulsividad» más allá de los hechos. Su criterio se basa en la observación de que durante la mayor parte de los años 1761 y 1762, los franceses estaban dispuestos a usar la colonia –que sabían que Carlos deseaba poseer por sus comentarios de 1760– como recurso para asegurar las acciones españolas, aunque al final, España accedió a la paz sin promesa alguna de recibir Luisiana u otra compensación de Francia. Las pruebas aportadas por Sheperd, muestran además que, sin contar con el comentario de Carlos III a comienzos de 1760, citado a principio de este capítulo, los españoles en momento alguno exigieron Luisiana, aunque proclamaron su derecho al territorio hasta el final. Shepherd también observa el lenguaje de Luis XV del 20 de setiembre, que claramente define a Luisiana como un «elefante blanco» (como defendía Authur Aiton) cuya transferencia a España fue, en las palabras de Shepherd, «un sabio golpe de economía». Shepherd encuentra un motivo final en un deseo de eliminar una fuente de fricciones, el comercio francés de contrabando basado en Nueva Orleans, entre los dos aliados, ayudando de esta forma a seguir atando a España al Pacto de Familia. La paz en 1762 y las relaciones franco-españolas a largo plazo eran claramente más importantes para Luis XV y sus ministros que un vasto y despoblado territorio con 6.000 u 8.000 franceses, y más o menos igual número de habitantes africanos.

Se puede añadir que una vez se hubo perdido Canadá y el área comprendida al este del río Misisipí y al norte del río Ohio, Luisiana perdió una de sus funciones más importantes dentro del imperio francés. Desde La Salle en adelante, Luisiana había sido vista como una salida para el comercio de pieles del área situada al sur de los Grandes Lagos. Asimismo, Choiseul y Luis XV pueden haber esperado que una vez España estuviera en posesión de Luisiana podría conseguir intercambiar parte de ésta por Florida, disminuyendo aún más cualquier rencor español por el resultado de su mal aconsejada participación en la guerra de los Siete Años. Estas negociaciones podrían tener lugar después de que el tratado preliminar de paz hubiera liberado a Francia de la guerra. Pero los españoles nunca intentaron tal intercambio, probablemente porque Bedford había dejado claro que Gran Bretaña no estaba interesada. Era suficiente que Gran Bretaña poseyera Florida.

La consistente negativa de España a aceptar la colonia a cambio de una rápida entrada en la guerra, un préstamo, o incluso, a principios de noviembre, como símbolo de amistad y compensación por sus

pérdidas en la guerra parece curiosa en vista de la manifestación de interés de Carlos III en 1760 por obtenerla. La explicación más plausible se refiere probablemente a una combinación de hechos: que España no estaba preparada para la guerra en 1760 o 1761, que Wall no quería la provincia, que Carlos III probablemente quería tratar con Luis XV como igual (el intercambio que propone en 1760 sugiere esto) y no estar en deuda con él por un «regalo», y que sería del interés de España mantener a los franceses entre México y el imperio británico en Norteamérica, especialmente tras la firma de la alianza defensiva encarnada en el Pacto de Familia. Carlos III aceptó el regalo porque había estado claro desde setiembre de 1762 que Francia pretendía desprenderse de Luisiana. Rechazar el regalo hubiera sido dañino para las relaciones franco-españolas, cuyo mantenimiento parece ser el objetivo principal de la política exterior de España. Más aún, dejar de aceptarla en noviembre podía haber abierto la puerta a que los ingleses la aceptaran, además de la Florida, una vez hubieran tenido una oportunidad de pensárselo. Y de hecho, una vez que los ingleses pensaron acerca de lo que habían acordado en el tratado preliminar del 3 de noviembre actuaron de tal modo que sugería que hubieran aceptado la Luisiana occidental si se la hubieran ofrecido.

Entre la firma del tratado preliminar de paz del 3 de noviembre de 1762 y la firma del tratado definitivo el 10 de febrero de 1763, los ingleses trataron de cambiar la demarcación del límite de Luisiana al margen oriental del Misisipí, excepto la isla de Orleans (que contenía Nueva Orleans). Su objetivo era asegurar el uso de cualquier terreno entre la isla de Orleans y el golfo de México como lugares de depósito donde los barcos de navegación marítima y las embarcaciones fluviales pudieran intercambiar cargamentos. Choiseul, respaldado por Grimaldi se negó a considerar este cambio, alegando que no había tierra en el margen este del Misisipí, por debajo de la isla de Orleans. En consecuencia el tratado definitivo del 10 de febrero de 1793 retuvo la demarcación Iberville-Maurepas-Ponchartrain del «margen este» del Misisipí. Mediante otro acuerdo, Francia cedió la isla de Orleans y Luisiana al oeste del río Misisipí a España.

Fronteras

La provincia que España adquirió con la cesión francesa de 1763 abarcaba una extensión indefinida con sólo dos límites claramente demarcados. El más extenso y claro de estos límites era la frontera del río Misisipí e Iberville-lagos Maurepas y Ponchartrain fijada por el tratado de París de febrero de 1763. La otra frontera estaba al oeste del río Rojo en la inmediaciones de Natchitoches, frontera que nunca se había establecido formalmente, y mucho menos triangulado, pero que había surgido *de facto* como el margen oeste del río Rojo, en fechas tan antiguas como 1716, y más tarde había sido movida hacia el oeste durante la década de 1730, cuando España no pudo echar a Saint Denis y éste trasladó su asentamiento a aquella ribera, fundando la moderna Natchitoches. Esta «frontera» sería mejor descrita como un área colchón entre Los Adaes y Natchitoches. A este respecto era como casi toda la «frontera» occidental de la colonia, una franja de tierra donde la influencia europea que irradiaba de las comunidades asentadas dejaba de ser demasiado fuerte, con visitas ocasionales de comerciantes, exploradores, o saqueadores.

El asentamiento francés definía el área efectiva de Luisiana. En 1763, gran parte de ese asentamiento estaba concentrado en, o cerca de, la isla de Orleans delimitado por el río Misisipí al oeste y la frontera Iberville-lagos al norte y este. Se encontraban áreas secundarias en Pointe Coupée, Natchitoches, y en el actual Missouri. Las actividades comerciales francesas definían una esfera de influencia mucho más amplia, que se adentraba profundamente en las Grandes Praderas en dirección a Nuevo México desde una serie de núcleos a lo largo del río Missouri y la parte superior del Misisipí. La porción oriental de esta esfera mercantil, que alcanzaba hasta los actuales Misisipí y Alabama, se perdió en 1763.

Retrato de la Luisiana española en 1776

Gracias al libro del capitán británico Philip Pittman, *The Present State of the European Settlements on the Mississippi* (1770) y de algunos de los informes que presentaron los agentes de Ulloa y de O'Reilly tenemos una idea razonablemente clara de cómo era Luisiana a finales de

la década de 1760. En las próximas páginas viajaremos desde el golfo de México, por el Misisipí y río Rojo arriba para estudiar los asentamientos de la baja Luisiana y continuar río arriba hasta los asentamientos de la alta Luisiana.

Los fuertes vientos, altamente variables pero constantes, que soplan a lo largo de la costa norte del golfo de México hacían difícil la entrada a cualquier desembocadura del río Misisipí, en especial durante los meses de invierno de octubre a mayo, cuando fuertes vientos del norte podían mantener a los barcos dando vueltas en el norte de México durante semanas antes de amainar lo suficiente como para permitir una aproximación haciendo bordadas hacia el canal de entrada. Los pasos orientales al río Misisipí (paso a la Loutre, paso Noreste, paso Sureste) parecen haber sido especialmente difíciles de alcanzar por su posición relativa a los vientos predominantes y por encontrarse flanqueados al noreste por las islas Chandelieur, con sus poco profundas aguas.

Para asistir a los navegantes, los franceses habían construido en 1734 la Baliza, una combinación de torre de señales y estación de piloto. En la época de su construcción se hallaba en una isla en la desembocadura del paso Sureste del río, pero hacia 1763 la continua formación del delta del río la dejó dos millas (3,2 kilómetros) pasada la desembocadura. Es más, estaba al lado de un canal que se había sedimentado hasta una profundidad menor de 6 pies (2 metros). En consecuencia, la navegación se había trasladado más al este, al paso Noreste. Allí, en 1766, Antonio de Ulloa, construyó la isla Real Católica de San Carlos, ¡usando una isla que existía en la década de 1740! En esta entrada, una barra que dejaba una profundidad media de 9 pies (2,74 metros) fue atravesada por un canal de 17 pies (5,18 metros) de profundidad, de acuerdo con Pittman. Una vez pasada la barra un barco con un calado de 17 pies podía remontar el río hasta tres leguas (alrededor de 10 millas), antes de Natchez, excepto durante marea alta cuando podría alcanzar dicha ciudad.

Remontar el río Misisipí era difícil en cualquier momento debido a la corriente, que alcanza 6 nudos en la corriente principal (a veces más durante las inundaciones) por debajo del río Rojo y tres a cuatro nudos al norte del río Rojo (también mayor durante las inundaciones). Excepto en el área situada por debajo de Pointe Coupée donde a veces se podían usar las velas puesto que las riberas solían estar libres de ár-

boles que bloquearan el viento, la mayoría del tráfico río arriba tenía que efectuarse mediante remos o deslizadores accionados manualmente para avanzar con lentitud hacia el norte contra la relativamente lenta corriente que se halla en las pocas profundas aguas cercanas a las riberas. En ocasiones los remeros debían desembarcar y tirar del barco mediante un largo cable. Con menos frecuencia, los barcos podrían trepar río arriba mediante una polea, usando el cable atado a una serie de árboles. Cada vez que la ribera cerca de la cual se navegaba se convertía en la exterior, en una curva, el barco tendría que cruzar la corriente principal, generalmente perdiendo terreno relativo al punto donde se iniciaba el cruce, para evitar enfrentarse a la fuerza máxima de la corriente, que corre por el lado exterior de las curvas.

Había muchos riesgos debajo de las aguas que complicaban este trabajoso avance. Por debajo de Natchez el principal peligro eran los árboles flotantes y las masas de despojos a menudo llamadas «islas flotantes». En este trecho del río, la profundidad y fuerza de la corriente eran tales que no había barras de arena o árboles semiencallados. Sin embargo, por encima de Natchez, el marinero tenía que estar atento no sólo a los árboles e «islas» de despojos flotantes sino también a las constantemente cambiantes barras de arena, que no estaban señalizadas, y a los «planters» y «sawyers». Los «planters» eran troncos con las raíces ancladas en el fondo del río pero el tronco apuntando corriente abajo, con un ángulo tal que a menudo quedaban justo por debajo de la superficie esperando como una pica para embestir a los incautos barcos. Los «sawyers» eran parecidos excepto que la punta del tronco oscilaba arriba y abajo con la corriente, como una sierra. A veces el movimiento ocurría enteramente por debajo de la superficie, de modo que un barco podía estar encima cuando subiera. Cualquiera de los dos tipos de tronco anclado podía estar arriba cuando se remontaba el río.

Los barcos que remontaban el río desde el golfo de México podían usar frecuentemente las velas hasta English Turn (aproximadamente 78 millas o 125 kilómetros de Head of Passes, que está a 12 millas o 19 kilómetros de donde está situada la Baliza) y evitar atarse a la ribera o tener que usar los remos. A lo largo de este tramo del río, las riberas eran pantanos con sólo ocasionales agrupaciones de árboles. Pero en English Turn los barcos a vela tenían que esperar por un cambio en el viento, del mismo modo en que el capitán inglés, Bond, ha-

bía estado haciendo en 1700 cuando Bienville se le aproximó y le ordenó abandonar el territorio francés. Este incidente le había dado su nombre a este giro en el río. Como el fondo del río en ese punto, y corriente abajo, era poco más que sedimentos de barro y árboles semienterrados, ofrecía mal anclaje. Era acostumbrado que los barcos se amarraran a la orilla mientras esperaban el cambio del viento. Este hecho había llevado a los franceses a montar baterías de artillería a ambos lados de English Turn. Aunque en mal estado en la década de 1760, estas baterías eran la principal defensa de Nueva Orleans contra una invasión anfibia a lo largo de la línea del río Misisipí.

Las plantaciones y las granjas comenzaban a aparecer justo por debajo de English Turn y continuaban a intervalos en ambas riberas, pero en especial la izquierda u oriental. En un principio era relativamente estrecho y después se iba ensanchando hasta alcanzar anchuras de 1.000 metros o más, el «bature» o dique natural proporcionaba tierras altas apropiadas para el cultivo, aunque sujetas a inundaciones imprevisibles. Este dique natural bajaba en pendiente desde el río a los pantanos que componían el resto de la formación deltaica del Misisipí. Hacia 1766, los habitantes ya habían comenzado a interferir con los procesos de desbordamiento geológico que habían formado estas relativamente altas riberas a lo largo del río y que proporcionaban montones de sedimento a los pantanos, convirtiéndolos lentamente en terreno sólido mientras el delta avanzaba hacia el mar. De acuerdo con Pittman, un dique natural bajo comenzaba con las plantaciones y continuaba 50 millas (80 kilómetros) por encima de Nueva Orleans, hasta el final del asentamiento, en la orilla alemana. Aunque no se hallaba a prueba de inundaciones excepcionalmente altas o socavados o agrietamientos, este dique prevenía la inundación anual del «bature» y los pantanos posteriores, atrapando así los sedimentos que habían formado ambos. En el siglo XVIII esta interferencia humana en la naturaleza parece no haber causado una pérdida significativa de tierra en los pantanos, pero en las últimas tres cuartas partes del siglo XX los diques, mucho más altos y continuos, junto con la excavación de canales en los pantanos para llevar más lejos la explotación del petróleo subterráneo, han establecido condiciones que permiten al golfo de México recuperar áreas anteriormente ocupadas por pantanos y protegidas por islas barrera formadas por sedimentos de las inundaciones anuales del área del delta.

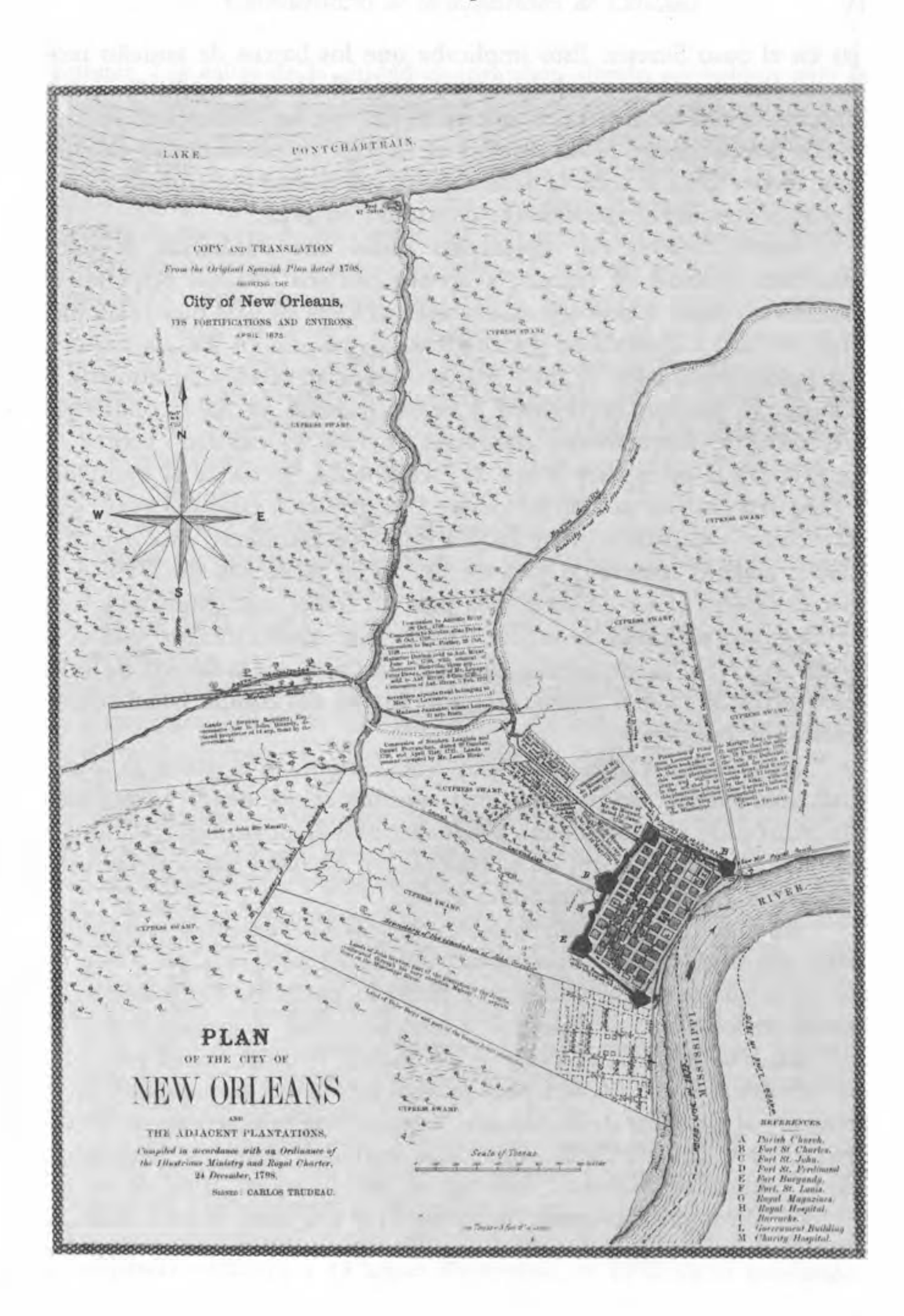
Además de proporcionar protección contra las inundaciones, el dique natural servía como camino. Asimismo, en muchas áreas corría un camino paralelo, a los pies del dique. Tanto el «bature» como el camino debían de ser conservados por el dueño de la propiedad como condición de su concesión original y de las leyes de la colonia. Dejar de cuidar el dique amenazaba no sólo las propiedades de la persona responsable sino también aquéllas de sus vecinos, a menudo a distancias considerables río arriba y río abajo.

Remontando desde English Turn, el visitante vería plantaciones cada vez más y más grandes y rentables hasta que finalmente aparecía la ciudad de Nueva Orleans a la vista. Este distrito era conocido como Bas du Flueve y era la localidad más rica bajo dominio francés.

Situada en la ribera, a lo largo del exterior de una curva del río, a una distancia de 94,5 millas o 152 kilómetros de Head of Passes, el emplazamiento de la ciudad forma una pendiente hacia los bordes pantanosos del lago Pontchartrain, que aquí yace al norte del río. Gracias a la fuerte corriente en el exterior de la curva, el canal corre pegado a la orilla, permitiendo a los barcos de hasta 17 pies de calado amarrar para descargar.

El emplazamiento de Nueva Orleans había sido elegido no sólo porque estaba relativamente alto y tenía un canal profundo junto a la orilla sino porque era el sitio más cercano al Bayou Saint John con estas características. El Bayou Saint John alcanza el río Misisipí a una milla (1,6 kilómetros) más o menos, y fluye hacia el norte hasta el lago Pontchartrain. Este brazo era navegable por embarcaciones pequeñas hasta 6 millas (9,6 kilómetros) de su longitud, de modo que las mercancías podían ser llevadas por agua a dos millas (3,2 kilómetros) de Nueva Orleans, y por lo tanto a una distancia del Misisipí de bastante fácil transporte.

Cuando se eligió el emplazamiento, en 1718, era convicción general que los barcos de navegación oceánica podían entrar en el Misisipí durante las aguas altas (como había hecho Bond). De acuerdo con esto, los franceses planearon hacer uso del Bayou Saint John como paso hacia el Misisipí y usarlo como línea principal de su comercio en pieles y productos agrícolas entre la cuenca del Misisipí y Mobile, su puerto central y oceánico. Pero no mucho después de que hubieran comenzado las obras, nuevos sondeos en las distintas embocaduras del Misisipí revelaron profundidades de hasta 15 pies durante las aguas ba-


LAKE PONTCHARTRAIN
COPY AND TRANSLATION
From the Original Spanish Plan dated 1798,
SHOWING THE
City of New Orleans,
ITS FORTIFICATIONS AND ENVIRONS
APRIL 1875
N
W
E
S
CYPRESS SWAMP
RIVER
MISSISSIPPI
PLAN
OF THE CITY OF
NEW ORLEANS
AND
THE ADJACENT PLANTATIONS,
Compiled in accordance with an Ordinance of
the Illustrious Ministry and Royal Charter,
24 December, 1798,
SIGNED: CARLOS TRUDEAU.
Scale of Toesas
REFERENCES.
A Parish Church.
B Fort St Charles.
C Fort St. John.
D Fort St. Ferdinand
E Fort Burgundy.
F Fort. St. Louis.
G Royal Magazines.
H Royal Hospital.
I Barracks.
L Government Building
M Charity Hospital.

jas en el paso Sureste. Esto implicaba que los barcos de tamaño moderado podían entrar en el río durante todo el año y subir hasta Nueva Orleans donde podían intercambiar cargas con las embarcaciones fluviales directamente. La Compañía de las Indias rápidamente decidió que Nueva Orleans sería su sede central y el puerto principal de la colonia. El traspaso de Mobile fue concluido en 1723.

Nueva Orleans fue replanteada como una cuadrícula de once manzanas situadas de suroeste a noreste por seis situadas perpendicularmente, sureste a noroeste. Cada manzana era de 300 pies (91,4 metros) de lado y dividida en doce terrenos dispuestos en filas de seis con los lados cortos hacia el río y los ejes largos apuntando al noroeste y sureste. El proceso de división y recombinación ya había obliterado parcialmente este replanteo parcelario original. El cuadrado central ribereño era la plaza (hoy plaza de Jackson). La iglesia de la parroquia estaba centrada en su lado noroeste. A la izquierda estaba el cuartel de la guardia y la prisión. Hoy en día este emplazamiento está ocupado por el edificio construido para el cabildo en la década de 1790. A la derecha de la iglesia estaba la casa para los frailes capuchinos que eran la dirección espiritual de los habitantes. Este emplazamiento está ocupado ahora por la presbitería, edificio construido en la década de 1790 para alojar al obispo. Ambos son ahora parte del complejo del Museo Estatal de Luisiana.

De las sesenta y seis manzanas que componían el plano de la ciudad, sólo estaban ocupadas las más cercanas al río, siendo la densidad de edificaciones directamente proporcional a la proximidad al río y a la plaza. La parte trasera de la ciudad, que se llenó hacia el final del periodo español, era usada como jardín.

Aunque Pittman y sus contemporáneos no comentan nada sobre ello, sucesivos viajeros observaron con repugnancia que las calles no pavimentadas de la ciudad eran a menudo pozos de barro inmundo, llenos de todo tipo de desechos. Como la ciudad recibe una media de 60 pulgadas de lluvia al año y normalmente tiene un clima seco sólo en octubre y abril, esta amenaza pública raramente disminuía. Aparentemente al corriente de la entonces nueva teoría «ambiental» de las enfermedades, Ulloa redactó ordenanzas municipales que se encargaban de la retirada de basuras y restringía el vertido en las calles de los desechos tanto animales como humanos. Hay una serie de evidencias, limitadas en cualquier caso, que sugieren que estas reglas no eran im-

puestas. Las calles de la ciudad continuaban siendo un peligro para la salud, la vestimenta, los miembros y la dignidad de cualquiera que intentase cruzar su embarrado suelo o andar a su lado excepto sobre las pasarelas que la mayoría de los propietarios construían frente a sus edificios. Excepto por uno o dos edificios gubernamentales, que eran de ladrillo, la mayoría de las estructuras en Nueva Orleans estaban hechos de madera y elevadas hasta ocho pies (2,4 metros) del suelo sobre columnas de ladrillo o madera. Las pesadas lluvias que pueden descargar hasta seis pulgadas de agua en veinticuatro horas, el mal drenaje, y las ocasionales inundaciones del río Misisipí, explican este tipo de construcción. El marco básico de madera se llenaba con o ladrillo y mortero o «boussalage», una mezcla de barba española (*Tillandsia usneoides*) seca y arcilla aplicada a un enlistonado. Las casas de «bousselage» estaban a menudo enfundadas en tablas de chilla. Había también edificios construidos enteramente con madera. Los tejados eran cubiertos con ripias de ciprés. Algunas casas ya ostentaban el porche galería típico de las Indias occidentales que proporcionaban sombra en uno o más lados de la casa y un agradable frescor durante los cálidos y húmedos veranos. La mayoría de las viviendas eran de una habitación en sentido anteroposterior, con numerosas ventanas y puertas en lados opuestos para facilitar la ventilación. Las cocinas, retretes, y otras construcciones exteriores llenaban, junto con un jardín, la parte trasera de la parcela.

De acuerdo con Pittman, la iglesia estaba en tan malas condiciones que desde 1766 los servicios se celebraban en un almacén real. La casa de ladrillos de los capuchinos ya no se usaba y estaba en general deteriorada. Las barracas de marco de madera construidas en el lado suroeste de la plaza se habían derrumbado, pero unos almacenes reales y algunas piezas de artillería seguían allí. Al noreste, la casa y jardín del intendente ocupaban parte de aquel lado de la plaza. Más al noreste, con vistas al río, estaba el convento de las ursulinas y el hospital general, la misma estructura de los edificios de madera construidos bajo la Compañía de las Indias.

La población de Nueva Orleans parece haber sido de alrededor de 3.500, de los cuales 1.589 eran de ascendencia europea, de acuerdo con el censo de 1766. Alrededor de treinta y cinco por ciento (N=563) de estas personas eran niños menores de 5 años de edad. Las personas de la «segunda edad» (5 a 15 años) constituían el 10 % de la población

blanca (N=160). Los adultos (866) constituían el restante 55 % de esta población, pero estaban desigualmente divididos en hombres, 535 o 62 %, y mujeres, 331 o 38 %. No se encuentran cifras análogas para la población africana, en su mayoría esclava.

Estos números indican varios puntos interesantes. Primero, las proporciones de edad y sexo en Nueva Orleans, sugieren una población blanca que mantenía el número de integrantes a base de una inmigración constante. Segundo, el relativamente bajo número de varones blancos capacitados para portar armas (535) hace que la decisión de Ulloa de no tomar el control directo de Nueva Orleans con sus 90 soldados españoles sea aún más desconcertante, y ayuda a explicar por qué los conspiradores de 1768 indujeron a varios cientos de hombres de los asentamientos alemán y acadiano a acudir a la ciudad. De esta forma, crearon una muchedumbre de tal tamaño que Aubry y sus 100 soldados no pudieron controlarla, ni aunque hubiera recibido refuerzos de los soldados españoles que Ulloa había dispersado en varios fuertes al norte de Nueva Orleans.

El censo militar de O'Reilly de 1770 dio a conocer las ocupaciones de 213 de los hombres de la ciudad. La ocupación más frecuente de aquellos hombres que se habían enrolado en la milicia era la de zapatero, con 26, seguido de mercader, 16 (aunque todas las clases de mercader y de dependientes hacían un total de 28), sastre, 14; panadero, 10; carpintero, 9; tabernero y herrero, 8 cada uno; carretero y carnicero y personal de las oficinas de contabilidad francesa, 7 cada uno; tonelero, 6, y una variedad de otros oficios y ocupaciones con cinco miembros o menos. De estos últimos resaltan dos pasteleros, un joyero, un boticario, un sillero y un abogado. Un estudio reciente de estas cifras pone de manifiesto que Nueva Orleans vivía, claramente, del comercio.

Dejando la ciudad y viajando hacia el norte, a lo largo del río, el visitante vería más plantaciones y el dique natural en la ribera este, hasta el final del asentamiento alemán en la parroquia de Santiago. Antonio Acosta, usando información de los censos de la década de 1760, ha demostrado que las plantaciones más cercanas a Nueva Orleans, tanto al norte como al sur a lo largo del Misisipí, eran las más grandes, con un diez por ciento con más de 50 esclavos, y que la mayoría (80 %) de las granjas en este mismo área tenían al menos un esclavo. Entre los alemanes, sólo el 39 % tenían esclavos, y pocas tenían

más de uno o dos. Los acadianos, que vivían a lo largo del Misisipí, como sus residentes más recientes y pobres, normalmente no tenían esclavos.

En la costa alemana, las granjas y algunas plantaciones se alineaban a ambos lados del Misisipí. Una agrupación de casas en la orilla oeste del río, en la actual Hahnville (unas 30 millas o 48 kilómetros al norte de Nueva Orleans) y la famosa «iglesia roja» (llamada así por el color de la pintura de sus muros) en la ribera este, señalaban los emplazamientos de los primeros asentamientos alemanes.

Justo por encima de la costa alemana, donde el Bayou LaFourche intersectaba al río Misisipí (unas 80 millas o 130 kilómetros por encima de Nueva Orleans), los primeros inmigrantes de Acadia se habían asentado ya a lo largo del dique natural de este canal de distribución de aguas altas del «padre de todas las aguas». No hay descripciones de sus granjas de esta época pero probablemente seguían la misma pauta de asentamientos lineales dispersos que fue tomada más tarde como una tradición importada de Canadá. Sus viviendas seguían las costumbres locales de Luisiana, de construcción de estructuras de madera con relleno de «boussalage» y tejado de ripias.

Unas millas por encima del Bayou LaFourche, en la ribera este, se sitúa el asentamiento acadiano de San Gabriel, fundado en 1766-1767 (105,5 millas o 170 kilómetros sobre Nueva Orleans).

En el Bayou Manchac, o río Iberville (unas 120 millas o 193 kilómetros pasando Nueva Orleans), los ingleses tenían un pequeño fuerte y varios almacenes y casas en la orilla norte del bayou. No mucho más lejos, la orilla este del río se alza hasta convertirse en las tierras altas naturales que van desde Baton Rouge hacia el norte hasta Nogales, actual Vicksburg, y la embocadura del río Yazoo. En la orilla oeste, el terreno es bajo y susceptible de sufrir inundaciones.

Unas 14 millas o 22,8 kilómetros pasando Manchac, en la ribera este estaban los primeros edificios de Baton Rouge. En la década de 1760 consistía en unas cuantas granjas a lo largo de las tierras altas que se erguían a una distancia variable de la orilla del río. La planicie intermedia estaba sujeta a inundaciones y oscilaba entre una gran extensión, justo al norte de Manchac, y una pequeña franja al pie del área del centro de la ciudad actual. En Scotts Bluff, unas millas al norte, la planicie de inundación desaparece al girar el río hacia el oeste.

Diez leguas al norte de Manchac estaba Pointe Coupée, un distrito de plantaciones que se extendía 20 millas (32 kilómetros) a lo largo de la ribera oeste del río Misisipí (el distrito comenzaba a unas 149 millas o 240 kilómetros de Nueva Orleans). Con anterioridad a la cesión del margen este del río a los ingleses, los residentes de Pointe Coupée habían cultivado maíz. El asentamiento tenía un pequeño fuerte con empalizada, bastiones en las esquinas y una guarnición de una docena de hombres. Este fuerte estaba localizado a seis millas (9,7 kilómetros) de las primeras plantaciones. En las cercanías había una iglesia. Pittman exageró la población al afirmar que había 2.000 blancos y 7.000 esclavos, mientras que el censo español de 1760 muestra 515 blancos y 680 esclavos. Acosta encontró que hacia el 60 % de los residentes poseían esclavos, pero que ninguna persona llegaba a tener más de 50. Conocidos por su fertilidad, los suelos del distrito producían tabaco y añil y alimentos (¿sobre todo maíz?) para las aves de corral que se exportaba para alimentar a Nueva Orleans y para abastecer a los barcos que partían de su puerto. Como en otras áreas de plantaciones, la madera aserrada y las duelas de barril también eran importantes productos producidos durante el invierno cuando los esclavos no estaban ocupados con otras obligaciones. El área adquirió su nombre del canal de desbordamiento que atravesaba la parte superior de una curva en «U» del río. Aparentemente en las inundaciones de 1722 el Misisipí terminó de atravesar el cuello de la «U» dejando a «Río Falso» atrás para convertirse en otro lago en forma de «C» señalando un antiguo cauce de la corriente principal.

Desde Pointe Coupée el viajero continuaría remontando el Misisipí diez leguas más hasta llegar al comienzo del río Atchafalaya, la ruta fluvial a los distritos de Opelousas y Attakapas (a unas 208 millas o 334 kilómetros de Nueva Orleans). Los distritos comenzaban a 25 leguas (75 millas o unos 120 kilómetros) de la unión de los dos ríos y cubrían un área de 25 leguas de norte a sur y de cinco de ancho. En el área vivían unas 60 familias de soldados licenciados, acadianos, y antiguos residentes franceses de Fuerte Toulouse (en Alabama). En ambos distritos, los residentes vivían primordialmente del ganado vacuno y de los caballos, que pastaban en las praderas naturales a ambos lados de las cabeceras del Bayou Teche (Opelousas) y del río Vermillion (Attakapas). Un censo del distrito de Opelousas en 1769 mostraba un total de 4.016 animales incluyendo 2.419 cabezas de ganado, 24 bueyes,

639 caballos y yeguas, 198 ovejas y 682 cerdos. Un censo de Attackapas durante el mismo periodo mostraba un total de 2.189 animales incluyendo 14 bueyes, 266 caballos y yeguas, 1.323 cabezas de ganado y 565 cerdos. Se cultivaba arroz, maíz y patatas como alimento. Algunos residentes comercializaban con nativos americanos pieles de ciervo y demás peletería. En 1769 los acadianos de Attakapas cultivaban y tejían algodón para uso propio, aunque no lo habían desarrollado como cultivo para la venta debido a la idea equivocada de que el gobierno español no permitiría su venta. El asentamiento de Opelousas se había constituido en distrito en 1763. Los primeros acadianos habían llegado en la primavera de 1765 y se habían asentado en tierras propiedad de Antoine Bernard Dauterive, un oficial retirado del ejército francés que tenía extensas áreas ganaderas. Otros se habían mudado al distrito de Attakapas a lo largo del Bayou Teche y del curso superior del río Vermillion, donde estaban la mayoría de los residentes. El actual Saint Martinville está en el centro de este distrito. Un censo de Opelousas en 1769 mostraba 197 blancos y 115 esclavos. El censo de Attakapas del mismo año mostraba 166 residentes blancos pero sólo 33 esclavos, un índice de la relativa pobreza de los recientemente asentados acadianos. En ambos distritos, los varones adultos blancos eran un 60 % más numerosos que las hembras. Entre los esclavos, sin embargo la proporción era de cuatro varones por cada hembra en el Attakapas pero de sólo el 38 % más de varones que de hembras en el distrito de Opelousas. Opelousas contaba con 91 niños blancos, mientras que Attakapas tenía 55 niños blancos. La tabla 2.1 muestra los datos de este censo.

Como en todo el resto de la baja Luisiana, las granjas estaban dispuestas al borde del agua a lo largo de los «bayous» de manera que se aprovechara el dique natural, así como de las fáciles comunicaciones ofrecidas por vía acuática.

La comunidad estaba atendida por una pequeña iglesia y un misionero capuchino. Una compañía de milicias había sido formada en la época en que Pittman redactase su informe.

Una legua después del río de Opelousas (el Atchafalaya), el río Rojo entraba en el Misisipí. Remontando este río el viajero llegaba al puesto de Rapides. En 1769 consistía de 8 casas con 33 europeos y 18 esclavos (véase la tabla 2.1). Cerca había un poblado de 21 casas que poseía alrededor de 44 indios de las naciones Apalache, Biloxi, Taensa,

Tabla 2.1

Análisis de la población de distritos seleccionados

	1769			
	Opelousas	Attakapas	Rapides	Natchitoches
Blancos				
Varones hasta 14 años	45	29	7	98
Varones 15-50 años	63	65	9	152
Varones más de 50 años	3	3	1	5
Total varones	111	97	17	255
Hembras hasta 14 años	46	26	8	94
Hembras 15-50 años	36	41	7	104
Hembras más de 50 años	4	2	1	2
Total hembras	86	69	16	198
Esclavos africanos				
Varones hábiles	50	21	8	141
Varones no hábiles	19	4	4	41
Total varones	69	25	12	182
Hembras hábiles	36	5	4	93
Hembras no hábiles	10	3	2	36
Total hembras	46	8	6	129
Total blancos	197	166	33	453
Total negros	115	33	18	311

Pascagoula y Alabama, muchas de estas personas hablaban español. Los europeos vivían de cultivar tabaco y maíz pero además poseían 98 caballos, 258 cabezas de ganado y 97 cerdos. Por su parte, los nativos americanos cultivaban algo de maíz y cazaban.

Remontando más el río Rojo se llegaba a Natchitoches, a 70-75 leguas (unas 210 millas o 338 kilómetros) del Misisipí y 140 leguas o cuarenta días por río de Nueva Orleans. El distrito poseía 77 familias (censo de 1766) que vivían en estructuras de madera esparcidas por las diversas islas formadas por los brazos del río Rojo. Un contemporáneo describió el área como un prado casi circular de alrededor de tres leguas de diámetro rodeado de bosques. El fuerte era una simple empalizada que encerraba varias estructuras. Estaba enclavado en una ligera elevación (13 metros) sobre el río, en la ribera oeste. Parcialmente protegido de las inundaciones rápidas por la gran barrera de troncos de árboles existente más arriba, en el río Rojo. La cuenca de Natchitoches

ofrecía ricos suelos aluviales y excelentes pastos. Sus cultivos principales eran tabaco, que tenía la reputación de ser el mejor de Luisiana, maíz y arroz. El censo de 1766 reflejó una producción de 83.360 libras de tabaco, 2.359 barriles de maíz y 258 barriles de alubias durante 1765. Sólo un habitante cultivaba trigo y cebada. También se criaban pollos y pavos en gran número.

En 1766 la población europea de Natchitoches era de 109 adultos (igual número de varones y hembras), y 209 niños por debajo de los 15; nueve mestizos, dos indios, y cuatro mulatos completaban la población libre. Los esclavos sumaban 103 varones, 73 hembras y 63 niños de orígenes africanos y 29 indios, con un total de 268. Tres años más tarde los inspectores encontraron 453 habitantes blancos y 311 esclavos. Había casi un 50 % más de varones adultos que de hembras adultas en ambos grupos. El pueblo poseía 4.069 animales, incluyendo 815 caballos y yeguas, 1.752 cabezas de ganado, 150 ovejas y 1.268 cerdos. Excepto por las ovejas, el número de animales en cada categoría había aumentado marcadamente desde el censo de 1766.

Todos los visitantes hacían comentarios acerca de la jovialidad de los pobladores y la aceptación generalizada del mandato español. Unos pocos, que comerciaban con el fuerte español Los Adaes a sólo 20 millas (32 kilómetros) al oeste, tenían motivos para temer el régimen español. Ya en 1769, se hacían averiguaciones sobre este comercio con vistas a pararlo.

Volviendo por el río Rojo hacia el Misisipí, el viajero continuaría su laborioso camino hacia el norte. Natchez, en la ribera este, inglesa, yacía 34 leguas al norte de la embocadura del río Rojo. Desde Nueva Orleans la distancia era de 60 leguas o casi un mes de dura travesía (se encuentra en la milla 360 desde Head of Passes o 265,5 millas –427 kilómetros– desde Nueva Orleans). En Natchez los farallones en el lado este del río alcanzan su altura máxima. El fuerte se alzaba sobre una ligera elevación a 180 pies (54,9 metros) sobre el nivel del río y a 670 yardas (612 metros) de la orilla. Construido con tablas en forma de pentágono irregular, y rodeado por una zanja excepto por el norte, donde unas estacas puntiagudas la sustituían, el fuerte dominaba la mayoría de las suaves pendientes sobre el farallón así como el área río abajo. El puesto de Ulloa de San Luis de Natchez en la ribera oeste no tenía ninguna de las ventajas defensivas de que disfrutaba Natchez, mientras que tenía todas las desventajas de estar en la planicie de inun-

dación del Misisipí. En el lado de Natchez, en frente del farallón, existía una planicie de inundación de más anchura que lo que el visitante actual puede apreciar. Las plantaciones y granjas de Natchez estaban dispersas por las colinas cercanas. Convertido en uno de los asentamientos con mayor población francesa debido a que sus suelos producían un tabaco muy estimado por su calidad, Natchez nunca se había recuperado de la revuelta de los indios natchez en 1729. En la década de 1760 unos pocos cientos de personas vivían en el distrito. Sólo unas docenas vivían en la ciudad.

Desde Natchez, el viajero remontaba hasta el río Arkansas (a 480,5 millas o 772 kilómetros de Nueva Orleans por el curso actual del río Misisipí), pudiendo apreciar que los farallones en la orilla oriental se extendían unas 40 leguas, hasta Nogales (a 337,5 millas o 543 kilómetros de Nueva Orleans, hoy) –moderna Vicksburg– y después eran sustituidos por los mismos pantanos de cañas y cipreses que constituían la orilla occidental. Desde Nogales a la embocadura del Arkansas había otras 120 leguas de vueltas, barras de arena y otros peligros (las distancias eran más grandes que en la actualidad).

El puesto de Arkansas estaba a tres leguas arriba siguiendo por este río y consistía en un fuerte cuadrado, amurallado, localizado a unas 200 yardas (183 metros) del borde del río y de ocho casas dispuestas en una franja de terreno aclarada a 900 yardas (823 metros) del río. El suelo era arenoso y se inundaba casi todas las primaveras, haciendo casi imposible el cultivo. La mayoría de los residentes del puesto, aparte de los más o menos 35 soldados y oficiales, eran cazadores. El puesto enviaba con regularidad carne de bisonte salada, grasa de oso, y sebo a Nueva Orleans junto con algunas pieles. Había también un limitado comercio con los indios, especialmente con los tres poblados de los quapa que vivían tres leguas río arriba.

Del río Arkansas al río Saint Francis había 50 leguas más. Setenta leguas después aparecían los farallones chickasaw en la orilla oriental, para dar paso nuevamente a las tierras altas durante cierta distancia antes de descender hasta las planicies de inundación de la unión entre los ríos Ohio y Misisipí. Los farallones estaban esparcidos a 340 leguas de Nueva Orleans o entre 60 y 75 días de viaje (hoy a 638 millas o 1.027 kilómetros de Nueva Orleans). El Ohio penetraba desde el este 100 leguas al norte del Saint Francis. Una vez pasado el Ohio, el viajero encontraría el cabo Girardeau y después Santa Genoveva, separa-

dos unas 20 leguas de distancia por el río (la distancia hoy es de 71 millas o 114 kilómetros).

Santa Genoveva se encontraba a una distancia estimada de 345 leguas de Nueva Orleans durante las aguas altas, cuando se podían tomar atajos, pero hasta un tercio más lejos durante las aguas bajas, cuando había que seguir el sinuoso curso del Misisipí. Hoy se encuentra a 992,5 millas o 1.597 kilómetros de Nueva Orleans. Aún hoy, en el lugar de su fundación, en la década de 1730 (sería trasladada en 1785), se sitúa sobre un terreno llano que tendía a ser cenagoso, especialmente cuando el Misisipí se desbordaba. El pueblo contaba entre 60 y 70 vecinos, que con los alquilados, contribuían a las alrededor de 600 personas que vivían en el distrito (el censo de 1772 contó 696 personas, de las que 404 eran blancos y 287 eran esclavos africanos). Las casas estaban dispersas a lo largo de una extensa área, de modo que el pueblo parecía mayor y más populoso de lo que era en verdad. Su cultivo principal era el trigo, pero también se podían encontrar reses, puercos y caballos en sus granjas. Unos pocos residentes vivían de la caza, y otros del comercio con los ingleses justo al otro lado del Misisipí en Kaskasia. Pedro de Piernas, al informar a O'Reilly acerca de su inspección del alto Luisiana, aseguraba que los mercaderes ingleses en Kaskasia encargaban bienes a Nueva Orleans por vía de estos franceses y estos a su vez organizaron el comercio local de tal forma que los franceses vendían alimentos a los ingleses a bajos precios para obtener estos mismos bienes que recibían de Nueva Orleans. En las cercanías estaban las famosas minas de plomo, de continuo interés para los soñadores pero también de un producción siempre baja.

Veinte leguas de Santa Genoveva estaba San Luis (a 1.049 millas o 1.688 kilómetros de Nueva Orleans). Se estimaba que estaba a 500 leguas o al menos tres meses, pero más comúnmente a cuatro meses de viaje desde Nueva Orleans. Fundado en 1764 por Pierre LaClede Liguest, socio de Maxent, LaClede y Compañía, en 1769 había crecido tanto que tenía al menos tantos vecinos como Santa Genoveva, pero menos personas porque había menos esclavos, de acuerdo con Piernas (el censo de 1772 mostraba 597 personas, de las cuales 399 eran blancos y 198 eran esclavos africanos). El emplazamiento era mucho mejor que el de Santa Genoveva, situado más alto y no expuesto a inundaciones. El trigo era el principal producto agrícola, pero también eran productos importantes las pieles obtenidas de los indios durante los

encuentros anuales de primavera y del comercio durante el resto del año.

Cinco leguas río arriba de San Luis, el río Missouri penetraba en el río Misisipí desde el oeste (a 1.065 millas o 1.714 kilómetros de Nueva Orleans). Allí, en la planicie de inundación del Missouri, Ulloa hizo construir un fuerte en el lado sur y un fortín en el norte. Su intención era impedir a los ingleses de los fuertes cercanos de Chartres y Kaskasia controlar el comercio a lo largo del Missouri.

Enfrente de Santa Genoveva se hallaba el distrito de Kaskasia, parte de la Illinois británica a partir de 1763. El asentamiento en sí y el fuerte yacen dos leguas (unas 6 millas o 9,7 kilómetros) Kaskasia arriba, que desemboca en el Misisipí a 986,8 millas o 1.588 kilómetros de Nueva Orleans de acuerdo con las distancias actuales del río. Las sesenta y cinco familias que permanecieron allí después de que los ingleses tomaran el mando cultivaban trigo y criaban ganado. Se usaban molinos de agua para aserrar madera y moler maíz. Pittman, que pasó algún tiempo allí, lo consideró el mejor asentamiento en el territorio de Illinois.

Más al norte, y junto al Misisipí, estaba el fuerte Chartres. Comenzado en 1756 a una distancia de media milla (0,45 kilómetros) del río, hacia 1766 el río había erosionado hasta 80 pasos o alrededor de 250 pies (76 metros) de una pared. De las 40 familias que habían vivido alrededor del fuerte antes de la ocupación británica, sólo quedaron tres o cuatro. El resto se había mudado al otro lado del Misisipí a Santa Genoveva. Lo mismo había sucedido en Saint Philip, un pequeño asentamiento a unas 5 millas (8 kilómetros) del fuerte Chartres. Por otro lado, la mayoría de las veinte familias de La Prairie de Roches, un asentamiento cerca de dos millas (3,2 kilómetros) del fuerte Chartres, habían elegido permanecer allí.

El «Illinois» español, Missouri de acuerdo con la nomenclatura actual, se hallaba por lo tanto enfrente de una provincia británica todavía parcialmente poblada por franceses. Franceses o ingleses, los habitantes de la Illinois británica producían trigo (harina) y participaban en el comercio de pieles. El Misisipí, el Missouri, el Illinois y un número de ríos menores eran su medio natural de comunicación con las fuentes de las pieles y con Nueva Orleans, el mercado lógico para los productos de sus campos y comercio. Como Pedro Piernas ya había descubierto en 1769, el Misisipí era una barrera, artificial e ineficaz, entre

las dos áreas. En 1769, tanto los súbditos ingleses como los españoles tenían derecho a usar el río Misisipí. En aquel momento, los ingleses parecen haber tenido ventaja, en términos económicos, igual que en Nueva Orleans. A largo plazo la cuestión era qué administración dominaría ambas áreas.

Así era, en resumen, la provincia que España tomó de manos de Francia. Su frontera oriental al norte del Bayou Manchac se extendía a más de 2.000 millas (3.218 kilómetros) hacia el norte, a lo largo del serpenteante y a menudo cambiante curso del río Misisipí. En la mayor parte de esta longitud, no había asentamientos europeos en ninguna de las dos riberas, y las moradas de los indios eran generalmente estacionales, excepto por las pocas áreas de terreno alto como los farallones de Chickasaw. Durante días el viajero que se adentraba en el Misisipí no veía más que árboles delineando las riberas o pantanos donde el río había desbordado sus márgenes. Tanto en extensión como en relativa ausencia de seres humanos, el valle del Misisipí era totalmente distinto a lo que los españoles habían encontrado antes, excepto por las áreas del Amazonas y del río de la Plata. Aquí ciertamente había espacio para construir un vasto imperio, con sólo encontrar los medios adecuados. Aquí había un espacio donde la lucha de España con los ingleses por el imperio en las Américas alcanzaría uno de sus puntos culminantes, aunque el verdadero adversario en la década de 1790 serían los Estados Unidos, no los comerciantes de pieles ingleses que llamaban la atención a las autoridades en Madrid.

Capítulo III

EL PRIMER INTENTO ESPAÑOL DE GOBERNAR LUISIANA, 1763-1768

El primer intento español de gobernar Luisiana estaba condenado al fracaso probablemente antes de empezar. En Madrid, los ministros del rey, al igual que su superior, tenían dos opiniones acerca de la nueva adquisición colonial. Algunos no deseaban tener nada que ver con ella; otros querían utilizarla como un primer paso hacia la recuperación del control sobre toda la costa del golfo. A esta división de opiniones añadieron inmediatamente una forma no rutinaria de administrar una única colonia (el imperio español en las Américas) y entonces complicaron el problema enviando un gobernador con instrucciones que estaban limitadas a confundir a sus nuevos súbditos y permitirles desarrollar falsas esperanzas que los españoles no habían de mantener. Cuando hizo recomendaciones y se le enviaron órdenes que amenazaban las costumbres existentes y los intereses económicos de la colonia, y le fueron denegados el dinero y el contingente militar humano que necesitaba para dar credibilidad a su autoridad, estaba dispuesto el escenario para un levantamiento que barrió el primer régimen español de Luisiana.

Conflictos políticos y retrasos

El regalo de Luisiana por parte de Luis XV puso de relieve las actitudes conflictivas de los consejeros de Carlos III y de los oficiales imperiales, en general no sólo sobre la alianza francesa sino también sobre la conveniencia de expandir las fronteras ya lejanamente esparcidas del imperio. Un grupo, que puede ser llamado la escuela del «pequeño

imperio», se oponía a nuevas adquisiciones, principalmente porque las posesiones existentes parecían necesitar más recursos humanos y financieros para su desarrollo y defensa que los que tenía España. En los meses que siguieron al 3 de noviembre de 1762, Bernardo Wall era el líder de hecho de esta escuela, fundamentalmente porque se opuso al Pacto de Familia y sabía que el «regalo» de Luisiana estaba preparado para retirar a España más lejos de esa alianza desafortunada. El otro punto de vista puede ser llamado la escuela «expansionista». Los personajes con esta convicción daban la bienvenida a nuevas adquisiciones, a menudo por razones tan variadas como la búsqueda de almas y martirio de los frailes o porque los oficiales querían plantar una frontera tan lejos como fuera posible de los centros de minería o alcanzar alguna otra meta a largo plazo, a menudo visionaria. El Conde de Aranda, Pedro Pablo Abarca de Bolea, se pronunció a favor de este punto de vista en noviembre de 1762. Ésta fue también la posición que Carlos III había expresado en 1760, cuando meditó que le gustaría «disponer algo con Francia después de la paz sobre Luisiana».

Los historiadores han estudiado sólo unos pocos aspectos de la interacción de estas actitudes acerca de la cuestión de aceptar el regalo de Luis XV y qué hacer con él una vez que fuera aceptado. Lo que se sabe es que entre el 3 y el 13 de noviembre, prevaleció la escuela «expansionista» y que la cesión fue aceptada. También se sabe que Bernardo Wall creía que mientras el Pacto de Familia existiera, apenas suponía diferencias el que Francia o España poseyeran de hecho lo que quedaba de Luisiana y que tradujo esta creencia en falta de acción durante los restantes meses de su ministerio, que terminó en agosto de 1763. Fue ayudado en esta falta de acción por el fracaso francés de 1763, de ratificar la cesión o emitir órdenes para la transferencia de la Luisiana occidental a España. No se sabe si Aranda o su superior real o alguien más en Madrid presionó para efectuar una ocupación inmediata de la provincia, y si no fue así, averiguar el porqué. Tampoco se sabe si el ministro de las Indias, Balio Fraile Julián de Arriaga, secundó la indiferencia de su protector Wall hacia la provincia, ni si el Consejo de Indias se tomó algún interés (o se le permitió tomar algún interés) en los numerosos problemas que presentaba la colonia.

Wall fue sustituido como ministro de relaciones exteriores por Jerónimo de Grimaldi, el embajador español en París durante la negociación del Pacto de Familia. Tampoco parece que Grimaldi hubiera he-

cho nada al principio acerca de Luisiana, pero hacia diciembre de 1763, había hecho de la ocupación española su propio proyecto y había decidido que Antonio de Ulloa sería el primer gobernador español. Por aquel entonces conocía lo bastante sobre la provincia para saber que tendría que buscar información en Francia sobre los tipos de suministros y regalos para los indios que debería mandar con Ulloa. La Luisiana española empezó entonces su historia no como una colonia ordinaria bajo el control administrativo usual, sino como un proyecto especial del ministro de asuntos exteriores. Esto no tenía precedentes.

Las decisiones de Grimaldi fueron traducidas a la acción con las cédulas reales del 4 de enero y del 29 de enero de 1764. La primera llamaba a Ulloa desde su posición como gobernador de Huancavélica, en el alto Perú (la actual Bolivia) a La Habana, para esperar órdenes adicionales. La segunda ordenaba al embajador de España en París descubrir qué presentes acostumbraban los franceses a dar a los indios y qué suministros iba a necesitar probablemente la provincia. Evidentemente Grimaldi esperaba tener a su gobernador y los suministros en La Habana hacia la primavera de 1765. Al principio, sus planes avanzaron con tanta velocidad como las distancias y comunicaciones que en aquel tiempo permitían.

Ulloa recibió sus órdenes en Huancavélica en julio de 1764. Perdió poco tiempo en hacer el equipaje y abandonar aquella corrupta comunidad de mineros y oficiales reales y, por aquel entonces hostil. Había sido nombrado gobernador en 1758 con la esperanza de que sus habilidades técnicas pudieran ayudar a dar la vuelta a la caída en la producción de mercurio y que su honestidad no comprometida pudiera no sólo descubrir sino también erradicar la corrupción que privaba a la corona de gran parte de sus beneficios del monopolio del mercurio. Hizo unas pocas mejoras en los procesos de producción pero encontró que la corrupción estaba profundamente enraizada en la jerarquía de las oficinas en Perú, desde el virrey hasta los oficiales locales menores. Incapaz de hacer mucho más aparte de provocar una controversia en la que su propio comportamiento fue puesto en entredicho y de escribir un informe detallado, secreto, sobre lo que encontró, la falta de utilidad de Ulloa para la corona había terminado mucho antes de que la decisión de julio de 1763 le llamara. Llegó a Lima en octubre y navegó hacia Panamá en noviembre. El 3 de febrero de 1765, informó de su llegada a La Habana. Sus cualidades para ser gobernador

de Luisiana eran que hablaba francés, tenía cierta familiaridad con la cultura francesa por su trabajo de juventud con una expedición científica francesa a América del Sur de 1736-44, y por su residencia en Francia, era un observador y registrador de información diligente, y tenía amigos en Madrid que le recomendaron.

El embajador español en París consiguió rápidamente una lista de regalos y suministros. Debido a que la mayoría de los regalos para los indios no podían ser encontrados en España, Grimaldi estableció un contrato con uno de los familiares de Bienville, un mercader de Rouen. Había estado suministrando a la colonia desde 1732, y ahora aceptaba juntar los artículos necesarios y tenerlos preparados para enviarlos hacia mitad del verano de 1764.

Mientras tanto, los británicos se desplazaron a Pensacola el 6 de agosto de 1763, a Mobile, el 20 de octubre del mismo año, y a Natchez, a principios de 1764. Sus hombres de comercio y mercaderes vinieron al Misisipí en tal número que rápidamente excedieron las modestas necesidades comerciales de los escasos centenares de residentes del banco este del río Misisipí, desde Manchac hasta más arriba de Natchez, o de los indios con quienes comerciaban a veces. Los contactos comerciales hechos primero durante la Guerra de los Siete Años fueron renovados y se crearon nuevos contactos con los cultivadores por debajo y por encima de Nueva Orleans. Los británicos ofrecieron créditos, esclavos, y bienes baratos a cambio de productos locales. Hacia 1765, algunos de ellos eran residentes de Nueva Orleans, comprando y vendiendo abiertamente.

Las transferencias de Pensacola y Mobile a los británicos y los rumores de que el resto de Luisiana iba a llegar a ser española hicieron que Blase d'Abbadie, el Director General francés de la provincia, solicitara una aclaración de sus superiores en París. El 21 de abril de 1764, Choiseul le escribió que España tomaría verdaderamente el resto de Luisiana y que debía transferir su gobierno al primer oficial español que llegara. En la misma fecha, Francia ratificó finalmente el tratado de cesión a España, despejando el último obstáculo legal para la asunción española del control.

Para promover la ocupación española, el 25 de abril de 1764, Choiseul, cada vez más ansioso por deshacerse de los costes del gobierno de Luisiana y afligido por el ritmo lento de las preparaciones españolas para ocuparlo, ofreció permitir a los españoles que reclutaran

para su propio servicio los 250 soldados franceses de Luisiana. Grimaldi aceptó complacido la oferta. Con todo, otra pieza de las preparaciones necesarias parecía estar colocada.

Pero luego no ocurrió nada. Los suministros que habían sido reunidos en Francia permanecieron en almacenes porque el gobierno había decidido prohibir la exportación de pólvora, uno de los artículos de la lista. Además, el transporte entre Bayona y Vigo, en Galicia, no estaba disponible hasta febrero de 1765. Parece que Grimaldi esperó a saber que Ulloa estaba de hecho en La Habana antes de emitir su comisión como gobernador de Luisiana y las órdenes necesarias para el *situado* que Nueva España había de proporcionar para pagar los costes de administración de una provincia largamente conocida como no productora de beneficios fiscales.

Estos retrasos, y otros factores desconocidos, llevaron a reconsiderar las fuerzas militares que debían ser enviadas con Ulloa. Pocos días después de que la comisión de Ulloa como gobernador fuera firmada el 1 de mayo de 1765, se enviaron órdenes a La Coruña para reclutar 100 hombres de la guarnición para un regimiento de Luisiana. Esto no retrasó los preparativos; el envío de Francia no llegó hasta mitad de junio, seguido por la harina, a finales de julio.

Una vez que los suministros y los hombres estuvieron a bordo de la fragata *Liebre*, ésta partió con el primer tiempo favorable. Era el 5 de setiembre de 1765, un mes antes de que se cumplieran tres años desde que la cesión se hubiera hecho y algo más de un año después de que la carta de Choiseul anunciando la transferencia de España hubiera llegado a Nueva Orleans. Ulloa mantenía ya correspondencia con los oficiales franceses de Luisiana, el alcalde Charles Philippe Aubry –quien se había hecho cargo de las responsabilidades de d'Abbadie tras su muerte, el 4 de febrero de 1765– y el *Ordonnateur*, Nicolas Foucalt. Los mercaderes de Nueva Orleans ya habían mantenido una reunión de representantes de los diversos distritos, una reunión que había acordado en enero de 1765, enviar a Francia a Jean Milhet, tal vez el más rico plantador y mercader de la provincia, para solicitar a Luis XV que revocara la cesión. Aunque la solicitud fue disimulada en términos de amor a Francia, el motivo real de los miembros de la asamblea era el miedo a que las bien conocidas leyes mercantilistas españolas restringieran todo el comercio de la provincia a Cádiz. Si esto ocurría, el comercio de Luisiana con las Indias occidentales francesas y con Cam-

peche y otros puertos de México menos importantes, estaría acabado y sus principales exportaciones a Europa –índigo, tabaco y pieles– estarían forzadas a un mercado ya saturado con el primer artículo y con escasa demanda para el tercero. El tabaco, un monopolio real en España, probablemente no encontraría un mercado al fin y al cabo. Las exportaciones menos importantes tales como alimentos, maderas, y materiales obtenidos en el comercio con Campeche y otros puertos mexicanos cesarían. La ruina financiera resultaría casi con certeza tanto para mercaderes como para plantadores, aunque algunos de éstos podrían haber esperado continuar vendiendo sus productos a los ingleses que ocupaban el Misisipí hasta y desde Natchez y Baton Rouge.

La carta de Choiseul que anunciaba la cesión no había hecho nada para aplacar esos temores. Había expresado la *esperanza* de que los españoles darían continuidad al clero francés en sus posiciones y con las dotaciones y privilegios de sus oficinas, permitirían a la justicia regular, y específicamente al Consejo Superior, continuar administrando las leyes, formas y usos de la colonia, y que confirmaría a los residentes la posesión de su estado real y garantías de la tierra, incluso aquellos (la inmensa mayoría) indebidamente confirmados de acuerdo a la ley francesa. No había dicho nada sobre el comercio.

Las instrucciones de Ulloa del 22 de mayo de 1765, por otra parte, podrían haber calmado algunos temores si se hubieran conocido. Se le ordenó:

> se innove por ahora el régimen de su gobierno y consiguientemente que en nada se sujete éste [nueva adquisición] a las leyes y práctica que se observa en mis dominios de Indias, considerándola como una separada colonia y aún lo sea [separada] de todo comercio con ellos [mis dominios de Indias]. (AGI, SD 2.594)

En esencia, Luisiana debía permanecer completamente separada del imperio español en América en cuestión de leyes, estructuras de gobierno, y comercio hasta después de que Ulloa y sus superiores hubieran tenido tiempo de aprender acerca de sus necesidades y cómo podría ajustarse dentro del sistema español. A corto plazo, los temores de la asamblea de Luisiana estaban infundados. Pero debido a que no se hizo nada para disiparlos, permanecían en expectación. Poco sorprende que Ulloa fuera recibido con educación pero con escaso entusiasmo.

La singularidad de Luisiana dentro del imperio americano de España

La situación a la que Ulloa se enfrentaba era anómala en muchos aspectos. Aunque estaba situada en las Américas y compartía algunas de las características de otras colonias de España en el Nuevo Mundo, especialmente Cuba, Luisiana estaba más cerca de las provincias europeas –principalmente italianas– que España había estado adquiriendo durante las décadas anteriores. Esto es, la mayoría de sus residentes eran descendientes de europeos y africanos, pero no nativos americanos, y tenía sus propias tradiciones gubernamentales, legales, económicas y sociales que no podían ser omitidas en la forma en que las instituciones nativas americanas lo habían sido en otras partes de las Américas.

España nunca había adquirido de ese modo una provincia en las Américas. Todas su adquisiciones americanas, incluida la más reciente, Texas, eran áreas habitadas en el momento de la ocupación, primordialmente por nativos americanos, cuyo mundo invadieron los españoles utilizando técnicas aprendidas en las décadas que siguieron a la llegada de Colón y modificadas por varias consideraciones religiosas y fiscales durante los años posteriores. Esas técnicas habían sido codificadas en 1573. Aplicables en partes de la cesión de Luisiana tales como «Illinois» (el actual Missouri) y Arkansas, que eran fronteras de interacción entre los europeos y los indios, las estipulaciones de las ordenanzas no eran apropiadas para la baja Luisiana, que tenía una población francesa y africana y una economía basada en plantaciones y pequeñas granjas y el contrabando de productos manufacturados europeos en el imperio español.

En Europa, ajustar una provincia como la baja Luisiana en el imperio español habría seguido usualmente un proceso como el que se ordenó que Ulloa siguiera en Luisiana; v.g., respetando las tradiciones locales al instalar la supervisión, defensa española, y eventualmente alguna integración económica limitada en el sistema mercantilista español. Las reformas fiscales también eran a veces parte de este proceso. La amenaza de una fuerza militar debía estar presente, y la resistencia y la habilidad de los primeros administradores españoles para reconciliar a los líderes locales con los cambios necesarios eran también componentes importantes del proceso. En ambas cuestiones, Ulloa estaba

impedido. Tenía demasiado pocos soldados para infundir temor a los más o menos 3.500 residentes de Nueva Orleans (de los cuales 600 eran hombres blancos capaces de llevar armas), como él mismo reconocía y repetidamente le decía a Grimaldi. Como personalidad, parecía alejado, puritano y tal vez un poco altivo con respecto a sus nuevos súbditos. Incluso después de que su esposa llegara a la colonia, fracasó en tratar a sus residentes líderes de la forma que esperaban en base a los precedentes fijados por el gobernador Vaudreuil en la década de 1740, y continuados a menor escala por el gobernador Kerlérec en la década de 1750. Todos los historiadores de este periodo suyo como gobernador, están de acuerdo en que la personalidad de Ulloa y su falta de éxito para congraciarse con todos los elementos de la sociedad de élite de Nueva Orleans eran factores importantes, pero no determinantes de la rebelión de 1768.

La tarea de Ulloa era aún más complicada por el hecho de que la baja Luisiana estaba en el Nuevo Mundo, y por lo tanto sujeta a la expectación tanto de sus habitantes como de los oficiales imperiales, de que llegara a ser una parte del imperio americano de España, cuyo sistema económico, especialmente, era incompatible con la tradición de la colonia. La reunión de habitantes de enero de 1765, había mostrado ya cuánto temían tal resultado, y con razón. La única ventaja económica que la baja Luisiana podría obtener de su nuevo estado sería una mayor infusión de monedas de plata española para reemplazar las numerosas formas de papel moneda depreciado que se transfería como moneda en los mercados de la colonia. Pero esta ventaja dependía de la prontitud de los pagos de México de los 150.000 pesos (más tarde aumentados a 250.000 pesos) que Grimaldi destinó para los gastos del gobierno español. Y, en contra de los pagos del situado podría estar la pérdida de plata ocasionada por el comercio de contrabando con México.

Acciones iniciales de Ulloa

La *Liebre* llegó a La Habana el 20 de noviembre de 1765. Debido a que había sufrido daños en la travesía y a que Ulloa sabía que la profundidad del agua sobre el banco de arena a la entrada del Misisipí era probablemente escasa, transfirió los hombres y suministros a una

fragata de 12 cañones pequeña, *Volante*, y a un bergantín. Soltaron amarras el 17 de enero de 1766. Un antiguo residente de Luisiana, Luis de Villemont, mandaba el bergantín. Las tormentas invernales fueron causa de una travesía difícil. El bergantín alcanzó la Baliza el 12 de febrero; mientras el *Volante* llegó casi dos semanas más tarde, y empezaron a ascender el río casi al mismo tiempo.

Alrededor del mediodía del 5 de marzo de 1765, el *Volante* atracó a pie de la *plaza de armas* (hoy Jackson Square). Bajo una lluvia probablemente desapacible, guiada por un fuerte viento, típica de los pasajes frontales en aquella época del año, Ulloa fue a tierra para saludar a los oficiales y a aquellos residentes que desafiaban el tiempo. Se intercambiaron cortesías formales, pero ambas partes estaban recelosas. Ulloa asombró a sus nuevos súbditos al fracasar en la proclamación de la soberanía española y al dejar la bandera francesa ondeando. Más tarde alegó que esto fue debido a que percibió que sus 90 soldados españoles era una fuerza demasiado pequeña para permitirle ejercer el control, pero también puede ser que interpretara sus instrucciones de no introducir innovaciones en el gobierno más literalmente de lo que hubiera debido. Esta omisión, de otra forma inexplicable, fue utilizada más tarde por los habitantes locales como base para calificarle como un tirano.

Dadas sus instrucciones de no introducir cambios en el gobierno, las leyes, o el comercio, Ulloa dedicó sus meses iniciales en Luisiana a recopilar información y formular recomendaciones para todos los aspectos de la vida de la colonia normalmente tratados por el gobierno. La defensa fue una de sus consideraciones primarias, pero también examinó las ordenanzas municipales de Nueva Orleans, la política, el comercio y los suministros indios, y el papel del Consejo Superior, el órgano en jefe de administración y justicia provincial que había heredado del régimen francés. Excepto donde las circunstancias u órdenes de Madrid le forzaron a tomar una acción, no interfirió en la administración de la provincia por Aubry y Foucault, una política que llegó a ser menos sostenible durante 1767 y finalmente se descompuso en 1768 mucho antes de que Ulloa tuviera los soldados o fondos para soportar los cambios que tenía que hacer.

En cualquier caso, no se formalizó hasta enero de 1767, cuando Ulloa izó la bandera española en la Baliza y pactó un acuerdo escrito con Aubry, donde se establecía una administración doble para Luisiana

desde el momento de la llegada de Ulloa. Fue acompañado por Esteban Gayarre, contable; Juan José de Loyola, comisario de guerra; y Martín Navarro, tesorero en funciones –los oficiales necesarios para la administración de los fondos españoles y los costes de la administración española–. Ulloa fue autorizado para hacerse cargo del coste de ejecutar la colonia, lo hizo *de jure* el día de su llegada. Desde entonces se suponía que los salarios y los gastos de Aubry, Foucault, su personal, y el Consejo Superior eran pagados por Gayarre y Navarro ante la presentación de requerimientos.

Si todo hubiera ido de acuerdo con el plan, los desacuerdos y los conflictos de personalidad entre los oficiales de los dos regímenes, sobre fondos y prestigio, hubieran sido minimizados. Ulloa esperaba reclutar para el servicio español al menos 250 de los 350 soldados franceses de Luisiana y pagarles según tarifas francesas, que eran más reducidas que las tarifas españolas. Sus salarios y gastos militares relacionados constituyeron el mayor gasto en el funcionamiento de la colonia. Pero las tropas francesas rechazaron el servicio español (la mayoría quería ser repatriada a Francia, habiendo servido diez años o más en Luisiana) y permanecieron bajo la dirección de Aubry. Por lo tanto, Foucault, como el oficial fiscal francés para la colonia, continuó teniendo un papel directo al pagarles. Si hubieran entrado en el servicio español, la posición de Foucault se hubiera reducido a airear asuntos gubernamentales franceses y servir como juez de primera instancia para el Consejo Superior, mientras continuara en funciones. No sólo no ocurrió, sino que el fracaso del tesoro mexicano en pagar con prontitud los 150.000 pesos al año, que Grimaldi había destinado para los gastos de la colonia, forzó a Ulloa y sus oficiales casi inmediatamente a volverse hacia Foucault en busca de ayuda para incrementar los préstamos y preparar otros acuerdos financieros. Además, la llegada de los acadianos que trataban de establecerse en Luisiana dio a Foucault nuevas oportunidades de mantener su propia posición y status entre los habitantes de la colonia y entrar en conflicto con los españoles. En efecto, estos acontecimientos no planeados dejaron a Foucault próximo al ejercicio completo de sus poderes como Ordonnateur, una oficina con un larga historia de conflictos con la del gobernador. Y, a diferencia de Aubry, quien aceptó gustosamente la subordinación al régimen español y trabajó generalmente bien con sus oficiales, la personalidad de Foucault era tal que su ambición y orgullo le hicieron ac-

tuar como si él, no Ulloa y sus oficiales, fueran el gobierno real de Luisiana. El fracaso de Ulloa en tomar claramente posesión de la provincia y el fracaso de Luis XV para ordenar que Foucault concluyera los negocios reales franceses y dejara la provincia en una fecha fija permitieron al Ordonnateur creer que sus acciones eran correctas y que contaba con la aprobación de sus superiores.

Una fuente adicional de conflictos entre Foucault –y otros residentes ricos de la colonia– y el régimen español fue la cuestión de la moneda. Esto concernía no sólo la actual situación económica de la colonia sino también, de acuerdo con Ulloa, el interés personal de Foucault como especulador monetario.

Bajo un sistema reformado por última vez en 1758, la administración francesa de Luisiana había satisfecho sus gastos locales pagando en escritura diseñada para servir como una moneda local y canjeable por letras de cambio pagaderas en Francia. Sin embargo, sólo se podían extraer 600.000 libras en un año natural. Los gastos por encima de esa cantidad tenían que ser extraídos en contra de las asignaciones de años siguientes. Los gastos y los precios aumentados debido a la Guerra de los Siete Años habían conducido a la emisión de hasta 10 millones de libras en escritura, un dinero que sólo podía ser canjeado por letras de cambio extraídas en años venideros. Con bastante naturalidad, los comerciantes descontaban tales letras, y la escritura, para cobrar el interés equivalente a lo que hubiera rendido el dinero si hubiera sido pagado con prontitud. Se aplicaron descuentos adicionales porque el tesoro francés era conocido por rehusar los pagos y debido a que la especulación en la moneda de Luisiana y las letras de cambio, era una forma adicional, y arriesgada, de hacer dinero. El resultado fue una deuda del tesoro creciente en espiral, una profunda devaluación del dinero (era común un 60 %) e inflación.

Grimaldi era consciente de los detalles generales de esta situación y proporcionó instrucciones a Ulloa para que hiciera que Loyola, como contable, desarrollara algún sistema para poner este papel moneda fuera de circulación. Las sugerencias iniciales de Ulloa parecen haber sido que el papel francés debería ser aceptado al 75 % de su valor nominal (que era más de lo que valía la mayoría en el mercado) y que parte del mismo pudiera ser puesto fuera de circulación haciendo que el régimen español pidiera prestada una gran suma en papel francés de la comunidad de mercaderes local. Parte de este dinero sería usado para

pagar a las tropas hasta un tercio de sus salarios y dietas, pero la mayoría debería estar retenido en el tesoro contra un acuerdo futuro con el gobierno francés. Los mercaderes serían a su vez pagados con plata o letras de cambio extraídas del tesoro de México. De esta forma, el papel francés podría seguir en circulación hasta que pudiera ser reemplazado con moneda española y retendría parte de su valor, estabilizando por tanto los precios y evitando la ruina financiera a aquellos que lo poseían. Al mismo tiempo, los especuladores de moneda (Foucault era uno de ellos) no obtendrían grandes beneficios porque el papel moneda francés sería aceptado con un descuento sobre su valor nominal. D'Abbadie había propuesto la misma valoración del papel antiguo, pero en intercambio por uno nuevo.

Por razones desconocidas, este plan no se intentó. Sin embargo, el 4 de mayo de 1766, el tesoro francés suspendió el pago de las letras de cambio emitidas en Luisiana en 1763, 1764 y 1765 y decretó que los 2,2 millones de libras en cuestión tenían que ser convertidos, hacia la primavera de 1767, en nuevas letras de cambio pagaderas en 1777. Las letras de cambio extraídas en 1766, no estaban mencionadas en el decreto. Foucault estimó que totalizarían más de 400.000 libras hacia final de año. Presumiblemente también tenían que convertirse en nuevas letras pagaderas en 1777.

Esta noticia llegó a la colonia a final del verano de 1766, en el mismo momento en que Ulloa descubrió que no iba a recibir todo el situado debido para ese año. Por tanto, la cuestión de la moneda llegó a ser más aguda y las personas que habían esperado un influjo de moneda española para resolverla estaban desilusionadas. Sin preocupaciones por las consecuencias, Ulloa requirió la suspensión del decreto de conversión y sugirió métodos alternativos para manejar el asunto. Foucault por otra parte, apoyó la operación de conversión, la cual podría haber realizado y de la cual esperaba beneficiarse, como había hecho su predecesor, Vicente Gaspar Pierre de Rochemore, que cargaba tasas (no autorizadas) a aquellos que presentaban sus letras para la conversión, o al menos ésta era la sospecha de Ulloa.

En marzo de 1766, la posición eventual de Foucault en la administración de la colonia y estos problemas fiscales, eran todavía el futuro. La tarea más inmediata de Ulloa era continuar recopilando información sobre la colonia y recomendar acciones apropiadas a Grimaldi. Empezó con el rechazo de las tropas francesas a servir a los españoles.

Ulloa pensó que podía resolver este problema ofreciéndoles salarios españoles. Conforme a ello, solicitó, y hacia la fecha del 24 de mayo de 1766, recibió el permiso de Grimaldi para hacer tal oferta. Un segundo problema que planteó fue el comercio de la colonia. Una vez más parecía haber enviado un informe detallado a España y en consecuencia Grimaldi obtuvo una orden real que permitía una continuación de los modelos establecidos de comercio con las Indias francesas occidentales y Francia pero decretó que ciertos abusos –comercio con las colonias españolas y una fijación monopolista de los precios de los alimentos– debían terminarse y se instituyeron ciertos procedimientos administrativos para proteger los intereses fiscales de la corona. Esta cédula fue también emitida en Madrid en mayo de 1766. El contenido de la cédula será examinado con mayor detalle a continuación.

Volviendo a otras cuestiones, Ulloa realizó por sí mismo o encargó un estudio de las ordenanzas municipales de Nueva Orleans. Resaltando los estándares, muchos aspectos de la vida de la ciudad eran ejecutados malamente y había muchos disturbios civiles debido a las tabernas. Como resultado de este estudio, un código municipal escrito en francés se completó en mayo de 1766, aunque John Preston Moore no encontró en su estudio sobre la cuestión ninguna evidencia de que fuera promulgado [1].

Con estas cuestiones en vías de solución, como pudo haber imaginado, Ulloa realizó una cuidadosa inspección de la baja Luisiana para determinar qué defensas necesitaba. Viajando con Aubry, pasó la mayor parte de la primavera de 1766, inspeccionando los diversos asentamientos y consultando a los oficiales locales. El tiempo y la distancia evitaron que subiera a Missouri para inspeccionar personalmente sus defensas. El resultado de este viaje de inspección fue un informe fechado el 28 de mayo de 1766, que indicaba un alto nivel de actividad militar británica en el banco este del Misisipí y una ausencia virtual de defensas en la ribera española o en la entrada al río. El último era el problema más urgente, y Ulloa comenzó a formular un plan para satisfacer esa necesidad. Hacia finales de agosto estaba preparado para descender el río hasta la Baliza para supervisar personalmente la cons-

[1] J. Moore, *Revolt in Luisiana: The Spanish Occupation, 1776-1770*, Baton Rouge, 1976, pp. 55-58.

trucción de las defensas. Mientras tanto había comenzado la correspondencia con el gobernador británico George Johnstone en Pensacola con las intenciones, que pronto serían patentes, de desarrollar relaciones amistosas y recopilar al menos alguna idea de las políticas y planes británicos.

Otro tópico de la investigación de Ulloa durante la primavera y el verano de 1766, fue la política india. Aubry había indicado que éste era un problema crítico, ni bien se inició su correspondencia con Ulloa en 1765. De él y otras fuentes Ulloa obtuvo una idea de lo que Francia había hecho. Gracias a la correspondencia con el gobernador Johnstone averiguó la política que los británicos estaban implantando en la Florida occidental y llegó a un acuerdo para intentar limitar las causas de hostilidad india tanto hacia los españoles como hacia los británicos regulando el comercio de pieles. Más tarde, en 1766, Ulloa completó un informe y una propuesta política. En general estipulaba la concesión de licencias a los comerciantes y una reglamentación cuidadosa de sus actividades. Aunque no eran leyes, sus ideas, si se hubieran conocido, podrían haber causado la alarma entre aquellos mercaderes de Nueva Orleans acostumbrados a vender bienes de comercio a cualquiera que los quisiera y entre los comerciantes que operaban sin ninguna restricción legal real.

Finalmente, durante el verano de 1766, Ulloa tuvo que tratar el problema de suministrar harina a Nueva Orleans. Como cuestión de preferencia cultural y esnobismo, los residentes de Nueva Orleans esperaban comer pan hecho con harina de trigo aunque las harinas de maíz y de arroz estaban fácilmente disponibles en las granjas y plantaciones de la baja Luisiana. Debido a que el trigo no podía ser cultivado en la baja Luisiana (Missouri) para permitir las exportaciones río abajo, la harina tenía que ser importada. Hasta la guerra de los Siete Años la mayoría había venido de las Indias francesas occidentales (que la obtenía de la Norteamérica británica y de Francia) pero durante la guerra, el comercio con Jamaica y otras posesiones británicas se había desarrollado. Por razones no aclaradas, en la primavera de 1766, el suministro de aquellas fuentes se cortó. Para rectificar esto, el 28 de julio Ulloa invitó al gobernador Johnstone a sugerir a los mercaderes británicos que podrían llegar a un acuerdo para importar harina y otros artículos bajo condiciones a negociar, y sujeto a la aprobación de Ma-

drid. De nuevo, Ulloa había recopilado los hechos y trabajado para asegurar la aprobación de una política apropiada.

Comienzan los problemas de Ulloa

Las cédulas reales emitidas en respuesta a las cartas de Ulloa de marzo, llegaron a Nueva Orleans al final de agosto de 1766. Los resultados no eran los que Ulloa esperaba. La mayoría de los soldados franceses rechazaron la oferta de una paga española más alta. Todavía querían retirarse a Francia, pero no se hicieron arreglos con ellos para hacerlo así o para reemplazarlos por tropas españolas. Esto dejó a Ulloa sin una gran y directamente controlada fuerza militar, todavía incapaz de asegurar su autoridad completa en la provincia. Necesariamente, esto también dejó en su sitio los arreglos administrativos que daban a Foucault tanto poder.

La necesidad de medios que tenía Ulloa para dar fuerza a las órdenes reales fue puesta de relieve por la crisis que se desarrolló cuando el 6 de septiembre de 1766, hizo que Aubry proclamara el decreto sobre el comercio. En su base, la crisis se volvió hacia la distribución de poder en el gobierno dual. Se le dio importancia añadida por la depresión continuada del comercio de Nueva Orleans, una depresión que puede haberse debido al comercio británico con los dueños de plantaciones que anteriormente tenían que tratar con los mercaderes de Nueva Orleans y a los continuos problemas con la moneda, problemas no resueltos por el régimen español, que era incapaz de conseguir los fondos que necesitaba para Nueva España, y empeorados por el repudio de la corona francesa en mayo, de todas las letras de cambio emitidas desde 1763.

La proclamación de la orden real sobre el comercio despertó protestas de enfado en dueños de barcos y mercaderes de Nueva Orleans que involucraban al Consejo Superior y a Foucault. Esto convenció probablemente a Ulloa de que los dos últimos tenían que desaparecer si España quería tener su hueco en la colonia. La orden permitía un comercio sin interrupciones con las Indias occidentales francesas y con Francia, pero en ambos casos sujeto a la certificación del consulado español de declaraciones de carga. Además, para evitar que los mercaderes incrementaran arbitrariamente el vino y otros artículos necesarios

básicos, los precios a cargar por todas las importaciones estaban sujetos a la revisión y aprobación de Ulloa. Los mercaderes estaban obligados a aceptar el pago en moneda actual (que era en papel) y al menos un tercio de su carga para el extranjero tenía que consistir en madera u otros bienes producidos en la colonia.

Como apunta John Preston Moore en su estudio de la rebelión de 1768, las estipulaciones de esta orden interferían con las prácticas comerciales de los mercaderes de Nueva Orleans y de las Indias occidentales francesas de varias maneras, no menos que su esfuerzo por eliminar el contrabando mediante el requisito de certificados consulares. El 8 de septiembre un cierto número de mercaderes y capitanes de navío dirigieron una memoria al Consejo Superior solicitando que *éste* no emitiera el decreto hasta que el abogado general, Nicolás Chauvin de la Frénière, hubiera estudiado sus estipulaciones y emitido una opinión sobre su legalidad. Los mercaderes denunciaron los controles de precios; los capitanes de navío objetaron los controles consulares. Posteriormente, más firmas se sumaron a una petición similar. Foucault se unió a las protestas, reclamando que ésta era una cuestión que tocaba su autoridad y que debería haber sido consultada antes de anunciarse. También parece haber tomado la postura de que la cesión se había llevado a cabo con una garantía de las leyes y costumbres de la colonia y por lo tanto de su propio papel en la administración.

Estas protestas revelaron creencias acerca de la naturaleza del gobierno dual que los habitantes utilizaban para justificar la rebelión de 1768. Hasta entonces, como los peticionarios y Foucault tenían entendido, el Consejo Superior tenía el poder de regular el comercio y, por extensión, el poder para vetar decretos reales en base a que violaban privilegios establecidos. Evidentemente decidieron interpretar la *esperanza* de Choiseul de 1764, de que los españoles permitirían «a los jueces regulares, tales como el Consejo Superior, continuar administrando justicia de acuerdo con las leyes, formas y usos de la colonia» como una sentencia de política española real, una interpretación hecha más creíble por la existencia continuada del Consejo Superior y el fracaso de Ulloa para interferir en sus operaciones hasta ese punto. Los poderes del Consejo Superior, incluida la regulación del comercio, aparentemente continuaban sin disminuir.

La regulación de comercio del Consejo Superior era una costumbre que se originó durante el periodo de la Compañía de Indias (1723-

31) cuando el consejo administrativo de la compañía *(conseil de régie)* en Luisiana había emitido reglas para el comercio local. Durante ese periodo, los miembros del consejo administrativo también habían sido miembros del Consejo Superior, y más tarde, supuestamente, sólo una corte de justicia. La coincidencia de miembros condujo entonces y más tarde a una confusión de los dos cuerpos, a los cuales se hacía referencia como el «Consejo Superior». Por tanto, después de la reasunción del gobierno real directo en Luisiana en 1731, el Consejo Superior continuaba emitiendo regulaciones de comercio, aunque sus poderes legales no incluían esta función.

Esta tradición de regular el comercio, y otras costumbres locales, significaban que *de facto* el Consejo Superior había ejercido funciones que aconsejaban un veto sobre los decretos reales, especialmente a aquellos que regulaban el comercio. Tal veto era como aquel disfrutado por las cortes del noveno *Parlamento* [2] francés y puede que se hubiera entendido así en Luisiana. Y al igual que esas cortes protegían los privilegios locales en contra de los decretos reales arbitrarios, así se le había pedido al Consejo Superior en esta crisis que interpusiera su autoridad entre el gobierno real, personificado por Ulloa, y los privilegios locales. La tradición imperial española de «obedezco pero no cumplo», no implicaba el mismo desafío constitucional a la autoridad real.

La respuesta de Ulloa a estas peticiones parece que fue dejar que Aubry indicara que el nuevo decreto no sería puesto en vigor rigurosamente, por el momento. No trató directamente la reclamación de que el Consejo Superior tenía el derecho de regular el comercio y aprobar decretos reales. Por implicación, sin embargo, no reconoció tal derecho. Había utilizado a Aubry, no al Consejo Superior o a Foucault, para proclamar la nueva orden y, aparentemente, para indicar que la puesta en vigor sería permisiva.

Ulloa dejó Nueva Orleans hacia la Baliza a pocos días de estos acontecimientos, desvaneciendo aún más la crisis. El Consejo Superior no hizo nada, evidentemente, Foucault se dio por satisfecho escribien-

[2] Se trataba de una especie de audiencias territoriales en su papel de cortes de apelaciones, pero tenían el derecho constitucional de revisar y rechazar el registro de decretos reales que violaban privilegios legales establecidos. Sin registro, un decreto real no era considerado ley en el distrito del parlamento. El uso de este veto había sido una de las causas de la Fronda de 1647-53.

do quejas acerca del gobierno de Ulloa a París. Pero una vez en la Baliza, Ulloa escribió a Madrid una recomendación en la cual aconsejaba que fuera abolido el Consejo Superior. Claramente era más que una corte de derecho a los ojos de los habitantes y de los oficiales franceses a quienes Ulloa había estado gobernando. El 22 de marzo de 1767 se emitió una cédula en Madrid garantizando a Ulloa el poder para disolver el Consejo Superior. La tragedia de octubre de 1768, podría haberse evitado si hubiera sido capaz de llevar a cabo esa orden y destruir la institución política y sus reclamaciones constitucionales para regular el comercio y vetar en efecto los decretos reales. En 1768, como en 1766, esas reclamaciones eran inconsistentes con las tradiciones gubernamentales españolas.

Que los deseos españoles de suprimir el comercio ilegal eran serios se mostró en octubre de 1766, cuando el *Nuestra Señora de la Luz* llegó a la Baliza con un cargamento de palo de Campeche. Su capitán declaró que necesitaba arboladura y comida para poder continuar su viaje a La Habana. No convencido, Ulloa detuvo el barco en Nueva Orleans y lanzó una investigación sobre su viaje, esperando darle un escarmiento. Con ayuda del Consejo Superior, el capitán se las arregló para vender su carga y obtener comida y madera de quemar para su viaje a La Habana. Pero los oficiales españoles le mantuvieron en el puerto hasta junio de 1767, y no le permitieron llevar ninguna carga. La lección fue debidamente aprendida entre los mercaderes de Nueva Orleans.

Ulloa utilizó su estancia en la Baliza no sólo para completar informes sobre el comercio indio y el Consejo Superior, entre otras cuestiones, sino también para desarrollar un plan para contar con una fuerza militar española lo bastante grande como para defender la colonia y dar a su gobierno poder coercitivo. En diciembre de 1766, envió a Madrid un requerimiento de 700 soldados y cierta artillería. Quería estacionar tropas no sólo en la Baliza y en Nueva Orleans sino también oponerse a las fuerzas británicas en Point Manchac, donde el río Iberville cortaba al Misisipí, en Natchez y a través del río desde el fuerte Chartres, que estaba en la parte británica de Illinois. Como primer paso, completó los planes para enviar al capitán Francisco Ruí y un pequeño número de soldados españoles al río Missouri para encontrar un lugar y construir un fuerte opuesto al Chartres, y comenzar la regulación del comercio de pieles a lo largo de las líneas que había de-

cidido. Ulloa había confirmado ya al capitán Luis de Saint Ange de Bellerive como comandante de los asentamientos franceses de Santa Genoveva y San Luis. Las instrucciones de Ulloa para Ruí reconocían la autoridad continuada de Saint Ange como comandante francés estableciendo un gobierno dual en la alta Luisiana.

Brevemente, hacia enero de 1767, cuando Aubry fue a la Baliza para ser testigo del izamiento de la bandera española sobre los nuevos trabajos defensivos y entrar en un acuerdo formal para el gobierno dual, Ulloa había completado la fase investigadora de su gobierno. Algunas de sus recomendaciones ya habían sido puestas en vigor y podía confiar en que las otras lo serían. Las preguntas reales eran si el situado sería pagado a tiempo y cuándo recibiría tropas españolas para la defensa de la provincia y de su gobierno español.

Ulloa permaneció en la Baliza hasta finales de marzo de 1767, cuando llegó su prometida Francisca Ramírez de Lareda y Encalada. Ya casados por poderes en Perú, solemnizaron el matrimonio en la Baliza ante el capellán privado de Ulloa, con el disgusto de algunas personas de la sociedad de Nueva Orleans, quienes habían estado aguardando una boda pública y los correspondientes festejos. Durante este periodo Ulloa mantuvo comunicación con los otros oficiales españoles en Nueva Orleans y con Aubry. Su correspondencia con el capitán general Antonio María de Bucareli de Cuba y otros oficiales españoles revela un hombre atento a los logros de su gobierno y cada vez más ansioso porque no llegaban los fondos y las tropas que necesitaba. El dinero, incluso más que las tropas, le parecía la clave para evitar disturbios en Nueva Orleans, donde los tiempos continuaban siendo difíciles para los mercaderes y para los pobres.

Deterioro de la habilidad de Ulloa para gobernar

En los diecinueve meses transcurridos entre el regreso de Ulloa a Nueva Orleans y la rebelión de octubre de 1768, su habilidad para gobernar la colonia se desmenuzó bajo el peso de una combinación de problemas personales y políticos sobre los que tenía escaso o ningún control. Los problemas personales se centraban en su preferencia por un estilo de vida más privado que el que algunos integrantes de la élite de Nueva Orleans deseaban de su gobernador. Su esposa y él mante-

nían una casa abierta, pero sólo unos pocos mercaderes y plantadores tuvieron ocasión de visitarles para conocer al hombre. Ni daba ni participaba en los bailes o grandes fiestas que ocupaban toda la noche, costumbres de Nueva Orleans. Su esposa, que no hablaba francés, prefería la compañía de sus sirvientas y en consecuencia no era apreciada por las damas de la sociedad de Nueva Orleans. Ulloa prefería hacer que la misa se celebrara en su capilla privada, en lugar de atender los servicios públicos en la iglesia de la ciudad. Tanto él como otros españoles pensaban que los residentes franceses actuaban con falta de decoro cuando atendían los servicios divinos. Todas estas acciones eran interpretadas por los habitantes de Nueva Orleans como expresiones de arrogancia española y desdén. Se desarrolló por tanto una polarización de sentimientos, probablemente ayudada por hombres como Foucault y La Frénière y esos mercaderes que culpaban de su falta de prosperidad al régimen español en lugar de a la competencia británica y la depresión general en la economía del mundo, de la cual Luisiana era sólo una parte menor.

Económicamente, Nueva Orleans —aunque tal vez no las plantaciones más allá de su órbita comercial inmediata— continuó pasando malos tiempos. Los precios de la madera, el índigo y las pieles de ciervo cayeron en los mercados de las Indias occidentales francesas frente a la competencia de las colonias norteamericanas británicas y una creciente desgana de las autoridades de las Indias occidentales francesas para tratar los productos de Luisiana como si fueran suyos. Ulloa no tenía poder para cambiar estos hechos, pero fue culpado por ellos. Su éxito relativo en mantener Nueva Orleans abastecida con harina (por ejemplo, la importación de Cuba de 2.000 barriles en abril de 1767) fue también lamentada por los mercaderes que perdieron su oportunidad de hacer beneficios con precios de «hambre».

Fiscalmente, Ulloa se encontró con que sólo llegó una parte del situado y que la suma original, 150.000 pesos por año, era demasiado pequeña para los gastos ordinarios de la colonia, que estimó en cerca de 180.000 pesos. Elementos extraordinarios como los nuevos fuertes y cuidar de los acadianos llevaron al límite los recursos que tenía. Carta tras carta mendigó a Bucareli y a los oficiales de España y México que le satisfacieran sus necesidades. Los primeros dos, poco podían hacer, porque José de Gálvez estaba entonces reorganizando el tesoro de México, un proceso que retrasaba los pagos. Grimaldi aprobó un situado

adicional de 100.000 pesos en mayo de 1767, pero el pago para ese año iba a ser de la mitad y desde México. Ese dinero, al llegar a La Habana, estaban sujetos a la apropiación por parte de los oficiales del tesoro cubano, cuyas oficinas estaban limitadas con los inmensos costes de la refortificación de la ciudad. A pesar de la buena intención de todas las partes, las necesidades de Luisiana no fueron satisfechas. Durante 1766, Ulloa tenía menos de 90.000 pesos de fondos del situado a su disposición. En 1767 había conseguido mantener 129.000 pesos, la mitad a principios de año, la mitad en septiembre. De enero a octubre de 1768, sólo llegaron a Nueva Orleans 100.000 pesos, y llegaron en julio.

Para ajustarse a la caída en los pagos del situado y sus tiempos irregulares, Ulloa recurrió a una variedad de acciones, las cuales empeoraron la situación fiscal y monetaria e incrementaron más aún el disgusto local hacia el régimen español y hacia él, personalmente. Un recurso fue hacer que Loyola emitiera dinero en tarjeta, que cayó víctima de los especuladores de moneda locales, añadiendo inflación a los precios. Otro recurso fue pedir dinero prestado de los mercaderes con la promesa de pago en la próxima remisión del situado. El resultado fue la vergüenza y el enfado de los mercaderes cuando esas remisiones eran menores de lo esperado. Un tercer recurso, utilizado desde los primeros días del régimen, fue hacer que Foucault emitiese letras de cambio del tesoro francés para satisfacer los gastos de la parte francesa del gobierno dual y otros gastos tales como el viaje de inspección de Ulloa de 1766. Ulloa prometió que España haría el pago, pero se dejó a Foucault en una posición incierta con respecto a sus superiores, quienes, como ha sido resaltado, habían suspendido todas las letras de cambio emitidas en Luisiana desde 1763. Una vez que el decreto llegó a ser conocido en Luisiana, Foucault se sintió avergonzado teniendo que mendigar dinero a Ulloa, a quien no apreciaba personalmente, para fondos de salarios y aprobación de otros gastos del gobierno francés, y para mercaderes y otros acreedores de fondos con que continuar funcionando y, además, paciencia con las deudas en las que ya se había incurrido. De esta forma se infringieron todavía más heridas en su honor y dignidad. También, parece haber estado preocupado de que los acontecimientos en Luisiana pudieran dañar sus posibilidades de promoción; un hombre ambicioso. Este peligro añadió a su resentimiento hacia Ulloa y el régimen español. A diferencia de Aubry, no hizo nada

para desanimar los rudos comentarios acerca de la colocación de la colonia nuevamente bajo dominio francés.

Una más profunda desconfianza hacia Ulloa y el descontento con el régimen español eran huéspedes de otras acciones y políticas. Por ejemplo, la regulación de Ulloa del comercio de pieles bajo reglas emitidas en 1767, requería que los comerciantes se registraran y obtuvieran licencias para áreas específicas. Además, intentó restringir la venta de armas de fuego y licores, ambos pilares del comercio. Los comerciantes y sus proveedores mercaderes habían estado operando sin ninguna regulación efectiva desde al menos principios de la década de 1760. Un segundo ejemplo fue el asentamiento de los acadianos. Ulloa les dio la bienvenida y permitió que Foucault incurriera en deudas para su asentamiento y manutención. Sin embargo, en 1767, decidió que quería que los recién llegados se asentaran en áreas opuestas a Natchez como parte de su plan general para equilibrar los puestos militares británicos con los suyos propios. Esto significaba que los miembros de las extensas familias que llegaban con la expectación de que podrían instalarse entre su clan en Pointe Coupée eran rechazados y forzados a vivir alejados de los lazos de familia intensos que mantenían los acadianos. Estos inmigrantes «llegados tardíos» estaban naturalmente enfadados por tales órdenes «tiránicas». Más aún, una vez en el nuevo puesto de San Luis, los acadianos se quejaban de que sus familias estaban expuestas al ataque de los indios.

Un respiro en la tensión que se desarrollaba pareció venir en diciembre de 1767. Sabiendo que el situado había sido aumentado a 250.000 pesos y se había asegurado que sería pagado con prontitud en el nuevo año y que se enviarían soldados españoles para reemplazar las tropas francesas todavía en servicio en Luisiana, Ulloa emitió un decreto en el que, desde el 1 de enero de 1768, Loyola haría todos los pagos de los oficiales y soldados franceses. El papel de Foucault quedaría por tanto reducido a inventariar la propiedad real francesa y a asentar cuentas en anticipación a su regreso a Francia. Aubry dio la bienvenida al decreto como señalización del paso final en la asunción de España del control completo de la colonia; Foucault parece haberlo lamentado porque no se le prometió dinero para pagar por el transporte de los soldados y oficiales franceses a Francia. Por eso tendría que extraer letras de cambio del tesoro francés. Tampoco se indicaba ninguna resolución acerca de la deuda francesa.

Pero este cambio a un régimen completamente español no tuvo lugar. Ulloa no recibió el dinero que había esperado y las tropas españolas no aparecieron, aunque un regimiento de Luisiana estaba siendo formado en España y en La Habana. Los resultados eran unos problemas fiscales y monetarios continuos, que incrementaban el descontento de los mercaderes de Nueva Orleans; la permanente inflación, que aumentaba el descontento entre los pobres; y la dependencia de Ulloa de los oficiales franceses, las tropas francesas y los fondos locales reunidos.

Causas y curso de la insurrección de 1768

En esta atmósfera cargada, sólo una chispa era necesaria para que empezara la insurrección, que saltó cuando los rumores de un nuevo decreto llegaron a Nueva Orleans en mayo de 1768, seguido por una serie de evidencias de que Luisiana sería incorporada a la economía imperial española. Firmado en Madrid el 23 de marzo, este decreto situaba a Luisiana dentro de una especie de recién creado, y experimental sistema de «comercio libre» que los ministros de Carlos III habían desarrollado en 1765, para satisfacer necesidades tan diversas como la de los cultivadores de azúcar cubanos y la necesidad de la corona de mayores beneficios para construir una maquinaria militar y naval capaz de derrotar a los británicos. El decretó de 1768, estipulaba que seis puertos (más tarde nueve) en España, podían comerciar con Luisiana bajo procedimientos aduaneros simplificados y una tarifa pagadera en España. Sólo los barcos españoles y las tripulaciones formadas por dos tercios de españoles podrían utilizarse en el comercio; los barcos de las colonias españolas eran considerados españoles. Los barcos a los que se garantizaba permiso para navegar a Luisiana debían devolver copias de sus registros a la oficina de Grimaldi. Se garantizó a Luisiana una importación libre de impuestos de productos de España; sus exportaciones a ésta estaban sujetas a un impuesto de importación del 5 % en los puertos españoles y una reexportación libre de impuestos, con una rebaja del impuesto de importación ya pagado. Por otra parte, no se permitía a los mercaderes de Luisiana exportar a Cuba otros bienes más que los producidos en la colonia, e incluso ese comercio, se rumoreaba, sería restringido. El comercio con México estaba estrictamente pro-

hibido. Miguel Muzquiz, el ministro de finanzas, y Grimaldi, ministro de estado, habían formulado estas normas como medidas transitorias.

En Madrid, estos términos parecen haber sido considerados adecuados para las necesidades de Luisiana. En Nueva Orleans, tales restricciones eran vistas como destructivas para la economía colonial, estimación que con el tiempo se hubiera probado de no haber sido por la rebelión, la garantía de excepciones y los cambios en estas reglas después de 1769, y el comercio con barcos británicos de plantaciones fuera del alcance de Nueva Orleans que proporcionaron otros medios para el comercio de Luisiana. Un informe preparado en 1777 reveló que sólo una docena de barcos había navegado desde España hasta Luisiana bajo las leyes de 1768 y las posteriores modificaciones de 1770. Cuatro eran de Barcelona, tres, respectivamente, de Santander y de Cádiz, y dos eran de Málaga. A su regreso a España, llevaban bienes y moneda valorados sólo en 845.100 reales de vellón, una cantidad insignificante. Sólo 13.637 libras de añil, la exportación principal de Luisiana, figuraban en estas cargas. Tales números reflejan, por supuesto, el hecho de que se desarrollaron otros medios de comercio pero sugieren también lo mucho que el comercio de Luisiana habría sido afectado si no se hubieran desarrollado esos otros medios.

La conspiración de los habitantes de Nueva Orleans contra el régimen español fue encubierta durante el verano de 1768 si bien el decreto de marzo no había sido proclamado en la ciudad. Foucault, la Frénière y varios mercaderes influyentes y miembros del Consejo Superior (con quienes La Frénière estaba relacionado por sangre y matrimonio) empezaron a reunirse sigilosamente y a incitar a otros para derrocar al régimen español. La justificación básica de su argumento era que Ulloa nunca había asumido de hecho el control de la colonia y, por tanto, sus diversos decretos eran actos ilegales de un tirano. Para acentuar este cargo de tiranía, se preparó una larga lista de los actos objetables de Ulloa (y rasgos personales) en setiembre en forma de petición al Consejo Superior, al cual se le solicitó además que expulsara al gobernador español y requiriera formalmente la protección del gobierno francés. La autoridad tradicional del Consejo Superior para regular el comercio era, una vez más, la base para esta petición. El requerimiento de protección anterior de los conspiradores por las autoridades británicas en la Florida occidental había sido rechazada durante el verano.

Hacia mediados de octubre muchos mercaderes y propietarios de barcos habían firmado la petición al Consejo Superior, pero Ulloa y los otros oficiales españoles de la colonia no sabían nada sobre su existencia. Entonces, el 21 de octubre, un hombre que no había conseguido la decisión que quería del Consejo Superior, comentó la conspiración a Ulloa. Sin dar crédito a una fuente obviamente tan parcial, Ulloa no hizo nada. Cuatro días después tuvo conocimiento de que los colonos alemanes, que vivían al norte de Nueva Orleans, estaban enfadados porque no les había pagado por los suministros que habían proporcionado. Para eliminar el problema, envió a Gilbert de Saint Maxent, un amigo de los españoles, al asentamiento con bastante dinero como para pagar la deuda por completo. Saint Maxent fue capturado cuando entraba en el asentamiento por Joseph Villeré, nieto del comandante de la costa alemana.

El arresto de Saint Maxent reveló la naturaleza crítica de la situación. Ulloa conversó con Aubry, quien opinó que lo que estaba ocurriendo era sólo una protesta formal contra el decreto del comercio (como en 1766). También le dijo a Ulloa que las tropas francesas y españolas en Nueva Orleans totalizaban 100 hombres, la mayoría no preparados para el servicio y por tanto difícilmente capaces de afrontar ninguna oposición seria. La milicia estaba controlada por los conspiradores. Al menos por ese momento, no se hizo nada.

El 27 de octubre, Aubry se enfrentó a Foucault y a La Frénière, solicitando conocer sus intenciones. Ellos replicaron que iban a expulsar a Ulloa pero que permitirían que otros oficiales españoles permanecieran allí. En lugar de arrestar a Foucault, a La Frénière y a los otros líderes sin arriesgarse a efectuar un derramamiento de sangre en la confrontación con sus seguidores, Aubry se contentó con protestar en contra de la acción propuesta. Aconsejado sobre esto, Ulloa preparó el *Volante* para que sirviera como refugio fortificado para los españoles y para otros que desearan unirse a ellos en la defensa del régimen.

Sabiendo que Aubry carecía de tropas y del deseo de oponerse a ellos, los conspiradores organizaron una demostración de acadianos y alemanes para impresionar a los españoles. A los acadianos y a los germanos se les contaron historias diferentes, falsas, cuyo punto común era que los españoles no estaban pagando las deudas contraídas con los acadianos y los alemanes, aunque tenían dinero. Masas enfadadas de hombres de las dos «costas» entraron en Nueva Orleans en la tarde

del 28 de octubre. Se reunieron en la casa de François Chauvin de Lery, un miembro de la conspiración, y se les suministraron vino y mosquetes. Cansados y acalorados, los hombres pronto se emborracharon. Esto, a su vez, dio a los conspiradores una excusa para hacer que la milicia asumiera la dirección de las calles, para preservar el orden. Entonces, Aubry urgió a Ulloa para que llevara a su familia (su esposa estaba embarazada de su segundo hijo) a la seguridad del *Volante,* lo cual hizo. También dispuso sus fuerzas para proteger la tierra que se hallaba más cercana al barco y solicitó otra vez a los conspiradores que consideraran sus acciones.

Foucault y La Frénière, sin embargo, ya habían convocado una sesión del Consejo Superior para actuar sobre la petición que demandaba la expulsión de Ulloa y la restauración de las libertades comerciales alegadas por las provincias. Dado que todos sus miembros estaban en Nueva Orleans (algunos vivían fuera, en plantaciones) y la prisa no era parte de su rutina, el Consejo refirió la petición a un comité *ad hoc,* eligió seis miembros adicionales para proporcionar una representación incluso más amplia, y se disolvió.

A las nueve de la mañana del 29 de octubre, el Consejo Superior volvió a reunirse en la residencia de Foucault. Elementos de la milicia y de la masa de los asentamientos alemanes y acadianos patrullaban las calles alrededor de la casa para evitar cualquier acción militar de última hora contra la reunión. Aubry asistió ante la insistencia de Ulloa, y de nuevo protestó. Pero la petición y el discurso sin apasionamiento de La Frénière a favor de ella llenaron el día. La Frénière insistió en que el Consejo Superior tenía la competencia legal para recibir quejas contra el gobernador y actuar sobre ellas debido a que las «leyes, formas y costumbres» de la colonia habían sido garantizadas por el acto de cesión. Siguió describiendo a Ulloa en términos muy poco complacientes y argumentando que no tenía autoridad porque nunca había tomado posesión formal de Nueva Orleans. Los colonos tenían el derecho, reclamó, de comerciar libremente no sólo con Francia y las Indias francesas occidentales sino también con cualquier otra parte de las Américas.

Foucault tuvo el cuidado de distanciarse de la posición de La Frénière insertando en el registro una sentencia que reconocía que la cesión había ocurrido y que, por lo tanto, Ulloa no podía ser expulsado, aunque la aplicación de su autoridad podría ser suspendida con respec-

to a los súbditos franceses en la colonia (o quien pudiera venir a la colonia) y a su comercio, que debería ser regulado igual que antes. Debería permitirse que el resto del régimen español operara. Ulloa, dijo Foucault, podría ser suficientemente listo como para irse, pero no debía ejercerse ninguna coacción sobre él, a menos que los reyes de Francia y España estuvieran enfadados. Las tres posiciones fueron registradas en las minutas del Consejo Superior, pero el voto de la mayoría decidió que la petición de los mercaderes y propietarios de barcos fuera aceptada y que Ulloa fuera expulsado de la colonia.

El notario del Consejo leyó formalmente este decreto a Ulloa a las dos de la tarde, a bordo del *Volante*. Mientras tanto, Focault dio un almuerzo a los miembros del Consejo Superior, la milicia y otros grupos que patrullaban las calles gritando frases en favor de Francia y su rey.

Ulloa estuvo de acuerdo en salir, pero luego emitió su propia orden a Loyola para cesar todos los pagos a los no españoles. Debían hacerse excepciones sólo por petición de Aubry para casos de extrema necesidad. Se ordenó a las tropas españolas que volvieran desde los fuertes exteriores y navegaran a La Habana. En efecto, ¡Ulloa estaba retirando el régimen español entero! El 1 de noviembre, salió a bordo del *César*, una fragata francesa de camino a La Habana. El *Volante* necesitaba reparaciones después de su larga estancia (dos años y medio) en Nueva Orleans. El Consejo Superior ordenó entonces retener a los otros oficiales españoles en Nueva Orleans hasta que España hubiera pagado sus deudas.

Valoración de la rebelión

Al valorar las causas de la revuelta de 1768, los historiadores han atribuido la responsabilidad primaria cada uno de los personajes principales, desde Grimaldi a Aubry. Los estudios más recientes, si bien no descartan el papel de la personalidad y la posición como causas de la revuelta, argumentan la mayor importancia de las circunstancias derivadas de la dependencia inicial de la provincia de Grimaldi en lugar del aparato burocrático del imperio español, de la reorganización del tesoro mexicano y las defensas de Cuba, y de la posición única de Nueva Orleans dentro de la economía de la colonia. Lo que está co-

menzando a emerger es un cuadro con multitud de facetas acerca de una tragedia, que lejos de ser inevitable, podría haberse evitado en cualquiera de la larga serie de puntos históricos de su desarrollo, y que no llegó a hacerse probable hasta el verano de 1768, cuando la historia del régimen español en Luisiana fue desafiada por hombres cuyas circunstancias y motivaciones no son conocidas completamente incluso después de años de investigación y controversia.

En cierto sentido, los acontecimientos de 1768 no fueron diferentes a los que muy pronto empezaron a producirse en otras partes del imperio español, conforme se impusieron nuevos impuestos y rigor administrativo para cambiar las costumbres existentes, en las que poderosas personalidades locales tenían intereses establecidos. De hecho, la reorganización de José de Gálvez del tesoro mexicano y su papel en la expulsión de los jesuitas de México ya había provocado una revuelta similar contra el cambio decidido desde arriba. Los rebeldes de Nueva Orleans habrían hecho bien al considerar la represión draconiana de Gálvez, que ya dejaba ver la respuesta de España a ese tipo de acciones.

Interludio

Liberados de Ulloa y del régimen español, los conspiradores organizaron una delegación para ir a Francia y solicitar un regreso al control francés; compusieron diversas justificaciones escritas para sus acciones, dirigidas a Luis XV y otras personas que esperaban apoyarían su causa. Rechazaron la propuesta hecha por el suizo Pierre Marquis, que hablaba vagamente acerca de la creación de una república, una idea también compartida por los consejeros de Luis XV en las semanas que siguieron inmediatamente a la llegada a París de nuevas sobre la revuelta. Creyendo que un retorno al control francés significaría la continuación del débil control gubernamental que había caracterizado a Luisiana en la década previa a 1766, los conspiradores también reclamaron que eran todavía súbditos franceses.

Aunque los delegados abandonaron Luisiana con prontitud, no llegaron a Francia hasta abril de 1769. Para entonces Choiseul y otros ministros franceses habían considerado la respuesta que deberían dar. En su intento de mantener el Pacto de Familia, Choiseul no hizo

nada para detener la mano de España. Excepto a un viejo amigo, Choiseul no recibió a la delegación. El limitado apoyo popular de la prensa de París y de algunos de los miembros de las cámaras de comercio que había tratado tradicionalmente con Luisiana no fue bastante para cambiar esta política. Prudentemente, los delegados no regresaron a Luisiana.

Capítulo IV

LA CONSOLIDACIÓN DEL MANDATO ESPAÑOL, 1769-1779

Si las nuevas de que Luis XV había regalado Luisiana a su primo, Carlos III, se habían recibido con incertidumbre, las noticias de la rebelión de 1768, no tuvieron la misma respuesta en Madrid. El gobierno de Carlos III ordenó al general Alejandro O'Reilly emprender acciones decisivas para restaurar la autoridad española en Luisiana, seguidas por la inclusión firme de Luisiana dentro del sistema administrativo colonial. Una vez implantado éste, sus decisiones eliminaron una de las dos causas principales de la rebelión, a saber, la administración de la provincia por el ministerio de estado. La otra causa, era la posición comercial de Luisiana en la costa atlántica del mundo, por lo cual también se le envió una orden con el fin de fortalecer el decreto sobre comercio de 1768.

Una vez que O'Reilly hubo silenciado el descontento político y restablecido la autoridad española en Luisiana, los administradores españoles tenían que enfrentarse a la tarea de consolidación del control económico español de la colonia por medio de la integración de ésta en los sistemas económicos del imperio. Lo que encontraron durante la década de 1770 fue que la única característica de Luisiana consistía en que la intención de España y su imperio, por sí mismas y aunque provistas de leyes nuevas y de instituciones comerciales, no podrían proporcionar un contexto dentro del cual la colonia prosperase aunque sí podría sobrevivir pobremente. Esta dura verdad, percibida por los rebeldes de 1768, era paradójicamente oscura y fue demostrada por el control británico del este de Florida y por el resultado de la presencia de los barcos británicos en el río Misisipí. Mientras los británicos estuvieran presentes, el sistema exclusivo español no podría ser fácilmen-

te ejecutado. En efecto, la consolidación de la organización española en términos económicos trataba, al menos, de ajustar de alguna forma las normas imperiales a la realidad de Luisiana. Una situación similar había producido en La Habana la misma necesidad, aunque con resultados algo diferentes.

Si el comercio era la partida más importante de Luisiana, durante estos años, no era la única. El gobernador Luis de Unzaga y Amézaga tuvo que ocuparse de supervisar tierras, combatir los intentos británicos de influir sobre los indios en territorio español, y mediar en las disputas entre los capuchinos españoles y franceses. Cada uno a su manera contribuyó a la consolidación de la norma española en Luisiana.

O'Reilly restablece la autoridad española

El general Alejandro O'Reilly recibió órdenes para volver a ocupar Luisiana el 16 de abril de 1769. Soldado de fortuna a una edad temprana, O'Reilly se había unido a la Armada española en Italia y avanzó puestos rápidamente por su valentía y su competencia en cumplir las órdenes. También fue favorecido por Ricardo Wall, después llegó a general y, más tarde, a ministro de estado de Fernando VI. Durante la guerra de los Siete Años, O'Reilly jugó un papel importante en la invasión española de Portugal. Entonces le enviaron a inspeccionar y reorganizar a las milicias y guarniciones cubanas y portorriqueñas, tarea llevada a cabo con gran éxito. De vuelta en España, ayudó a crear una nueva academia militar en Zaragoza y tuvo un importante papel en acabar con los disturbios populares de Madrid. En suma, estaba entre los mejores generales de Carlos III. Las órdenes le permitían llegar hasta donde lo creyese necesario, volviendo a ocupar Luisiana, y comprobando que los conspiradores eran castigados de acuerdo con las leyes españolas. Públicamente se decía que era otra vuelta de inspección.

O'Reilly llegó a La Habana el 24 de junio. En diez días organizó un convoy de 21 barcos para transportar a 2.056 soldados, 46 cañones, 150.000 pesos, y muchos otras mercancías para Luisiana. Esta hazaña fue una clara prueba del éxito en sus primeras reformas y en construir una fuerza lista para ser empleada con la mayor celeridad. O'Reilly, además, podría hablar moderadamente pero sin dudas cuando llegase a Nueva Orleans. Eligió el *Volante* como barco insignia.

El buen tiempo favoreció a la flota mientras cruzaba el golfo. La embocadura del Misisipí se alcanzó el 20 de julio, justo catorce días después de salir de La Habana. O'Reilly inmediatamente envió a su ayudante de campo, el teniente coronel Francisco Bouligny, a Nueva Orleans para notificar a Aubry. Los rebeldes fueron cogidos por completa sorpresa.

Sorprendidos como estaban por la llegada de O'Reilly, los rebeldes se recobraron como para enviar a La Frénière, a Pierre Marquis y a Joseph Milhet a visitar a O'Reilly con muestras de su respeto hacia Carlos III y quejas por las acciones de Ulloa que habían violado las libertades que creían habían sido garantizadas a la colonia en tiempos de la cesión. O'Reilly los recibió y les anunció que no había prejuzgado a nadie, pero que investigaría lo que había pasado. Entonces les permitió volver a Nueva Orleans, pero más tarde fueron arrestados como cabecillas de la rebelión. Envió un mensaje a las comunidades germana y acadia del norte de Nueva Orleans prohibiendo la entrada de sus hombres armados de esas áreas en la ciudad, sin importar el motivo.

Con el camino preparado, O'Reilly se movió rápidamente para asumir el poder de Nueva Orleans. Dejando la Baliza el 16 de agosto, su flota ascendió rápidamente hasta allí, llegando durante la noche del 17 de agosto. Nueva Orleans despertó el 18 con el ruido de los disparos de la artillería. Durante el día, las tropas españolas desembarcaron y se completaron los preparativos para la ceremonia y formas de la transferencia. A las cinco y media de la tarde O'Reilly se dirigió hasta la plaza de Armas. Con los soldados españoles apostados en tres esquinas de la plaza y los soldados franceses en la cuarta, se dirigió al centro de ésta donde Aubry depositó las llaves de la ciudad a sus pies y O'Reilly dio por finalizado el cometido. La bandera española ondeaba en alto y se dispararon las salvas de saludo desde los barcos y por los soldados congregados. Hecho esto, se dirigió a la iglesia para oír cantar un *Tedeum*. Se había consumado la ocupación de Nueva Orleans.

O'Reilly inmediatamente autorizó a Félix del Rey, un abogado acusador de Santo Domingo, a dirigir las *pesquisas secretas*, que fueron el primer paso en la formulación de los cargos criminales contra los cabecillas de la conspiración para deponer a Ulloa. Se tomó testimonio a Aubry, Loyola y al capitán del *Volante*, José Melchor de Acosta, entre

otros. Sobre la base de esta información y los propios informes de Ulloa, se cursaron acusaciones formales a La Frénière, Pierre Hardi de Boisblanc, Balthasar Masan, Joseph Villeré, Pierre Marquis, Pierre Poupet, Joseph Petit, Pierre Caresse, Julien Jérôme Doucet, Jean Milhet, Joseph Milhet, Jean-Baptiste Noyan y Denis Braud por sedición y traición. Durante el día 20 de agosto se les invitó a la residencia de O'Reilly donde se les presentó los cargos que se les imputaba, fueron arrestados y llevados a varias cárceles con fuertes medidas de seguridad.

Con los líderes principales, y la mayor parte del Consejo Superior bajo arresto, O'Reilly reunió a los restantes ciudadanos prominentes de Nueva Orleans y les prometió que no sería castigado nadie más. Se proclamó una amnistía general y se ordenó que se reunieran los ciudadanos para jurar un voto de obediencia a Carlos III, que cada persona debía luego firmar.

O'Reilly hizo que Aubry arrestase a Foucault y concertó un nuevo acuerdo para acabar con los negocios franceses en la colonia. Como oficial de la monarquía francesa, Foucault era inmune a la acusación española. O'Reilly le envió a Francia con documentos que le comprometían con la conspiración. Se le metió en la cárcel pero al poco tiempo quedó libre y promocionado para un puesto en las colonias francesas de la India.

El juicio a los otros rebeldes fue rápido. Se tomaron nuevos testimonios a los testigos de vista (Aubry, Gayarre, Navarro, Loyola, Acosta) y se escribió un sumario formal de las circunstancias que llevaron a los cabecillas a la revuelta. Al final, el acusador real se convenció de que tenía muchas evidencias que demostraban que todos los acusados sabían que España había tomado posesión de la colonia, aunque Ulloa no había mostrado nunca la orden al Consejo Superior, quien negaba el otorgar el poder del rey, igual que Ulloa. Dado que España tenía la posesión, los conspiradores habían rehusado la autoridad del rey, representada por Ulloa, y habían cometido traición, que era castigada con la muerte y la confiscación de la propiedad. Félix del Rey determinó así tanto la conducta de los inculpados como la ley bajo la que serían acusados y juzgados. Por su parte, muchos de los prisioneros negaron cualquier intento de cometer traición y alegaban en su favor el hecho de que Ulloa no había sido el gobernador español porque nunca había tomado posesión del cargo de manera formal en Nueva Orleans; aunque reconocieron muchos de los actos de los que se les acusaba.

Al final, La Frénière, Jean Baptiste Noyan, Pierre Marquis, Pierre Caressé, Joseph Milhet, y Joseph Villeré fueron condenados como los principales cabecillas de la rebelión. A excepción de Villeré, que había muerto, por las heridas que le infligieron cuando se resistía a su arresto o por un ataque (no se sabe con certeza), los otros fueron ejecutados el 25 de octubre por un escuadrón de fusilamiento. Masan y Doucet, juzgados como los principales cómplices de los cabecillas, fueron sentenciados a diez años de trabajos forzados en la construcción de fortificaciones en La Habana y con la pérdida de sus propiedades. Jean Milhet, Poupet y Boisblanc fueron sentenciados a seis años en La Habana y la pérdida de sus propiedades. El editor, Braud, fue absuelto porque solamente había cumplido con sus deberes como impresor para el Consejo Superior y no tuvo ningún papel en la conspiración.

Las reformas de O'Reilly

Habiendo establecido el control español sobre Luisiana y habiendo iniciado los juicios de quienes habían encabezado la rebelión, O'Reilly volvió al trabajo de reforma del gobierno y de las leyes de la colonia para que estuvieran conformes con las del imperio español. Su primer acto consistió en abolir el Consejo Superior y reemplazarlo por un *cabildo* o consejo de la ciudad a la manera española. Este ente consistía en seis *regidores* propietarios, algunos oficiales ex-oficio, y un empleado. En suma, el *ayuntamiento* empleaba los servicios ocasionales, de porteros, pregoneros públicos y de inspectores. El consejo elegía todos los años dos *alcaldes* y un *mayordomo de propios.* Los alcaldes eran los jueces locales, y tenían jurisdicción en todas las materias criminales y civiles que surgían dentro de la ciudad. El cabildo no tenía las mismas funciones judiciales del Consejo Superior; no registraba las leyes o actos notariales, no oía casos de apelación excepto los de las cortes de sus propios alcaldes, aunque las autoridades legales coloniales eran miembros. Tampoco, debido a la naturaleza de la posición de regidor, podía decirse que fuera representativo, con excepción de la riqueza [1].

[1] B. Torres Ramírez, *Alejandro O'Reilly en las Indias,* Sevilla, 1968, pp. 187-202, para las ordenanzas de los cabildos.

O'Reilly ordenó construir un edificio apropiado para el cabildo, proporcionándole ingresos por las licencias de las facturas de las tiendas (N=6), tabernas (N=12) y salas de juego (N=6), de un monopolio para abastecer de carne a la ciudad, de un peso como impuesto por cada barril de *aguardiente,* de las rentas de las abundantes asignaciones de la capital y de un impuesto al atraque de los barcos que usaban el dique principal. La construcción del edificio del nuevo cabildo se terminó en agosto de 1770. Esta estructura fue destruida por el gran fuego de 1788.

Al tiempo que el Consejo Superior fue abolido, O'Reilly impulsó un nuevo código de leyes para la colonia. Promulgado en noviembre de 1769, el código incluía lo más importante de la leyes de indias encontrado en la *(Recopilación de las Leyes de Indias),* elementos de las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio, y el *Código Negro Francés* (código de esclavos) de 1724. O'Reilly manejaba los asuntos que no estaban en el código, de acuerdo con la *Recopilación* de leyes españolas apropiadas. Muchas de las estipulaciones del código de esclavos permanecieron vigentes. El español se convirtió en el lenguaje oficial de los procedimientos legales salvo en las instancias donde debía emplearse el francés porque no había traductores fidedignos para registrar los testimonios en español. En tales casos, las transcripciones en francés de los casos serían traducidas al español en Nueva Orleans por el traductor oficial.

Para imponer orden en el caos financiero y monetario, O'Reilly confirmó los títulos de Gayarre como contable y Navarro como tesorero. Ordenó auditar todas las cuentas desde 1766, hasta la fecha de su llegada. Estaba particularmente preocupado sobre los 100.000 pesos en notas del tesoro español que estaban en circulación, y sobre el cálculo del valor de las propiedades transferidas por Francia a España. Como resultado aparecieron doce edificaciones, incluyendo el hospital, cuarteles, tres casas, varios almacenes, artillería y el fuerte de San Juan, a la entrada del golfo del mismo nombre. Auditando y argumentando con los representantes de la corona francesa sobre el valor de los edificios, ocupó los últimos meses de 1769 y comienzos de 1770. Cuando se completaron las auditorías, O'Reilly presentó un *reglamento de hacienda* (26 de febrero de 1770) estableciendo salarios y otros gastos. El total era de unos 116.000 pesos, mucho menos que lo que Ulloa había creído necesario para la colonia. De acuerdo con esto, el situado fue reducido.

Los asuntos sobre los indios también necesitaban una reforma. A causa de los problemas fiscales de la administración de Ulloa y de los problemas políticos que siguieron, muchas tribus que habían sido amistosas con los franceses y querían serlo ahora con los españoles estaban descontentas. Para mejorar las relaciones, O'Reilly organizó una gran reunión con los indios en Nueva Orleans el 29 de octubre de 1769. Discursos y otras demostraciones fueron acompañados por la distribución de regalos y medallas con la imagen de Carlos III; tanto los regalos como el tamaño de las medallas se calibraban de acuerdo con la importancia del jefe en cuestión. Al final, O'Reilly aseguró a los indios que en el futuro sus regalos anuales continuarían. También prometió continuar con la regulación del comercio para evitar abusos sobre los indios. Prometió que los europeos no obtendrían propiedades en los campos de caza de los indios.

O'Reilly redondeó sus reformas iniciales ordenando el endurecimiento del decreto del 23 de marzo de 1768 y la expulsión de Nueva Orleans de los mercaderes que no fueran españoles o franceses, por la orden del 22 de setiembre de 1769. Sin embargo hizo unas cuantas excepciones a estas órdenes. Los permisos para exportar los productos de Luisiana a las Indias francesas occidentales se garantizaron a los cinco dueños de los barcos con base en Nueva Orleans. A los mercaderes angloamericanos en harina como Oliver Pollock y William Moore se les permitió continuar trayendo este producto de las trece colonias. En suma, O'Reilly permitió la residencia continuada en la colonia de los ingleses casados con mujeres de la localidad o que fueran propietarios de plantaciones además de sus actividades mercantiles. El resultado fue que sólo diecisiete mercaderes británicos (incluyendo tres judíos) fueron expulsados de Nueva Orleans. Muchos se fueron a Manchac o a Baton Rouge y continuaron comerciando vía Nueva Orleans.

En un informe comercial, O'Reilly estimó que con anterioridad a la expulsión, los mercaderes británicos habían obtenido el 90 % de la moneda disponible en Luisiana como cambio por esclavos y mercaderías no muy caras. Los comerciantes franceses, que aceptaban los productos locales, no eran capaces de competir con los precios británicos. Estas expulsiones estaban ambas en línea con las ideas mercantiles españolas y con los intereses de los comerciantes franceses. Sin embargo, la última no era compartida por el pensamiento de O'Reilly en cuanto a los efectos beneficiosos de sus recomendaciones comerciales.

Mirando al futuro, O'Reilly recomendó modificar el decreto de 1768 para que La Habana pudiera ser el puente para el comercio de Luisiana. Pensaba que la industria azucarera cubana podría beneficiarse de los productos madereros de Luisiana, que el aguardiente cubano podía tener mercado en Luisiana (especialmente para comerciar con los indios) y que La Habana podría aportar un mercado para su índigo, algodón, y algunos alimentos que exportaba. Por otra parte el tabaco de Luisiana sería rechazado en el mercado de La Habana, aun si se mezclaba con la hoja cubana que le daba una reputación de calidad más baja. Recomendó la exportación de productos libres de impuestos de Nueva Orleans a La Habana y de La Habana a Nueva Orleans. Al mismo tiempo, esperaba que los comerciantes catalanes podrían traer vino y otros productos a Nueva Orleans, llevar productos de Luisiana a La Habana, y completar sus cargamentos de vuelta con su azúcar. Esta propuesta fue aprobada por el rey como una medida interna el 26 de enero de 1770 y O'Reilly fue autorizado a llevarla a cabo; el Consejo de Indias consideró el asunto y promulgó los decretos finales en una fecha posterior. El comercio con México o con barcos mexicanos fue prohibido terminantemente. Como ministro de Indias, Arriaga escribió a Grimaldi (21 de enero de 1770), que el comercio entre Luisiana y México podría significar un medio por el que la moneda mexicana se enviaría a Gran Bretaña «como la colonia del Sacramento para Portugal, sin que lo pudiese remediar el gobernador más celoso, y que se hallase auxiliado de dependientes de igual carácter» [2].

Con estas reformas iniciales en marcha, O'Reilly se volvió al doble problema de la defensa y la administración de la colonia, aparte de Nueva Orleans. Ambos significaban la inspección de los distritos o posiciones de la baja Luisiana. Visitó personalmente los asentamientos alemán y acadiano al norte de Nueva Orleans, Iberville (al sur de Manchac) y Pointe Coupée. Envió agentes al norte por el río Rojo hasta Natchitoches y a Attakapas, Opelousas y Rapides. En cada posición, O'Reilly o sus agentes pedían el juramento de lealtad a los residentes, hacían un censo, oían y resolvían quejas, y promulgaban las órdenes necesarias para el nuevo sistema de gobierno. Además, O'Reilly tenía a Luis de Unzaga, el hombre elegido para ser goberna-

[2] En el Archivo General de Indias, Indiferente General, 2.410.

dor después de que él se fuera, confirmando títulos de propiedad del periodo francés. Puesto que Ulloa ya había enviado oficiales a la alta Luisiana (la moderna Missouri) O'Reilly no necesitó enviar a la zona agentes especiales.

Fruto de esta inspección fue la decisión de abandonar el plan de Ulloa de duplicar cada fuerte británico con un fuerte español a lo largo de todo el río Misisipí. Para llenar de hombres los fuertes que Ulloa había comenzado, se tendría que haber empleado una gran y muy cara guarnición y habría sido de poco valor militar. Nueva Orleans era la llave para el control español de la provincia y los puestos enfrente de Natchez y de Manchac no ayudaban nada a su defensa. Además, los británicos habían retirado a muchas de sus fuerzas. Por otra parte, la continuación de la crisis por las islas Malvinas (Faulkland Islands) exigía mejorar las defensas de Nueva Orleans y mantener una presencia continua de militares españoles a la entrada del Misisipí. Estas metas se cumplirían mejor concentrando al nuevo batallón *fijo* y a la artillería en Nueva Orleans. Unidades militares seguirían a lo largo de la costa alemana y en los distritos de Kabahannose, justo al norte de Nueva Orleans, en Nueva Orleans (4 compañías incluyendo una de hombres libres de color) y en la alta Luisiana en San Luis y en Santa Genoveva. En tiempos de necesidad, las milicias que rodeaban Nueva Orleans entraban en la ciudad. No había cuadros entrenados para suministrar a las milicias, pero se repartían armas de los almacenes. Y finalmente, las defensas que Ulloa empezó en la Baliza fueron abandonadas porque estaban localizadas en una isla que no controlaba todos los canales. Se ordenó construir un nuevo fuerte en la antigua Baliza francesa o en sus proximidades, donde lo determinaran los ingenieros.

En cuanto al gobierno de los distritos, después de un examen de cómo estaba gobernada la provincia, O'Reilly decidió a principios de 1770, dejar el mismo sistema de puestos (o distritos) con su comandante que se había desarrollado bajo los franceses, aunque alteró sus poderes en materia judicial. O'Reilly reconoció once puestos: (de sur a norte) Fourche de Chetimachas (Parroquia de la Ascensión), Kabahannose (Parroquia de San Jaime, en la costa acadia), Parroquia de San Carlos (costa alemana), Parroquia de San Juan (costa alemana), Costa de Iberville, Punta Cortada (Parroquia de Pointe Coupée), Opelousas, Rápido (Parroquia de Rapides), Natchitoches, Arkansas, Santa Genoveva (Missouri) e Illinois (San Luis, Missouri). Elevó a dos de éstos a

nivel de lugartenientes gobernadores: Natchitoches y el territorio de Illinois (esto es, Missouri). Ambas eran áreas fronterizas críticas cuyo control parecía estar garantizado por los mayores poderes del lugarteniente. En suma, Arkansas, Santa Genoveva e Illinois (Missouri) constituían la alta Luisiana. En general, O'Reilly dejó a los comandantes franceses en sus plazas a excepción de las posiciones de la alta Luisiana, donde ya había instalados funcionarios españoles o fueron colocados rápidamente.

Como con los franceses, el comandante combinaba las funciones militares, políticas y judiciales. Manejaban asuntos criminales como jueces de primera instancia y casos civiles que fueran de cuantía menor a 20 pesos. Con dos testigos, podían hacer de notarios y supervisar la verificación de los testamentos no contestados. Sus actos como notarios no tenían que ser registrados en Nueva Orleans a excepción de los contratos de matrimonio que significaban el compromiso de una propiedad real. Éste era el principal cambio en los poderes de los comandantes franceses.

Para administrar justicia en casos civiles de más cuantía que 20 pesos, sucesiones disputadas y apelaciones criminales, O'Reilly creó la corte del gobernador, un hecho común en otras colonias españolas. El gobernador presidía, pero su consejero legal *(asesor)* era la persona a la que generalmente se adjudicaba el caso, ya que el gobernador carecía del necesario conocimiento legal. Un acusador de la corona *(fiscal)* representaba tanto los intereses públicos como los del rey.

O'Reilly determinó que las apelaciones de las cortes de Luisiana deberían ir a un tribunal especial de La Habana compuesto por el capitán general, auditores de los departamentos militar y naval de Cuba, el fiscal del tesoro, y el secretario del gobierno, mejor que a la audiencia de Santo Domingo, que era de difícil acceso a causa del tipo de transporte del correo. Se estableció un calendario notarial y se establecieron los cargos.

Por último, O'Reilly decidió sobre algunos puntos menores de la administración y de la ley. Decretó que todas las donaciones de tierras debían ser otorgadas y confirmadas por el gobernador. Se requería un estudio y se concedía un periodo de tiempo para limpiar y desarrollar la tierra, durante el cual ésta no podía ser vendida. Continuó con la norma francesa de que el camino –y el impuesto por la parte del agua de la propiedad– debía ser construido y cuidado. O'Reilly quería me-

jorar la vida religiosa de la colonia pero se encontró con que no había bastantes curas y frailes capuchinos para conseguirlo. Pidió que enviasen ambos. Proporcionó estipendios para los frailes capuchinos primero en la provincia, para las monjas ursulinas y para los huérfanos a su cuidado. También, consiguió que la corona suministrase velas a todas las iglesias de la provincia.

Sobre la cuestión crucial del lugar de Luisiana dentro del imperio español, O'Reilly no se pronunció. Definitivamente la administración especial de la provincia por Grimaldi no había funcionado bien. Después de deliberar, Carlos III decretó el 24 de noviembre de 1769 que Luisiana dependería de la capitanía general de Cuba y quedaría bajo la jurisdicción del Consejo de Indias y de su ministro. Este cambio tuvo lugar después de que O'Reilly dejase la colonia. La aprobación subsiguiente de la propuesta de comercio de O'Reilly (arriba reseñada) reforzó esta relación dependiente entre Luisiana y Cuba.

Con su misión cumplida y Luis de Unzaga instalado como gobernador, O'Reilly dejó Nueva Orleans el último día de febrero de 1770. Hizo una breve pausa en La Habana y luego partió hacia España, donde fue recibido por Carlos III y fue recompensado por sus servicios. Carlos III y sus ministros habían evaluado sus acciones contra los rebeldes y las habían aprobado.

La administración de Unzaga

O'Reilly dejó a Luis de Unzaga y Amézaga como segundo gobernador de Luisiana. A los 48 años, veterano con veintiséis años de servicio en las Indias y empezando ya a sufrir de la vista, Unzaga se consideraba como un mediador sereno, ideal para conciliar y suavizar las pasiones contra el régimen español que todavía sentía la población francófona de Nueva Orleans y de la baja Luisiana. Esta reputación no era del todo correcta; sus subordinados le tenían por voluntarioso y tenaz en defensa de lo que él consideraba los poderes de su oficio. Pero respecto a este tema generalmente mostraba un talante tolerante para asumir muchas de las costumbres y necesidades locales. Tenía una ventaja adicional por su nacimiento en la provincia de Málaga, el hogar del rápido trepador José Gálvez, aunque el efecto de éste en su administración no es del todo clara.

Muchos historiadores de la Luisiana española están de acuerdo en describir al gobierno de Luis de Unzaga y Amézaga como un tranquilo intermedio entre los años de crisis de Ulloa y de O'Reilly y las glorias de la conquista de la Florida occidental británica por Bernardo de Gálvez. Sin embargo la mayor parte de los historiadores le dedican sólo unas pocas páginas, o tan sólo unos párrafos, a estos siete años. Pero tales descripciones y el breve tratamiento son injustificados. Después de una inspección más detenida, se observa que el gobierno de Unzaga estuvo lejos de considerarse tranquilo, al menos en lo que se refiere a las comunidades religiosas de Nueva Orleans, y lejos de ser trivial en lo que a asuntos económicos se refiere.

Depresión de la economía: 1770-1772

En el campo económico, los tres primeros años de Unzaga como gobernador, fueron una prolongación de la crisis económica que empezó al menos a principios de 1766, y había sido incrementada por la fuerte medida de O'Reilly, el tratado de comercio de marzo de 1768 y la consecuente expulsión de tantos comerciantes británicos de Nueva Orleans. Estas acciones causaron pérdidas y un ambiente general de incertidumbre temiendo que este decreto de comercio se fuera a ejecutar de una forma rigurosa en Nueva Orleans y, lo que era más importante, en cualquier otro lugar a lo largo del río Misisipí. El hecho es que Luisiana tuvo que depender de los barcos británicos. La depresión se hizo más aguda durante 1770 y los primeros meses de 1771 a causa de otro decreto real, que restringía el comercio de Luisiana y a causa de una nueva crisis por las islas Malvinas (Falkland Islands); parecía que se había reducido aun más la voluntad de los comerciantes británicos y de los capitanes de barcos de visitar el Misisipí.

Durante los primeros meses de 1770, Unzaga prosiguió con los acuerdos de O'Reilly con Oliver Pollock, Moore y los compromisos por escrito con otros comerciantes británicos que estaban conformes en suministrar harina a Nueva Orleans. Siguió permitiendo a los cinco barcos que pertenecían a cinco firmas de Nueva Orleans comerciar con las Indias occidentales francesas; por ese medio se daba salida al índigo, tabaco, y pieles y a través de ese transporte, obtener mercancías lujosas y vinos franceses. El volumen de este comercio parecía no de-

masiado importante e hizo poco para mejorar a la población de las granjas y plantaciones de Nueva Orleans y para salir de la depresión que se había desarrollado durante los tres años anteriores. El comercio británico a lo largo del Misisipí parecía haber disminuido de volumen con respecto a los impetuosos tiempos de 1763-1768.

Más tarde, en la primavera de 1770, se recibieron dos golpes sucesivos en lo que podía haber sido una solución intermedia válida para la integración de Luisiana en el imperio comercial español de Luisiana. En abril, O'Reilly prohibió la exportación del tabaco de Luisiana a La Habana, porque se mezclaba con la hoja superior del de La Habana lo que producía una menor acogida entre los consumidores españoles. Con un colapso en el almacenamiento de su cosecha, el segundo producto más importante, se encontró de repente sin un mercado legal a excepción de la exportación directa a España, donde el real monopolio de tabaco no estaba dispuesto a aceptarlo, o exportarlo vía España a Francia con tales costos adicionales que el asunto no resultaba nada interesante.

El segundo golpe se recibió por una cédula fechada el 26 de enero de 1770, aprobando todas las medidas comerciales de O'Reilly en uso, menos los permisos para que los barcos locales continuasen comerciando los productos de Luisiana con los de las Indias occidentales francesas. En las mentes de los ministros de Carlos III, este golpe al comercio de Luisiana estaba contrarrestado por la aprobación de las exportaciones libres de impuesto desde Luisiana a Cuba y productos cubanos y de otro lugar a Luisiana desde La Habana, si la última había pagado los impuestos normales de importación a su entrada en La Habana. El comercio con todas las demás colonias españolas, especialmente Nueva España, fue rigurosamente prohibido. Este decreto, intentaba favorecer la exportación de madera y de alimentos preparados para las plantaciones cubanas de esclavos y del aguardiente cubano y las mercaderías manufacturadas a Luisiana, introducir a los productores de índigo en un mercado en el que su producto tenía desventajas para competir en cuanto a calidad y precio, en comparación con los de Guatemala y otros índigos. Tales pieles y las de venado todavía llegaban a La Habana y España. Y los comerciantes que habían hecho de su medio de vida el comerciar con Nueva España tuvieron pocas esperanzas de revivir este comercio. Sin duda, entonces, los británicos pudieron informar desde Pensacola que ese verano los comerciantes

franceses dejaban Nueva Orleans hacia las Indias francesas occidentales y que los otros residentes de la colonia lo hubieran hecho si hubieran podido.

Ni los plantadores, ni los mercaderes y los dueños de los barcos se beneficiaron inicialmente del permiso de apertura de La Habana de O'Reilly para sus exportaciones de madera y alimentos, ambos enviados a las Indias francesas occidentales. De los seis viajes que emprendieron los cargueros durante 1770, uno naufragó más tarde y los otros produjeron pérdidas del 10 al 25 %. Todos llevaban exportaciones de Luisiana de maderas y tablones, cinco de ellos también trasladaban arroz y otros dos transportaban otras mercancías. A la vuelta, algunos barcos volvían vacíos o llevaban azúcar y aguardiente que vendían con pérdidas en el mercado de Nueva Orleans. Otro viaje, iniciado en La Habana con vino, aguardiente, azúcar, conservas y chocolate con un costo de 4.981 pesos perdió 1.441 pesos en estas partidas en Nueva Orleans, pero obtuvo un beneficio modesto con los tablones y maderas de vuelta a La Habana. Los datos son incompletos, pero parece que las mayores pérdidas ocurrieron en la venta de las importaciones cubanas en Nueva Orleans, donde los paladares locales favorecían a los vinos franceses más que al aguardiente, y los precios habían bajado porque había poco trabajo. Aunque no afectaban a las mercaderías cubanas, que eran desconocidas en un principio, la madera parecía sufrir las pérdidas más modestas. Los beneficios del arroz se desconocen. Al menos en un caso, el índigo de Luisiana se vendió con pérdida en La Habana. Estas experiencias continuaron en los primeros meses de 1771, y aunque no llevaron a los habitantes de Luisiana a aumentar su producción, sí a buscar caminos alternativos para su comercio. Sólo en 1772, los abastecedores de Luisiana empezaron a cortar tablones y otros productos de madera para las necesidades cubanas, con un consecuente beneficio para este campo de comercio entre Luisiana y La Habana.

La búsqueda de una mejoría para la depresión económica

Una alternativa a la continua depresión comercial era la de pedir a Madrid una flexibilidad en los decretos sobre comercio. El cabildo de Nueva Orleans hizo esto por medio de un decreto fechado en julio de 1770 en el cual se solicitaba permiso para embarcar cargamentos de

tabaco a las Indias occidentales francesas. Sobre la fecha del 20 de junio de 1771, la corona contestó, prohibiendo otra vez el comercio con cualquier puerto a excepción de España y La Habana. Sin miedo, el cabildo envió una segunda petición en noviembre de 1771, esta vez razonándola con un informe de los fracasos de 1770 y de los tradicionales y ejemplares negocios comerciales comparándolos con los problemas bajo los decretos de 1768 y 1770. De acuerdo con este documento, el comercio en pieles había sido la savia de Nueva Orleans. Pieles, índigo, y tabaco se habían vendido en Francia, mientras que efectos navales y los productos de madera se habían vendido en las Indias francesas occidentales. bajo el sistema español, el comercio en pieles había languidecido porque España no ofrecía mercado a las pieles, y no producía los productos que las Indias necesitaban. El índigo de Luisiana no era competitivo con el de otros sitios del imperio español. El tabaco se excluyó de La Habana. Los productos de madera no eran rentables porque no estaban cortados según los stándares cubanos. Pocos barcos españoles atracaban en Nueva Orleans porque su mercado era muy pequeño. La contestación, fue el restablecimiento de los privilegios de comerciar con Francia o con las Indias occidentales francesas. En ausencia de estos privilegios, el cabildo había alertado sobre los comerciantes británicos que otra vez se introducían en el comercio de Luisiana. Y, de todas maneras, el comercio con los británicos era la otra alternativa que los plantadores de Luisiana y los comerciantes llevaban a cabo.

El gobierno español no dejaba de estar atento a las dificultades de Luisiana. El situado, fuente de los problemas de Ulloa, porque no llegaba, se pagaba regularmente a comienzos de 1770. Los oficiales del tesoro informaron que desde setiembre de 1769 hasta finales de diciembre de 1770, unos 420.598 pesos en los fondos del situado se recibieron en Nueva Orleans. Durante 1771, llegaron 119.733, seguidos por una cantidad igual en 1772. Gracias a estos pagos, Nueva Orleans tenía dinero suficiente, aunque no en abundancia. Más tarde, se produjo un hecho que demostró el interés del gobierno. En setiembre de 1770, llegó a Nueva Orleans un barco mexicano para comprar tabaco para el real monopolio de tabaco. Al ofrecer precios de entre once a doce sueldos y medio (0,88 a 1 real) por libra, los agentes del monopolio podían asegurarse 42.281 libras, una fracción de las 600.000 libras estimadas (con un valor de alrededor de 400.000 libras francesas)

que Luisiana producía anualmente durante la década de 1760. Si hubiese seguido esta compra –que no siguió– el mercado mexicano hubiera proporcionado los canales necesarios de distribución para parte del tabaco de Luisiana.

Pero ni la apertura del mercado de La Habana ni la validez de la moneda ni la compra de tabaco ni el aumento de la producción de harina en Missouri que empezó en 1770 significaron una mejoría en la devaluada economía de la Baja Luisiana. Martín Navarro estimó más adelante, probablemente exagerando, que el comercio con La Habana absorbía la milésima parte de los productos coloniales y que durante los años 1770 a 1771 la propiedad había perdido las tres cuartas partes de su valor con el resultado de que las casas estaban destinadas a ir a la ruina, ya que las reparaciones hubieran costado más que lo que valían. Los granjeros, insistía, plantaban sólo para su subsistencia y sus deudas no las pagaban. Sin embargo, a principios de 1771, la cosa fue peor todavía que en 1770, ya que los barcos británicos parecían haber dejado sus precios anteriores bajos a causa de la reanudación del conflicto angloespañol sobre la soberanía de las islas Malvinas (Fakland Islands).

La crisis de las Malvinas ahonda la depresión

La crisis de las Malvinas surgió por el disgusto que tenían los franceses por la pérdidas de sus colonias durante el séptimo año de la guerra. Entre otras acciones, determinaron empezar a convertir estas pérdidas en beneficios, a expensas de España, al ocupar las islas Malvinas en el sureste del Atlántico. Antonio Luis de Bougainville ocupó Puerto Luis para Francia en 1764. Cuando España protestó, los franceses vendieron su reclamación a España y se retiraron en abril de 1767. Mientras tanto, en enero de 1765, Juan Bryon reclamó las islas para Gran Bretaña pero no las ocupó. Esto proporcionó a Londres una herramienta para hacer que España pagara el rescate por Manila que se había pactado con antelación, pero que no se había efectuado. Para reforzar sus reclamaciones, contestar a la ocupación francesa, y obtener más fuerza sobre el rescate, en enero de 1766 los británicos ocuparon puerto Egmont. Los británicos descubrieron el asentamiento francés en diciembre y les pidieron a los franceses que se fueran, pero no hubo

posteriores acciones. Informada de esto, España protestó, y por primera vez se vio la posibilidad de que se declarase la guerra. Pero los británicos tenían problemas con sus colonias de América del Norte, y Francia no estaba dispuesta a respaldar a España en una nueva guerra.

La negociaciones se prolongaron, mientras los españoles seguían protestando por el hecho de que los británicos no habían evacuado las áreas de tala en Honduras y en Campeche, tal como habían prometido, en 1763. La amenaza de guerra aún estaba allí.

Así, en junio de 1770, una expedición procedente de Buenos Aires invadió Port Egmont y a sus residentes británicos. Las noticias acerca de la toma española de las Malvinas llegaron a Europa en agosto, sembrando el temor de la guerra. Tanto España como Francia poseían arrestos para una posible guerra con Gran Bretaña, pero ninguna de los dos deseaban luchar. La amenaza pública de España no iba a la par con las confidencias privadas efectuadas a Francia de que no querían la guerra debido a que el gobierno estaba preocupado con la expulsión de los jesuitas y sus consecuencias. Choiseul, quien apoyaba a España en sus demandas en un primer momento, pronto rechazó la idea de una guerra, ya que Francia no estaba preparada para hacerla. El gobierno británico insistía públicamente en la restitución de Port Egmont, alegando la posesión de los correspondientes títulos para todas las islas, aunque, secretamente, deseaba aceptar una retirada después de la devolución. Con este escenario, comenzaron las negociaciones sobre las Malvinas.

La resolución de la crisis casi se consiguió en setiembre de 1770, pero entonces, debido a una serie de circunstancias, se esfumó. Hacia diciembre, la guerra parecía un hecho. La destitución de Choiseul como Ministro de Asuntos Exteriores francés (24 de diciembre de 1770) hizo disminuir aún más el interés francés por la guerra. Finalmente, el 2 de enero de 1771, Carlos III aceptaba las demandas británicas así como sus posturas «secretas». La crisis finalizó, Port Egmont fue devuelto a Gran Bretaña, quien lo abandonó en 1774. Mientras duró, la crisis de las Malvinas amenazaba a Luisiana de dos maneras. Primero, la amenaza militar, directa, y en forma de 1.000 soldados enviados a Pensacola en junio de 1771, de algún modo antes que la invasión de las islas por parte de España se supiese en Europa. Durante el otoño, estos efectivos se encontraban en alerta para una posible guerra. Examinando sus defensas, con los 400 soldados regulares y los 1.300 mi-

litares heridos que se hallaban a su órdenes, Unzaga concluyó que no podría efectuar más que una defensa *pro forma*.

Si se hubiera visto atacado, habría tenido que retroceder hasta Nueva España. Segundo, las crisis de Malvinas parece haber provocado una caída en el comercio británico en la región del Misisipí y, en consecuencia, en la Baja Luisiana. Este periodo de depresión en el comercio británico resulta difícil de documentar. En su historia económica de Nueva Orleans, el historiador John Clark apunta tan sólo que 1770 y 1771 fueron los peores años que atravesó la Luisiana española en tiempos de paz, juicio que refleja la opinión de los que experimentaron la crisis (tales como el Cabildo de Nueva Orleans, cuyas solicitudes ya han sido revisadas), pero que no sostuvieron sus argumentos con cifras ni explicaron específicamente el papel que desempeñó el comercio británico en la economía de la colonia.

Tabla 4.1. Tráfico marítimo en Luisiana, 1770-1772

	1770	1771	1772	Total
Impuestos de la Baliza (1 peso por barco)	58 p.	104.5 p.	128 p.	290.5 p.
Travesías estimadas de ida y vuelta	24	52	64	145
Barcos anclados (N. Orleans)				30

Las claves para identificar hasta qué punto incidió negativamente la crisis de las Malvinas en el comercio británico a lo largo del Misisipí —así como para establecer el alcance de la profunda depresión de 1770-1772— pueden hallarse en las cifras del pago de los *Derechos de la Baliza* y en los cómputos oficiales sobre el tráfico marítimo en Nueva Orleans. La tabla 4.1 contiene información relevante al respecto. Los *Derechos de la Baliza* suponían el pago de un peso por embarcación por realizar la travesía en uno u otro sentido. Los datos demuestran que, de 58 barcos que atravesaban la Baliza en 1770, el número subió a 104 en 1771, llegando a más de 128, cuando en 1772 comenzó a remitir la crisis. Reducidas a viajes de ida y vuelta con dos pasos por la Baliza en cada uno, las cifras arrojan 24 barcos, en 1770; 52 barcos, en 1771, y 64 barcos en 1772, con un total estimado de 145 viajes de ida y

vuelta por el río Misisipí (la cantidad de barcos reales era mucho más pequeña, ya que, probablemente, algunos hicieron más de un viaje cada año). La estimación de la cantidad de barcos británicos puede hacerse a partir del hecho de que en el transcurso del periodo que va de enero de 1770, hasta mediados de agosto de 1772, se registró un total de 30 barcos que anclaron en Nueva Orleans. Seis eran barcos de vela españoles o mexicanos, de los cuales, cinco transportaban el situado o los despachos. Los restantes 24 se dedicaban al comercio con La Habana. Los barcos de Oliver Pollock y William Moore y los demás comerciantes británicos de harinas autorizados, no están incluidos, evidentemente, en esta lista de 30 embarcaciones, ya que habrían navegado hacia otros puertos. Al mismo tiempo, es posible que este total subestime la serie de pequeñas embarcaciones que transportaban correspondencia entre Nueva Orleans y La Habana.

Teniendo en mente los posibles errores de cálculo que supone una lista que arroja un total de 30 barcos que pasaban por Nueva Orleans, el registro de embarcaciones en Nueva Orleans sugiere que un 41 % del total estimado de travesías de ida y vuelta por el Misisipí fue efectuada por barcos españoles o pertenecientes a colonias españolas (60/145). El resto, alrededor de 85 –lo que supone un 59 % del total de viajes estimados en tres años– probablemente eran británicos. Para llevar este razonamiento un poco más lejos, procedamos a considerar lo que ocurrió en 1770. Durante este año se estima que se efectuaron unos 24 viajes de ida y vuelta. El comercio español con La Habana fue la causa de al menos siete de estos viajes y otros dos, probablemente eran barcos que transportaban el situado y los despachos. Es decir, hacia 1770, los barcos españoles y de las colonias de España podían haber efectuado 9 de un total de 24 viajes de ida y vuelta, lo que equivale al 37,5 % del total. En contraste, el promedio de barcos que arribaron o partieron de Nueva Orleans en el periodo comprendido entre los años 1773 y 1776, sólo alcanzó el 23 % (tabla 4.2). No es extraño que la caída del comercio británico que cabe inferir para finales de 1770 y comienzos de 1771, alcanzase una repercusión tan grande, que el regreso de los barcos británicos a finales de 1771, constituyó un importante motivo de conversación para sus contemporáneos [3].

[3] Esta especie de salvaje viaje debe ser considerado sólo como una aproximación

La recuperación económica, 1772-1777

La recuperación económica que comenzó a darse a finales de 1771, apenas si se había puesto en marcha cuando el 4 de septiembre de 1772, un huracán (seguido de un invierno extraordinariamente frío) casi la detuvo en seco. La tormenta devastó la isla Real de San Carlos y las plantaciones situadas al sur de Nueva Orleans. Poco después, Gilbert Antoine de Maxent (también llamado Saint Maxent) –que posteriormente se convertiría en suegro de Bernardo de Gálvez– junto a otros importantes plantadores y deudores, organizaron una confederación de deudores que, tratando de aprovechar el desastre que había afectado a muchos de sus vecinos, presionaron a Unzaga para que suspendiese el pago de todas las deudas –independientemente de la solvencia del deudor o del daño que su plantación había sufrido–. De acuerdo con el historiador Charles Gayarre, Unzaga puso en práctica medidas condescendientes con aquellos deudores que necesitaban ayuda realmente, pero forzó a pagar a aquellos que gozaban de posibles, tales como el propio Maxent y antes que utilizar la crisis para evadir los pagos, tuvieron que hacer frente a los mismos. Esta acción parece haber mantenido el movimiento de recuperación porque aseguró que los comerciantes recuperarían sus inversiones en esclavos y otros bienes que habían vendido a crédito a los cultivadores pagaderos con cosechas futuras. (El frío invierno parecía haber dañado los árboles frutales, pero sin ningún otro efecto).

Además del final de las Crisis de las Malvinas y de la manipulación de Unzaga del problema de la deuda en 1771, el otro motivo por el que los barcos británicos regresaron al Misisipí fue el boom de los asentamientos en la Florida occidental británica, desde Manchac al norte de Natchez. La publicación del libro de Philip de Pittman, en

a lo que fue en realidad. El tonelaje de los barcos, una verdadera medida del volumen del comercio, podría sugerir por lo menos una disparidad entre los barcos británicos y los españoles. El valor estimado aclara el cuadro todavía más, pero es imposible crearlo a causa de la naturaleza de la mayoría del comercio británico. Así que con cualquier medida que se emplee, la escena básica no puede tener mucha diferencia de la que el informe del viaje de los observadores contemporáneos anotaron: que los británicos controlaban el comercio de la baja Luisiana incluso durante los oscuros días de la crisis económica de 1766-72

1770, y la política liberal de concesión de tierras puestas en práctica en los años siguientes, parecen haber contribuido a este desarrollo. De unos pocos cientos de individuos, la población de esta parte de la Florida occidental británica creció rápidamente hasta alcanzar varios miles, capaces de sustentar más de cuatro tiendas en Natchez y un cierto número de casas comerciales en Manchac y Nueva Orleans. Las evidencias estadísticas para la importancia de la recuperación son difíciles de encontrar, pero existen tres conjuntos de valores que sugieren cuando menos sus dimensiones. Primero, los pagos efectuados durante 1773 y 1774, del 2,5 % del almojarifazgo impuesto a finales de 1772, indican que el número de exportaciones legales en Nueva Orleans (a bordo de barcos españoles en la mayoría de los casos) se duplicó, llegando casi a cuadruplicarse entre los años 1774 a 1775 (tabla 4.2).

Tabla 4.2. Comercio de Luisiana, 1773-1777

	1773	1774	1775	1776	1777
Imp. Baliza (Pesos)	209,5	147	161,5	157	133
Est. Viajes I/V	104	73	80	78	66
Nue. Orleans, entradas	9	30	23	11	9 (2)
Nue. Orleans, salidas	12	34	20	17	9 (2)
Nue. Orleans, pasajes	21	64	43	28	18 (2)
Nue. Orleans, % Baliza	10 %	44 %	27 %	18 %	
Almojarifazgo (pesos)	2.240	4.238	16.690		16.558
Est. valor bienes (1)	89.600	169.520	667.600		662.320

Notas:

1. Los valores están consignados como si todos los productos pagasen el 2,5 %; algunos pagaban más.
2. Sólo los primeros tres meses.

Fuente: Cuentas del Tesoro, 1770-1780, Archivo General de Indias, Santo Domingo 2.628; Ruth King, *Social and Economic Life in Spanish Louisiana, 1763-1783* (Tesis Doctoral, Universidad de Illinois, 1931), pp. 163-69.

Cabe encontrar un segundo indicador de la importancia de la recuperación en el número de barcos que pasaron la Baliza comparado con el registro de aquellos que atracaron en Nueva Orleans. La tabla 4.2 muestra las cifras anuales de los honorarios de la tasas para pilotar por la Baliza, para atracar en Nueva Orleans, el pago del almojarifazgo

y una estimación del valor bruto de los productos en el periodo que va desde 1773 a 1777. La tabla muestra con bastante claridad que de los barcos que atracaban en Nueva Orleans (y que, por ello, tenían que cumplir todos los requisitos legales), únicamente cerca del 23 % del número total de barcos (1773-1776) pasó por la Baliza. Si no llega a ser por 1774, a todas luces infrecuente, el promedio hubiera sido menor que uno de cada cinco. Mientras muchos de los barcos que no atracaron en Nueva Orleans pueden haber sido bastante pequeños comparados con los barcos que frecuentaron Nueva Orleans, existen narraciones que sugieren que llevaron mucho más del comercio de la colonia que los que iban a Nueva Orleans. Pero tanto si tenían como destino Nueva Orleans como si se dirigían a cualquier otra parte del valle bajo del Misisipí, los barcos que pasaban la boca del Misisipí aumentaron en número hasta 1775, un signo real de la recuperación económica de la colonia. En 1774, hasta 70 barcos pudieron contarse entre Nueva Orleans y Manchac. Casi todos llevaban banderas británicas.

La tercera indicación de la recuperación fue el crecimiento continuado en la población de colonia, especialmente en la cantidad de esclavos. El historiador Antonio Acosta encontró que en 1763 los distritos de Bas de Fleuve (el distrito que se encuentra justo al sur de Nueva Orleans), Nueva Orleans, Chapitoulas, Alemanes y Pointe Coupée –los principales distritos con plantaciones– tuvieron un total de 4.598 esclavos. Hacia 1766, el número había aumentado a 5.176, lo que sugería un aumento anual promedio de entre tres y cuatro por ciento para un periodo durante el cual Luisiana no tuvo prácticamente ningún tipo de restricción en su comercio. Hacia 1777, había 7.226 esclavos en estos distritos, lo que indicaba un aumento anual promedio desde 1766 de cerca del 12 %. La población esclava global de la colonia aumentó desde 5.100 en 1763 a 9.500 en 1777, lo cual suponía un promedio del cuatro por ciento y medio anual en la tasa de crecimiento, de acuerdo con Acosta. Su estudio de las tasas de sexo entre los esclavos de Luisiana indica que incluso un aumento anual del cuatro por ciento no podía deberse a la reproducción natural, pero tenía que ser apoyado por importantes importaciones de africanos. El incremento anual medio del 12 % aproximadamente entre 1766 y 1777 sólo podía deberse a una gran importación, la mayor parte de ella efectuada después de 1773. La importación a su vez indica que había crédito disponible y por tanto que los productos agrícolas para la exportación eran lo bas-

tante abundantes para que los mercaderes de esclavos estuvieran dispuestos a conceder mano de obra, contra cosechas futuras. Dado que España no tenía su propio comercio de esclavos, estos africanos tenían que haber venido por fuentes británicas, o francesas.

El incremento en la población europea de los mismos cinco distritos de 3.048 a 4.632 durante los años 1766-1777 también indica una recuperación después de 1771 porque los contemporáneos comentaban acerca de la emigración de 1770 y la alta mortalidad durante un brote de lo que podía haber sido fiebre amarilla de 1765 a 1766.

Esta recuperación económica afectó a los distritos rurales más de lo que lo hizo en la ciudad de Nueva Orleans. Acosta ha mostrado que la población libre de Nueva Orleans disminuía como porcentaje de la población total de la provincia incluso aunque ambas crecían en números absolutos. En 1763, el 32 % de la población libre vivía en Nueva Orleans, pero hacia 1777 sólo el 20 % lo hacía. Durante el mismo periodo, las otras partes de la baja Luisiana veían cómo su porcentaje de población libre aumentaba desde el 35 % (1763) hasta el 56 % (1777), debido en parte a la llegada de los acadianos durante la primera parte del periodo. Como con la población esclava, la población libre (mayoritariamente europea) tenía un incremento anual medio (5,6 %) que sólo podía ser el resultado de la inmigración, no de un incremento natural. En total, el censo de 1777, contaba unas 17.926 personas en la baja Luisiana. En 1766 había 11.500.

Causa de la recuperación

La causa de esta recuperación económica no era debida a la vasta expansión del comercio autorizado con España y La Habana, aunque incrementaron en valor, ni al embarque experimental de 1774 a La Rochelle, Francia, de una carga de índigo y pieles de ciervo (valorada probablemente en 33.900 pesos a efectos de aduanas), ni la renovación en 1774 del permiso de los cinco barcos de Luisiana de propietarios locales para navegar a las Indias occidentales francesas. La fuente de esta prosperidad era el comercio británico y la tolerancia de Unzaga hacia él. Mirando hacia atrás en este periodo en 1781, Martín Navarro, el tesorero real, escribió que Luisiana

> debe su estado actual solamente a la sabia precaución de un buen servidor del rey, y al comercio ilícito de los ingleses; porque sin ellos, ¿quién estaría allí para dotar a estos súbditos de negros y herramientas para el cultivo de sus tierras, recibiendo como pago sus productos? [4]

Incluso los mercaderes franceses que habían dejado la colonia volvieron a fletar sus bienes a Luisiana ¡en barcos británicos!

Unzaga tenía pocas opciones, aparte de tolerar el comercio británico a lo largo del Misisipí. Como ha sido señalado, la ascensión del río requería normalmente barcos para abrazar el banco y no sin frecuencia amarrarlo a él, especialmente por la noche, o bajar hombres a tierra para arrastrar el barco corriente arriba. Esta forma de navegación proporcionaba un medio natural para que se desarrollara el comercio entre las tripulaciones de los barcos británicos oficialmente limitados a Manchac, Baton Rouge, y Natchez y los plantadores en cuyos muelles amarraban los navíos. Sólo se podía haber evitado este comercio haciendo que agentes de aduanas de total confianza escoltaran cada barco a su destino. Unzaga no tenía los recursos humanos para eso. Pero más allá de los problemas prácticos, Unzaga también tenía que considerar el bienestar de la provincia y el hecho de que el comercio español no proporcionaba los mercados, a muchas de las importaciones, que necesitaba Luisiana. Si la provincia iba a continuar teniendo residentes, tenía que tener un comercio que absorbiera sus productos y trajera los que necesitaba. El comercio británico claramente hacía las dos cosas.

Pero había límites a la tolerancia oficial, como se mostró por el número de arrestos por contrabando durante 1774. El caso más notable fue el de *Two Pollys*, un balandro de Rhode Island que pertenecía y era comandado por John Nash. Después de entrar en el río Misisipí, atracó más allá de Nueva Orleans y luego otra vez en un punto a dos leguas por encima de la ciudad. Allí el 17 de febrero de 1774, fue visitado por un sargento y un cabo de Nueva Orleans, quienes compraron bacalao salado para sus hombres y pidieron prestado un bote con

[4] M. Navarro, «Reflexiones políticas...», en J. Robertson (trad. y ed.), *Louisiana Under the Rule of Spain, France, and the United States, 1785-1807*, Cleveland, 1911, vol. 1, p. 244.

un marinero para llevar su compra de vuelta a la ciudad. Interceptados en Nueva Orleans, describieron la transacción. El 20 de febrero, una partida armada española abordó y se apropió del *Two Pollys*. El barco fue entonces llevado a Nueva Orleans donde fue vendido junto con la carga. Además, los oficiales españoles se apropiaron de unos 5.760 reales en moneda encontrados a bordo. Gracias a la intervención del gobernador británico de la Florida occidental, Nash recuperó parte de su dinero (3.500 reales). Nash reclamó haber perdido 9.127 reales debido a la confiscación.

Otras apropiaciones de contrabando durante 1774 incluyeron productos textiles valorados en 12.000 pesos confiscados en Nueva Orleans a un mercader llamado Basset; un bote cargado con dos barriles de vino, ocho quesos, y ocho piezas grandes de jabón, confiscadas una noche de marzo a lo largo de la ribera de Nueva Orleans, y 200 botellas de cerveza, 48 láminas de latón, y seis latas de agua grandes, capturadas en diciembre en el mismo lugar.

La apropiación de contrabando hizo poco más que recordar a todo el mundo en la colonia que existían unas leyes. Lo que se necesitaba eran otros países con quienes comerciar. El embarque de prueba de índigo y peletería a Francia en 1774, señalado más arriba, exploraba una posibilidad. Reflejándose en ese experimento, Martín Navarro sugirió que autorizar ocho barcos de una capacidad de 180 toneladas para el comercio con Francia (1.440 toneladas en total) daría un gran paso para destruir el comercio británico que él estimaba que tomaba la mayoría de las 50.000 libras de índigo y peletería (valoradas en 150.000 libras esterlinas) producidas anualmente en la colonia (subestimó la producción de índigo); Robert Ross, un contemporáneo británico, informó que era de 180.000 libras cada año). ¡Navarro ni siquiera se planteó el comercio con España como una respuesta al problema del comercio británico con Luisiana!

Navarro estaba en lo cierto al no considerar el comercio con España como la respuesta. Un informe preparado en abril de 1777 mostraba que durante el periodo comprendido entre el 23 de marzo de 1768 y el 20 de abril de 1777, los registros de sólo una docena de barcos fueron enviados a la oficina del ministro de Hacienda los únicos que habían navegado desde los puertos autorizados de España a Luisiana y luego regresaron directamente a la península. Cuatro eran de Barcelona, como O'Reilly había esperado, dos de Málaga, y tres más de

Santander y de Cádiz. Es improbable que éstos fueran los únicos barcos españoles que navegaron hacia Luisiana (la mayoría no habrían regresado directamente, sino vía La Habana u otros puertos), pero su reducido número sugiere sólo el escaso beneficio que obtuvo Luisiana de la reforma del «comercio libre» de 1768-1770 y lo justificados que estaban sus residentes al recurrir al embarque británico para satisfacer las necesidades de la colonia.

La dominación británica del comercio de Luisiana continuó y creció justo hasta la emisión de nuevas reglas de comercio en 1777 y 1778, y no terminó hasta el estallido de la guerra en agosto de 1779. Incluso entonces, los barcos angloamericanos, ya no británicos técnicamente, debido a la Declaración de Independencia del Congreso Continental, continuaron llevando una parte del comercio de la colonia.

En resumen, la consolidación de España de su control económico sobre Luisiana había empezado a duras penas bajo Unzaga. Pero en otros aspectos, se produjeron manifestaciones adicionales de un creciente control político y la reconciliación de los gobernadores españoles y sus súbditos locales, la mayoría de habla francesa.

Otros aspectos del gobierno de Unzaga

Mientras que la recuperación económica se desarrollaba en 1771-1772, Unzaga estuvo también involucrado en al menos otras tres cuestiones que preocupaban a muchos de los residentes de Luisiana. La primera de éstas fue un estudio general de tierras y la emisión de nuevos títulos. La segunda fue el mantenimiento de la paz con los indios en territorio español, que estaban siendo juzgados por agentes británicos. La tercera fue la controversia entre los frailes capuchinos franceses y españoles sobre estilos de vida y sobre la vicaría general de Luisiana.

El estudio de tierras y la emisión de títulos llegó debido a que el 18 de febrero de 1770 O'Reilly había emitido una orden que estipulaba la garantía de tierra en nombre del rey con un estudio de confrontaciones y límites. El proceso podía iniciarse ante el comandante local y dos residentes que poseyeran propiedades cerca de la garantía propuesta. Si los testigos declaraban que la tierra no tenía propietario, el comandante podía autorizar un estudio, el cual sería añadido al regis-

tro de los procedimientos. Se hacían tres copias, una para el gobernador, otra para el notario del Cabildo de Nueva Orleans (una permanencia de la práctica francesa de registrar todos los títulos de la tierra con el notario del Consejo Superior), y una tercera, para el garantizado. Si los términos usuales de limpieza, construcción de un dique y una carretera (si eran necesarios) y ocupación eran cumplimentados durante los siguientes tres años, el garantizado podía obtener un título solicitándolo al gobernador, aunque pocas personas parecen haberlo hecho así.

O'Reilly también instauró un comité de veinticuatro personas para aconsejar al gobernador sobre cómo disponer del dominio real. Un decreto real del 23 de marzo de 1772 aprobó estas disposiciones.

Debido a que pocas propiedades habían sido estudiadas bajo la administración francesa, el gobernador Unzaga ordenó estudios de todas las tierras, entre 1771 y 1772. Se solicitó a los propietarios que proporcionaran cualquier documentación que tuvieran apoyando su garantía o compra original. Después de la revisión, emitió nuevos títulos durante 1775-1776.

Las pocas pruebas que se poseen sugieren que el proceso de estudiar propiedades existentes y emitir nuevos títulos se produjo sin problemas, aunque mucho más lentamente de lo que algunos propietarios deseaban, especialmente los acadianos de las así llamadas primera y segunda costas acadianas (a lo largo del Misisipí y Bayou LaFourche, respectivamente). Ya se estaban sintiendo superpoblados por su propio aumento de población, su forzada herencia que subdividía las granjas en unidades económicas menos viables, y una inmigración no acadiana continuada en sus asentamientos. Tan pronto como les llegaron los nuevos títulos, muchos vendieron sus tierras o las dispusieron para los suyos y se fueron hacia el oeste a Bayou Teche y otras áreas donde había todavía bastante tierra para el tipo de asentamiento disperso, lineal, que ellos preferían. Los efectos del estudio y la reemisión de títulos sobre otros propietarios se desconoce y, en cualquier caso, no puede ser totalmente reconstruido. La mayoría de los registros de la propiedad guardados en Nueva Orleans fueron destruidos en el gran incendio de 1788, y muchos de los pocos que sobrevivieron, o fueron reconstruidos de varias fuentes, o se perdieron en el incendio acaecido en 1792.

Las relaciones indias también plantearon problemas al régimen de Unzaga, especialmente en 1772. Continuó la práctica de dar regalos a los hombres importantes y de regular el comercio. Estas medidas deberían haber sido suficientes para mantener la paz y la amistad con las tribus en territorio español. Sin embargo, en 1770-71, la Osage rechazó hacer subastas españolas. El gobernador de Missouri retiró de acuerdo con ello, a los comerciantes españoles, esperando que esta medida provocaría un mayor acuerdo con los requerimientos españoles. La Osage, sin embargo, invitó a los mercaderes británicos de Illinois a visitar sus campos. Jean Marie Ducharme y otros lo hicieron así en el invierno de 1772. Una fuerza dirigida por Pierre Laclede fue enviada finalmente desde San Luis para desalojar a estos visitantes no deseados.

Más al sur, en Arkansas, el problema no eran los indios que invitaban a los británicos sino los agentes británicos que trataban de inducir a los arkansas y otros grupos a cruzar del lado español del Misisipí al británico. El autor de esta política fue el teniente John Thomas, superintendente delegado de asuntos indios en Manchac en 1772. Las protestas de Unzaga originaron que los superiores de Thomas ordenaran el cese de estos actos no amistosos. Con esto establecido, las relaciones indias parecen haberse instalado en un modelo de rutina de regalos anuales y comercio regulado.

Otra preocupación de Unzaga durante la mayor parte de la mitad de los años setenta, fue la disputa entre los frailes capuchinos españoles y franceses, 1772-1773. En la superficie, la disputa parecía ser acerca de la observancia de las reglas de la orden y el clima religioso general en la colonia, pero lo que realmente estaba en cuestión era quién sería el vicario general del obispo de La Habana. Un capuchino francés, el padre Dagobert de Longuory, reclamaba haber sido designado vicario general de Luisiana por el obispo de Quebec en 1752. Siguió en este cargo, al menos temporalmente, confirmado por el obispo de Cuba una vez que Luisiana fue asignada a su diócesis en 1772. Como vicario general francés, Dagobert se había visto envuelto en una variedad de disputas con los jesuitas, antes de su expulsión en 1759, y con un miembro de su propia orden, el padre Hilario Genoveaux, quien había reclamado ciertos (limitados) poderes apostólicos garantizados por el Papa. Dagobert había emergido de esas disputas con los poderes de su cargo intactos. Ahora se enfrentaba a un nuevo rival y a nuevos desafíos debidos a los muy diferentes estilos de vida de él y sus compañe-

ros en Luisiana comparados a los seguidos por los observantes capuchinos españoles.

Los capuchinos españoles dirigidos por el padre Cirilo de Barcelona llegaron el 19 de julio de 1772. Aparentemente Cirilo abrigaba ambiciones de reemplazar a Dagobert como vicario general una vez que tanto él, como sus compañeros españoles hubieran aprendido el francés. Mientras tanto, Cirilo había escrito una serie de cartas atacando las costumbres de los capuchinos franceses, recalcando entre otras cosas que aunque hubiesen solicitado una dispensa papal para ello, se vestían como laicos y se enjoyaban con vanidades que no eran propias de los capuchinos, tales como relojes de bolsillo, relojes de pared en sus dormitorios y refectorio, tenedores y cucharas de plata, incluyendo cucharillas de café (en vez de las de madera) suntuosas comidas en la mesa, servidas por jóvenes solteras mulatas y negras, cartas, y la concurrencia a las fiestas de bodas. Dagobert y sus inspiradores tal vez permitían, quizás hasta fomentaban la prostitución entre sus sirvientas femeninas. Esto es, los capuchinos franceses no cumplían de igual manera que los españoles. Pronto en criticar, Cirilo publicó rápidamente sus conclusiones de que toda la permisividad se debía exclusivamente a Dagobert. Además, hizo la acusación de que Dagobert había llegado a ser superior de los capuchinos y por ello a vicario general gracias a que se había unido a los rebeldes de 1768, mientras el legítimo vicario general, el padre Hilaire Genoveaux, se le exilaba de Luisiana en ese mismo año. También declaró que los padres franceses se negaban a dar los sacramentos, especialmente el del matrimonio a los esclavos. No hace falta decir, que el escándalo pronto se extendió fuera de la residencia de los capuchinos.

El primer contacto de Unzaga con esta querella fue el de trabajar con ambas partes. Pero viendo que las críticas de Cirilo estaban ocasionando descontento público, en octubre de 1772, Unzaga informó favorablemente sobre Dagobert y las costumbres locales, que no encontraba ofensivas para la religión o demasiado excesivas, y buscó una fórmula para que la autoridad incuestionable de Dagobert sobre su congregación pudiera ser mejorada con las reformas de las prácticas religiosas que el obispo de La Habana y otras autoridades religiosas pudieran considerar necesarias. Cuando el obispo parecía apoyar a Cirilo y criticaba a Unzaga por no instituir las estrictas medidas que pedían los españoles, Unzaga escribió una carta al capitán general de Cuba en

la que algo resentido decía que ninguno de los grupos de los capuchinos estaba libre de culpa. Resumiendo su política general en todas las materias así como con esta querella, escribió que hubiera querido ejecutar las órdenes del obispo

> una vez comprobado que no estaban en conflicto con los intereses del rey, y que no tuvieran tendencia a causar a la provincia la pérdida de las pocas personas que quedaban de sus primeros pobladores. ...La gente de aquí permanece tranquila siempre que sea tratada con amabilidad; pero el empleo del palo podría producir confusión y destrucción. Su buena disposición es el resultado del feliz estado de libertad al que se han acostumbrado desde la cuna, y en el que piensan permanecer, mientras se ajusten a las leyes del reino [5].

Juzgando que mucho de lo que el obispo de La Habana ha ordenado podría causar un conflicto civil y aumentar la emigración, Unzaga estaba tranquilo al enviar todas sus cartas y las del obispo a Madrid para una revisión y una decisión real.

La respuesta de la corona fue la de instar a todas las partes a trabajar unidas. Carlos Gayarre, por cuyo informe histórico sabemos esto, no nos cuenta cómo se resolvió el asunto del vicario general o qué otras cosas sucedieron. Se contenta con emplear el incidente para ilustrar sobre la mano izquierda y el buen sentido de Unzaga. Otras evidencias sugieren que Cirilo continuó atacando la reputación de Dagobert hasta que más tarde, este último dejó la colonia en 1776.

El advenimiento de la Revolución Americana

Apenas la economía se había recobrado, cuando volvió a caer, y la querella entre los capuchinos se había calmado, cuando Unzaga se enfrentó con el comienzo de la revolución de las trece colonias contra el gobierno británico. Estos hechos, largamente esperados por los observadores españoles, ofrecían a España la posibilidad de recobrar algo

[5] Unzaga al Capt. Gral. Marquis de la Torre, citado en C. Gayarre, *History of Louisiana*, Nueva Orleans, 1965, 3, p. 91.

de la costa del golfo. Irónicamente, la recuperación económica conseguida gracias al comercio ilegal de Luisiana con el comercio británico, había hecho construir una fundación económica y demográfica, de considerable expansión, que podía por lo menos mantener operaciones ofensivas limitadas a lo largo de la costa del golfo.

Como la crisis en las colonias británicas se agudizó durante 1775, los oficiales españoles solicitaron a Unzaga un informe para las defensas de Luisiana. Su respuesta fue que las defensas presentadas en 1770 estaban en peores condiciones. La empalizada de Nueva Orleans hacía tiempo que se había caído. Dieciséis piezas de hierro de artillería estaban montadas en tres baterías a lo largo del río, otras nueve eran una especie de reserva móvil, y las últimas seis estaban en un ruinoso fuerte a la entrada del Bayou Saint John. Los carruajes de todos estaban en malas condiciones. Otros fuertes en la española Manchac, Pointe Coupée, Natchitoches, Arkansas, y en la entrada del río Missouri habían colocado empalizadas pero no tenían artillería funcional y tenían pocas tropas. Unzaga contaba sólo con 502 hombres en el batallón de Luisiana, pero muchos de ellos, como los hombres de la milicia, no eran capaces de mantener una batalla seria. Concluyó que si eran atacados por los ingleses, tendría que refugiarse en México, tal como lo había planeado cuando sucediera la crisis de las Malvinas de 1770-1771.

Se instruyó a Unzaga para que enviase agentes a todas las colonias británicas para poder informar a Madrid del estado de los preparativos militares británicos y de los sucesos políticos. Esta red de espionaje, más tarde extendida por Bernardo de Gálvez, fue una de las contribuciones duraderas de Unzaga a los preparativos para la guerra de la costa del golfo de 1779-1881.

Cuando dejó su puesto el 1 de enero de 1777, Luis de Unzaga y Amézaga pudo mirar atrás sobre los siete años durante los cuales había conseguido conciliar sus objetivos con sus obligaciones –los objetivos españoles– con la creación de un plan trabajado, si bien ilegal, para la solución del problema de mantener y desarrollar la prosperidad de la colonia mientras comenzara su integración en la economía imperial española. Una serie de circunstancias, tanto en Luisiana como en el imperio español, impidieron una más completa integración. Pero una parte importante de estas circunstancias, la presencia británica en la parte este de Florida, estaba a punto de cambiar gracias a las oportunidades que la revolución americana ofrecía a los rivales de la Gran Bretaña, para el control colonial del Nuevo Mundo, España y Francia.

[illegible] del [illegible], [illegible], la [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] al [illegible] de [illegible], [illegible] el [illegible] [illegible], [illegible], una [illegible], [illegible] y [illegible], de [illegible], que [illegible] [illegible], [illegible] a lo largo de [illegible] del [illegible].

[illegible] durante 1775, los [illegible] a [illegible] en [illegible] de [illegible] de [illegible] que [illegible] en 1776 [illegible] de [illegible] [illegible] que [illegible] de [illegible] [illegible] del [illegible] [illegible] una [illegible] de [illegible] en [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] de [illegible] Gómez, [illegible], Arkansas, y en la [illegible] del río Misisipi [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] el [illegible] [illegible] [illegible] de 1776.

[illegible] que [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] la [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible].

[illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] la [illegible] de la [illegible] [illegible] de la [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de Florida, [illegible] a [illegible] de [illegible] a las oportunidades [illegible] la [illegible] a los [illegible] de la [illegible] [illegible], [illegible] del Norte, [illegible], [illegible] y Jamaica.

Capítulo V

LA GUERRA ESPAÑOLA EN LA COSTA DEL GOLFO, 1779-1783

En España, los ministros de Carlos III habían estado observando con interés los acontecimientos que se sucedían en las colonias de Gran Bretaña en América. Las dificultades de Gran Bretaña podrían ser ventajosas para España, especialmente porque a finales de 1775 y durante 1776 sus fuerzas navales y militares estaban enfrascadas en la lucha con los portugueses por la posesión del Río de la Plata. Si una guerra más amplia con Portugal se hiciera necesaria, los intereses de Gran Bretaña en América del Norte habrían sido positivos.

Se ignora cuándo vieron los españoles la posibilidad de utilizar las revueltas de las colonias británicas que se extendían rápidamente, como una oportunidad para conquistar la Florida británica, pero hacia noviembre de 1776 como muy tarde, dicha idea parece haber estado en la mente de algunos líderes españoles. Así, en los dos años y medio siguientes se encaminaron lentamente, pero con seguridad hacia una guerra. Para controlar la zona de la costa del golfo, José de Gálvez nombró gobernador de Luisiana a su sobrino Bernardo de Gálvez y le proporcionó recursos de material y hombres que igualaban y aún superaban a los que O'Reilly había tenido en 1769.

El comienzo de la guerra con los ingleses por la posesión de la Florida occidental y, de igual modo, por el control exclusivo del Misisipí desde los Apalaches a las Rocosas y desde el golfo de México a los Grandes Lagos, señaló el fin de la consolidación inicial de España de su control sobre los restos de Luisiana que había obtenido de Francia en 1762-63. En torno a 1779 la ciudadanía, ampliamente francófona, estaba en su mayoría contenta con el dominio español, pero el control económico exclusivo de la colonia estaba casi tan distante como lo ha-

bía estado en 1766. La cuestión era si ganar la guerra y el consiguiente fin de la presencia territorial británica en la costa del golfo, podrían dar como resultado unas condiciones que fomentaran la integración económica de la colonia en el imperio. De acuerdo con el Testamento Político del Conde de Floridablanca, que era el ministro de exteriores español en ese momento, se esperaba que lo haría, si reducía la presencia de barcos extranjeros en el golfo.

El siguiente capítulo examinará lo que España fue capaz de hacer con las oportunidades que la victoria en la guerra y la más amplia situación internacional ofreció con respecto a su gobierno de Luisiana. Este capítulo describe la llegada de la guerra, su curso en la costa del golfo y las negociaciones de paz y sus condiciones.

Las primeras respuestas a la revolución americana

La política española en 1775 permanecía a la expectativa mientras reconstruía ininterrumpidamente sus recursos navales. Sin embargo, los funcionarios en Madrid deseaban intervenir en los sucesos de Norteamérica a cuenta de España, aunque sólo fuera como única razón la de un compromiso británico allí, lo cual daría a España una mano más libre contra los portugueses. Cuando consiguientemente, el conde de Vergennes, ministro francés de Exteriores, y el conde de Aranda, embajador en la corte francesa, propusieron que España y Francia dieran un millón de libras como capital inicial a una compañía que compraría provisiones para enviar a los rebeldes norteamericanos; el marqués de Grimaldi, ministro de exteriores de España, y el rey, deseaban aprobar el plan porque ofrecía un modo de ayudar a los rebeldes a empujar a Gran Bretaña aún más en operaciones militares extensivas que debilitarían su capacidad de intervención en un conflicto hispano-portugués. Se aprobó a finales de junio de 1776 y se mantuvo secreto, conocido sólo por cinco personas durante algunos meses, la fundación estuvo pronto en marcha utilizando *Hortalez et Cie,* una compañía parisina, como fachada.

En noviembre de 1776 Hortalez y Cie había enviado varios cargamentos y estaba próxima a agotar el capital inicial; ya era conocida por los británicos como la avanzadilla de Francia (pero no de España) para la ayuda a los rebeldes americanos. Aunque se intentaron buen

número de soluciones para estos problemas durante los meses siguientes, el gobierno español había decidido buscar sus propios medios para ayudar a los rebeldes.

Órdenes secretas emitidas el 23 de octubre de 1776 en Madrid, contenían el programa español para ayudar a los rebeldes y prepararse para una posible guerra en la costa del golfo. Se pidieron grandes cantidades de municiones y otros suministros para la guerra a La Habana y Nueva Orleans donde los que iban destinados a los rebeldes podían ser vendidos a los comerciantes bajo distintos pretextos. También los funcionarios españoles en el Nuevo Mundo y España estaban autorizados a admitir corsarios estadounidenses y sus presas aludiendo como excusa que algunos de los últimos eran portugueses.

Para proporcionar un líder a Nueva Orleans, José Gálvez, el recién nombrado ministro de Indias, ya había nombrado a su sobrino Bernardo de Gálvez, un coronel en el batallón fijo de Luisiana, como gobernador (19 de julio). Era un oficial experto de unos 30 años que debía evaluar la situación en Luisiana y a lo largo de la costa del golfo para calibrar las posibles acciones militares contra los ingleses al oeste de Florida. El capitán Francisco de Bouligny del batallón de Luisiana que se encontraba en España ese verano, ya había sugerido un número de mejoras para las defensas de la colonia y la necesidad de incorporar más gente si tenía que convertirse en una posible barrera para la expansión británica. También había descrito el creciente comercio ilegal que llevaban a cabo los ingleses a lo largo del río Misisipí. En efecto, Bernardo de Gálvez recibió la petición de examinar estos asuntos sobre el terreno. Su posterior antipatía e incluso odio por Bouligny, podía haber surgido por estas órdenes. También se ordenó a Gálvez tomar medidas contra el comercio ilegal británico en el río Misisipí.

Mientras tanto, en Luisiana, Luis de Unzaga se enfrentó a una situación para la que parecía no tener ninguna orden. A principio de agosto de 1776, el capitán George Gibson, el teniente William Linn y 15 hombres de la compañía de virginianos de Gibson llegaron a Nueva Orleans procedentes de fuerte Pitt por el río Misisipí. Gibson traía una petición de suministros del general Charles Lee, el segundo al mando de Georges Washington con autoridad sobre todo el territorio que los virginianos reclamaban al este de la Línea de Proclamación de 1763. La carta de Lee también proponía unir la acción de Virginia y España contra Mobile y Pensacola. Con más bravura que organización militar

planeada, unos cuantos sudistas del Congreso Continental presionaban para que se llevara a cabo un ataque por parte de los americanos sobre los puestos británicos. Para llevar a cabo esa idea, el 30 de noviembre de 1776 el Congreso aprobó una moción ofreciendo una alianza y apoyo al ataque de España a Pensacola a condición de que España reconociera posteriormente el derecho de los Estados Unidos a usar el río Misisipí y Pensacola. Aranda recibió esta oferta en París en abril de 1777, algunos meses después de que la carta de Lee llegara a Madrid. Este plan no fue abandonado hasta 1777 cuando Harry Laurens señaló al Congreso la imposibilidad de que la campaña tuviera éxito.

Primero fue a visitar a Oliver Pollock, un comerciante escocés-irlandés establecido en Nueva Orleans desde 1769 y que estaba a favor de la causa americana. Gibson se encontró rápidamente en presencia de Unzaga. Explicó que la causa de los rebeldes necesitaba pólvora y algún que otro suministro militar incluyendo quinina y productos para comerciar. Los británicos que operaban fuera de Vincennes y Detroit suministraban a los indios de los valles fluviales de Ohio e Illinois y les animaban a hacer la guerra a las poblaciones fronterizas. El fuerte Pitt (actual Pittsburg), la instalación militar clave en la región, fue amenazado de ataque y carecía de pólvora para su defensa. Los americanos no tenían las mercancías necesarias para mantener su influencia sobre los indios.

Unzaga decidió apoyar a los rebeldes enviándoles pólvora. Mientras trabajaba con Pollock ideó un plan en el que Pollock compraría y equiparía un *bateaux* (el tipo de bote estándar usado para ascender el Misisipí) y comprar 10.000 libras de pólvora del almacén real. Todo, excepto 1.000 libras se enviaría al norte con el teniente Linn. El resto se reservaría para enviar a Virginia con el Capitán Gibson que mientras tanto se hallaba arrestado con un cargo falso y prisionero por violar la neutralidad española. Ésta era una estratagema para engañar a los ingleses. Unzaga tenía la esperanza de que esto distraería la atención de otras acciones.

El grupo de Linn se abrió camino hacia el norte, al puesto de Arkansas sin incidentes durante octubre de 1776, en un *bateaux,* enarbolando la bandera española y con un capitán español. Agotados por el trabajo de remar río arriba, los hombres pasaron el invierno allí. En marzo de 1777 partieron justo cuando la primavera se empezaba a notar en el río. El pelotón llegó a Wheeling el 2 de mayo de 1777, poco

después descargó la preciada pólvora en el fuerte Pitt. Sin lugar a dudas la llegada de esta pólvora salvó el fuerte y la causa americana al oeste de los Apalaches. Más aun, permitió a George Rogers Clark llevar a cabo su osado ataque contra la Illinois británica durante 1778-1779 (más abajo).

Gibson fue puesto en libertad en octubre y enviado a Filadelfia en otro barco propiedad de Pollock. El resto de la pólvora fue con él junto con información sobre cómo se podrían obtener suministros adicionales en Nueva Orleans. Esta pólvora también fue importante para mantener la causa americana viva. El ejército de Washington casi había acabado el suministro.

Unzaga informó debidamente de sus acciones a José Gálvez y le entregó la carta de Lee. Carlos III aprobó la acción y ordenó que suministros militares de todo tipo fueran entregados, preferiblemente vendiéndoselos a los comerciantes, que deberían ser agentes del Congreso Continental. Evitando con cuidado un compromiso de las fuerzas españolas, Carlos III aprobó la ayuda a cualquier expedición americana contra Mobile y Pensacola. En esta fecha Carlos III y Grimaldi no estaban preocupados sobre la posible expansión de los Estados Unidos al oeste de los montes Apalaches. Además una guerra contra Portugal era aun posible y requeriría todos los recursos navales y militares de España. Por el momento, España continuó su política de ayuda limitada a los rebeldes con objeto de evitar que los ingleses ayudaran a los portugueses. Las protestas del gobernador británico de la Florida occidental sobre la misión de Gibson y de los suministros entregados a Lee, quedó sin respuesta en Nueva Orleans.

La llegada de Bernardo de Gálvez a Nueva Orleans el 3 de diciembre de 1776 señaló la respuesta a Unzaga a su solicitud para retirarse. Pero más que el aire dulce de su nativa Málaga, Unzaga fue enviado a Caracas, Venezuela, donde otros de los súbditos del rey necesitaban de su temperamento tranquilizador para reconciliarles con el control real después de su rebelión contra la compañía de Caracas. Bernardo de Gálvez asumió sus obligaciones como gobernador el 1 de enero de 1777.

BERNARDO DE GÁLVEZ

La situación militar de Bernardo de Gálvez, en relación con la de Unzaga, durante finales de 1776 era mejor sólo en lo referente a las municiones y a unos pocos soldados que habían llegado de La Habana. Los británicos continuaron su comercio con los súbditos españoles a lo largo del Misisipí e incluso en Nueva Orleans. Sus barcos de guerra patrullaban el Misisipí y el lago Ponchartrain y poco después de su llegada paró brevemente un barco francés y otro español más abajo de Nueva Orleans. Gálvez deseaba llevar a cabo sus órdenes de detener el comercio ilegal británico en el Misisipí y realizar acciones que condujeran a una fuerte, aunque mayormente simbólica, afirmación de la autoridad española, pero comprendió que la opinión pública en Nueva Orleans no apoyaría ninguna interrupción del comercio británico y que deseaba tolerar el abuso ocasional del poder británico en el Misisipí. Sin embargo, esta opinión cambió en abril de 1777 cuando la patrulla británica *West Florida* se hizo con tres botes pequeños en el lago Ponchartrain. Gálvez actuó instantáneamente, provocando el asunto de *Atalanta*.

Como represalia por las capturas hechas por los británicos en el lago Ponchartrain y para demostrar que intentaba apoyar las regulaciones del comercio español, Gálvez ordenó la incautación de 19 barcos que los comerciantes ingleses habían atrapado en diversos puntos de la orilla española. Con una excepción, sus cargamentos no habían sido vendidos, de manera que la pérdida real para los comerciantes fue muy pequeña. Los barcos y los cargamentos se vendieron en subasta por 53.000 pesos. El valor simbólico de esta acción fue enorme y fue seguida de un decreto en el que se decía que todos los comerciantes ingleses, pero no los angloamericanos tales como Pollock, debían abandonar la colonia. El capitán Thomas Lloyd estaba al mando del buque de guerra británico *Atalanta,* una corbeta de 300 toneladas y 18 cañones con su base en Baton Rouge. En respuesta a las quejas de los comerciantes que habían perdido sus barcos, viajó a Nueva Orleans y pidió que devolvieran los barcos y sus tripulantes. Cuando Gálvez se negó, Lloyd amenazó la ciudad pero no llegó a bombardearla. En vez de esto envió por refuerzos (y órdenes) y permaneció amenazadoramente anclado frente a la plaza. Por su parte, Gálvez envió una petición urgente a La Habana de dos barcos de guerra. Antes de que los

hechos se agravaran, Lloyd decidió poner rumbo hacia la desembocadura del Misisipí para buscar a un barco rebelde americano que se suponía estaba por allí. El asunto *Atalanta* acabó así pacíficamente.

La fragata española *El Volante* y el bergantín *El Renombrado*, llegaron finalmente para proporcionar fuerzas navales a Gálvez. Él ya había decidido que necesitaba tres o cuatro lanchas con cañones. Si montaban cañones del dieciocho o del veinticuatro en sus proas podrían enfrentarse a cualquier navío que pudieran enviar los británicos por el río, cuya barrera de arena continuaba restringiendo el tonelaje y, por eso mismo, el tamaño de la artillería de los barcos que entraban. Además de *El Volante y El Renombrado*, el capitán general de Cuba proporcionó a Gálvez 90 soldados en junio de 1778. Estas adiciones a sus fuerzas mejoraron en cierto modo la posición de Gálvez pero Luisiana siguió siendo débil militarmente.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en las aguas de Luisiana, los sucesos en el Río de la Plata entre Portugal y España preparaban el camino a ésta, para poner en práctica distintas políticas con respecto a Norteamérica. En el Río de la Plata, las fuerzas españolas habían recobrado el terreno del que los portugueses se habían apoderado. En Portugal, el Marqués de Pombal, primer ministro de Portugal y arquitecto de su política agresiva en las fronteras brasileñas había sido retirado de su cargo. En junio de 1777 se firmó un armisticio entre España y Portugal que acababa con la amenaza inmediata de una guerra europea entre ellos. Y en España, el Conde de Floridablanca sustituyó al marqués de Grimaldi como ministro de Asuntos Exteriores español. Floridablanca cambió la postura abiertamente agresiva de Grimaldi hacia Portugal, por una política de conciliación con la que tenía la esperanza de llegar a un matrimonio dinástico que permitiera la absorción del país vecino mediante un heredero de ambos tronos.

Estos cambios en la situación internacional española durante la primavera de 1777 no significaron ningún cambio inmediato en su política respecto a los rebeldes de los Estados Unidos, pero le permitieron llevar a cabo una política extranjera menos cercana a la que llevaba con Francia, cuando España pensaba que necesitaría la ayuda francesa en una guerra europea con Portugal, guerra que ciertamente habría atraído a Gran Bretaña del lado de Portugal. A la larga, esta nueva libertad de acción significó que España buscaría su propio interés en la costa del golfo y forzaría a Francia a apoyar bis a bis a los

rebeldes americanos como precio por la alianza, una vez que Francia entrara en guerra con Gran Bretaña por apoyar a los rebeldes coloniales americanos.

España prepara a Luisiana para la guerra

La nueva situación internacional de España significó que el informe de Gálvez sobre el *Atalanta* catalizaría la toma de una serie de decisiones que tenían por objeto preparar a Luisiana para la guerra. Bouligny había señalado los problemas más importantes: una carencia de equipo militar y de suministros, una carencia de mano de obra por la escasa población y el simple batallón de tropas regulares y la necesidad de proveer a Luisiana de mercados que no fueran los que ofrecían los ingleses. Las decisiones que se tomaron durante ese verano y el otoño de 1777 iban dirigidas a los dos últimos. Los suministros de construcción estaban en camino. Y también la continua reconstrucción de las fuerzas navales españolas y de sus guarniciones en La Habana y otros puntos estratégicos del Caribe.

Aunque los materiales de construcción no han sido estudiados sistemáticamente, hay algunos datos disponibles que indican su escala. Otros datos indican cómo algunos de los suministros se usaron para ayudar a los rebeldes. A principios de agosto de 1777 unos 2.000 barriles (de 100 libras cada uno) de pólvora, muchas cajas de quinina y al menos 300 mosquetes y cantidades de tela y ropa se habían recibido en Nueva Orleans. Para evitar las quejas británicas, las mercancías recibidas con Miguel Eduardo en mayo se declararon inadecuadas para su uso y se vendieron baratas a Pollock y otros. Para ocultar el destino de otros artículos, los funcionarios españoles en Nueva Orleans mintieron sobre su destino y uso. La acumulación continuó hasta 1778 pero incrementándose con el fin de preparar a Luisiana para la guerra.

Hacia final de 1777, Gálvez informó que había suministrado productos por valor de 100.000 pesos a los rebeldes y había adelantado 74.087 pesos a Pollock para comprar otros suministros. Muchos de los suministros que habían acabado en manos de Pollock se enviaron al norte, a Missouri a bordo de un bateaux, donde Fernando de Leyba, el comandante español en San Luis, los mantuvo para George Rogers Clark. Pero no todos los suministros enviados al norte llegaron a las

fuerzas de los Estados Unidos en el oeste. Los ingleses continuaron patrullando en el Misisipí por la parte alta de Manchac y tuvieron un cierto éxito interceptando los cargamentos con suministros, incluso los enviados bajo bandera española. Los chickasaw y otros indios eran agentes de los ingleses, empleados para llevar a cabo esta interceptación, al menos al norte de Natchez.

El efecto de las operaciones de suministros de Nueva Orleans, de 1776 y 1777, a la guerra de los Estados Unidos en el viejo noroeste se hizo evidente en 1778 cuando el 4 de julio George Rogers Clark y una banda de poco menos de 170 hombres equipados con los suministros que el teniente Linn había transportado hacia el norte en 1776-1777 tomó Kaskasia, Illinois. Cahokia se rindió poco después y Vincennes no mucho más tarde, mayormente porque Clark les embaucó diciendo que estaba pidiendo la ayuda de refuerzos. De hecho, él sólo tenía unos pocos hombres adicionales pero tenía los suministros que Leyba había recibido y la total cooperación de los oficiales españoles en San Luis. Gracias a esos suministros y otras compras hechas a los comerciantes locales a crédito de Pollock en Nueva Orleans, Clark pudo reconquistar Vincennes en febrero de 1779, después de que el gobernador británico en Detroit, Harry Hamilton, la había tomado en diciembre de 1778. Clark pagó su deuda moral en 1780, conminando a los ingleses y las fuerzas indias que estaban amenazando San Luis. La primera de estas acciones tuvo lugar antes de que Floridablanca y Carlos III se interesaran por las reclamaciones del oeste. España había permitido a Estados Unidos hacer una requisitoria *de facto* sobre Illinois que no estaba en los intereses a largo plazo de España.

Para facilitar más mano de obra a Luisiana, el gobierno español ordenó el reclutamiento de un segundo batallón para Luisiana y la creación de fondos de inmigración. Los soldados para el nuevo batallón vendrían de las Islas Canarias y de Nueva España. Una orden fechada el 4 de agosto de 1777 fue dirigida a Matías de Gálvez, hermano de José de Gálvez, padre de Bernardo y lugarteniente del rey en las Islas Canarias. Había que reclutar 700 soldados entre hombres cuyas edades oscilaran entre los 17 y los 36 años y que midieran al menos 1,56 m. de alto y tuvieran buena salud. Los hombres casados debían ser aceptados y se hicieron los arreglos necesarios para transportar a sus familias al mismo tiempo. Órdenes parecidas se enviaron a Bernardo de Gálvez para uso de un agente que debía enviar a Nueva España. A

principios de 1778 envió al subteniente Francisco Goudeau, cuatro sargentos, ocho cabos y una docena de soldados a la ciudad de México para comenzar el reclutamiento allí. Según se iban completando los escuadrones se enviaban a Nueva Orleans vía La Habana, bajo el mando de un cabo o un sargento. Al igual que en muchos otros aspectos de la historia colonial española de Luisiana, este reclutamiento en México no se ha estudiado bien. Se sabe que unos 133 hombres se habían obtenido para llenar las vacantes del primer batallón de Luisiana. Hacia el uno de enero de 1779 el batallón estaba completo: 500 hombres. Sólo unos pocos de ellos eran de las Islas Canarias porque el primer grupo de isleños acababa de llegar por esa fecha.

Abastecerse en las Islas Canarias no fue difícil, había más hombres que querían alistarse que puestos para ocupar. Los verdaderos problemas surgieron porque los cabildos de Gomera y Tenerife pusieron objeción a lo que pensaban era una pérdida de trabajo significativa y usaron de su influencia política para poner obstáculos al reclutamiento, especialmente en 1778. Estos argumentos tendenciosos de señores notorios por la explotación de sus arrendatarios fueron desechados por Matías de Gálvez, y después, en abril de 1778 por su sucesor el teniente coronel Andrés Amat de Tortosa. Para los arrendatarios, la inmigración a Luisiana ofrecía un escape de las condiciones económicas tan catastróficas de las Islas, condiciones que habían sido especialmente malas durante 1760, cuando los arrendatarios en Gomera se habían revelado (1762) y las plagas de langosta habían devastado en repetidas ocasiones las cosechas en Tenerife (1755, 1757, 1761, 1762). Lanzarote y Fuerteventura sufrieron escaseces crónicas de alimentos e incluso Tenerife tuvo una mala cosecha en 1774 y durante 1778.

Hacia el 31 de mayo de 1779, cuando se dejó de reclutar gente, Amat había alistado unos 2.373 hombres, mujeres y niños. De los primeros 125 reclutas, 53 de ellos tenían familia (264 personas en total) zarparon el 10 de julio de 1778 en el *Santísimo Sacramento. La Victoria* y *San Ignacio de Loyola* zarparon en octubre con 715 personas de las que 203 eran reclutas. El resto eran familiares dependientes de 158 hombres casados de entre los 203 reclutas. Un cuarto navío, el *San Juan Nepomuceno,* zarpó en diciembre de 1778 con 202 pasajeros, 53 de ellos soldados. *Santa Faz* zarpó en febrero de 1779 con 406 personas de las que 102 eran soldados. Finalmente el *Sagrado Corazón de Jesús* zarpó el 5 de junio de 1779, con 423 personas, los últimos cana-

rios que zarparon antes de que la guerra estallara. Amat tenía 100 hombres adicionales de los que 75 tenían familia esperando ser transportados. Les envió en tres navíos más pequeños durante el curso de 1780, pero no todos llegaron a Cuba y mucho menos a Luisiana. Uno de estos barcos, el *San Pedro,* con 119 personas (de las que 35 eran reclutas) llegó a la Guaira, Venezuela. Poco antes del estallido de la guerra, 600 reclutas partieron hacia Luisiana. Ellos y sus familias hacían un total de 2.000 personas.

Reclutar soldados en España, en las Islas Canarias era sólo parte del plan de aumentar la mano de obra disponible en Luisiana. Otra orden real establecía un fondo de inmigración de 40.000 pesos anuales para ayudar a los inmigrantes pobres durante el primer año que permanecían en la colonia. Como anunció Gálvez el 19 de febrero de 1778, los términos eran: un equipo básico de herramientas compuesto de un hacha, un azadón, una guadaña y una pala; un cerdo, un gallo y dos gallinas; una ración de un barril de maíz por adulto y medio barril de maíz por niño y por mes. La tierra medía 5 arpents en su parte frontal, donde había un arroyo y las acostumbradas 40 arpents de profundidad.

El fondo de inmigración estaba destinado a ayudar a los franceses que podrían emigrar de la Illinois británica a Missouri y a otros inmigrantes de las Antillas francesas o de la misma España. Gálvez también esperaba reclutar algunos plantadores de la Martinica cuya caña de azúcar estaba siendo arrasada por un insecto. Él animó a los capitanes de los navíos que navegaban a las islas francesas que informaran del fondo y de las oportunidades asequibles en Luisiana. Este reclutamiento agresivo de inmigrantes franceses molestó a los funcionarios consulares en Nueva Orleans. Escribieron a los funcionarios en París, que Francia debía continuar con el control en la colonia si esperaba suministrar las personas que debían trabajar sus tierras, pero al final relativamente pocos franceses de Illinois o de las colonias del Caribe parecen haber llegado a Luisiana. En vez de ayudarles, los fondos de inmigración se usaron para ayudar a los canarios y malagueños que llegaron en 1779.

Los reclutas isleños empezaron a llegar a Nueva Orleans el 1 de noviembre de 1778, la mayoría llegaron en los primeros meses de 1779. El 7 de julio, Gálvez informó de la llegada de un total de 1.582 personas de los que 153 eran reclutas solteros, 329 eran reclutas casados y

1.100 personas eran familiares dependientes. Gálvez se dio cuenta inmediatamente de que los hombres casados no podrían mantener a sus familias con los 12 reales que ganaba cada uno de ellos a diario como soldados. De acuerdo con esto, decidió distribuirlos en los asentamientos en puntos estratégicos alrededor de Nueva Orleans. Ellos allí se dedicarían a la labranza y formarían una fuerza militar que sería la primera, aunque un poco débil defensa contra las fuerzas de invasión británicas. Para ayudar a estas familias durante el primer año aproximadamente, mientras limpiaban la tierra y plantaban las cosechas, les enroló bajo los términos de los fondos de inmigración.

Se crearon cinco asentamientos isleños Terre-aux-Boeufs, actualmente parroquia de San Bernardo, demostró ser el que tuvo una existencia más larga sobreviviendo hasta el presente. Valenzuela, en Bayou LaFourche, cerca del actual Donaldsonville, Amite, Gálveztown y Barataria no duraron. Excepto Valenzuela, todos estaban emplazados en lugares sometidos a inundaciones y ofrecían condiciones de cultivo bastante diferentes a las de las islas volcánicas semiáridas de las que procedían los inmigrantes. No es de extrañar que muchos inmigrantes se desanimaran durante el primer invierno húmedo y una primavera con muchas inundaciones. La malnutrición, la enfermedad y la muerte, rápidamente se añadieron a los infortunios de los colonos. Gálvez negó todas las peticiones de realojar los asentamientos pero hizo algunos esfuerzos para suplir sus necesidades.

Los malagueños, conducidos a la colonia en 1779 por Francisco Bouligny, fueron más afortunados. Estas personas habían sido reclutadas para desarrollar una industria de lino y cáñamo en la ribera del Bayou Teche y estaban bien mantenidos, al menos hasta que la enemistad de Gálvez hacia Bouligny ocasionó una reducción en muchas de las ayudas que se les habían facilitado. Ellos no parecieron sufrir por todo esto, habiendo decidido con rapidez que el cultivo del lino, aunque era posible, era mucho menos provechoso que imitar a sus vecinos acadianos que llevaban el ganado a las praderas que se extendían hacia el oeste de Bayou Teche.

No es necesario decir que la asignación de Gálvez al mantenimiento de los canarios y los malagueños de los fondos de inmigración produjo gastos superiores a los 40.000 pesos proyectados en un principio. Durante 1779, el año que estuvo en su auge, se gastaron unos 128.568 pesos en facilitar ayuda a unos 2.100 inmigrantes.

La Reorientación del comercio de luisiana

Si los suministros y el incremento de la mano de obra disponible en Luisiana eran dos de las claves para preparar a la colonia para la guerra, la tercera y quizá más importante era el proporcionar un mercado alternativo para su comercio. La captura por parte de Gálvez de los once almacenes flotantes y sus órdenes para que los comerciantes británicos partieran de Luisiana y obedecieran las leyes españolas, no habían hecho nada para cambiar la dependencia de la colonia de los comerciantes británicos tanto en importación como en exportación. El comercio con La Habana, aunque era fuerte no había sustituido al comercio con las Antillas francesas, que seguían llevando a cabo ilegalmente, desde el punto de vista español, en barcos británicos por el río Misisipí bajo los términos del tratado de 1763. El comercio directo con España no había podido abastecer a la colonia ni abrirle mercados para la mayoría de sus exportaciones. Estos hechos eran bien conocidos y habían sido señalados por Bouligny y otros.

El remedio a corto plazo al papel que hacían los británicos en el comercio de Luisiana era legitimizar el comercio con las Antillas francesas e intentar ponerlo en manos de españoles y franceses, sustituyendo por barcos españoles y franceses los británicos. Esta era la lógica que había tras las nuevas normas comerciales que Gálvez anunció en 1777 y 1778. En adición el gobierno español tomó disposiciones para favorecer las exportaciones de Luisiana permitiendo el comercio directo con Francia y la venta de tabaco de Luisiana al monopolio real mexicano.

El 21 de noviembre de 1777, Gálvez anunció que el comercio con las Antillas francesas sería permitido durante 10 años. Barcos españoles y de las colonias españolas podrían transportar mercancía de todo tipo en ambos sentidos pero los barcos franceses estaban limitados a transportar esclavos, moneda o letras de cambio cuando se dirigían a Luisiana. Los derechos de exportación de Luisiana se redujeron a un 2 %. Los barcos dedicados al comercio fueron obligados a obtener una acreditación consular en Nueva Orleans y en las islas francesas. Al igual que Unzaga hiciera antes que él, Gálvez generalmente consideraba cualquier barco en el que los comerciantes de Nueva Orleans tenían un interés, como algo que pertenecía a la localidad y así mantenía un mayor volumen de comercio que el que una estricta interpretación de

la ley del decreto de propiedad habría permitido. Había alguna evidencia de que a barcos americanos fletados a comerciantes que vivían en Nueva Orleans (esto es, Pollock) se les concedió el derecho de enarbolar la bandera española. Estas naves que durante mucho tiempo fueron una parte importante de la flota mercante británica en el Misisipí, dejaron de ser vistas como británicas y se convirtieron en españolas (España no había reconocido la independencia de los Estados Unidos). Esta legitimación del comercio con las Antillas francesas fue seguida en abril de 1778 por una nueva orden que permitía el comercio directo con puertos franceses donde los productos coloniales fueran admitidos y donde residían los funcionarios consulares españoles. Los barcos dedicados a este comercio debían ser propiedad española y debían ser pagado un 6 % de aranceles. Como había mostrado el viaje experimental de 1774, Francia era el mercado natural y rentable para el índigo de Luisiana al igual que la fuente de muchos productos que preferían consumir sus residentes.

Con el comercio del índigo asegurado, el gobierno español promulgó decretos para proporcionar mercados especiales para las otras exportaciones principales de Luisiana: tabaco y pieles. Para el tabaco, Gálvez consiguió un acuerdo por el que el monopolio real de México compraría tanto como la colonia produjera y que se adecuara al estándar del monopolio. Para las pieles consiguió una total exención de impuestos en el mercado español durante diez años. Solamente las pieles que eran reexportadas desde España pagarían impuestos durante ese periodo. El anuncio de este decreto en octubre de 1778 completó la preparación legal del comercio de Luisiana para una guerra en la que los ingleses serían expulsados de la colonia.

De acuerdo con observadores franceses en Nueva Orleans, a comienzos de 1779 estas medidas habían expulsado a la flota británica, en su mayor parte, del río Misisipí y sustituyeron el comercio de productores franceses por británicos. El papel de la flota pseudo-española anglo-americana en este cambio no fue comentado, pero necesita ser recordado porque el cambio de bandera que permitió Gálvez significa que lo que anteriormente había sido la flota «británica» continuó jugando un papel importante en el comercio de la colonia. El cambio había sido de grado, no un cambio absoluto.

La incursión de Willing y otros heraldos de la guerra

Después de que el barco de guerra británico *Atalanta* zarpara de su fondeadero frente a Nueva Orleans, Luisiana disfrutó de más de ocho meses durante los que la amenaza de guerra parecía menor; a pesar de todo, se estaban realizando muchos preparativos. Esta calma se vio rota en la primavera de 1778 por la incursión de Willing y las actividades de George Rogers Clark en la Illinois británica (ver más arriba). De los dos, la incursión de Willing fue la que produjo una amenaza mayor a la todavía débil Luisiana española.

Como ya se ha escrito, en 1776, ciudadanos estadounidenses y algunos miembros del Congreso Continental habían proyectado un ataque, en Mobile y Pensacola, a los británicos, con ayuda española. En 1776 el capitán Gibson sondeó a Unzaga sobre la posición de España acerca de la incursión. En el verano de 1777 el coronel George Morgan, comandante del fuerte Pitt, y el gobernador de Virginia, Patrick Henri, habían escrito a Bernardo de Gálvez con el mismo propósito. En los tres casos, la respuesta fue que los españoles proporcionarían la ayuda que les fuera posible, pero que no deseaban verse envueltos directamente porque España aun era neutral oficialmente. El plan había muerto finalmente en el Congreso por la gran dificultad que entrañaba y la dudosa fortuna del ejército estadounidense. Pero la idea de atacar a la Florida occidental británica no había sido desechada. El Comité del Comercio del Congreso Continental autorizó a James Willing, vástago de una familia de comerciantes de Filadelfia profundamente comprometidos con la causa rebelde, a llevar despachos a Oliver Pollock a Nueva Orleans y regresar con los suministros que él le proporcionara. Willing había vivido en Natchez entre 1774 y 1776, donde no tuvo éxito como comerciante y plantador.

Willing partió del fuerte Pitt en enero de 1778 con 30 hombres y el barco *Rattletrap*. Descendió por el Misisipí y capturó varios cargamentos, incluyendo algunos pertenecientes a ciudadanos españoles; actuó, generalmente, de modo que se ganó la enemistad de muchos grupos indios con los que había tenido contacto. El 16 de febrero se presentó en la plantación de Anthony Hutchins al norte de Natchez y secuestró a Hutchins, sus esclavos y todas las propiedades transportables que pudo hallar. Tres días después, llegó a los pies de Natchez y ocupó la ciudad. Al día siguiente, se reunió con los representantes de

los habitantes de la zona y pidió que se acordara la neutralidad durante el resto de la guerra de Estados Unidos contra Inglaterra. Como recompensa a su juramento acordó no confiscar propiedades dentro de la zona. Haciendo honor a su palabra reembarcó a sus hombres y desapareció navegando río abajo. Sin embargo, cuando cruzó el paralelo 31 y entró en la comarca de Baton Rouge continuó con sus incursiones. La plantación que se extendía a lo largo del río Thomson (cerca del actual Saint Francisville) y las tiendas en Manchac, en especial, sintieron la furia de sus hombres. En Manchac, llegó incluso a seguir el bateaux de Stephen Shakespear dentro de territorio español para capturar su cargamento pretendiendo que habían detenido el barco en el lado británico del Misisipí.

Alertado de la presencia de Willing, Oliver Pollock envió una fuerza de 16 voluntarios de Nueva Orleans al mando de su sobrino Thomas Pollock. Otros americanos equiparon navíos para atacar a la flota británica tanto arriba como abajo de Nueva Orleans. Para cuando Willing llegó a Nueva Orleans, él y los otros grupos habían tomado seis barcos, 100 esclavos y artículos que se vendieron por 37.500 pesos, probablemente la mitad de su valor. Entre los barcos atrapados estaba el *Rebeca,* un navío de 16 cañones apostado en Manchac para interceptar el comercio rebelde en el Misisipí.

Bernardo de Gálvez dio la bienvenida a Willing y le permitió vender parte de su botín. Sin embargo, las protestas del gobernador inglés en Pensacola, y de súbditos británicos llegados desde Natchez apoyaron la presencia del buque de guerra británico *Sylph* ante Nueva Orleans lo que llevó a Gálvez a ordenar la devolución de 4 de los barcos capturados y la restitución de muchos de los esclavos. Para cuando el *Sylph* se retiró a principios de mayo, Willing y sus hombres habían estropeado la bienvenida con su comportamiento arrogante y los intentos de conducir nuevas incursiones contra propiedades británicas. Pollock ya no dirigía la palabra a Willing. Por eso, el regreso de un buque de guerra británico, el *Hound,* a una posición frente a Nueva Orleans dio una excusa a Gálvez para forzar a Willing a abandonar la ciudad. Todavía carecían de fuerzas suficientes para su defensa, exigió a todos los británicos y estadounidenses hacer un juramento de neutralidad o partir. Los británicos pusieron objeciones e hicieron ver la importancia de su postura haciendo que su buque el *West Florida* capturara dos barcos españoles en el lago Ponchartrain. El comandante del *West Florida*

se negó a liberarlos hasta que Gálvez retirara su orden de juramento. Gálvez lo hizo de mala gana.

Los hombres de Willing estuvieron listos para partir de Nueva Orleans a bordo del *Rebeca,* ahora reparado y rebautizado como *Morris,* con el que pretendían dirigirse al norte. Pero los barcos patrulleros británicos en el Misisipí y la hostilidad hacia Willing que habían creado sus incursiones en la comarca de Baton Rouge significaba que un ascenso por el río sería demasiado peligroso sin la protección española que Gálvez negó. De acuerdo con esto, el *Morris* fue reparado para un viaje a Filadelfia. Las provisiones enviadas desde España para el ejército de los Estados Unidos se pusieron a bordo. Pollock agotó el poco crédito que le quedaba para llevar a cabo estos preparativos y para muy poco más. El *Morris* fue capturado en el mar y después recapturado por corsarios americanos. Willing, que estaba en otro barco capturado por los británicos, acabó como prisionero. La mayoría de sus hombres escaparon a ese destino porque Gálvez les había dado permiso para regresar a los Estados Unidos por tierra permaneciendo en el lado español del Misisipí.

La incursión de Willing tuvo varias consecuencias para las actividades y posiciones españolas en Luisiana. En sentido positivo, llevó a algunos residentes de la comarca de Manchac a territorio español, de lo que resultó la fundación de Gálveztown además de otros lugares. La respuesta británica dio a Gálvez más razones para apoyar su petición de hombres y material adicional. Sin embargo, las consecuencias negativas fueron mucho mayores. Willing hizo que los británicos incrementaran sus patrullas en el Misisipí más arriba de Manchac, cortando eficazmente la línea de abastecimiento que Pollock, Unzaga y Gálvez habían creado, para beneficio de George Rogers Clark y las fuerzas de los Estados Unidos en el oeste. Willing también provocó que los británicos desplegaran sus fuerzas de Pensacola, de 1.000 soldados, bajo el mando del general John Campbell a comienzos de 1778; no fue una respuesta a la incursión de Willing, pero causó el envío de 300 hombres de Campbell a Manchac y 80 a Natchez. En ambos casos los nuevos soldados reconstruyeron las fortificaciones ruinosas y presentó una amenaza más directa a Luisiana que la que existía previamente a la incursión de Willing.

Preparativos para la guerra

La respuesta de Gálvez, a esta situación militar que iba empeorando, fue acelerar la refortificación de Nueva Orleans, construir dos lanchas cañoneras para patrullar el río y hacer todo lo que pudiera para facilitar la llegada de los reclutas que eran enviados desde México y las Islas Canarias. También parece que pasó el otoño de 1778 reorganizando la milicia. Su informe de enero de 1779 afirmaba que 1.478 milicianos estaban organizados en 17 compañías, aunque su calidad era muy pobre.

Otra actividad a la que se entregó durante 1778 fue adquirir información actualizada del estado de las fuerzas y defensas británicas en Pensacola y, por suerte, una copia de sus planes para cualquier guerra a lo largo del río Misisipí y la costa del golfo. El agente de Gálvez para espiar en Pensacola era el capitán Jacinto Panis. La ocasión fue la necesidad de discutir los tipos de confrontaciones que habían tenido lugar en el lago Ponchartrain en el año 1777 y que, sin saberlo Panis o el gobernador Chester, estaban ocurriendo en el río Misisipí durante la visita de Panis a Pensacola en marzo de 1778. También era competencia de Gálvez saber dónde operaban los comerciantes ingleses en el territorio indio y español. Su presencia y los sucesos en el lago parecían estar empujando a las colonias británicas y españolas hacia las hostilidades. Chester y Panis estuvieron de acuerdo en intentar evitar futuras dificultades, pero el gobernador británico ofreció poco más. Su huésped sin embargo, consiguió lo que realmente había querido conseguir: conocimiento de las fortificaciones, suministros y hombres británicos de manera que Gálvez pudiera planear un ataque a Pensacola una vez que la guerra estallara.

Volviendo a Nueva Orleans vía Mobile, Panis obtuvo información en este puesto, aunque las noticias de las incursiones de Willings habían llegado antes que él, causando que algunos oficiales británicos le miraran con sospecha. Sospechas a un lado, se observó la cortesía debida y se permitió a Panis continuar a Nueva Orleans adonde volvió en julio de 1778.

Los sucesos empezaron a desarrollarse rápidamente en la dirección de la participación española en la guerra más grande que había surgido de la rebelión de los Estados Unidos durante 1778. Lo que había ocurrido era que las fuerzas estadounidenses habían vencido al ejército del

general John Bourgoyne en Saratoga, Nueva York, donde éste se rindió el 17 de octubre de 1777. Cuando estas noticias llegaron a Londres el 3 de diciembre, el gobierno británico decidió proponer una forma de autonomía para las colonias dentro de un imperio británico más grande. Cuando Vergennes, el ministro de exteriores francés, supo de esto, se alarmó de que los Estados Unidos pudieran estar de acuerdo (a pesar de las solicitudes de independencia del Congreso) y que acabara de este modo cualquier peligro de que el imperio británico pudiera desmoronarse. Puesto que toda su política con respecto a los rebeldes iba encaminada a producir el debilitamiento de Gran Bretaña al dividir su imperio, él sintió la necesidad de actuar rápidamente. A pesar de esto el 17 de diciembre de 1777 ofreció la aceptación de independencia y una alianza a Benjamín Franklin, el representante de Estados Unidos en Francia. Esta oferta se hizo sin consultar a Aranda o a sus superiores en Madrid. Cuando fueron consultados se negaron a unirse a la alianza porque esto habría requerido el reconocimiento de independencia de los Estados Unidos que no había sido obtenido de hecho ni aceptado por Gran Bretaña. Conscientes de la inquietud de los criollos en las colonias españolas, Carlos III y sus ministros no deseaban asentar ningún precedente que pudiera animar a una rebelión de las colonias. España tampoco estaba lista para una guerra con Gran Bretaña. Por esa razón la alianza que se firmó en París en 1778, fue entre los Estados Unidos y Francia solamente.

La guerra franco-estadounidense contra Gran Bretaña no fue bien durante 1778. Vergennes se sintió cada vez más ansioso por añadir las fuerzas navales españolas a la alianza y mantener intacta la unidad familiar trayendo a España a la guerra y de esa manera, también de vuelta bajo tutelaje francés. Por su parte, España determinó intentar recobrar Gibraltar, si fuera posible a cambio de su continua neutralidad en la guerra y su mediación en ésta de un modo que pudiera ser beneficioso para Gran Bretaña. En caso de que esa política no tuviera éxito, el gobierno había planeado ir a la guerra usando el fracaso en la mediación como una justificación pública. Mientras tanto, la neutralidad continuada y el esfuerzo de mediación permitiría la llegada sin peligro a España de la flota esperada desde México y la fuerza expedicionaria del general Cevallos victorioso en el Río de la Plata. Ambos habrían estado en peligro, por las fuerzas navales británicas, si España hubiera entrado en guerra sin estar preparada en la primavera de 1778. España

pretendía mediar a cambio de Gibraltar durante el verano de 1778, sólo para descubrir en setiembre que los británicos eran reacios a entregar Gibraltar. Las negociaciones continuaron hasta abril de 1779, pero principalmente con el fin de proporcionar una causa para la guerra y el aumento de la buena voluntad de Francia para aceptar las condiciones de España para una alianza. Las propuestas españolas incluían la mediación de España entre Gran Bretaña y Francia en un encuentro, que tendría lugar después de un alto el fuego, y de una tregua declarada por Gran Bretaña en las trece colonias en base al territorio contenido. España fue acreditada con la petición al gobierno inglés de cesar la lucha en las colonias y para controlar el alto el fuego por ambas partes, actuando como una especie de intermediario. Esto no incluía un reconocimiento formal de la independencia de los Estados Unidos.

Los últimos pasos de la diplomacia española era el ultimátum de Floridablanca a Gran Bretaña, el 3 de abril de 1779, y la firma del Convenio de Aranjuez, el 12 de abril de 1779. Floridablanca estaba seguro de que Gran Bretaña no aceptaría las primeras condiciones expuestas. La última era una alianza con Francia que se haría efectiva en caso de que los británicos rehusaran las condiciones de España del 3 de abril. El Convenio proveía que los grupos permanecerían en guerra con Gran Bretaña hasta que todos sus objetivos fueran satisfechos. España especificó que deberían ser suyos la recuperación de Gibraltar y Menorca, la conquista de Mobile y Pensacola y toda la costa de Florida que bordeaba el canal de Bahama y la expulsión de los leñadores británicos desde Honduras a Campeche. El artículo 4 estipulaba el reconocimiento de independencia de los Estados Unidos pero España se negó a acordar esto. Francia ratificó el convenio el 28 de abril; España lo hizo el 12 de mayo; como se esperaba, Gran Bretaña había rechazado el ultimátum por entonces y el escenario estaba dispuesto para una declaración de guerra.

Cuando España había aceptado, finalmente, el Convenio de Aranjuez y se había unido de esta manera a la guerra contra Gran Bretaña, Carlos III y sus ministros eran conscientes de que algunas facciones en el Congreso Continental reclamaran no sólo el derecho a usar el río Misisipí, una petición hecha en la carta de Lee de 1776, y la oferta del Congreso de una alianza, en diciembre de 1776, sino que también reclamaban que el río fuera la frontera oeste de la confederación. Esta posición implícita en anteriores comunicados a España quedó bastante

clara en discusiones en el Congreso en el otoño de 1778. Desde La Habana y Nueva Orleans y desde Juan de Miralles, el observador español del Congreso Continental, llegaron cartas comunicando este hecho. Hacia diciembre de 1778, Floridablanca y otros diplomáticos españoles ya no estaban dispuestos a aceptar la demanda de Estados Unidos como había hecho aquél en abril. Preocupado de que los intereses españoles y estadounidenses estuvieran en camino de colisionar, el ministro francés en los Estados Unidos, Conrad Alexandre Gerard, pidió a Miralles que instara al rey a resolver el problema apropiándose cuanto antes de la mayor extensión posible de la ribera oeste del Misisipí. Miralles no estuvo de acuerdo. Él deseaba que España diera prioridad a la conquista del este de Florida. Gerard no tenía de qué preocuparse; España ya tenía planes para atacar la Florida occidental. También las acciones británicas en la Florida occidental proporcionaron amplias excusas para un ataque español.

Las causas de España para quejarse de su vecino británico en la costa del golfo fueron numerosas durante 1778 y principios de 1779. Los británicos continuaron incitando a los indios contra los americanos, empujándolos a entrar en territorio español en persecución de refugiados americanos. El movimiento de géneros en el Misisipí, incluso bajo bandera española, continuó siendo difícil por la hostilidad de los indios. Continuaban llegando a Nueva Orleans informes de movimientos de tropas británicas para reforzar Pensacola, Mobile e incluso Manchac. En Pensacola, los informes sobre provisiones que eran enviadas al norte desde Nueva Orleans a los rebeldes en Illinois y en otros lugares, y de tropas que llegaban de La Habana y otros puntos, incrementaba la atmósfera de crisis.

Gálvez estaba al tanto de estos acontecimientos locales gracias a muchos espías que mantenía en el campo recogiendo información de los movimientos militares británicos y de sus relaciones con los indios. En adición a esto, él personalmente y a través de agentes intentó ganarse la alianza de los indios distribuyendo regalos, incluso a indios que vivían en territorio británico.

Por un golpe de buena suerte sus agentes interceptaron una carta de Elías Durnford, el comandante británico en Mobile, a William Horn, en Natchez, explicando en términos generales el plan de guerra británico. De este modo el anuncio desde Madrid de que la guerra sería declarada en junio de 1779 halló a Gálvez con información abun-

dante sobre su enemigo y sus planes y reuniendo rápidamente sus propias fuerzas, según iban llegando envíos adicionales de canarios. Él aun carecía de una fuerza base de soldados bien preparados, pero el capitán general Diego José Navarro García de Valladares había prometido enviar el segundo batallón del regimiento de España de La Habana.

La llegada a Pensacola de refuerzos a principios del verano de 1779, indicó que también los británicos pensaban que la guerra entre España e Inglaterra era inminente, y verdaderamente lo era. Este acontecimiento y la llegada de un aviso de guerra emitido en Madrid el 18 de mayo llevó a Gálvez a convocar un consejo de guerra. El 13 de julio de 1779, Bernardo de Gálvez se encontró con sus oficiales y comandantes de distrito e incluso llegó al capitán Cruzat de San Luis. Dio una idea general de lo que sabía de los planes de los ingleses y de la proximidad de una declaración de guerra y obtuvo una serie de recomendaciones y de lo que debía hacerse una vez comenzada ésta. El encuentro terminó sin ninguna resolución –Gálvez prefirió actuar según su propia opinión antes que pedir consenso–, pero con sus órdenes de preparar la milicia y defensas para la guerra. Las noticias de la declaración de guerra del 21 de junio llegaron a Nueva Orleans una semana después de este consejo de guerra, Gálvez mantuvo el secreto hasta finales de agosto.

Planes de campaña de los británicos y los españoles

De acuerdo con la carta de Durford, los británicos planearon un doble ataque a la Luisiana española en caso de que los españoles se unieran a los franceses en la guerra de la revolución americana. En la primavera de 1780, quince mil hombres (la mayoría indios apoyados por tropas de Detroit y Montreal) eran esperados por el Misisipí desde Canadá y capturaron los puestos españoles en Missouri y Arkansas, según llegaban. Una segunda fuerza de igual tamaño aproximadamente y similar composición, aunque quizá con más tropas europeas atacaría la isla de Orleans desde Pensacola.

Manchac era la clave para las dos líneas de ataque. Por otro lado, las tropas apostadas allí evitarían que los españoles enviaran refuerzos por el Misisipí arriba. Y, por la otra, podrían evitar que las fuerzas españolas de la Alta Luisiana y Pointe Coupée ayudaran a Nueva Or-

leans. Éstas eran las razones por las que los británicos habían enviado 300 soldados a Manchac para reconstruir su fuerte. Para mayor seguridad, 80 hombres fueron enviados a Natchez que era menos vulnerable al ataque español. Con ayuda de los indios de los alrededores se pensó que 300 constituían una fuerza suficiente como para preservar el control británico de la ciudad hasta que el ejército del norte llegara. La consiguiente llegada de reemplazos y refuerzos a Pensacola, a principios del verano de 1779, permitió que la guarnición de Manchac aumentara sus refuerzos a 400 hombres. Se enviaron incluso más soldados durante setiembre, pero no consiguieron llegar a Manchac porque fueron interceptados por las fuerzas españolas, como se verá.

Las órdenes de Bernardo de Gálvez eran hacerse con la mayor extensión posible de la costa del golfo de los británicos. Consciente de que no podía parar una campaña británica formal como esa ya señalada, pero que podía tener la esperanza de una victoria por medio de una acción rápida antes de que los británicos estuvieran listos para el ataque, Gálvez determinó atacar Manchac, Baton Rouge y Natchez con objeto de romper el «eje» del plan británico. Entonces atacaría Mobile y Pensacola con ayuda llegada desde La Habana. Si era capaz de llevar a cabo esos ataques antes de que los británicos pudieran enviar más refuerzos a Pensacola podría llegar a frustrar sus deseos. Tenía pocos hombres o suministros disponibles para Missouri, aunque Leyba había pedido urgentemente 200 soldados. En la crisis del verano de 1779, San Luis tendría que defenderse por sí sola.

La campaña de Baton Rouge

Con objeto de no revelar su intención durante los meses previos a la llegada de la declaración formal de guerra, Gálvez informó al consejo de guerra y a la consiguiente reunión pública que él celebró en Nueva Orleans que sus preparativos de materiales y órdenes para que los comandantes instruyeran a las milicias de sus distritos eran simples medidas para reforzar las defensas de Nueva Orleans en las que tenía hombres trabajando. Compartió sus verdaderas intenciones sólo con Juan Antonio Gayarre, el *intendente de guerra* (una especie de comisario general). Una vez que le llegaron las noticias de que la guerra había sido declarada, apremió los preparativos con renovado vigor y de algún

modo con menos discreción sobre sus objetivos. El 23 de agosto fue fijado como la fecha para que sus fuerzas comenzaran la campaña contra Manchac.

Un huracán asoló Nueva Orleans el 18 de agosto y hundió todos los barcos preparados para la expedición excepto uno, causando problemas de abastecimiento, a largo plazo, por el destrozo de las cosechas en los campos alrededor de Nueva Orleans. A pesar de todo, la destrucción no debió ser tan mala como Gálvez nos cuenta. Los barcos fueron reflotados y la expedición partió el 27 de agosto, sólo cuatro días más tarde de lo previsto. Antes de embarcar las tropas, Gálvez reveló públicamente su reciente nombramiento como gobernador (había sido sólo gobernador interino) e hizo un discurso exaltado que según él, atrajo el apoyo popular para la expedición.

El ejército que embarcó Gálvez en Nueva Orleans consistía en 667 hombres de los que 80 eran negros libres y personas de color (12 % de la fuerza), 60 eran milicianos, 7 americanos voluntarios reunidos y dirigidos por Oliver Pollock y 330 eran mexicanos y reclutas isleños recién llegados a la colonia (49 % de la fuerza). El centro de su fuerza eran 170 veteranos. Contaba además, con 600 milicianos de las costas alemanas y acadias enrolados en el ejército según iban hacia el norte a lo largo del río. Un número de 160 indios proporcionaba rastreadores y personal auxiliar. Con todo, Gálvez decía que tenía 1.427 hombres en el campo, pero cuando atacó el fuerte británico en Manchac el número de efectivos era menor a 1.000. Debido a las enfermedades y deserciones, una fuerza incluso menor a 800 hombres atacaron Baton Rouge.

El pequeño fuerte británico de Manchac fue atacado del 6 al 7 de setiembre. Este no fue el hecho decisivo que Gálvez había anticipado cuando aun estaba en Nueva Orleans. El teniente coronel Alexandre Dickson, el comandante británico había sido informado del movimiento del ejército español y había llevado solamente 27 soldados a Baton Rouge que ofrecía mayores posibilidades de defensa. En una breve lucha 20 soldados británicos fueron capturados, uno muerto y el resto escapó para llevar el aviso hacia el norte.

Gálvez llegó a Baton Rouge el 20 de setiembre. El fuerte había sido construido allí durante agosto y principios de setiembre, en parte de la plantación de Watts y Flower. Estaba rodeado de una franja de cinco metros y medio de ancho y tres de profundidad. Habían arroja-

do lodo para formar un muro desde el que la estacada se proyectaba en ángulo haciendo una defensa parecida a un caballo de frisa. Dentro de esta defensa, Dickson tenía 13 piezas de artillería, 400 soldados de tres regimientos británicos y 150 colonos y esclavos. Gálvez sólo tenía 10 piezas de artillería y unos 800 hombres, no era el tipo de ventajas con que según los libros de texto había que contar para un ataque afortunado a un fuerte. Pero tenía una ventaja si podía utilizarla. A un lado del fuerte estaba la pared de un jardín que podía proporcionar protección para un emplazamiento de artillería a corta distancia, si conseguía instalar allí la batería.

Gálvez decidió crear un movimiento de dispersión por un bosque cercano al fuerte y que habría sido el punto de ataque lógico. Se hizo durante la noche. Mientras tanto, sus ingenieros y artilleros instalaron las baterías enfrente del otro lado del fuerte, detrás de la pared del jardín. Las armas estaban tan cerca que su fuego podría causar un gran daño a la pared de tierra y a los hombres que se refugiaban detrás de ésta. Cuando él y su artillería empezaron a hacer fuego en la mañana del 21, Dickson comprendió que sería cuestión de tiempo y de bajas que los españoles entraran en su posición.

De acuerdo con esto, a las 3 de esa tarde envió una bandera de tregua para proponer las condiciones de rendición. Éstas fueron aceptadas y la ceremonia formal de rendición se celebró el 22. El fuerte Panmure en Natchez también se rindió, aunque los españoles no llegaron a ocupar éste hasta el 5 de octubre. Mientras Gálvez atacaba las posiciones británicas principales en el Misisipí, Carlos de Grand Pré, comandante de Pointe Coupée, utilizó la milicia de Pointe Coupée y algunos milicianos isleños de Gálveztown para atacar las casas británicas en Thompson Creek, al norte de Baton Rouge. En el Amite, el subteniente Francisco Collell llevó a los milicianos de Gálveztown cortando árboles que bloqueaban el Amite con el resultado de la captura de 7 barcos pequeños británicos y 125 soldados enviados para reforzar Manchac. Collell y sus hombres también tomaron un reducto fortificado británico en el Amite, corriente arriba de Gálveztown. Más tarde, estos hombres ayudaron a construir una fortificación en Gálveztown para acoger 30 soldados enviados para prevenir cualquier movimiento británico de recapturar Manchac o Baton Rouge. Estas acciones eliminaron las áreas restantes de la resistencia británica al oeste del río Pearl.

Contemporáneo a las actividades de Gálvez, William Pickles y un criollo de Luisiana llamado Vicente Rilleux usaron pequeños botes para atacar a la desprevenida flota británica que desconocía el estado de guerra en el lago Pontchartrain. Con todo, fueron tomados 8 barcos, incluyendo uno que llevaba 56 Waldeker soldados (alemanes) arriba del río Amite hacia Manchac. También fue capturado el *West Florida* el barco armado que había causado problemas a los españoles durante el tiempo de Willings en Nueva Orleans. Estas acciones se recuerdan según la tradición local como hechos más grandes de lo que fueron.

Cuando Gálvez regresó a Nueva Orleans llevó más de 500 soldados británicos con él. Declaró que tenía hasta 50 soldados regulares guardándolos. Eran tropas del segundo batallón de regimientos de España que habían llegado de La Habana mientras estaba en campaña. Siete días después de la rendición de Baton Rouge el Congreso de los Estados Unidos, dio instrucciones a John Jay, recientemente nombrado representante de los Estados Unidos en Madrid, a quien habían llamado para negociar un tratado de alianza con España por el que otorgarían a los ciudadanos estadounidenses una navegación libre en el río Misisipí. Estas instrucciones implicaron casi tres meses de debate en el Congreso acerca de las fronteras occidentales que la nueva nación reclamaría si las conversaciones de mediación que España estaba intentando comenzar, tuvieran éxito. Especuladores de tierra, especialmente de los estados sureños, defendieron y eventualmente aseguraron un entendimiento de que el río Misisipí y los 31 grados al norte serían las fronteras de los Estados Unidos. Esta postura característicamente impetuosa se tomó a pesar de las presiones que ejerció el ministro francés, Gerard, y después su sucesor La Luzerne, a los Estados Unidos. Actuando según instrucciones de Vergennes, dejaron claro durante estos meses, que Francia no estaría sujeta a ninguna definición territorial particular previa a un tratado de paz que estableciera las fronteras. Primero a los españoles, vía Miralles, el observador español, y después por implicación, a los americanos, los franceses sugirieron que los hechos sobre el terreno y no las reclamaciones teóricas serían las consideraciones que decidirían cuándo tenía que ser negociada la paz. Gálvez, obedeciendo órdenes de Madrid, ya estaba actuando bajo este principio. Sus acciones durante 1780 iban encaminadas a mejorar la postura española en el valle del Misisipí y por toda la costa del golfo.

Las preparaciones para un ataque a Mobile ocuparon a Gálvez y sus oficiales durante el resto del otoño de 1779. Las tropas de la milicia, por su propia naturaleza, no podían ser mantenidas en el campo por mucho tiempo y las fuerzas españolas tampoco estaban listas para una campaña contra Mobile. Los planes necesarios para un ataque coordinado desde Nueva Orleans y La Habana también debían elaborarse.

La campaña de Mobile y los primeros intentos de tomar Pensacola

Las principales acciones españolas de 1780 fueron la captura de Mobile y el fracaso de la toma de Pensacola. Una acción secundaria de importancia para la posterior demanda diplomática española de posesión de ambas orillas del río Misisipí, al sur de la desembocadura del río Ohio, fue la captura del capitán Baltasar de Villiers al este del río, en nombre de Carlos III. Villiers tomó tropas del puesto de Arkansas y cruzó el río el 22 de noviembre de 1780. Después de reclamar formalmente la ribera oeste se retiró a su puesto. A lo largo de la costa del golfo los agentes españoles habían tomado medidas más importantes para alcanzar sus intereses.

Panis había encomendado una fuerza de 7.000 hombres para un ataque directo a Pensacola, pero Gálvez observó que ese número no estaba disponible (el capitán general de La Habana se negó a desguarnecer a su propia ciudad) y decidió tomar Mobile primero. Mobile era la mayor abastecedora de alimentos de Pensacola. Era, además, una posición clave desde la que se podía ganar influencia sobre los indios al sur del Misisipí y Alabama.

Mientras Gálvez reunía soldados y pequeños navíos en Nueva Orleans, el coronel Esteban Miró fue enviado a La Habana para traer tantos hombres como el capitán general pudiera entregarle. Éstos resultaron ser 567 hombres del regimiento de Navarra. Partieron de La Habana el 10 de febrero y llegaron a Mobile diez días después.

Mientras tanto, Gálvez había reunido 754 hombres y 12 barcos en Nueva Orleans. Su fuerza se repartía como sigue: 274 soldados regulares, 107 negros libres y personas de color, 24 esclavos, 26 voluntarios americanos y 323 milicianos. Esta fuerza partió de Nueva Orleans el

11 de enero de 1780, pero tuvo dificultades descendiendo el río Misisipí y no llegó al golfo hasta el 6 de febrero. Se hallaron en la parte exterior del espigón de Mobile tres días después.

Una tempestad abatió a la flota según estaba anclada en la parte exterior de Mobile el día 10. Tres barcos encallaron y se hundieron. Este cambio en los acontecimientos obligó a Gálvez a entrar en la bahía y desembarcar a sus hombres y su equipo. Esto se consiguió el 17, pero tenían una insuficiencia de artillería y suministros. La llegada de materiales y hombres de La Habana mitigó estos problemas considerablemente.

Hacia el 29 de febrero los españoles habían establecido sus avanzadas a 183 kilómetros del fuerte Charlotte, que es como llamaban los ingleses al fuerte francés Condé, ya reconstruido y reformado. El fuerte estaba construido de ladrillo en la forma cuadrada convencional con bastiones salientes. Tenía troneras para 38 piezas de artillería. Barracas, un polvorín, una panadería y pozos se apretaban dentro de los nueve metros cuadrados del patio interior. La guarnición consistía en unos 300 soldados, algunos de ellos eran legitimistas de Pennsylvania y Maryland. El capitán Durnford estaba al mando. Ingeniero a fuerza de practicar, había reparado el fuerte lo mejor posible, pero la falta de un talud lo hacía vulnerable al bombardeo de artillería.

El 1 de marzo, Gálvez instó a Durnford a que se rindiera. Él buscó evasivas con la esperanza de que los refuerzos de aproximadamente 1.000 hombres llegarían de Pensacola a tiempo de atrapar a Gálvez entre ellos y el fuerte Charlotte. Gálvez fue informado de que una gran fuerza británica estaba en camino, aceleró los preparativos para un asedio y empezó un bombardeo de artillería el 12 de marzo. La situación de Durnford era desesperada. Para evitar bajas se rindió el 13 de marzo entregándose en una ceremonia formal el 14. El coronel John Campbell y sus hombres aun estaban intentando llegar a ellos a través de arroyos y ríos desbordados al este del río Mobile. Cuando conocieron la caída de Mobile se retiraron a Pensacola.

La intención de Gálvez era fortificar Mobile, obtener tropas adicionales de La Habana y atacar Pensacola antes de que los ingleses tuvieran tiempo de preparar sus defensas. Tenían unos 1.300 hombres en Mobile. Una fuerza de unos 2.065 hombres zarparon de La Habana el 15 de febrero para atacar Pensacola, pero fue obligado a retirarse por un informe falso de que Pensacola había sido reforzado desde Jamaica.

De hecho, esos refuerzos no llegaron a Pensacola hasta mediados de abril y en menor número de los esperados. Una segunda expedición desde La Habana, enviada el 7 de marzo, después de que se viera claramente que los británicos no habían reforzado aun Pensacola, llegó a la entrada de la bahía del mismo nombre pero no entró porque el barco insignia escoró mientras intentaba entrar en la bahía. Después, los partisanos de Gálvez acusaron al comandante de cobarde porque se había negado a entrar en la bahía hasta que la artillería del fuerte Barrancas fuera silenciada. En realidad, no había podido llevar a cabo la entrada que tenía planeada en la bahía porque su buque insignia tenía mucho calado. Debido a esto, volvió a La Habana con la fuerza expedicionaria.

Sin las tropas de La Habana, Gálvez tuvo que desistir de su campaña. Mobile fue guarnecida y la mayoría de sus fuerzas regresaron a Nueva Orleans. Gálvez fue personalmente a La Habana a reunir una nueva expedición.

Mientras tanto, según habían planeado, los británicos enviaron una fuerza desde Canadá, vía Illinois, para atacar Missouri. El 26 de mayo de 1780, aproximadamente, una tropa de 900 indios y 300 británicos atacaron San Luis. El teniente gobernador Fernando de Leyba les estaba esperando. Había recibido noticias de la declaración de guerra en febrero y rápidamente construyó las defensas de la ciudad y llevó artillería desde el fuerte Don Carlos en el Missouri. Aunque todo su plan no podía ser llevado a cabo porque él insistió en usar mano de obra voluntaria local, construyó una torre en la que emplazó la mayoría de su artillería disponible. Hizo una zanja a ambos lados y cuando supo que la fuerza británica-india se acercaba a San Luis pidió ayuda a la milicia de Santa Genoveva. Los 60 hombres bajo el mando del teniente Silvio Francisco de Cartabona dieron a Leyba un total de unos 300 hombres armados.

El fuego concentrado de la artillería en la torre y de los milicianos y algunos problemas de coordinación entre las distintas unidades de ataque rompieron el asalto. La fuerza británica se retiró para llevar a cabo un cerco que consistía en su mayor parte de incursiones a granjas y otros lugares de las afueras de San Luis y evitando que algunos grupos hicieran salidas desde la ciudad. Según transcurría el asedio, George Rogers Clark trasladó sus tropas a Kaskasia para ofrecer así suficiente amenaza para que sus acciones junto con la defensa de Leyba hiciera

que los británicos se replantearan su campaña. También se enteraron de que Baton Rouge había caído. Por todas estas razones decidieron romper el cerco y retirarse a Baton Rouge.

Más tarde, ese mismo verano, las tropas españolas se unieron al coronel Montgomery y a tropas americanas destacadas de la fuerza de Clark, en una serie de incursiones en el río Rock, Illinois y contra los indios Sauk y Fox que habían sido amigos de los británicos. Estas incursiones que hicieron poco más que quemar lugares de habitación abandonados y destruir campos de maíz, se llevaron a cabo para apaciguar a los indios aliados de los españoles y americanos más que para hacer daño a los británicos. Los ataques, por supuesto, dejaron claro que los españoles eran una fuerza que debía ser tenida en cuenta incluso en Wisconsin. Hasta tal punto, que este aviso intimidó a unos grupos indios y ayudó a mejorar la seguridad de San Luis.

Otra incursión, en febrero de 1781, al norte de Illinois tuvo un propósito parecido aunque más tarde fue justificado como un atentado para prevenir otro ataque en San Luis. El capitán Eugene Pourre y milicianos de San Luis y Cahokia e indios aliados capturaron el fuerte San José en el lago Michigan el 12 de febrero de 1781. El fuerte San José estaba construido cerca de la localidad del fuerte La Salle, Miami, que había sido uno de los puntos de suministro para la expedición británica de 1780. Antes de retirarse, Pourre hizo una petición oficial del territorio para España. Él estaba de vuelta en San Luis el 6 de marzo. Después de esto hubo poca acción española en el norte.

Pensacola una vez más

La fuerza que Gálvez obtuvo en La Habana para un tercer intento de tomar Pensacola, zarpó el 16 de octubre de 1789 en 15 barcos de guerra y 49 transportes (todos pequeños). En total sumaban 3.993 hombres; mientras que los británicos tenían unos 2.500 soldados en Pensacola. A los tres días de dejar La Habana la flota fue dispersada por una tormenta tropical. Muchos de los barcos regresaron a La Habana, aunque otros llegaron a Campeche y Nueva Orleans. El entusiasmo que causaban los ataques a Pensacola en La Habana había disminuido considerablemente porque la razón principal por la que las fuerzas españolas y francesas habían sido enviadas a ese puerto era un

ataque a Jamaica. Para algunos funcionarios, Pensacola era una diversión; para el capitán general, otra expedición contra ella podía significar el debilitamiento de sus fuerzas hasta el punto de que La Habana se hiciese vulnerable a un ataque británico.

Una incursión británica a poblaciones del lado este de la bahía de Mobile, en enero de 1781, y retrasos en la esperada llegada de una fuerza francesa mayor para una ataque a Jamaica, dio municiones a Gálvez en su campaña para conseguir una nueva expedición por mar contra Pensacola. Al final, 1.315 soldados en 32 transportes zarparon de La Habana, el 28 de febrero de 1781, bajo la escolta de 5 barcos de guerra. Fuerzas desde Nueva Orleans y Mobile se movilizaron también.

El primer desembarco lo hicieron en Pensacola el 9 de marzo. Se apoderaron de la isla Santa Rosa para emplearla como base hasta que consiguieran forzar su entrada en la bahía. La dificultad estaba en la batería británica de Barrancas Coloradas. Su fuego hacía peligrosa la entrada a la bahía, especialmente para los transportes, pero su altura impedía que los barcos de guerra hicieran blanco con su artillería. Además, el barco de guerra más grande, *San Román,* tenía demasiado calado para cruzar el espigón cuando estaba cargado. Su comandante hizo dos intentos de pasar con el *San Román* ligero de peso, pero escoró en ambas ocasiones. Los otros capitanes de barco se negaron a arriesgar éstos contra las baterías del fuerte Barrancas. Al ver a sus hombres enfermos en las arenas desguarnecidas de la isla de Santa Rosa, Gálvez tomó al toro por los cuernos y con un barco de Luisiana, el *Gálveztown,* entró audazmente en la bahía el 18 de marzo. Con el comandante dentro de la bahía, el resto de la flota tuvo que seguirle. La mayoría de los barcos entró el 19 sin ser alcanzados por el fuego del fuerte Barrancas. Una vez que los barcos lo habían pasado, este fuerte Barrancas lo perdía toda utilidad, excepto para hostigar a otros barcos que entraban o salían de la bahía.

Los refuerzos adicionales de Nueva Orleans (1.348 hombres) y Mobile (905 hombres) llegaron el 22 y 23 de marzo. Estas fuerzas dieron a Gálvez un total de 3.553 soldados de acuerdo con las listas oficiales. Eran suficientes para poner cerco al fuerte, proceso que empezó el 24 de marzo, cuando el total de las tropas se trasladaron de la isla de Santa Rosa al continente. Durante estas primeras operaciones, Gálvez fue herido ligeramente en un dedo y en el abdomen.

La organización de los trabajos para el asedio iba muy avanzada cuando las tropas, con 1.600 españoles y 725 franceses, llegaron entre el 21 y 22 de abril junto con elementos de la flota francesa que había estado en La Habana, elevando las fuerzas de Gálvez a más de 7.000 hombres y dándole una ventaja de casi 3 a 1 sobre su enemigo. Las unidades francesas navales aseguraban la defensa contra cualquier intento británico de reforzar a Campbell por mar.

La ciudad de Pensacola está situada en una llanura entre el borde del agua y un terreno más elevado hacia el norte y el oeste. Una cresta de esos terrenos más altos se extiende hacia el noroeste-sudeste hasta un punto justo más arriba de la ciudad. Los británicos habían construido su fuerte, el fuerte George, en el terreno más elevado, justo arriba de la ciudad. Para proteger el fuerte, los británicos habían construido dos fortificaciones o baterías exteriores que daban a la colina (noroeste) más arriba aún de esa colina de terreno elevado.

El plan de Gálvez para atacar era derribar la cresta hacia esas fortificaciones exteriores. Si pudiera capturarles el fuerte principal, tendrían que rendirse. Una batería al mando de estas defensas exteriores se organizó el 1 de mayo y comenzó el bombardeo. Una segunda batería, más cercana al reducto británico, se construyó durante los días siguientes.

De una forma inesperada, mientras los españoles cambiaban la guardia en sus trincheras avanzadas, en la mañana del 8 de mayo, un disparo de uno de los obuses en las baterías avanzadas españolas cayó en el tejado del polvorín, en la batería británica avanzada, rodó dentro del polvorín a través de una puerta abierta y explotó. La pólvora almacenada y una gran parte de la batería fueron destruidas en la consiguiente explosión. Al oír la explosión los oficiales españoles en las trincheras y en el campamento principal se dieron cuenta de lo que había ocurrido, reunieron a sus tropas y cargaron. Después de una lucha, las fuerzas españolas tomaron el reducto.

Reforzaron su posición rápidamente, recuperaron las piezas de artillería que aún se podían utilizar, trajeron otras suyas y empezaron a disparar a la posición británica más cercana. Como la línea de fuego se hallaba a un nivel más bajo que la colina, los españoles rápidamente silenciaron la artillería británica. Otras fuerzas españolas llegaron a una posición cerca del fuerte George. Un asalto español afortunado en el fuerte principal era sólo cuestión de días. Los británicos tenían escasa

oportunidad de vencer ese asalto. Por consiguiente el general Campbell pidió una tregua esa misma tarde. La rendición formal fue decidida el 9 de mayo con la ceremonia de capitulación en la tarde del 10 de mayo de 1781. El fuerte Barrancas se rindió el 11. Los británicos perdieron 155 hombres y las fuerzas españoles tuvieron 94 bajas y 185 heridos.

Gálvez partió con 1.113 prisioneros sin contar con 224 mujeres y niños también en el fuerte George, 150 piezas de artillería, más de 2.150 mosquetes y 300 barriles de pólvora y otras municiones. También obtuvo su lema: *Yo solo* una referencia a su osada entrada en la bahía. Aunque probablemente no intentaba que fuera así, su lema reflejaba su forma habitual de hacer las cosas: consultándose a sí mismo sin decir a sus subordinados los puntos clave sobre sus planes.

Después de que los prisioneros fueran enviados a La Habana para que al final regresaran a Nueva York, Gálvez hizo que sus ingenieros examinaran el fuerte Barrancas y volvieran a diseñarlo de manera que fuera más efectivo y mantuviera a los visitantes indeseados alejados de la bahía. Se hicieron reparaciones complementarias en el fuerte George, el fuerte principal y en los reductos del noroeste que lo guardaban.

El regocijo de los españoles por su victoria en Pensacola se vio mitigado por las noticias que llegaron de una rebelión que había empezado en Natchez el 22 de abril. Este suceso tuvo su origen en los esfuerzos del general Campbell para complicar las actividades de Gálvez, enviando agentes y comisiones a varias personas en Natchez, con las noticias de que aunque Pensacola estaba cercada, una flota británica llegaría en breve y acabarían rápidamente con Gálvez, y permitiendo el envío de ayuda en caso de que los legitimistas de Natchez se rebelaran. No está muy claro qué papel jugaron exactamente los americanos en esto. Ellos podrían haber sugerido el complot como una forma de preparar una oportunidad, o eso creían ellos, para su propia captura de Natchez.

La rebelión fue el trabajo de 200 hombres (incluyendo algunos indios) y alcanzó sus objetivos sin mucha dificultad el 22 de abril. El fuerte era viejo y apenas estaba protegido. Pero una vez en su poder, los rebeldes empezaron a reñir entre sí por las acciones que debían llevar a cabo y por diferencias de carácter. Los tenientes de Gálvez en Luisiana reunieron rápidamente una fuerza y se dirigieron a Natchez adonde llegaron el 22 de junio. El propio Gálvez había partido de Pen-

sacola el 3 de junio hacia Nueva Orleans, por si fuese necesario dirigir personalmente un ataque. Sin embargo, el fuerte se rindió sin luchar. Los líderes de la rebelión fueron arrestados durante los días siguientes. Unas 100 personas intentaron huir por tierra hacia Georgia, temiendo aparentemente otra represión como la de 1769. Sin embargo no hubo ninguna represión draconiana. La gente llana fue perdonada, sus líderes fueron juzgados y recibieron sentencias mínimas. E incluso esas penas no fueron estrictamente aplicadas. A esta huída por tierra se le ha atribuido el comienzo del Sendero de Natchez, un camino que conecta esa ciudad con los asentamientos americanos al este de Kentucky y que actualmente se está desarrollando como una carretera pintoresca.

No hubo más acción militar en Luisiana durante la guerra. Las armas españolas habían reconquistado los territorios perdidos en 1762-63. Quedó para los diplomáticos españoles el asegurar para España en las conversaciones de paz que empezaron en 1782 y para sus administradores en Luisiana, consolidar el control español sobre esta nueva y extendida Luisiana.

Bernardo de Gálvez fue a La Habana en agosto de 1781 para unirse a la expedición que se estaba organizando allí, convocando a fuerzas francesas y españolas para atacar Jamaica. El levantamiento *comunero* en Columbia (1781) y la batalla de los Santos (1782) redujeron las tropas y, en el último caso, disolvió los refuerzos enviados por los franceses para la campaña contra Jamaica. Gálvez volvió a España. Permaneció allí aconsejando a su gobierno hasta que partió hacia Cuba en octubre de 1784. Había sido nombrado capitán general de Cuba y mantenía su posición como gobernador de Luisiana. Pero pronto fue enviado a México para convertirse en virrey en lugar de su padre, Matías, que había muerto en el cargo. Bernardo murió allí a causa de una fiebre el 30 de noviembre de 1786.

Los tratados de paz de 1783

Mientras Bernardo de Gálvez y soldados de La Habana y Luisiana y las fuerzas francesas en el Caribe conseguían estas victorias, Floridablanca había estado evitando cuidadosamente cualquier compromiso con los Estados Unidos referente a las fronteras o a una alianza. John Jay llegó a Madrid en enero de 1780, para encontrarse con que él y su

mujer no recibieron el tratamiento que esperaban. Incluso, el afortunado levantamiento ese mismo mes del cerco de Gran Bretaña, Gibraltar, no hizo que los españoles estuvieran más predispuestos a las conversaciones. Floridablanca no deseaba ser arrastrado a las conversaciones de alianza. Aun así él tuvo cuidado de usar la presencia de Jay para alarmar a los británicos y así apoyar las conversaciones con Richard Cumberland y Thomas Hussey durante finales de 1780 y en los primeros meses de 1781. En esas conversaciones propuso llegar a un acuerdo de guerra basado en la posesión, sin reconocer la independencia de los Estados Unidos y la renuncia de Inglaterra a Gibraltar. Esas condiciones habrían significado que Gran Bretaña mantuviera el control de la mayor parte del área del oeste de los Apalaches, menos áreas de las que tenía España.

El giro que tomó la guerra angloamericana a finales de 1780 y comienzos de 1781, cuando las fuerzas británicas invadieron y ganaron (temporalmente) control sobre Georgia y Carolina del Sur, hicieron que el Congreso Continental una vez más diera instrucciones a Jay de buscar una alianza con España. En febrero le informaron que no necesitaba insistir en un derecho de navegación libre de los americanos en el Misisipí si España les ofreciera una alianza inmediata. Hacia junio, el Congreso estaba dispuesto a abandonar su insistencia en el reconocimiento de las fronteras y de independencia de los Estados Unidos. Jay presentó debidamente la propuesta de un tratado de alianza el 22 de setiembre de 1781, que contenía el Misisipí y las fronteras a 31 grados de latitud norte, pero renunciaba a cualquier demanda de navegación libre por el Misisipí por debajo de los 31 grados siempre que España estuviera de acuerdo con una alianza inmediata que hiciera frente a todas las demás expectativas de Estados Unidos, incluyendo el reconocimiento de su independencia. Conscientes de que España ya poseía todo el oeste de Florida y habiendo establecido una solicitud de la ribera este del Misisipí frente al río Arkansas, Floridablanca se negó a hacer nada referente a esta propuesta. Él también podía haber comprendido que una renuncia al derecho de usar el Misisipí por debajo de los 31 grados no podía perdurar si los ciudadanos estadounidenses se establecían en los valles de Ohio y Misisipí. El río era la ruta natural para el comercio de esa zona. Jay comprendió que su oferta no tuvo la acogida inmediata que él deseaba y, rápidamente, retiró la oferta de renunciar a los derechos de navegación por el Misisipí.

Jay permaneció en Madrid hasta mayo de 1782, cuando recibió instrucciones de ir a París a unirse a otros comisarios estadounidenses que estaban comenzando a negociar la paz con Gran Bretaña. Benjamín Franklin ya había iniciado estas conversaciones cuando le informaron que un cambio de gobierno en Gran Bretaña era probable. Vergennes, ignorando, aparentemente, las proposiciones secretas de Franklin a los ingleses, dio su permiso para conversaciones separadas a condición de que cualquier tratado sólo sería válido si se acordaba una paz general. Esta fórmula tenía como objeto mantener la alianza de Francia con los Estados Unidos, decididos a hacer la paz con el gobierno británico, que ahora estaba más predispuesto; España aún estaba asediando Gibraltar y planeaba un asalto para setiembre de 1782. Según los términos de la Convención de Aranjuez, Francia estaba obligada a no hacer la paz con Gran Bretaña hasta que España recibiera (o conquistara) Gibraltar. El asalto determinaría la cuestión.

Debido a que las fronteras del oeste de los Estados Unidos eran el asunto más importante que dividía a los dos aliados de Francia, los franceses hicieron un esfuerzo para reconciliar sus posturas. El 3 de agosto de 1782, Jay visitó al conde de Aranda, embajador de España en París. Aranda tenía una copia del mapa de Mitchell de 1755, extendido sobre una mesa y rápidamente pidió a Jay que indicara las fronteras que deseaban los Estados Unidos. Jay indicó el Misisipí y 31 grados de latitud norte. A esto replicó Aranda que la línea debía ir desde el extremo oeste del lago Eire al ángulo situado más al oeste del sur de Carolina y después a la cabecera del río Altamaha (en Georgia, cerca de la actual Atlanta). La extensión de la línea a Florida no podía ser señalada porque Gran Bretaña aun poseía tanto Florida como Georgia.

En la discusión que siguió a estas dos distintas reivindicaciones para las fronteras, Jay sostuvo que los Estados Unidos tenían derecho al área que estaba al este del Misisipí y a 31 grados al norte, al igual que una navegación libre por el Misisipí por debajo de los 31 grados por subrogación, quiere decir que los Estados Unidos reemplazaban a Gran Bretaña y por eso disfrutaban de todos sus territorios y derechos anteriores. Aranda respondió que partiendo de esa base, que él rechazaba, España tenía derecho a reclamar el área al sur de Ohio por derecho de conquista de un territorio que Gran Bretaña había adquirido en los tratados de 1763. La reclamación de los Estados Unidos del área al norte del Ohio era nula porque esa zona pertenecía a Canadá según

establecían las negociaciones de 1763. Los Estados Unidos, recordó a Jay, no habían conquistado Canadá y por esa razón no tenían derecho a ninguno de sus territorios que permanecían en manos británicas. Más aun, España había conquistado el fuerte Miami y su representante Villiers había ocupado la ribera este del Misisipí, más arriba del río Yazoo, que le daba derecho al área por razones de conquista.

Comprendiendo que las conversaciones con Jay no llevaban a ninguna parte, pero deseando resolver el asunto a favor de España, Aranda dispuso que Vergennes y su secretario Reyneval hicieran propuestas alternativas a Jay. En la primera, (25 de agosto) la línea debía ser llevada desde el extremo oeste del lago Eire hasta cerca de donde se encuentra hoy Cincinnati; desde allí hacia el sur como había sugerido Aranda. Esta alteración incorporaría poblados americanos ya existentes en el territorio de los Estados Unidos. En una segunda propuesta fechada el 6 de setiembre, trazó una línea desde el sur empezando en río Perdido y después cambió la dirección al norte al fuerte Toulouse y, desde allí, al Ohio, usando los cursos de varios ríos y arroyos. Esta línea dio a España toda la ribera este de la desembocadura del río Ohio pero renunció a su demanda de la zona que estaba al norte de éste. Como señaló Rayneval a Aranda, España no tenía derecho a esa zona ya que no la ocupaba. Los ingleses podían hacer con ésta lo que desearan. Ninguna proposición fue aceptada por los comisarios de los Estados Unidos. Sus conversaciones con los británicos continuaron.

Confrontados con este claro esfuerzo de limitar el territorio de los Estados Unidos y negarles cualquier derecho a usar el río Misisipí, Jay intentó conseguir que los británicos apoyaran las reclamaciones de los derechos de navegación y territorio americano en el oeste, proponiendo que los Estados Unidos y Gran Bretaña acordaran que el río San Lorenzo y los grandes lagos y el río Misisipí deberían estar abiertos a ambas partes como parte de un mayor acuerdo en comercio libre. Los británicos rechazaron la idea de un comercio ilimitado con los Estados Unidos igual que ellos habían rechazado la sugerencia de que las tropas británicas, entonces en la costa este, deberían ser trasladadas para conquistar la Florida occidental. Sin embargo, querían conceder a los Estados Unidos «El Viejo Noroeste», el área al este del Ohio y este del Misisipí y Florida occidental a 31 grados latitud norte junto con cualquier derecho de que disfrutara Gran Bretaña (o sea, derechos de navegación). De manera que los americanos consiguieron exactamente lo

que habían estado pidiendo desde 1779. Estos términos fueron incorporados en el tratado de paz preliminar anglo-estadounidense el 30 de noviembre de 1782.

Contemporáneos e historiadores han visto las concesiones de Gran Bretaña a los Estados Unidos como un esfuerzo calculado para sembrar las semillas de un conflicto posterior con España o como un esfuerzo para cimentar una paz sólida con los Estados Unidos por medio de anular las mayores fuentes de conflicto al oeste. Esas posturas no eran mutuamente excluyentes, una paz duradera con los Estados Unidos significaba aceptar al menos algunas de las aspiraciones territoriales de los Estados Unidos que, como se ha demostrado, estaban en conflicto con las españolas. El área al norte de Ohio no era motivo de diferencias entre España y los Estados Unidos pero sí lo era la ribera este del Misisipí más abajo del Ohio y Florida occidental. Al aceptar la reclamación de los Estados Unidos de este área, los británicos abrieron la puerta al posterior conflicto entre Estados Unidos y España. Floridablanca resumió la opinión española de la cesión británica del área al sur de Ohio en su testamento político al comentar «los ingleses les concedieron (a los Estados Unidos) lo que no era suyo, y los Estados Unidos quieren adquirirlo o conservarlo con tan mal título» [1].

Cualesquiera que fueran los términos que los comisarios de Estados Unidos y británicos acordaran dependerían de una paz más grande. Las negociaciones para conseguir ese fin habían empezado en serio una vez que el ataque español a Gibraltar fracasó, hacia mediados de setiembre. También la batalla de los Santos del 12 de abril 1782 había truncado el ataque planeado por Francia y España a Jamaica en 1782. Francia estaba agotada económicamente y no tenía deseos de continuar la guerra. Los británicos estaban alentados y menos animados de lo que habían estado en 1781, cuando el general Charles, marqués de Cornwallis, se había rendido en Yorktown para conceder una paz favorable a los intereses de España. Carlos III y sus ministros no tenían otra elección que intentar conseguir los mejores términos posibles a pesar que el objetivo principal de la guerra española no había sido ob-

[1] J. de Moñino y Redondo, Conde de Floridablanca, *El Testamento político del Conde de Floridablanca*, ed. por Antonio Rumeu de Armas, 1792 (reimpresión), Madrid, 1962, p. 113.

tenido y su mayor objetivo secundario en el Caribe, la retirada de todas las colonias británicas aparte de las Antillas Menores, había sido sólo parcialmente conseguido gracias a las victorias de Gálvez.

El tratado preliminar español fue firmado el 20 de enero de 1783. El tercer artículo estipulaba que Gran Bretaña cediera la Florida occidental a España y reconociera que España siguiera manteniendo la Florida occidental. Los ciudadanos británicos en estas provincias tenían 18 meses para arreglar sus asuntos y partir; las fuerzas británicas se retiraron tres meses después de la ratificación. Cuando los tratados definitivos fueron firmados, el 3 de setiembre de 1783, el lenguaje referente a las Floridas había cambiado en un nuevo quinto artículo que cedía la Florida oriental y occidental a España. Firme hasta el final, España no reconoció la independencia de Estados Unidos en ninguno de sus tratados y de esta manera no se aplicó a las reclamaciones conflictivas de ambas partes. Por consiguiente, el tratado anglo-estadounidense del 30 de noviembre de 1782 entró en vigor y en conflicto con el tratado anglo-español del 3 de setiembre de 1783.

España había conseguido su objetivo en la costa del golfo de retirar a los británicos y así creó una condición necesaria para reducir el comercio de contrabando que había sido una característica de Luisiana y la Florida occidental desde que los franceses formaran Mobile y Nueva Orleans. También había movido la frontera de Nueva España (otro objetivo pendiente) aun más al este, al menos bajo el río Ohio y estaba en una posición aparente para dictar el futuro curso de los asentamientos americanos a lo largo del Ohio y sus afluentes, controlando el comercio del Misisipí. Como un escritor británico anónimo escribió en 1584 sobre los asentamientos occidentales americanos «nunca pueden llegar a ser una colonia comercial (por el control español en el Misisipí y la distancia terrestre a Filadelfia). Sin embargo, para tal gente como la que vive ahora en los asentamientos, que sólo pueden transportarse a sí mismos y sus pertenencias más allá de las montañas (la calidad de la tierra) puede ser un aliciente ya que pueden tener una subsistencia abundante» [2]

Para alcanzar estos objetivos, los españoles inevitablemente mostraron dientes de dragón en el campo de sus relaciones futuras con los

[2] R. Fabel (ed.), «The Letters of R.» *Louisiana History*, vol. 24 (1983), p. 427.

Estados Unidos. Ya inclinados a sospechar lo peor de las acciones españolas, por la predisposición antiespañola de su cultura inglesa, los nacionalistas americanos olvidaron rápidamente la directa e, igualmente importante, indirecta ayuda que España había proporcionado para ganar su independencia. En lugar de eso, recordaban la negativa de España a reconocer la independencia americana hasta 1783 y a partir de la mitad de 1778, a reconocer las demandas de Estados Unidos de tierras y derechos de navegación de 1763. También recordaban los diversos esfuerzos españoles de 1778-1781 de hacer sus propios acuerdos con los ingleses bajo unos términos que dejaría a los Estados Unidos sin la total soberanía que deseaban. Por contraste, las acciones de Francia (tan egoístas como las de España y las de los Estados Unidos) eran recordadas con aprobación y afecto porque no produjeron conflictos con los deseos de Estados Unidos.

En 1783, parecía que España tuviera el control para determinar los acontecimientos futuros en el valle del Misisipí, sin embargo, esta posición era más débil de lo que parecía. Una potencia mundial, aunque en tercer lugar detrás de Gran Bretaña y Francia, España tenía los recursos militares y navales de los que los recién nacidos Estados Unidos carecían. España disfrutaba de los beneficios de un mando centralizado en contraste con el caos de los Estados Unidos bajo los artículos de confederación. España controlaba el curso bajo del río Misisipí y, por esto mismo, el comercio fluvial a través de su corriente. Pero ésta y otras fuerzas eran contrarrestadas por una debilidad real o potencial. La extensión de su imperio significaba las responsabilidades correspondientes y las fuerzas navales y militares desperdigadas. Comparado con La Habana, Veracruz o cualquiera de una docena de lugares, Luisiana era bastante insignificante y podría ser (y lo sería) entregada sin gran pérdida a los intereses estratégicos españoles. Realmente, los intereses españoles en el valle del Misisipí eran casi especulativos, en el sentido de que era un peligro futuro más que inmediato para el imperio (Nueva España). Peligros lejanos y eventuales reciben necesariamente menos atención que los inmediatos. Además, España y su imperio carecían de una población para emigrar que pudieran ocupar el valle del Misisipí y que creara sobre el terreno las condiciones como para estar al nivel de la población americana que crecía y se desarrollaba rápidamente al oeste de los Apalaches. Debido a que Estados Unidos no tenía territorios ni intereses (aparte del comercio) fuera de sus

fronteras, su posición diplomática no estaba sujeta a ser afectada por los acontecimientos europeos e incluso asiáticos, como lo estaban las de Gran Bretaña y España. Esto dio a los Estados Unidos una gran ventaja por poder concentrar sus esfuerzos en un solo teatro, donde era potencialmente muy fuerte, mientras que España estaba implicada en muchos otros escenarios y la mayoría de ellos se hallaban muy lejanos del punto de desafío de Estados Unidos. Y España, no sólo había integrado a Luisiana dentro de su economía imperial antes de que la guerra terminara, sino que había promulgado decretos comerciales que postponían aun más su integración. En la década siguiente a 1783, las fuerzas de España eran más importantes que sus debilidades. La Luisiana española entró en un especie de era dorada de crecimiento, una era durante la cual una mayor extensión de la frontera hacia el este y el norte parecía posible con poco esfuerzo.

Capítulo VI

PAZ, DESARROLLO Y DESAFÍOS EXTRANJEROS, 1782-1793

Al menos durante la mitad de los doce años que siguieron a las victorias de España en la costa del golfo en la guerra con Gran Bretaña (1779-1783), los gobernantes en Madrid, La Habana, y Nueva Orleans tenían buenas razones para sentirse optimistas respecto al papel de Luisiana como defensa avanzada de Nueva España, salvaguardando sus minas y su comercio vital. La colonia parecía integrarse gradualmente dentro de la economía imperial. Las poblaciones continuaban creciendo, especialmente en la baja Luisiana. Tanto los tratados como el flujo de regalos y bienes comerciales mantuvieron la paz con los Indios.

Solamente tres nubes oscurecieron este panorama que, de otro modo, hubiese permanecido despejado. Uno sería la continuada incapacidad de los diplomáticos españoles para obtener un acuerdo con los Estados Unidos para definir un tratado acerca de la frontera entre esa nación y Luisiana, de modo tal que se garantizaran los intereses españoles en la baja Luisiana y los territorios de los principales grupos indios en el sureste. La segunda nube consistía en el fracaso de los intentos españoles oficiales de Luisiana para desanimar el crecimiento de los asentamientos americanos al oeste de los Apalaches y mantener la frontera de Luisiana tan lejos del este del Misisipí como fuese posible, al sur del río Ohio. Sin duda, estas tácticas, que tenían como meta principal obtener un acuerdo diplomático con los Estados Unidos en términos favorables para España, comenzaba a dar como resultado la amenaza de que los habitantes del oeste invadiesen Luisiana para tomar el control del río Misisipí. De un modo lento pero con seguridad, los oficiales españoles en Luisiana se sintieron obligados a extender la presencia militar al norte de Natchez. Se trataba de la tercera nube y,

como las otras dos, señalaban la posible llegada de un conflicto tempestuoso con los Estados Unidos.

Los años de optimismo dieron paso a dificultades que se fueron agudizando rápidamente a partir de 1790. La economía de la colonia sufrió una serie de diversos retrocesos importantes debido a circunstancias y cambios naturales en las compras del monopolio de tabaco de Luisiana en el mismo momento en que la Revolución Francesa desorganizaba el comercio. Así, el comercio con Francia cesó de un modo abrupto con la crisis de guerra entre España y Francia en 1793. Los comerciantes ingleses y americanos sólo llenaron parcialmente el hueco dejado por el cese del comercio. En el frente diplomático, el fracaso de los esfuerzos realizados con anterioridad, una disposición española progresiva para colonizar con menores costes de lo que se pedía en 1782, y el posible cambio de una alianza española con Gran Bretaña a una con Francia, produjo finalmente un acuerdo siguiendo esencialmente los términos impuestos por los Estados Unidos. Irónicamente, esto ocurrió mientras el Baron Carondolet, gobernador de Luisiana, acababa de extender el control militar español desde el banco oriental del Misisipí hasta los farallones Chickasaw (cerca de la actual Memphis) y hasta el interior del área de la actual Montgomery, en Alabama. España abandonó en la mesa negociadora, lo que sus esclavos de Luisiana habían ganado, al menos temporalmente, sobre el terreno.

En conjunto, durante estos doce años la «marea del imperio», que se hallaba discurriendo hacia la costa occidental del continente con la cresta de la ola en la disputa del estrecho de Nootka con Gran Bretaña (1789-90), estuvo también recorriendo el valle de Misisipí. El flujo estaba controlado por obstáculos naturales y humanos, los cuales hicieron su aparición por primera vez en 1790 y fueron ganando en importancia durante los dos años siguientes. La entrada de España en las guerras de la Revolución Francesa, en 1793, marcó el fin de esta expansión. La marea menguante de imperio en el valle de Misisipí comenzó a retroceder con la firma de Tratado de Pinkney en 1795.

Este capítulo discutirá los aspectos económicos y demográficos del periodo que va desde 1783 a 1795. El siguiente capítulo tratará de la diplomacia española internacional y de su política de fronteras, así como la situación política en Luisiana durante el mismo periodo.

La integración económica en el imperio español

El 14 de abril de 1782 fue un día de regocijo popular en Nueva Orleans. Algunos días antes, un decreto real fechado el 22 enero de 1782 había llegado a manos del entonces gobernador Miró. En él se ponía en conocimiento los términos bajo los cuales el comercio de Luisiana se vería regido para la década que seguiría a la proclamación de la paz. Estos términos eran tan liberales que el cabildo de Nueva Orleans proclamó el 14 de abril como fiesta pública. En esencia, la corona había promulgado una continuación de los términos comerciales bajo los que Luisiana se había estado rigiendo desde 1778.

El decreto establecía que, a lo largo de la siguiente década, cualquier barco español o colonial podría comerciar directamente entre Nueva Orleans o Pensacola, así como en aquellos puertos franceses que tuviesen un cónsul español. Los barcos que arribasen a costas francesas tenían que recibir los papeles de liquidación de los agentes consulares españoles, y enviar copias al ministerio de Indias en Madrid. Todas las importaciones y exportaciones de Luisiana y de la Florida occidental productos de este flujo comercial tenían que pagar un impuesto del 6 %. La moneda no podía ser exportada a Francia.

El comercio con las Indias francesas occidentales estaba permitido solamente en casos de «necesidad urgente» acordada tanto por el gobernador de Luisiana como por el intendente. Los oficiales de los barcos debían suministrar a los comisionados españoles en los puertos de las Indias occidentales declaraciones detalladas de carga y, estos últimos, tenían que inspeccionar los bienes para verificar la verdad de las declaraciones. Excepto en lo que se refería a los esclavos, todos los bienes importados o exportados a través de este comercio debían pagar el 6 % de impuestos. Los esclavos estaban libres de impuestos.

Para favorecer el comercio con los puertos españoles más privilegiados, el decreto permitía la reexportación desde Luisiana y la Florida occidental de aquellas mercancías españolas que no se necesitaban, hacia las otras colonias españolas. Esta reexportación se hallaba sujeta al pago de impuestos con que aquellos productos habrían sido cargados si hubieran sido enviados desde España a esas otras colonias en lugar de a Luisiana o a la Florida occidental. El Reglamento de Comercio Libre del 12 de Octubre 1778 exoneraba a la exportación de bienes desde España a Luisiana del pago de impuestos, al tiempo que se im-

pusieron diversas tarifas para los productos enviados desde España a las otras colonias españolas. La reexportación de bienes no españoles desde Luisiana y la Florida occidental se hallaba estrictamente prohibida.

La exportación de productos desde Luisiana a La Habana, así como a otras colonias españolas, se verían sujetas a una reducción en el pago de impuestos de un 2,5 % decretado en 1774 a un 2 %. Más tarde se constataría que esta reducción había sido un error cometido cuando se proyectó el decreto. Otro decreto, del 7 de noviembre de 1782, corrigió el error, haciendo que el impuesto del 2 % entre Luisiana y otras colonias españolas fuese restaurado al 2,5 % que había sido ordenado en 1774, dejando claro al mismo tiempo quién constituía una colonia para el decreto, y permitiendo el comercio con las Indias francesas occidentales sin cualificación y, en el caso de Santo Domingo (Haití), sin la necesidad de un permiso específico de los funcionarios de Luisiana. El decreto prohibía de nuevo el uso de barcos franceses en el comercio con las Indias francesas occidentales. Cuando el intendente Navarro probó el funcionamiento de esta estipulación en 1786, arrestando al barco de las Indias francesas occidentales, *Sainte Vincent-de-Paul*, el cual había llegado a Nueva Orleans bajo bandera francesa, recibió órdenes para devolverlo a sus propietarios, una indicación de que el gobierno español no iba a demandar el cumplimiento estricto de las estipulaciones acerca de la propiedad del decreto de 1782.

En Nueva Orleans y Pensacola habrían de establecerse aduanas en las que los encargados tenían que preparar tablas de valores para todas las importaciones y exportaciones, sujetas a la aprobación del gobernador Gálvez y el rey.

Al igual que antes, se permitía el comercio de esclavos entre colonos con cualquier puerto amistoso o neutral, al tiempo que se permitía que el pago por ellos se efectuase con productos o dinero local. Las exportaciones de productos y dinero de Luisiana con este propósito tenían que pagar el 6 % de impuesto de exportación exigido en el comercio con extranjeros. Sin embargo, no se exigían impuestos para los esclavos importados.

Para favorecer el desarrollo de los envíos por barco, los dos siguientes a la proclamación de la paz, cualquier residente de Luisiana o

de la Florida occidental podía comprar barcos de manufactura extranjera sin tener que pagar las tasas normales y la *media anata.*

Finalmente, en una concesión menor pero que se pretendía que alentase las exportaciones desde Luisiana a España, todos los barriles y maderas se hallaban completamente libres de impuestos si se utilizaba para el comercio con España.

A pesar de que el preámbulo del decreto afirmaba que el deseo del rey era asegurar el bienestar y la prosperidad de sus súbditos ajustando para ello la regulación del comercio colonial a la naturaleza de sus productos y al mercado europeo de cada uno de ellos, al tiempo que se facilitaba el comercio de pieles, el texto indicaba un esfuerzo para integrar aún más a la colonia dentro del Imperio Español empleando dos tipos de políticas mercantilistas clásicas: exigir el uso de barcos españoles para los envíos y el uso de tarifas para canalizar el comercio hacia cauces nacionales. De estas dos políticas, se esperaba que la primera provocase evidentemente un efecto inmediato, lo cual sucedió.

Los comerciantes residentes en Nueva Orleans compraron al menos, entre 1783 y 1786, 48 barcos. Treinta y uno provenían de las Indias occidentales, de los cuales, muchos eran probablemente bergantines y goletas. En conjunto estos 48 barcos fueron responsables de una buena parte (posiblemente la mayoría) de los barcos que llevaron el comercio de la colonia a mediados de la década de 1780, especialmente a destinos del Caribe. De este modo, el decreto parecía cumplir uno de los objetivos para el que había sido concebido.

El otro objetivo del decreto de 1782, canalizar el comercio de Luisiana y de la Florida occidental hacia manos españolas, requería necesariamente más de dos años si se quería evitar las abruptas perturbaciones económicas del período 1768-1772 y, al mismo tiempo, cumplir las necesidades apremiantes del comercio de las Indias. Se consideró aparentemente adecuado un término de diez años para aplicar el tratamiento preferencial de tarifas para las importaciones desde y las exportaciones hacia España para producir un desplazamiento gradual del comercio de la colonia en esa dirección, a medida que España comenzaba a producir más cantidad de aquellos productos que necesitaba la población europea de la colonia y sus aliados indios. (Debería recordarse que durante este período, el gobierno de Carlos III también estuvo estimulando el desarrollo de ciertas industrias cuyos productos

iban destinados a reemplazar las importaciones, especialmente de bienes de lujo). Mientras tanto, se permitía el comercio con Francia para asegurar la prosperidad en la colonia y la entrada de rentas para hacer frente a los gastos. El comercio francés era especialmente importante en cuanto al mercado de las pieles, puesto que los indios preferían bienes tanto de manufactura francesa como británica, ambas disponibles con rapidez en Francia pero no en España. Esta estipulación del decreto había sido establecida gracias a que a Gilbert Antoine de Saint Maxent le había sido ya otorgado un permiso para llevar a cabo transacciones con Francia con productos indios y peletería.

La medida no afectó la venta de tabaco al monopolio mexicano, ni tampoco al comercio establecido entre Luisiana y La Habana. Los agricultores de tabaco sólo podían vender al monopolio real. El azúcar y sus diversos subproductos (especialmente *táfia*) podía importarse únicamente desde La Habana.

Cualesquiera que fuesen las intenciones del gobierno a largo plazo, la continuación del comercio con Francia fue motivo suficiente para el regocijo popular entre los habitantes de Nueva Orleans. El decreto de 1782 prometía que, a lo largo de otros de diez años, la ciudad seguiría recibiendo los vinos y telas francesas y la cerámica británica, por sólo nombrar tres ejemplos preferidos por sus ciudadanos más acaudalados. Del mismo modo, fue causa de celebración el hecho de que, mientras no se estipulase lo contrario, Nueva Orleans continuaría siendo un punto de intercambio clandestino entre el Imperio Francés y el Imperio Español. Las mercancías francesas e inglesas llevadas a Nueva Orleans y Pensacola, podían convertirse en españolas, para ser entonces reexportadas a otras colonias españolas. Sus productos, especialmente los tintes y derivados extraídos del palo de Campeche, se enviaban a Luisiana para embarcarlas finalmente a Francia. Reconociendo quizás la inevitabilidad de estas actividades, el gobierno español hizo los planes necesarios para reclamar tasas de un 6 % como *ad valorem* en cada etapa del comercio con Francia, y del 2,5 % en el comercio entre Nueva Orleans y otras colonias españolas generando al menos de ese modo una ganancia pequeña en pago por los costos administrativos de Luisiana.

Esta pérdida de protagonismo comercial exclusivamente español fue añadida en el decreto, gracias a las sugerencias de Saint Maxent, suegro de Bernardo Gálvez. Sin embargo, Francisco de Bouligny, el

Cabildo de Nueva Orleans y Martín Navarro también merecen ser citados. Los tres habían pujado durante la década de 1770 para conseguir un comercio legal con Francia, aunque sus apreciaciones acerca de cual debería ser el impuesto para la importación eran diferentes. Durante la guerra, a principios de 1781, Navarro había propuesto el libre cambio con todas las naciones, sujeto a un impuesto del 5 % para la importación de telas y del 8 % para los licores, con un 5 % de impuesto para la exportación de los productos coloniales. Sus mayores preocupaciones eran reemplazar a los británicos, proporcionar los 1.600, esclavos que creía que la colonia necesitaba cada año, proporcionar un mercado para las 900.000 libras estimadas de cultivo de tabaco (una sobreestimación exagerada) en el distrito de Natchez (que entonces acababa de ser anexionado a Luisiana) y tener productos de intercambio para comerciar con los indios, ya que España no producía nada que fuese apropiado para ello. Las reclamaciones de Saint Maxent en el otoño de 1781, se referían principalmente al comercio indio, que él debería administrar bajo un acuerdo con su yerno y la Corona (véase más abajo). Para ello, resultaba esencial contar con los productos franceses e ingleses. Saint Maxent había sugerido no sólo un comercio directo con Francia, sino también unas tasas moderadas, inferiores al 15 %. El decreto de enero de 1782 cumplió totalmente sus necesidades, así como las de los colonos.

Una cuestión permanecía sin resolver: el derecho de los americanos a utilizar el río Misisipí a través de territorio español, lo cual había sido permitido hasta 1784. Como se ha señalado, el tratado de paz anglo-español fracasó en cuanto a expresar siquiera algo acerca de los Estados Unidos y sus reclamaciones, que eran bien conocidas por ambas partes. En el tratado, España negaba implícitamente a los EE.UU. cualquier derecho a utilizar el Misisipí al sur de la desembocadura del río Ohio. No obstante, las balsas continuaban bajando a Nueva Orleans. Se registraron unas diez, llevando 2.640 barriles de harina, entre los años 1783 y 1784. Una prueba de política velada de España se hizo notar en marzo de 1784 cuando el capitán Christopher Whipple trajo una chalupa de Rhode Island con pasaporte estadounidense, reclamando la navegación libre en el Misisipí por debajo de los 31 grados norte. Al no tener instrucciones específicas acerca de esta cuestión y al encontrar que en su copia del tratado anglo-español no se especificaba nada al respecto, Miró concluyó que tendría que permitir a Whipple

continuar su jornada. Sin embargo, observó la presencia de un sargento, un cabo y cuatro soldados en la oscuridad del lado norte de la chalupa y envió una circular a todos las plantaciones prohibiendo comerciar con Whipple. A Whipple se le advirtió que su barco sería confiscado si llevaba a cabo alguna actividad comercial. Por otra parte, Miró informó debidamente de todo lo acontecido a Madrid, con una disertación acerca de lo que entendía que eran las reclamaciones de España sobre el banco izquierdo del Misisipí y especialmente las «tierras ricas de Natchez», así como los territorios indios del este [1].

En respuesta a este incidente, Carlos III lanzó un decreto el 26 de junio de 1784 por el que se cerraba el río Misisipí a todo embarque que no fuese español. Los objetivos del decreto eran dobles: restaurar los caracteres distintivos exclusivos del sistema de comercio imperial español negando explícitamente tanto las reclamaciones americanas como británicas para permitir la libre navegación por el Misisipí bajo los términos de su tratado de 1783, y para intentar sofocar más asentamientos al oeste de los Apalaches cortando el acceso a los mercados.

El gobierno francés decidió que el decreto de 1782 ofrecía una serie de oportunidades tan importantes para el comercio indirecto con el imperio español y para el comercio directo de castores de Luisiana y otras pieles, así como para el tabaco, que trató a todos los barcos que entraban en los puertos franceses que procedían o iban a Luisiana como si fueran franceses. Los productos de Luisiana serían admitidos como si fueran bienes coloniales franceses. Por un decreto de 1785, este comercio estuvo limitado a los puertos de Burdeos, San Maló (que posteriormente cambió a Le Havre), y Rouen. Por su parte, el gobierno español autorizaría con el tiempo el comercio con Burdeos, Le Havre, Rouen, La Rochelle, Nantes y San Malo.

Modelos de comercio, 1783-1793

Sin embargo, tales decisiones reales no contaban con los intereses de los comerciantes franceses. Mientras algunos se aprovecharon de los

[1] Miró a Gálvez, n.° 108, N.O., 12 de marzo de 1784, en D. Corbitt (ed.), «Papers from Spanish Archives, 1783-1880», East Tennessee Historical Society, *Publications*, n.° 9 (1937), pp. 115-116.

términos españoles para comerciar directamente con Nueva Orleans, la mayoría parecían tener una preferencia por dirigir su comercio a través de las Indias francesas occidentales, cuyos puertos permitían el intercambio con los Estados Unidos y otros mercados mientras la demanda en Luisiana fuera baja. Los comerciantes de Nueva Orleans, preferían también utilizar a las Indias francesas occidentales como almacén. Un estudio ha mostrado que para los años 1783-1785, del promedio anual de 122 barcos que partían de Nueva Orleans, aproximadamente la mitad se dirigían a las Indias francesas occidentales. Solamente 17 barcos, de los 367 que navegaron durante estos años, partieron hacia puertos franceses, la mayoría de ellos (nueve) hacia Burdeos. Pero como se mencionará posteriormente, al menos en 1784 transportaron una parte importante del valor de las exportaciones de la colonia. Efectuando un estudio comparativo, el estudio en cuestión encontró que los que se dirigían a La Habana eran un promedio anual de 41 barcos; mientras que los que lo hacían a los puertos de Nueva España sumaban un promedio anual de nueve. No se conocen barcos que lo hicieran hacia España. Por su parte, La Habana servía como un puerto de paso para tal comercio, mientras que Jamaica, fuente principal de esclavos, recibía cerca de cuatro barcos por año.

Las salidas de los barcos no revelan, por supuesto, el valor de los productos que fueron transportados. Un estudio de los valores de tres de las principales exportaciones de Luisiana (índigo, peletería y productos del bosque) en el año 1784, indica que el 58 % del valor total, 230.268 pesos, fue exportado directamente a Francia, incluyendo un 79 % (del valor) de todo el índigo y el 97 % (del valor) de todas los productos de peletería. Francia habría absorbido incluso un porcentaje mayor de exportaciones si no llega a ser por el 20 % que se supone fue exportado en tablas, resinas y brea a La Habana y Nueva España. Por otra parte, si se cuentan las exportaciones de tabaco al monopolio español en Nueva España (unos 50.000 pesos o el 18 % de un nuevo total de 280.268 pesos en exportaciones), las exportaciones directas depositadas en Francia suman el 47 % del total. Por lo tanto, a corto plazo, el objetivo de dirigir las exportaciones de Luisiana a Francia parece que fue cumplido. Los valores y destinos de las exportaciones hacia finales de 1780 y principios de 1790 tienen no obstante que ser estudiados. Existen algunas evidencias que permiten sugerir que la tendencia general de 1784 se mantuvo.

La importancia del comercio con las Indias francesas occidentales yace no sólo en la gran proporción de viajes que, desde Nueva Orleans, poseían dicho destino, sino también en que permitió una posterior existencia de vínculos económicos con los Estados Unidos. Los comerciantes americanos vendían harina y otros productos en Guarico (capital haitiana, principal puerto visitado por los barcos de Luisiana) durante la mayor parte de la década de 1780, con sólo interrupciones ocasionales cuando los franceses intentaban cerrar este comercio. Asimismo, los viajes a las Indias francesas occidentales proporcionaban una tapadera para efectuar viajes a los Estados Unidos, justificándolos generalmente por inestabilidad del clima. Finalmente, los comerciantes americanos embarcaban cargamentos a través de los mercados de las Indias occidentales franceses (a menudo cargándolos después de una visita «accidental» a un puerto americano) a sus agentes en Nueva Orleans. En recompensa recibían peletería, moneda de plata, y cantidades pequeñas de otros productos de Luisiana y de las colonias españolas.

Los agentes principales de este comercio americano en Nueva Orleans eran Daniel Coxe, Daniel Clarke, Jr., Evan Jones, Juan Baptista Macarty, y Michel Fortier (agente también para los comerciantes franceses). Después de su regreso a Luisiana, Oliver Pollock sirvió también como agente para el comercio americano a Nueva Orleans. Los cargamentos enviados a estos hombres entraban generalmente en el puerto sin dificultad. La mayoría de estos agentes habían residido en Nueva Orleans desde 1770, por lo que gozaron de la posibilidad de forjar vínculos durante la guerra de los Siete Años. Estas relaciones se fueron profundizando por la condición especial que O'Reilly otorgó a Pollock y a otros importadores de harina angloamericanos, continuándose y expandiéndose, aunque evidentemente a pequeña escala en comparación con el comercio con Francia y el Imperio Español.

Este comercio indirecto con los EE.UU. no se hallaba exento de peligros, especialmente cuando había que efectuar viajes a los puertos americanos. Diego de Gardoqui, *Chargé d'Affairs* de España en Nueva York, llevaba a cabo el seguimiento de la llegada de aquellos barcos que manifestaban haber tenido un viaje «accidentado» así como de los anuncios públicos de los barcos destinados a Luisiana. Sus informes y quejas dieron como resultado, en 1787, el arresto de cierto número de comerciantes angloamericanos en Nueva Orleans. Sus juicios se prolongaron hasta 1789, cuando un perdón real acabó con los procesos.

Al igual que con la navegación de barcos franceses procedentes de las Indias francesas occidentales, así con los barcos de los Estados Unidos, la corona española no estaba preparada para hacer cumplir la ley, especialmente mientras se pagasen los impuestos y los bienes fueran consignados a los residentes bonafide de Nueva Orleans. Gracias a esta tolerancia y a los términos del decreto de 1782, Luisiana continuó su papel histórico como punto de intercambio entre los imperios francés y español.

En suma, aunque los españoles desviaron gran parte del comercio de Luisiana hacia barcos coloniales e incluso depositaron hasta el 40 % de las exportaciones de la colonia en 1784 en manos españolas, vieron frustradas su esperanza de que hacia la década de 1870 podrían lograr una posición dominante en el comercio de la colonia. Varias causas para esta frustración han sido identificadas anteriormente. Otro más, el comercio directo con Gran Bretaña a través de comerciantes en Pensacola y Mobile, queda por ser tratada. Este comercio británico en puertos de la Florida occidental fue el resultado del fracaso de un plan de 1781 y de planes efectuados a más largo plazo para producir en fábricas españolas productos para el comercio con los indios y para regalos anuales.

El comercio indio y el comercio británico

La conquista de la Florida occidental británica obligó a cumplir las necesidades de los indios creek, choctaw y chickasaw en cuanto a productos comerciales y en cuanto a sus expectativas respecto a los regalos anuales que habían recibido de manos de los europeos desde los primeros días de la colonia francesa. El comercio, a su vez, traía gran cantidad de pieles de ciervos así como menores cantidades de otros tipos de pieles a los puertos de Mobile y Pensacola. La imposibilidad de efectuar los regalos anuales o de suministrar las verdaderas y cada vez mayores necesidades de los indios respecto a los productos europeos conducirían a estos poderosos vecinos a buscar un comercio y una alianza con los Estados Unidos, poniendo en peligro las fronteras orientales de la colonia. Comprendiendo todos estos asuntos, y percibiendo la oportunidad para posteriores intereses económicos españoles, Bernardo de Gálvez comenzó a tratar el problema antes de que la con-

quista de Pensacola se hubiese logrado. Como primer paso, propuso nombrar a un comerciante español, y no productos españoles, para las firmas británicas que habían llevado el comercio y suministrados los regalos anuales entre 1763 y 1780.

El hombre a quien Gálvez encomienda la tarea de proporcionar los regalos y llevar una parte del comercio de pieles fue Gilbert Antonine de Saint Maxent, suegro de Gálvez. Como ya ha sido señalado, este personaje había ganado una fortuna gracias al comercio de pieles, que comenzó allá por el año 1740. En los años últimos del régimen francés (1763 a 1767) disfrutó de un monopolio del comercio de pieles en el río Missouri como socio de Maxent, Laclede y Compañía. El gobernador Ulloa le otorgó probablemente una o más licencias para continuar ese comercio. Saint Maxent ayudó a Ulloa y, a través de Maxent y Ransom, al gobernador O'Reilly durante sus primeras conversaciones con los indios. Durante el mandato de Ulloa, en particular, Saint Maxent había mostrado ser un amigo de España. Unzaga se casó con su hija mayor, mientras Gálvez lo hacía con otra de sus hijas.

Dejando aparte la familia, Saint Maxent era una opción lógica para organizar y ayudar a consolidar el suministro de productos para los regalos anuales. Con su bendición como yerno, Saint Maxent llevó esta idea a Madrid, donde le otorgaron un contrato que le permitió llevar productos españoles por valor de 380.000 pesos a Mobile, Pensacola, y Nueva Orleans y, si los productos españoles no se hallaban disponibles, podía optar por productos franceses y de otras fuentes. Del valor de estos productos, 200.000 pesos fueron ingresados en su propia cuenta; 80.000 pesos fueron para los regalos anuales y los restantes 100.000 pesos fueron para crear una reserva permanente para tiempos de guerra u otras emergencias inesperadas. La corona adelantó 50.000 pesos para efectuar las compras en su nombre; Saint Maxent debía proporcionar los fondos restantes. La corona tomó bajo consideración las propuestas de Saint Maxent de efectuar un comercio directo entre Luisiana y Francia, el mercado principal para las pieles. Como ya ha sido señalado, esta parte de la propuesta de Saint Maxent se vio reflejada en el decreto de comercio general de enero de 1782.

Con el contrato en mano, Saint Maxent se dirigió a Francia y a los Países Bajos del imperio austríaco para adquirir existencias apropiadas como mercancía. Así, embarcó un navío en Ostende y otro en Burdeos con productos que aseguró poseían un valor de 278.000 pe-

sos. Lamentablemente, cuando se dirigían a Luisiana sus barcos fueron capturados por corsarios británicos, que vendieron los cargamentos en subasta al almirantazgo en Jamaica. Al finalizar la guerra, Saint Maxent fue liberado pudiendo negociar préstamos que le permitirían volver a comprar sus dos barcos y una parte de sus cargamentos. Después de parar en La Habana y reparar los barcos, regresó a Nueva Orleans con 40.000 pesos en productos para utilizarlos en los congresos indios programados para 1784. Mientras esperaban hasta la celebración de aquellas reuniones, el préstamo otorgada a Saint Maxent fue menguando y, en diciembre de 1783 fue arrestado por conspirar con unos de sus acreedores jamaicanos para traficar con plata. Una segunda garantía del préstamo supuso su arresto de modo que sus acreedores pudieran verse satisfechos. Como resultado de su encarcelamiento, Don Gilberto no asistió a los congresos, por lo que no pudo llevar a cabo sus negocios con los indios, lo cual esperaba podría aumentar su fortuna. En su lugar, James Mather, un comerciante británico de la firma Mather y Strother, fue autorizado para continuar sus actividades comerciales en Pensacola. Este personaje británico sería quien controlase el comercio de pieles de la Florida occidental.

Cuando se celebra el encuentro hispano-creek en Pensacola, en mayo de 1784, Miró, Navarro y Arturo O'Neill, gobernador español en Pensacola, creyeron haber hallado la manera de suministrar a los creek y a los demás indios aquellos productos británicos que necesitaban, satisfaciendo al mismo tiempo los deseos y ambiciones de Alexander McGillivray, líder mestizo de los creek. Así mismo mantuvieron el comercio en manos de las compañías que ejercían su actividad fuera de Nueva Orleans en vez de dejarlas a Panton, Lesly y Compañía, firma escocesa que seguía comerciando con la Florida oriental y en San Marcos, y que se hallaba pendiente de la acción real española acerca de su solicitud para permanecer de modo permanente. William Panton y sus asociados habían comenzado a comerciar con los creek cuando la Florida oriental se encontraba bajo control inglés. McGillivray había estado presionando a los españoles para permitir que el escocés pudiera continuar suministrando productos a su nación.

La estrategia de los españoles consistía en nombrar a McGillivray como agente español ante los creek, con un salario anual de 600 pesos, permitiendo a la firma de Panton (en la cual, McGillivray poseía intereses) una única transferencia de mercancías a Pensacola para cubrir las

necesidades inmediatas de los creek, presentado de manera tan hábil por McGillivray y suministrando las mercancías a los creek después de esta operación gracias al esfuerzo de James Mather, comerciante de Nueva Orleans que estaba bien considerado en Londres. El tratado firmado el 31 de mayo establecía un marco general de precios fijos (elaborados en un documento firmado el uno de junio), la autorización para un comercio exclusivo y garantías mutuas, acompañado de una limitación a los españoles a aquellas áreas que eran de España.

Miró llevó a cabo una serie de esfuerzos para desarrollar esta estrategia no sólo firmando diversos acuerdos con McGillivray en Pensacola, sino también planeando los detalles de los negocios que esperaba Mather llevase a cabo. Como McGillivray había dejado claro cuáles eran sus intereses en la firma de Panton, Mather se vio inducido a ofrecerle una asociación en la nueva empresa, que con el tiempo se había ampliado incluyendo los negocios de Mather con los choctaw y chickasaw. Al mismo tiempo, Mather (y su socio Strother) había recibido el permiso para adquirir productos comerciales en puertos ingleses, holandeses, y daneses bajo su propio riesgo, y sujeto a un pago de impuestos del 6 % sobre las importaciones y sobre cualesquiera exportaciones que utilizase para pagar por los productos. En cambio, no le autorizaron a exportar plata para pagar sus deudas. Aunque tales términos incumplían el decreto de 1782, que favorecía el suministro francés de productos comerciales, Miró los justificó por referencia a los privilegios de Saint Maxent y a la necesidad urgente de satisfacer la demanda de los indios de productos británicos.

Mientras tanto, en la Florida oriental, Panton, Leslie, y Compañía se hizo indispensable para el nuevo gobernador, Manuel de Céspedes, quien había llegado sin un suministro de productos comerciales para regalar a los numerosos indios que vinieron a rendirle homenaje y a averiguar de qué modo se conduciría el comercio bajo el régimen español. Leslie, residente en San Agustín, proporcionó los elementos necesarios. La recompensa para la compañía fue una autorización para que pudiese llevar a cabo sus actividades de un modo continuado en la Florida occidental y oriental, al menos hasta que los españoles pudieran desarrollar su propio equipo de técnicos conocedores del comercio, así como sus propias fuentes de productos. José de Gálvez se había garantizado ya el permiso real, bajo estrechas restricciones (ignoradas en la Florida), para que la firma continuase sus actividades co-

merciales (mayo de 1784). Al menos hacia 1785, la firma fue autorizada a llevar a cabo sus operaciones.

La poca habilidad de Mather para obtener una cifras superiores a los 40.000 pesos de los productos comerciales, acompañado del uso que hicieron Panton y McGillivray de noticias de signo alarmista acerca de las presiones americanas sobre los creek, sus necesidades de productos y armas y, probablemente, el ofrecimiento de acciones en la compañía a Miró y a Navarro, dio como resultado que, durante 1785, Panton, Leslie y Compañía obtuviesen el permiso para importar grandes cantidades de productos comerciales en 1786, sujetos a un impuesto del 6 %, con tasas similares sobre las pieles que exportaban. La firma se estableció así en Pensacola además de su almacén en San Marcos.

La corona aprobó las enmiendas que Miró y Navarro habían elaborado en 1784 y en 1785, junto con Mather y Panton en los decretos del 10 de octubre de 1785 y del 30 de mayo de 1786. Los decretos permitían la importación anual de dos o más cargamentos de productos para los indios en puertos neutrales o amistosos. Los productos británicos continuaron así entrando en la Florida occidental, y las pieles, los derivados del palo de Campeche, y otros productos locales continuaban siendo exportados a los puertos ingleses antes que a los franceses o españoles.

Problemas con el comercio británico y la búsqueda de alternativas

Casi al mismo tiempo las firmas británicas fueron autorizadas a proseguir su comercio en Pensacola y Mobile, con la condición de que los productos británicos que llegasen a aquellos puertos no permaneciesen allí, sino que fueran exportados a Nueva España, violando así los contratos de Mather y Strother y de Panton y Leslie. Las cifras sobre el palo de Campeche son sugerentes. Como promedio, seis barcos partían en Nueva Orleans cada año, entre 1783 y 1785, hacia la bahía de Campeche. Las salidas desde Pensacola, sin embargo, no han sido estudiadas. Los navíos que entraban en Nueva Orleans procedentes de Campeche con mercancía sujeta al pago de impuestos (principalmente palo de Campeche) han sido registradas únicamente para 1786, año en el que arribaron diez barcos. Pero estas cifras claramente no explica

todo el comercio existente entre Campeche y Luisiana y la Florida occidental. Las firmas británicas que efectuaban sus actividades comerciales en la Florida occidental exportaban palo de Campeche en grandes cantidades durante estos años. Este producto no crece a lo largo de la costa del golfo, se trataba de un importante producto de exportación de Campeche. Aunque de valor relativamente bajo en comparación a su volumen, las importaciones del palo de Campeche en Luisiana y la Florida occidental fueron pagadas sin lugar a dudas con productos no españoles convertidos en «legales» gracias al pago del 6 % de impuestos sobre su importación y del 2,5 % de impuestos internos de la colonia sobre la exportación, así como por la disposición de los oficiales de aduanas para ignorar el fraude. Probablemente tuvo lugar también un contrabando global.

Otra serie de quejas acerca del comercio efectuadas por Mather y Panton llegaron a Madrid desde Londres, donde el embajador español, el Marqués del Campo, envió docenas de cartas de 1786 con informes de abusos de todas clases. Todos los navíos procedentes de Luisiana y de la Florida occidental llevaban tripulaciones británicas, en oposición a las regulaciones españolas (pero no británicas). Los capitanes no se ponían en contacto con el Marqués para pedir pasaportes para el viaje de regreso. Y lo peor de todo era que se exportaban ilegalmente monedas de plata desde las colonias en cuestión. A estos abusos notificados, el Marqués del Campo añadía su convencimiento de que las compañías eran desleales a España. Cuestionados acerca de estos y otros cargos, Navarro adujo diversas excusas, siendo la más importante que los americanos constituían el enemigo real en la frontera sureña, y no estas firmas británicas.

Las quejas produjeron al menos un endurecimiento temporal de las regulaciones. Mather y Panton encontraron que los pases enviados para que llevaran a cabo sus importaciones de productos comerciales en 1787 eran tan restrictivos que, al menos Panton, consideró la retirada de Pensacola a San Marcos, que él erróneamente creía se hallaba bajo jurisdicción del gobernador Céspedes, de la Florida oriental, un amigo leal de la compañía. Miró y Navarro enviaron cartas a del Campo para explicar la situación, el cual se abstuvo a regañadientes de hacer cumplir el contenido de sus instrucciones; se quejó de nuevo a Floridablanca acerca de lo que él creía era una tapadera para el contrabando de productos con destino a Nueva España.

En Madrid, la muerte de José de Gálvez, el 17 de junio de 1787 dejó libre el camino para efectuar los cambios en la política colonial, así como para una reorganización del gobierno. Una de las cuestiones que la nueva Junta Suprema del Estado puso en su agenda fue la del suministro de productos apropiados para los indios del sureste, así como la entrada en vigor de las políticas comerciales una vez terminados los diez años de duración del decreto promulgado en 1782. El primer signo de este nuevo interés por llevar a cabo la integración de Luisiana y la Florida occidental (que había sido una dependencia administrativa de su vecino desde 1785) en la economía imperial fue una orden real fechada el 16 de agosto de 1787, por la que se suspendía toda posterior emisión de pases para apoyar el comercio con los indios, a menos que hubiese una aprobación previa garantizada desde Madrid. El intendente Navarro recibió la orden de proporcionar una lista detallada de los productos necesarios para el comercio, con el objetivo de que fuesen producidos en España cuanto antes.

Estas medidas fueron seguidas por la reconstrucción y la reorganización de los efectivos del fuerte de San Marcos en el otoño de 1787. Este hecho fue el preludio de la imposición del requisito de que todos aquellos barcos que procedían de San Marcos debían declarar su cargamento en la aduana de Pensacola, y pagar así las tasas de importación. Asimismo debían pagar el 6 % de impuestos de exportación por las pieles traídas de San Marcos. Panton y McGillivray, que habían ido a San Marcos anteriormente, en 1788, para controlar las cuentas después de la muerte de Charles McLatchy, agente de la compañía en esa ciudad, protestaron inmediatamente esta regulación sobre un comercio que estaba anteriormente sin regular. Panton amenazó de nuevo con retirarse del comercio. McGillivray, por su parte, comenzó a buscar fuentes alternativas de suministro, especialmente para las municiones que los españoles habían dejado de enviar a los creek (1787).

La orden real de agosto de 1787 y el endurecimiento del control español en San Marcos fueron solamente parte de una serie de crisis generalizadas en el comercio con los indios durante 1788. La disminución de los precios de las pieles en el mercado de Londres durante los dos años previos había afectado seriamente los beneficios de la compañía de Panton y de la compañía de Mather, que terminó por ir a la quiebra. Para salvarle y para suavizar a Panton, Miró y Navarro violaron la orden real y ambas firmas permitieron enviar la recogida de

pieles de 1787-88 a Londres pero sólo con pases de ida. Cualquier navío que quisiese regresar debería obtener una autorización de Madrid, que estaba dispuesta a extender los privilegios a estas dos compañías por un año más. Mientras tanto, la búsqueda de alternativas a las firmas británicas y a sus productos seguía adelante.

La preocupación de la Junta Suprema del Estado sobre el futuro del comercio de Luisiana fue más intensa en otoño de 1788 y a principios de 1789 después de que Martín Navarro fuese a Madrid, donde había regresado para su retiro, que le fue concedido por un decreto del 24 de febrero de 1788, y donde ahora aprovechaba para estar presente en la corte y conseguir algún favor real. En seguida se le pidió que hiciese algún comentario acerca del contrabando y de los posibles remedios para ello. Como antes, restó importancia al comercio en Pensacola y Mobile como fuente de productos traficados en La Habana y en Nueva España. Así, sugirió que el comercio de Luisiana continuase bajo las estipulaciones existentes, aunque animó a reducir los impuestos en los productos importados de Francia. Por otra parte, pensaba que el remedio a largo plazo para las quejas de los comerciantes españoles acerca del comercio de Luisiana con Francia consistía en tener industrias españolas que fueran capaces de fabricar los productos de demanda en la colonia. Para ello sugirió que fuese enviado un agente a Francia, a Gran Bretaña y a la Provincia Unida a comprar muestras de productos demandados tanto por los indios como por los colonos. Estas muestras serían entonces entregadas a las compañías españolas para ser copiadas.

Una orden real del 6 de junio de 1789 encomendaba a Navarro a emprender la recopilación de muestras que él mismo había sugerido, así como a escribir un informe sobre la viabilidad de producir los productos en las fábricas españolas. Durante el siguiente año hizo exactamente la tarea que le fue ordenada, a pesar de las demoras ocasionadas por los disturbios sociales y otros problemas surgidos de la Revolución francesa. Así, envió un grupo de muestras principalmente británicas a Bilbao a finales de enero de 1790, y otro grupo con productos franceses que llevó con él cuando cruzó la frontera francesa en Cataluña, en mayo de ese año. Allí los oficiales de aduana le impidieron introducir las muestras de mantas en el país, cualquiera que fuese la misión real en la estuviese envuelto. Dejándolas en garantía, viajó a Madrid donde preparó un informe fechado el 26 de mayo de 1790.

La conclusión de Navarro consistía en que excepto en lo que se refería a las telas, la mayoría de los productos en cuestión podían ser fabricados en España. Estos otros productos no consistían un problema; sí lo era que los productos de Luisiana, como las pieles, el índigo y el arroz no tenían mercado en España. Evidentemente, sin anticipar la rápida disminución de la producción de índigo y de tabaco o el desarrollo de la producción de azúcar y de algodón como exportaciones básicas, no veía ningún remedio excepto que la colonia continuase comerciando con Francia y sus colonias del Caribe, donde había un mercado para sus productos. Aproximadamente un año después, las muestras fueron enviadas a Madrid, donde fueron olvidadas con rapidez.

Mientras todo esto se destilaba en Europa, en la Florida occidental, Panton, Leslie, y Compañía se garantizaban el control de todo el comercio con los indios. Hubo una serie de acontecimientos que fueron responsables de este cambio. Los esfuerzos de William Augustus Bowles, que intentó abrir su propio comercio británico con los creek durante el verano de 1788, subrayaba la necesidad de que España continuase utilizando a Panton y a sus asociados, al menos a corto plazo. La presencia de Bowles y las promesas a los creek también habían urgido a Miró para volver a enviarles armas, aunque durante 1789 la cantidad de comercio británico de mosquetes enviados a Pensacola estaba muy por debajo de las demandas de McGillivray. Aún más significativo fue el desplome de la operación comercial de Mather y Strother cuando el gobierno español rehusó a otorgarles la firma de un préstamo. En Nueva Orleans, Miró hizo sólo lo que pudo: ofreció el comercio de Mobile a Panton en una carta fechada el 28 de febrero de 1789. Quince días más tarde, el 16 de marzo de 1789, en Madrid, el rey firmó un decreto de garantía a favor de las compañías de Panton y Mather con la exención de todas las tasas de importación en una serie de productos (a especificar) utilizados en el comercio con los indios de la Florida occidental (pero no de Luisiana). Se permitía importar un cargamento para Mobile y uno para Pensacola cada año. El ron y la sal tenían que ser importados de La Habana. Las restantes estipulaciones fueron añadidas por Miró y Panton y aprobadas por el gobierno a principios de 1790. La más importante era el derecho a obtener cargamentos de azúcar en Nueva Orleans antes de navegar hacia La Habana en busca de sal y ron. Esta estipulación a su vez fue modificada en 1790 cuando la amenaza de guerra durante la disputa del estrecho de

Nootka provocó que Miró autorizase la exportación de productos de la Florida occidental a las Bahamas, importándose de allí la sal.

Aunque pensada como medida temporal sólo hasta que las fábricas españolas comenzasen a producir los productos necesarios (en 1794), el decreto de Marzo 1789 y sus numerosas modificaciones en manos de Miró y Panton resultaron ser la base para el comercio con los indios para el resto de la década de 1790. Para decirlo con extrema sencillez, los españoles nunca desarrollaron una alternativa a la Panton, Leslie y Compañía como suministradores de productos a los indios, o agentes sureños con tanta influencia entre los creek como tenía William Panton con Alexander McGillivray. Por consiguiente estas firmas escocesas continuaron introduciendo mercancía británica en los puertos de la Florida occidental y exportando pellejos y pieles de ciervos a Gran Bretaña. Esto constituyó una señal y, como probarían los eventos acontecidos más tarde, el fracaso profético de los planes españoles de 1781-82 de integrar completamente a Luisiana y a la Florida occidental en la economía imperial española. Lo que la profecía había adelantado respecto a Luisiana vendría a ocurrir cuatro años después del decreto de marzo de 1789.

El monopolio *de facto* que finalmente ejerció Panton, Leslie y Compañía sobre el comercio con los indios en la Florida occidental y a lo largo del río Misisipí marcó un fracaso importante en el esfuerzo por acercar la economía de Luisiana a la economía imperial española. Superficialmente, Panton y sus socios eran considerados españoles, cumpliendo así al menos el contenido de los decretos sobre el comercio, pero en realidad se comportaban como sujetos británicos, comerciando con productos británicos y exportando ilegalmente algunos de ellos a otras partes del imperio español.

La prosperidad de la década de 1780 y la crisis de 1790

Las consideraciones acerca del comercio con los indios nos ha llevado necesariamente bastante más allá de mediados de la década de 1780. Antes de considerar las crisis económicas que comenzaron en 1790, es necesario examinar brevemente de qué modo respondió la economía de Luisiana al decreto sobre el comercio de 1782. La continuación de un comercio directo con Francia fue especialmente benefi-

ciosa para los productores de índigo, que se enfrentaban a una feroz competencia con el índigo guatemalteco en el mercado español. La demanda era buena debido a que los ejércitos alemán, ruso, sueco y francés utilizaban el color azul en sus uniformes y todos ellos estaban creciendo en número. El aumento en las importaciones de esclavos ayudaron a la producción, pero la cantidad de tierra apropiada estaba limitada, de modo que existía un límite superior a la cantidad de índigo que Luisiana podía producir, aunque no fue el alcanzado en 1795.

El índigo permaneció como el producto característico de las plantaciones más grandes debido a que los requisitos para trabajarlo eran altos. Saint Maxent, J. B. McCarty, Maurice Conway, y Bobé Descloseaux están entre los hombres que producían este producto en plantaciones grandes cerca de Nueva Orleans. La producción de índigo obtenía de 400.000 a 600.000 libras por año durante este período, con un precio promedio de aproximadamente un peso por libra.

La otra producción fundamental de la próspera década de 1780 fue el tabaco. La decisión del monopolio español *(estanco)* de comprar tabaco de Luisiana para Nueva España llevó a aumentos constantes en la producción hasta 1785, aunque las cosechas de 1782 y 1784 (cada una comercializada el año siguiente) fueron más pequeñas que aquellos del año inmediatamente precedente. En valores absolutos, se operó un aumento desde las 127.366 libras a las 572.133 libras, esto es, del 449 %. La última cifra constituía un ligero exceso respecto a las necesidades mexicanas, estimadas en 1784 en alrededor de 520.000 libras anuales. La advertencia de no embarcar más de 700.000 libras anuales no era muy conocida, una situación que alentó el exceso de producción.

El verdadero boom en la producción de tabaco comenzó con la cosecha de 1785. El monopolio mexicano anunció que pagaría 10 pesos por quintal y había embarcado más dinero para comprar hojas que las que podía suministrar la cosecha de 1784 (comercializada a principios de 1785). Esto último junto con el anuncio de envíos experimentales a Sevilla (para su uso posible como rape) comenzarían en 1786, alentó a los cultivadores que comenzaron a comprar más tierras y más esclavos. El resultado era de esperar: la cosecha de 1785 duplicó a la del año anterior. El comienzo de las compras destinadas a la fábrica de Sevilla en 1787 empujó la cosecha de ese año a un registro de tres millones de libras. El distrito de Natchez en particular amplió su pro-

ducción de modo espectacular, especialmente en las 16 mayores plantaciones, que poseían, en general, 36 esclavos y producían de 15.000 a 50.000 libras por año. Pero los granjeros pequeños en Natchez, Natchitoches, Attakapas, Opelousas y Baton Rouge también contribuyeron a este boom. Los inmigrantes que traían esclavos de los asentamientos del oeste de los Estados Unidos se sumarían a la producción de Natchez después de 1788.

Menos espectacular, aunque también formó parte del boom de la década de 1780, fue el crecimiento continuado en la exportación de maderas y alimentos básicos como el arroz. Las maderas para la construcción eran principalmente comercializadas en las Indias francesas occidentales, al igual que había sucedido cuando Luisiana era colonia francesa. Pero un nuevo producto, las cajas azúcar para la creciente producción de Cuba, fue la estrella de la industria de productos agrarios. Como se verá reflejado, a principios de 1790 este comercio alcanzó supuestamente un valor de casi medio millón de pesos.

Las exportaciones de alimentos no han sido estudiadas durante el período español. Es posible que la exportación de arroz, así como de guisantes y frijoles para las Indias francesas occidentales se continuaron. Eran utilizadas para alimentar a los esclavos.

El boom de la década de 1780 se vio interrumpido por dos sucesos que acontecieron en 1788. En la primavera, el Misisipí inundó sus bancos desde Santa Genoveva hasta Baton Rouge, causando grandes pérdidas, especialmente en Pointe Coupée. Así, a la 13:30 del Viernes Santo, el 21 de marzo de 1788, las velas en el altar de la capilla privada de Vicente Juan Núñez prendieron fuego a su casa en Nueva Orleans. Un fuerte viento sur esparció rápidamente las llamas de modo que ardieron 856 estructuras, incluyendo la mayoría de los establecimientos comerciales. Solamente algunos hogares privados y un número de edificios del gobierno que se hallaban a lo largo de la ribera fueron salvados. Tal como narrarían Miró y Navarro: «en menos de cinco horas [la ciudad] se había transformado en unos páramos áridos y horribles; el trabajo de setenta años desde su fundación...» había sido destruido [2]. Se colocaron tiendas de campaña para proporcionar un re-

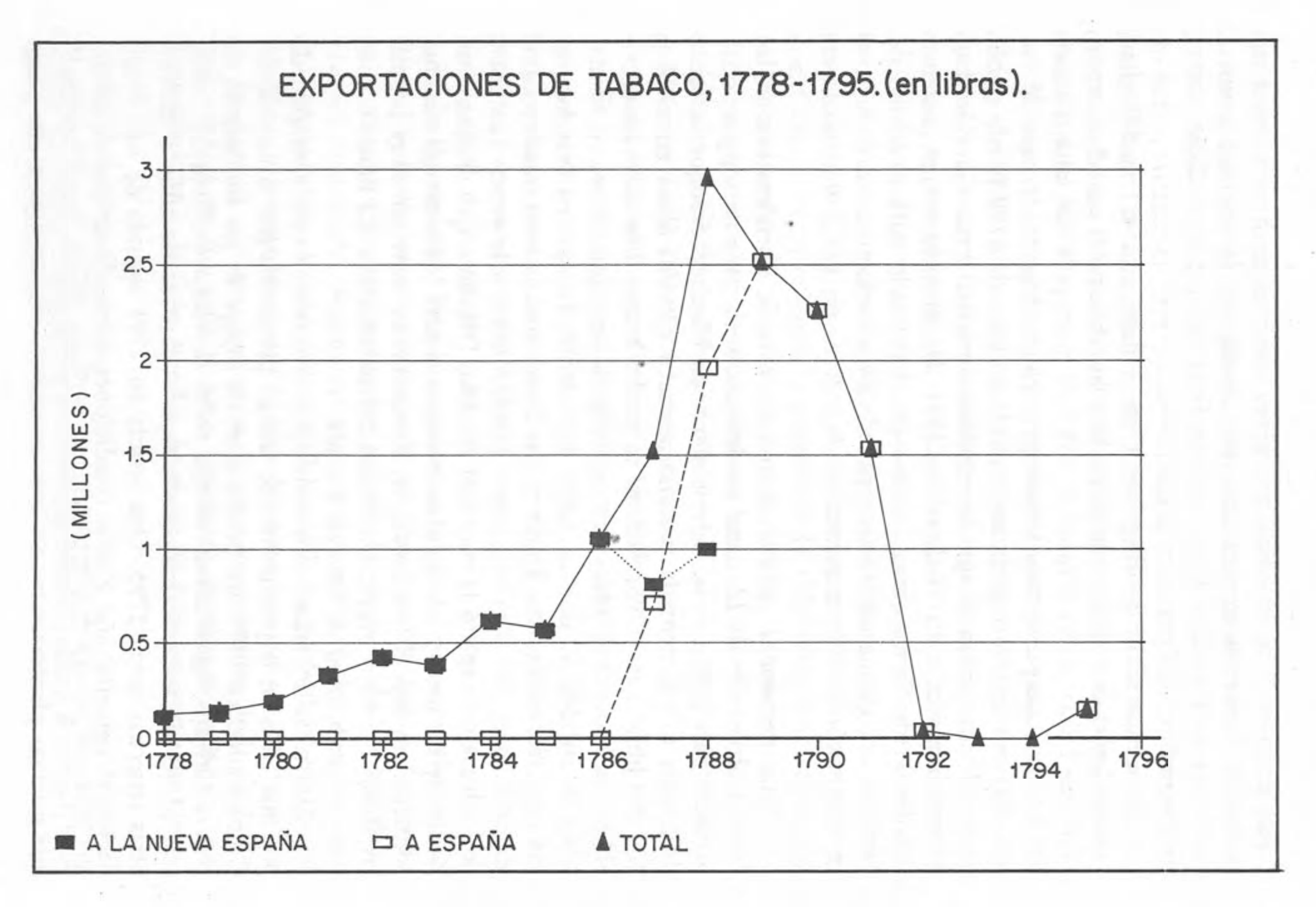
[2] «Repport of Governor Esteban Miró and Intendente Martín Navarro on the Fire Which Destroyed New Orleans, March 21, 1978, en Louisiana Historical Society», *Publications*, VIII (1914-15), p. 60.

fugio temporal y se enviaron peticiones urgentes de harina, otros suministros y obreros cualificados para ayudar en la reconstrucción a Gardoqui en Filadelfia. La estimación final fue que se perdieron cerca de 2,6 millones de pesos en propiedades.

La recuperación del fuego de 1788 se llevó a cabo con dificultad cuando las crisis económicas golpeaban las principales cosechas exportables de Luisiana. En octubre de 1789, el monopolio de tabaco anunció que no compraría más tabaco para Nueva España después de ese año. Esta alucinante noticia fue seguida en julio de 1790 por la publicación de una orden de que las exportaciones de tabaco a Sevilla iban a verse limitadas a 40.000 libras en 1791. De acuerdo con el posterior testimonio de Gayoso, este cambio en el mercado para el tabaco de Luisiana se suponía estaba acompañado de un aflojamiento de las restricciones comerciales impuestas en la colonia en 1782, pero no lo estaban.

Estas decisiones, junto con una carencia de liberalización en las leyes de comercio de Luisiana produjeron unas crisis de proporciones mayores para la industria, especialmente en Natchez. Aunque la cuota de Sevilla fue aumentada posteriormente a 120.000 libras en 1794 y 200.000 libras para 1795, el daño ya estaba hecho. Los cultivadores se vieron obligados a cambiar la producción a otros productos, en su mayoría al algodón y, por un breve periodo de tiempo en Natchez, al índigo. Únicamente los granjeros en Natchitoches continuaron cultivando tabaco. En 1795 ofrecieron 148.823 libras a la venta. Las hojas de Kentucky completó la cuota de ese año. Debido a que el tabaco de Kentucky era una fuente de grandes ingresos para los comerciantes que comerciaban con él (era barato en Kentucky) se convirtió muy pronto en el único tabaco exportado de la Luisiana española. La figura 6.1 sumariza esta historia de ascenso y caída.

Esta crisis del tabaco provocada por el hombre se vio acompañada por una crisis en la producción de índigo provocada por la naturaleza. Comenzando en 1791, los productores de índigo de los alrededores de Nueva Orleans experimentaron una racha de clima desfavorable junto con plagas de insectos que condujeron a muchos de ellos a cultivar otras cosechas hacia 1795. Una sequía en 1791 seguida de una inundación el siguiente año y unas condiciones extraordinariamente húmedas en 1793 y 1794, con otra plaga de insectos, dieron como resultado que muchas plantaciones se viesen arruinadas. Se atribuye a una plaga



EXPORTACIONES DE TABACO, 1778-1795. (en libras).
(MILLONES)
3
2.5
2
1.5
1
0.5
0
1778
1780
1782
1784
1786
1788
1790
1792
1794
1796
A LA NUEVA ESPAÑA
A ESPAÑA
TOTAL

Figura 6.1.

de insectos ocurrida en Natchez en 1795 como causante de la finalización de la producción de índigo que había comenzado allí a principios de la década. Del mismo modo, el comercio en tiempo de guerra en 1793-95 (y posteriormente) cortó el mercado francés tradicional para el que el se producía el índigo. Hacia 1801 la cosecha era inferior a 80.000 libras.

Las crisis del tabaco y el índigo dejó a muchos cultivadores con grandes deudas y ningún modo inmediato para pagarlas. Los comerciantes a quienes se les debía el dinero incrementaron rápidamente sus tasas de interés efectivas pagando menos por otras cosechas. Esta táctica complicó los problemas de los deudores. El comercio derivado de los tiempos de guerra entre 1793 y 1795 complicaron más la situación haciendo difícil la exportación de tales cosechas. Finalmente, en 1795 Carondolet y Gayoso anunciaron suspensión de pagos de la deuda en el distrito de Natchez. Pero para entonces, los antiguos cultivadores de tabaco sentían profundas aversiones hacia el régimen. Lo cual era especialmente cierto en el distrito de Natchez, el sitio más fuertemente golpeado de todas las áreas donde se cultivaba el tabaco, y residencia de gran cantidad de inmigrantes angloamericanos recientes, que se habían trasladado allí para beneficiarse del boom del tabaco.

Nuevas cosechas fundamentales

La doble crisis del índigo y del tabaco forzaron a los cultivadores y a los pequeños granjeros a buscar otro tipo de cosechas, así como a buscar el modo de evitar a sus acreedores. Alrededor de Nueva Orleans, los cultivadores cambiaron la cosecha a plantaciones de azúcar mientras que, en Natchez, Pointe Coupée y en el valle del río Rojo el algodón se convirtió en el nuevo producto básico. Como sucediese con el índigo y el tabaco, los mercados del azúcar y del algodón se encontraban fuera de España y su imperio.

Las primeras producciones de azúcar se hicieron en grandes cantidades de calidad comercial en 1795, aunque ya tenía una larga historia en Luisiana. Los intentos para cultivar el azúcar se habían repetido irregularmente desde la década de 1740, si no antes. Pero la corta estación de cultivo (9 meses como mucho comparados con los 13 a 16 meses en el Caribe), una variedad de caña de maduración lenta, y una

tecnología poco elaborada impidió que se efectuase una producción a escala comercial. Otras cosechas, como el índigo, que requerían menos inversión en equipo, estaban disponibles para una explotación que dejase beneficios. Sólo tras estropearse las explotaciones de índigo por culpa de las condiciones de clima adversas de principios de 1790 el azúcar volvió a constituir una posible cosecha. Asimismo, la revolución haitiana dio como resultado que la cuarta parte de la producción del mundo estaba desapareciendo rápidamente del mercado, abriendo el camino para que los productores con costos básicos más altos pudiesen entrar en un mercado que permaneció fuerte, con precios crecientes, hasta la década de 1810, cuando la producción de azúcar de remolacha comenzó a hacer sombra en el mercado al azúcar de caña. La revolución haitiana provocó también la huída de experimentados maestros de azúcar, haciéndolos asequibles a los agricultores que comenzaban a experimentar con el cultivo del azúcar en Luisiana.

El introductor del azúcar como cosecha comercial, según las crónicas, fue Jean Etienne de Boré. Casado con la hija de un cultivador y acaudalado terrateniente de una plantación de 20 millas (32,2 kilómetros) al sur de Nueva Orleans, se había desanimado con la cosecha de índigo. En contra de las advertencias de sus vecinos y familiares, envió a Brasil a buscar cañas y alquiló un maestro de azúcar experimentado de entre los refugiados de Santo Domingo. Utilizó asimismo sistemas de irrigación y drenaje para mantener la humedad de suelo tan cerca al ideal como pudiese, forzando así a la caña durante períodos secos. Se dice que su producción de azúcar sin refinar en 1795 fue vendida por 12.000 pesos, probablemente una exageración pero, en cualquier caso, indicativa de que tuvo una considerable ganancia. Viendo el éxito de de Boré, otros cultivadores comenzaron a entrar en el negocio, especialmente aquellos cuya producción de índigo se había arruinado. Hacia 1803 había entre 60 y 70 plantaciones de azúcar entre English Turn y Baton Rouge. Como promedio, poseían 27 esclavos y 63 acres cultivados con caña. Su producción total era de cinco a seis millones de libras al año, una simple gota en el mercado internacional pero una parte considerable de las exportaciones totales de Luisiana.

Boré y su cuñado, Jean Noel Destrehan, lideraron la industria durante un tiempo con la importación de nuevas variedades de caña y el uso pionero del bagazo (los restos después de que la caña ha sido aplastada para sacar su contenido de azúcar). En el Caribe, el bagazo

se había estado empleando durante mucho tiempo como combustible para los «trenes» de calderas, pero los primeros productores de Luisiana habían preferido la madera, entonces abundante. Destrehan reintrodujo el bagazo como combustible. Ambos cuñados hicieron un descubrimiento más importante, y era que el bagazo podía utilizarse como cubierta para los cortes en la caña, y ser dejado en el campo toda la noche sin peligro de congelarse por las heladas (que destruyen el contenido de azúcar). Esta invención permitía realizar cosechas tardías y protegerlas contra la frecuente e impredecible llegada de hielos durante noviembre y diciembre.

Largo tiempo producido en pequeñas cantidades para usos principalmente domésticos, el algodón se convirtió rápidamente en una cosecha importante una vez que las ventas de tabaco y de índigo se vieron arruinadas. El desarrollo de Eli Whitney de una máquina automática para limpiar el algodón, en 1794, facilitó esta revolución terminando con el principal cuello de botella de trabajo intensivo entre campo y fábrica. Las condiciones comerciales surgidas en octubre de 1793, a raíz de la guerra entre España y Francia facilitó más el cultivo de algodón, abriendo Luisiana a los mercados ingleses y norteamericanos para colocar la fibra. Hacia 1796, Natchez producía unas 750.000 libras, mientras que, para el resto de Luisiana, no se dispone de cifras.

Un último, y relativamente menos importante, causante de la prosperidad de los últimos años de la década de 1780 fue la apertura del río Misisipí al comercio con los asentamientos occidentales de los Estados Unidos. Las intrigas de James Wilkinson con el gobernador Miró, de lo que se hablará en el siguiente capítulo, dio como resultado este comercio, con un 6 % a un 15 % de impuestos, tasa que era fijada según la discreción del gobernador y de acuerdo con los cálculos políticos. El historiador Arthur P. Whitaker compiló un serie de datos que mostraban que el comercio americano en Nueva Orleans comenzó en 1790, cuando unas 18 barcazas llegaron con tabaco, carne salada, y 319 barriles de harina. Las importaciones totales de harina procedentes de los asentamientos americanos occidentales aumentaron constantemente, 846 barriles en 1792 y 5.400 en 1794. En ese año, 46 barcazas descendieron a Nueva Orleans. Pero el volumen de tráfico fue realmente mayor, ya que muchas de ellas finalizaban sus viajes en Natchez y otras llevaban contrabando antes de alcanzar Nueva Orleans. Los informes

publicados en Natchez hacia 1788-1790 indican que muchas barcazas llegaban allí con inmigrantes, pero otras, quizás una cuarta parte del total, llevaban solamente productos para la venta. Whitaker resumía la situación diciendo que en 1795 el comercio en el bajo Misisipí era solamente una sombra del que se desarrollaría después de esa fecha, especialmente después de 1803.

El decreto comercial de 1793

Cuando la Junta Suprema del Estado efectuaba sus deliberaciones en 1789 y 1790 acerca del futuro del comercio de Luisiana, no supo anticipar ni las crisis de los productos básicos que caerían sobre la colonia en 1793, justamente cuando acababa la duración del decreto de 1782, ni que España estaría en guerra con Francia. El comienzo de la guerra transformó completamente las situaciones económicas de España y Luisiana, forzando a la Junta Suprema a pedir a Carlos IV que emitiese un decreto (julio de 1793) por el que Luisiana autorizaba a comerciar con todas las naciones amigas y aliadas con quienes España tuviese tratados comerciales, sujetas a unos impuestos del 15 % para la importación y del 6 % para la exportación. Para retener al menos la cáscara de las viejas reglas mercantilistas, los barcos que efectuaban tales viajes debían detenerse en Corcubión, Galicia (o Alicante en el Mediterráneo) en cada vuelta de la jornada. Como antes, los productos españoles podían ser llevados a Luisiana libres de cualquier impuesto de exportación. Las exportaciones de Luisiana que pasaban a través de puertos peninsulares debían pagar un 3 % de impuestos si eran reexportados. No se permitía ninguna clase de comercio entre Nueva Orleans, Mobile y Pensacola y cualquiera de las otras colonias españolas, siendo La Habana mencionada específicamente como puerto prohibido.

El cabildo de Nueva Orleans se quejó de inmediato. No solamente constituía la parada obligada en Corcubión una posible causa para la muerte del comercio de la colonia, el comercio de maderas con las Indias occidentales constituía una parte esencial de las exportaciones de la colonia. El cabildo estimaba que 3.000 hombres estaban empleados en la tala de maderas y las cajas de azúcar. Treinta barcos transportaban estos productos, que ganaron para la colonia unos 560.000

pesos (probablemente una exageración) y ayudaba a compensar el coste de sus importaciones, especialmente de las Indias francesas occidentales. Haciendo frente a esta protesta, la corona emitió un nuevo decreto anulando la exigencia de hacer escala en Corcubión. Carondolet permitió que el comercio con La Habana continuase.

El decreto de 1793, aunque era fruto de los tiempos de guerra, también contenía un ligero compromiso entre aquellos intereses como el de los consulados que deseaban forzar la entrada de Luisiana en el sistema español o destruir su comercio y sus opiniones, como las de Martín Navarro y Diego de Gardoqui, de que la colonia (quizás todas las colonias) debían poseer completa libertad para comerciar con quienquiera que comprase sus productos. Los intereses del consulado dieron fin al comercio intercolonial, la puerta a través de la cual aseguraban que un volumen grande de productos ingleses y franceses habían pasado de contrabando. Al mismo tiempo, obtuvieron un impuesto que penalizaba el consumo de los productos no españoles. Por otra parte, la colonia tenía libertad para buscar mercados donde pudiese, a cambio de un pago de impuestos.

El mercado que los comerciantes y cultivadores de Luisiana buscaron en el exterior fue el de los Estados Unidos, una nación con la que España no tenía un tratado comercial. No obstante, el gobernador Carondolet permitió que la harina y otros productos de Kentucky entrasen en Luisiana si se pagaba un impuesto del 6 %. En Nueva Orleans, se toleró la llegada de barcos con la bandera española, pero tenían claramente que tener sus puertos de origen en los Estados Unidos. De igual modo, los barcos estaban autorizados a trabajar para España o Gran Bretaña cuando todo el mundo sabía que tenían como destino Philadelphia, Charleston o Nueva York. Las cifras del historiador español Jesús Lorente Miguel sobre el comercio de Nueva Orleans indica lo ocurrido (tabla 6.1). Los Estados Unidos, por largo tiempo fuente de harina y de otros productos suministrados a través de las Indias francesas occidentales, aunque aparentemente no era el socio comercial mayor de la colonia (Francia lo fue), comenzó la toma completa del comercio de Luisiana. Aunque la política comercial de España respecto a Luisiana iba a cambiar varias veces antes de la cesión, Francia fue incapaz de cambiar esta realidad, como se hace patente por las cifras registradas.

Tabla 6.1 Comercio registrado en Luisiana con los Estados Unidos
1783-1795
(cifras en reales)

Año	Exportaciones a			Importaciones desde		
	Valor	%	Barcos	Valor	%	Barcos
1783	4.083	<1 %	1	56.133	<?	2
1784				47.809	<?	2
1785						
1786						
1787						
1788				310.900	<?	9
1789	4.800	<1 %	1	23.000	<?	2
1790	25.535	<?	1	65.716	<?	1
1791						
1792	667	<1 %	1	159.550	<?	2
1793	1.059.933	37 %	30	1.676.834	31 %	21
1794	1.732.583	67 %	26	1.334.409	78 %	24
1795	1.495.782	63 %	29	4.183.479	77 %	40

Fuente: J. Lorente Miguel, «Commercial Relations Between New Orleans and the United States, 1783-1803», en J. Barbier y A. Kuethe (eds.), *The North American Role in The Spanish Imperial Economy, 1760-1819*, Dover, 1984, pp. 180-186.

Sumario: el fracaso de la integración económica

Para resumir, los ministros de Carlos III esperaban en 1782 que, si se obligaba a la mayor parte del comercio de Luisiana a ser transportado por barcos españoles o coloniales, se otorgaba ligeras ventajas de precios para los productos españoles, y se trabajaba para desarrollar la producción española de aquellos productos necesitados en la colonia para el comercio con los indios y los colonos, sería posible evitar que la colonia cayese otra vez en manos del comercio británico y, durante un periodo de diez años, integrar a Luisiana y a la Florida occidental en una economía imperial más grande y reformada. Superficialmente, al menos, lograron el primer objetivo, al precio de permitir el comercio con Francia y sus colonias de las Indias occidentales. Pero no pudieron lograr el segundo. Una falta de oportuna atención al problema de la producción de productos adecuados para el mercado de Lui-

siana, la falta de mercados para la mayor parte de los productos de la colonia en España y su imperio, así como el fracaso a la hora de intentar introducir la producción de bienes que hubieran encontrado allí un mercado (excepto para el cáñamo y el tabaco), la preferencia por los beneficios en lugar de un cambio a largo plazo de la economía a partir de 1785 y, finalmente, la guerra, arruinaron los planes de 1782. Para 1795, Luisiana fue rápidamente cayendo en la esfera económica de los Estados Unidos. La historia de la reforma comercial en Luisiana se hace así paralela a la de otras colonias periféricas españolas, notablemente Venezuela y el Río de La Plata.

La expansión de la población de Luisiana

Si bien la integración de Luisiana en la economía imperial española fue el problema político más importante de la posguerra, la siguiente dificultad consistía en cómo hacer que aumentara la población de la colonia, de modo que ésta tuviera una economía en expansión y, al mismo tiempo, contase con suficientes recursos humanos como para hacer frente a un eventual desafío por parte americana en lo que respecta al control español del valle de Misisipí. Al igual que ocurría con las manufacturas, el problema crítico residía en que España no podía, o mejor dicho, no quería, suministrar los elementos necesarios para llevar a cabo dicha tarea (en este caso, pobladores). Nueva España, cuya población también había crecido, tampoco podía hacer frente a este reto. De esta forma, los funcionarios coloniales tuvieron que buscar colonos donde podían, primero en Francia y más tarde, entre los vecinos anglófonos de la colonia que vivían en los Estados Unidos.

La incapacidad de España para suministrar pobladores no era fruto de la falta de personas que necesitasen nuevas oportunidades. Tanto en Galicia y en otras áreas del norte del país, que estaban muy limitadas en cuanto a superficie cultivable disponible, como en Andalucía y las islas Canarias, donde las grandes propiedades dedicadas a la agricultura comercial dominaban las aldeas rurales de temporeros, había un claro excedente de población en relación con las oportunidades económicas existentes. Pero, puesto que la agricultura española estaba experimentando una caída en los precios tras casi tres cuartos de siglo de aumentos sostenidos, los terratenientes españoles deseaban conser-

var tantos jornaleros como les fuera posible, con el propósito de mantener los salarios bajos. Así, los propietarios andaluces habían desbaratado el plan de Manuel de Olavide que pretendía el traslado de jornaleros subempleados a las tierras sin trabajar. Asimismo, cabe destacar que los terratenientes canarios protestaron vivamente contra los reclutamientos de 1777-1779, puesto que pretendían conservar tantos jornaleros como pudieran con el ya citado propósito de mantener los salarios muy bajos.

En Nueva España se daban una serie de condiciones similares a las de la Madre Patria, aunque allí el crecimiento de la población se producía entre los nativos americanos, la mayor parte de los cuales no deseaba abandonar sus aldeas y cuya «hispanización» era, en muchos casos, muy superficial. No obstante, algunos mexicanos se dirigieron a Luisiana en calidad de soldados, e incluso, algunos se radicaron allí, pero, en términos generales, Nueva España no aportó un número importante de inmigrantes.

Teniendo en su contra la oposición de los propietarios, los paupérrimos trabajadores del campo tanto en España como en Nueva España, carecían de los recursos necesarios para emigrar, y mucho menos para comprar las herramientas y, eventualmente, los esclavos que les permitirían prosperar en Luisiana. En el mundo hispánico no existía la costumbre de redactar escrituras, ni tampoco había comerciantes dispuestos a proporcionar los pasajes a cambio de alguna otra clase de beneficio económico. Asimismo, en lo que respecta a Luisiana, los fondos destinados a los colonos fueron empleados totalmente para financiar a los canarios y, en 1783, al último grupo de acadianos.

Consciente de la situación que se daba tanto en España como en sus colonias, los ministros y funcionarios de Carlos III en La Habana y Nueva Orleans nunca contemplaron seriamente la posibilidad de reunir una gran cantidad de inmigrantes hispanohablantes. En lugar de eso, la atención se centró en reclutar colonos procedentes de otras partes de Europa y en elaborar leyes que permitiesen quedarse a los pobladores anglófonos que ya estaban instalados en la colonia, así como dar cabida a otros procedentes de los Estados Unidos.

El primer conjunto de colonos destinado a Luisiana fue un grupo de acadianos que habían sido repatriados a Francia en la década de 1760, pero que una vez allí, comprobaron que no se encontraban mucho mejor que sus familiares en el clima social hostil de la Norteamé-

rica británica. El interés que mostraban los acadianos para unirse a sus camaradas en Luisiana, atrajo la atención del conde de Aranda, por entonces, embajador de España en Francia. Cuando progresaron las conversaciones de paz de 1782-83, el conde propuso que el gobierno español proporcionase fondos financieros para sufragar los gastos de la emigración de los acadianos a Luisiana. Henry Peyroux estuvo a cargo del traslado. En julio de 1785, llegaban a Nueva Orleans las primeras 1.600 personas. El intendente Navarro les dio la bienvenida y les proporcionó hospedajes temporales y hospitales separados para hombres y mujeres a lo largo del Misisipí, desde Nueva Orleans hasta el moderno Algiers. Mientras que la mayor parte de los acadianos de cada uno de los siete barcos que formaban la primera expedición permanecieron en Algiers, se dio permiso para que algunos representantes de cada grupo visitara otros lugares para construir nuevos asentamientos y se hicieron esfuerzos para reunir a los que eran parientes. A consecuencia de todo ello, los acadianos se hallaban conformes con los lugares en los que fueron ubicados, al tiempo que experimentaban simpatía por el régimen. Como comenta el historiador Carl Brasseaux, el intendente Navarro, habiendo visto el problema que había provocado la política de Ulloa, no cayó en el mismo error de forzar a los acadianos a establecerse donde no lo deseaban. La mayor parte se instaló en las tierras bajas de Bayou Lafourche, en donde permanecieron aislados de la cultura criolla francesa del resto de la baja Luisiana, pero también hubo otros que ocuparon tierras en Manchac, Baton Rouge y en la ensenada de Thompson (en las Felicianas), cerca de otros grupos de acadianos ya instalados allí. Con la ayuda de éstos y de los fondos previstos para la inmigración, este grupo de acadianos se adaptó rápidamente a las circunstancias de su nueva vida.

Si bien los acadianos supusieron una importante contribución al poblamiento de Luisiana y, debido a la alta tasa de natalidad, pronto se convirtió en una población en franca expansión, su tendencia al aislamiento y al autoabastecimiento, no contribuyó de forma significativa a los propósitos españoles. No obstante, no puede decirse lo mismo en lo que respecta a otro grupo que se integró en la sociedad española de Luisiana en los años inmediatamente posteriores a la posguerra. Se trata de los anglófonos del distrito de Natchez.

La anexión de la Florida occidental británica de acuerdo con los términos del tratado de París del 20 de enero de 1783, atrajo a Luisiana

a gran número de angloparlantes no católicos. El tratado establecía que los residentes en el territorio tenían un plazo de 18 meses para jurar lealtad a la corona española, o bien, vender su propiedad y marcharse. La ley española sólo reconoció los juramentos efectuados por los católicos, lo cual complicó la residencia de la mayor parte de los ingleses que profesaban la fe anglicana en la Florida occidental. Algunos se marcharon, pero los más pobres carecían de medios y la mayoría de los más ricos no tenían intención de abandonar sus plantaciones. Un censo realizado en el distrito en agosto de 1785 contabilizó, aproximadamente, un número de 1.100 blancos y 900 esclavos africanos distribuidos en tres centros de población. La producción alcanzaba un valor que oscilaba entre los 150.000 y los 200.000 pesos de la época y estaba constituida por productos tales como el tabaco, el algodón, el maíz, los vegetales, el ganado y maderas de diferentes clases. Además de la población fija, había un número desconocido de vagabundos que también vivían en el distrito.

Cuando expiraron los dieciocho meses contemplados en el tratado para la partida de aquellos que no juraran fidelidad a la corona, el gobernador Miró se encontró con un importante número de reclamaciones de tierras y, al mismo tiempo, con que muchos ingleses –en su mayor parte, no católicos– continuaban residiendo en Florida occidental, especialmente en el rico distrito tabacalero de Natchez. Para hacer frente a esta situación, Miró propuso concederles la autorización para quedarse si juraban lealtad y, al mismo tiempo, que los niños fueran bautizados y educados en la fe católica romana. Para cumplir esta tarea, se invitaría a un cierto número de sacerdotes irlandeses.

La propuesta de Miró fue aceptada. Un decreto del 14 de marzo de 1786 permitió que permanecieran los súdbitos británicos si accedían a jurar lealtad y acordaban bautizar y educar a sus hijos en la fe católica y romana. De acuerdo con lo previsto, se enviaron cuatro sacerdotes al territorio, de los cuales, dos se instalaron en Natchez y dos en otras áreas. De esta manera –y en un solo movimiento– se añadieron aproximadamente 3.500 personas (de acuerdo con las estimaciones de 1788) a la población permanente de Luisiana y se resolvió una cuestión espinosa.

Asimismo, esta nueva política proporcionó a Miró un sistema para dar cabida a los ingleses que, aunque en número reducido, continuaban entrando en la provincia y una herramienta útil para reunir grupos

de pobladores del área situada más allá de los Apalaches, que era reclamada por los Estados Unidos. En lo que respecta a estos pobladores, la tolerancia religiosa aumentó considerablemente, ya que el reducido número de sacerdotes irlandeses supuso, prácticamente, la inexistencia de instrucción religiosa o de controles en este sentido.

En 1786 comenzaron a llegar propuestas al gobernador Miró para la inmigración de grupos de pobladores en el marco de las nuevas leyes. La primera de todas ellas fue realizada por Pedro Wouves d'Argés, un francés que había vivido en Kentucky durante algún tiempo. Éste sugirió la admisión de 1.582 familias alemanas, entonces residentes en Kentucky, a condición de la existencia de libertad religiosa y la concesión de tierras. Miró aceptó estos términos, no sin antes sugerir que dicha propuesta sería acogida de manera más favorable si los alemanes estuviesen de acuerdo en que sus hijos fuesen educados en la fe católica según un plan similar al que Miró había elaborado para los ingleses en la Florida occidental. Esto es lo que d'Argés propuso cuando volvió a París, con una limitación por la cual se permitía el acceso a los puestos de trabajo del gobierno en el nuevo asentamiento sólo a los católicos. Al embajador español en París le agradó la idea y envió a d'Argés a Madrid. Un decreto del 23 de agosto de 1787 permitió a d'Argés proseguir con su plan de inmigración propuesto bajo términos adecuadamente ambiguos acerca de la tolerancia religiosa. El decreto también autorizaba al gobernador de Luisiana a permitir a los ciudadanos de los Estados Unidos inmigrar a la colonia para traer productos y esclavos con ellos, mientras pagasen un 25 % de impuestos respecto a su valor (la importancia de este decreto para la diplomacia de España será señalada en el siguiente capítulo).

D'Argés se tomó su tiempo para regresar a Nueva York en su camino a Kentucky para traer a los inmigrantes que había prometido. Mientras en Nueva York, tuvo un enfrentamiento con Diego de Gardoqui, *Chargé d'Affaires* español en los Estados Unidos, y se convirtió en un rival de Miró respecto a la formulación de la política española sobre los asentamientos de los americanos en el oeste. Gardoqui puso obstáculos en el camino del aventurero francés. De este modo se fue a Nueva Orleans, pero encontró que Miró ya no estaba interesado en él, en su lugar, estaba elaborando un plan mucho más amplio para relacionarse con los colonos del oeste. El coronel James Wilkinson, de Kentucky, había aparecido en escena, ofreciéndose para organizar los

asentamientos occidentales (o al menos en Kentucky), abandonar la confederación y proclamarse nación independiente. De haberse llevado a cabo, España habría asegurado la frontera noreste de Luisiana contra los Estados Unidos sin las dificultades añadidas de tener que asimilar nuevos inmigrantes, no católicos, a menos que los asentamientos occidentales se convirtiesen en parte de Luisiana en vez de permanecer independientes bajo protección española.

Mientras la intriga de Wilkinson se iba desplegando, otros promotores continuaban haciendo propuestas para traer grupos a Luisiana. Para no quedarse en posición inferior por la posición de Miró, Gardoqui trajo su propio plan y su propio proyectista (1787). El coronel George Morgan le había sugerido una serie de planes para sacar ventaja del descontento occidental en atraer pobladores al Missouri español, en donde a Morgan se le daría una gran extensión de tierra para subdividir y vender. Gardoqui aprobó este plan, que incluía concesiones del propio gobierno, exenciones de ciertos impuestos imperiales y tolerancia religiosa. Morgan realizó entonces su viaje a través de Pennsylvania y bajando el curso del río Ohio informando a cada colono que encontró acerca de las ventajas que disfrutarían en su nuevo asentamiento. Ayudado por Henri Peyroux, comandante en Santa Genoveva, seleccionó la tierra alta de L'Anse à la Graise y comenzó a construir la ciudad de Nuevo Madrid (marzo de 1788).

Cuando Morgan volvió a Nueva Orleans para buscar la aprobación del gobernador Miró respecto a su plan, encontró la reacción opuesta. Miró se opuso a los privilegios que Gardoqui había otorgado, que hubiesen significado, dijo, permitir a Morgan la fundación de una república independiente dentro de los límites de la Luisiana española. Para evitar esto, ordenó a Peyroux establecer una presencia militar de seis hombres. Miró siguió esta orden enviando al teniente Pierre Foucher y a 34 soldados a construir el fuerte Celeste. De este modo se estableció la autoridad española sobre esta pieza clave situadas en tierras altas, a sólo una docena de leguas al sur de la desembocadura del río Ohio.

No obstante otros planes para la inmigración se habían avanzado en 1787, sin que ninguno de ellos diese un fruto significativo. Miró aprobó una propuesta de Bryn Browin o Bruin of Virginia para traer una docena de prósperas familias irlandesas de Virginia a Baton Rouge, con solamente un 6 % de impuestos en las existencias y suministros

que trajeran con ellas. Miró también aprobó un plan elaborado por Augustín Macarty para traer 1.000 irlandeses descontentos desde los Estados Unidos a Luisiana, con un gobierno español que les ofrecían tierras, herramientas, raciones para un año, etc., como se había hecho con los acadianos.

Asimismo, Gardoqui aprobó un plan elaborado por William Fitzgerald para traer 30 familias de Nueva York a Luisiana pagando 1.000 pesos por cada una. William Buttler propuso un plan similar que involucraba a 46 familias. Posteriormente manifestaría que podría traer 154 si se concediese la exención total de impuestos sobre sus posesiones. Todos estos planes terminaron en nada.

Tan conocido era el interés especial de los españoles por conseguir colonos para Luisiana que, en enero de 1790, el cónsul español en Burdeos fue abordado por el Barón Horst, antiguo ministro de asuntos exteriores de Prusia, que se hallaba a las órdenes de un partido carente de denominación de la ciudad de Koenigsberg, el cual había oído que la corte española estaba buscando colonos para la región de Ohio, proponiendo enviar a 500 familias de siervos polacos como avanzadilla para, más tarde, enviar a 10.000 familias. Carlos IV rechazó la propuesta sin averiguar nada más al respecto.

Gardoqui envió realmente a 130 personas, la mayoría agentes inmobiliarios bien cualificados, desde Nueva York y Philadelphia a cargo del gobierno en 1788-89, como parte de una respuesta a la petición de ayuda realizada por Miró después del incendio de Nueva Orleans de 1788. Pero esto último junto al asentamiento de Morgan en Nuevo Madrid fueron los únicos resultados significativos de todos estos planes.

La inmigración continuaba siendo el trabajo de las familias y los hombres solteros, tal como atestiguan los informes publicados de Natchez. Comenzando con la ocasional barcaza de inmigrantes que llegó a Natchez en 1788, hacia la primavera de 1790 las llegadas de familias, hombres solteros y esclavos constituían sucesos semanales. Traídos por el boom del tabaco, estos recién llegados consolidaron aún más el carácter angloamericano del Distrito de Natchez.

Los resultados de toda esta serie de esfuerzos y políticas diferentes que pretendían aumentar la población de Luisiana fueron menores de lo que se podía haber esperado, aunque fueron espectaculares en términos porcentuales. De una población de aproximadamente 18.000

habitantes en 1777, la colonia total aumentó a un poco más de 32.000 en 1784, de los cuales al menos 7.000 pueden ser contados como procedentes de la migración acadiana y por la incorporación del distrito de Natchez. Los 7.000 nuevos residentes restantes eran esclavos, inmigrantes que habían llegado en grupos familiares y el aumento natural de algunos distritos (costa alemana, áreas acadianas) donde unas tasas de sexo normales permitían a la población reemplazarse y hasta crecer. Para 1788, la población había aumentado a 42.600. Creció en 5.000 habitantes más aproximadamente en los años 1788-1795, hasta un total de quizás 48.000, un aumento del 233 % respecto al valor de 1777.

En el Missouri español el crecimiento de la población fue igualmente espectacular en términos relativos –se duplicó– pero escaso en valores absolutos. En 1772, la población era de unas 1.300 personas, de los cuales aproximadamente un tercio eran de descendencia Africana. Hacia 1794-95, las áreas de colonos habían crecido de dos a seis, con una población total de 2.665, de los cuales 1.999 eran europeos y el balance era: personas libres de color (N=63) y esclavos africanos (N=774).

Significativos en la medida en que el aumento de las poblaciones de las dos Luisianas eran en términos absolutos y relativos, se oscurecen al compararlas con lo que estaba ocurriendo en los asentamientos del oeste de los Estados Unidos. Se ha estimado que, en 1785, Kentucky tenía una población escasamente menor de 30.000 habitantes procedentes del extranjero; los asentamientos a lo largo del río Holston en Tennessee oriental tenían cerca de 10.000, y los asentamientos de Cumberland en Tennessee central tenían cerca de 4.000 personas. Cinco años después (1790), Kentucky tenía una población de 73.677 habitantes. Tennessee registró 25.691. Estos americanos en los territorios occidentales eran familias que vivían de modo precario, con numerosos niños.

La inmigración fue continuando también, con tierras baratas y mínimo control del gobierno actuando como imanes. Carondolet sólo exageró ligeramente cuando aseguró (1794) que los asentamientos occidentales estaban creciendo a razón de ¡10.000 personas al mes! El siguiente año, la población de Tennessee fue de 77.262, el triple de la que poseía en 1790.

Completamente al margen de cualquier otro factor, se estaba operando una gran fuerza demográfica en la Luisiana española. Pero tal

como habían reconocido los ministros de España y otros observadores durante la década de 1770, su crecimiento y la época de su llegada a las puertas de la colonia podía haber sido afectada por la diplomacia, la política de España en el valle de Misisipí y, si era necesario, por el uso de medios militares a lo largo de la frontera oriental de la colonia.

Capítulo VII

TRANSGRESIÓN Y REGRESIÓN DE LA MAREA DEL IMPERIO EN EL VALLE DEL MISISIPÍ, 1783-1795

El rechazo español en el transcurso de las negociaciones diplomáticas de los años de guerra a reconocer las reclamaciones de los Estados Unidos sobre los territorios situados al oeste de los Apalaches, así como la libre navegación del río Misisipí, constituyeron los elementos que perfilaron las líneas maestras de su política hasta 1795. En esencia, España estaba decidida a impedir la expansión de los americanos en dirección al oeste, controlando ambas orillas del río Misisipí, desde la desembocadura del río Ohio por el sur, ayudando, al mismo tiempo, a las naciones indias del sudeste en su resistencia a la ocupación por parte de los Estados Unidos de sus respectivos territorios. En el interior del territorio americano todos, desde John Jay y Thomas Jefferson hasta el último de los habitantes de la frontera, estaban decididos a forzar la aceptación española de los términos del tratado angloamericano de 1782, que otorgaba a los Estados Unidos el control de toda la ribera oriental del río hasta los 31 grados de latitud norte, al tiempo que le proporcionaba derechos de navegación por el Misisipí al sur de dicha latitud. En esta lucha, España disfrutó de muchas ventajas a corto plazo y algunos personajes –tales como Miró, Carondolet y otros– supieron utilizarlas con cierto éxito. Pero al mismo tiempo, los funcionarios españoles parecían haber comprendido la audacia que implicaba este intento de hacer en un período de paz lo que no se había logrado durante la guerra o mediante los tratados de paz.

La historia se desarrolló en tres fases diferentes. Desde 1783 hasta setiembre de 1787, España aspiraba a conseguir una negociación diplomática con los Estados Unidos, que a su vez, estaban empeñados en lograr que sus reclamaciones fuesen atendidas. Al mismo tiempo, cier-

tos líderes de los asentamientos que estaban emplazados al otro lado de los Apalaches intentaron hacer uso de la ordenanza territorial de 1784, así como de diferentes cesiones a los Estados Unidos por parte de los estados costeros de las tierras situadas al oeste, para plantear la necesidad de crear gobiernos independientes de aquellos estados costeros en cuyos territorios vivían anteriormente. Una de las herramientas empleadas en esta tarea fueron las propuestas elevadas a los funcionarios españoles en Luisiana, si bien no tuvieron grandes repercusiones, ya que los funcionarios de Madrid aún esperaban conseguir, mediante la vía diplomática, el logro de un acuerdo para conservar el territorio en términos favorables para España. Por su parte, Georgia, que no cedió tierras a los Estados Unidos, intentó alcanzar el éxito en sus reclamaciones territoriales a lo largo del Misisipí mediante la creación de un condado, al tiempo que vendía grandes porciones de terreno tanto a compañías como a particulares que especulaban con tierras. Los funcionarios españoles en Luisiana respondieron de diversas maneras a estos movimientos en los territorios occidentales y a las quejas sobre las incursiones de los indios creek y otros aborígenes en la frontera americana, apoyados por los comerciantes que operaban en la Florida occidental. En términos generales, la confrontación no llegó a mayores, tanto en Nueva York –en donde se desarrollaba el trabajo diplomático– como a lo largo de la frontera hasta el otoño de 1786, momento en que los que ocupaban los territorios occidentales comenzaron a amenazar con invadir Luisiana si se confirmaban los rumores que hablaban de la disposición federal a aceptar la clausura del Misisipí por un período de algunos años. Al no poder enfrentarse militarmente a dicha amenaza, España comenzó a efectuar una retirada táctica. La segunda fase de esta historia comenzó con la decisión, tomada en setiembre de 1787, de intentar cultivar y revertir el descontento de los que vivían en la parte occidental de manera que resultara favorable a los propósitos españoles, mediante una serie de promesas sobre concesiones acerca de la cuestión del comercio a lo largo del Misisipí y permitiendo la inmigración en condiciones muy favorables. La esperanza que albergaban era que, ante la posibilidad de que los habitantes occidentales pudiesen abandonar la confederación americana, el gobierno de los Estados Unidos se viera abocado a firmar un tratado cuyos términos resultasen menos negativos para los americanos que los propuestos en 1784, favoreciendo, al mismo tiempo, los objetivos a corto

plazo de España. Esta estrategia de moderación y concesión se vio reforzada por el estallido de la Revolución Francesa, que quebró el Pacto de Familia, así como por el problema del estrecho de Nootka de 1789-1790. En esto último, España se vio privada del apoyo francés y enfrentada a Gran Bretaña y a los Estados Unidos, cuyo gobierno se había reorganizado, trabajando en el marco de la Constitución Federal ratificada en 1789. En lo que respecta al valle del Misisipí, tanto la actividad de las compañías de compraventa de tierras, como el fracaso de las conversaciones en Madrid y el nombramiento del barón Carondelet para ocupar el cargo de gobernador (1791), constituyeron factores que actuaron de forma conjunta para consolidar una política nueva y más agresiva mediante la cual, España comenzó a organizar a los indios del sur para una defensa más activa de sus tierras y a enviar soldados con el propósito de ocupar los altos estratégicos situados a ambos lados del curso medio del Misisipí. La fase final de estos acontecimientos se desarrolló entre 1793 y 1795. Las negociaciones diplomáticas en Madrid se reanudaron y culminaron con la retirada de España, que realizó una serie de concesiones a los Estados Unidos en el Tratado de Pinckney (Tratado de San Lorenzo), que se firmó el 27 de octubre de 1795. En el valle del Misisipí, la agresiva política de Carondolet logró consolidar una confederación compuesta de los pueblos indígenas, al tiempo que se construyeron nuevos fuertes. Aunque eran perseguidos, hubo contactos con pobladores de la región occidental, tales como James Wilkinson, que, al proporcionar información confidencial, resultaron muy importantes. La admisión de Kentucky como estado de la Unión en 1793, puso de manifiesto la inutilidad de esperar a que los habitantes de los territorios occidentales pudieran convertirse, mediante coacción, en leales o incluso en súdbitos de la Luisiana española. Mientras tanto, la Luisiana española estaba preparándose para una confrontación armada con los territorios occidentales alentados por los angloamericanos. Estos preparativos, en marcha desde 1790, se vieron reforzados con carácter de urgencia debido a las actividades que desempeñó el ciudadano Genêt, representante del gobierno revolucionario de Francia en los Estados Unidos, así como por la intranquilidad que se extendió entre los habitantes franceses y africanos de ciertas partes de la baja Luisiana, debido a la intención declarada de Francia de intentar recuperar el imperio Americano que había perdido en 1763. No obstante, la firma del tratado de Pinckney hizo que esta frontera

defensiva se desvaneciese en el aire. No resulta nada sorprendente que algunos funcionarios de Luisiana se resistiesen a abandonar lo que habían conseguido de forma tan ardua, hasta que Madrid se lo ordenó tajantemente. Pero esto constituye un tema que pertenece al siguiente capítulo.

Primera fase, 1783-1787

Para comprender los complejos eventos que constituyen el tema de este capítulo, resulta fundamental la comprensión del problema de las tierras occidentales que eran reclamadas por algunas de las trece colonias británicas. Los derechos y títulos coloniales no sólo otorgaron áreas costeras, sino también tierras situadas al oeste que, en la mayor parte de los casos, llegaban incluso hasta el Océano Pacífico. Los territorios que señalaban algunas concesiones se superponían. Esto ocurría especialmente con las que se otorgaban en las colonias de Nueva York y Nueva Inglaterra. Por su parte, las colonias sureñas reclamaron grandes extensiones de tierra, mientras que las colonias del centro y el norte tuvieron una actitud más comedida. Asimismo –en lo que respecta a los territorios occidentales– el norte y el sur exhibieron un comportamiento distinto. En general, los sureños favorecieron los asentamientos sin restricciones al oeste de los Apalaches, ya que su sistema de agricultura destruyó la fertilidad de los suelos y debido a que tenían una larga tradición en la especulación de tierras. (Hay que recordar que las actividades de la compañía de tierras de Virginia al oeste del río Ohio en la década de 1750, había sido una de las causas de la Guerra de los Siete Años, 1756-1763). Los habitantes del norte, al tiempo que no eran ajenos a la especulación, tendían a preferir asentamientos de carácter más estable y hacia la década de 1780, temían perder la fuente de trabajo que podía suponer el libre acceso a las tierras del oeste.

Estas ideas de carácter heterogéneo acerca de las tierras occidentales –así como las diferencias de extensión superficial de las mismas– incluían, al mismo tiempo, la cuestión de quién habría de beneficiarse de ellas. Durante la guerra de la revolución americana la mayor parte de los estados representados en el Congreso Continental acordaron que las tierras occidentales debían cederse al gobierno de los Estados Unidos, de manera que su posible venta pudiese contribuir a reducir la

deuda pública y/o las contribuciones exigidas en los estados existentes para los gastos del gobierno federal. Sin duda, la cuestión de la cesión de tierras se convirtió en el punto crítico a discutir durante la elaboración de los artículos de la Confederación, la «Constitución» del nuevo gobierno. Hacia 1783, Pennsylvania, Virginia, Connecticut, Maryland y Nueva York habían cedido, al menos de forma parcial y frecuentemente condicional, el control de los territorios occidentales. Las áreas en cuestión se encontraban al norte del río Ohio. La cesión del resto de las tierras de Virginia situadas al sur del Ohio y de aquellas que eran reclamadas por Georgia y ambas Carolinas, aún no se habían hecho efectivas. Asimismo, no se completaron ninguna de las reclamaciones indias sobre los territorios del oeste, si bien se convocaron e incluso llegaron a celebrarse algunos encuentros para tratar el tema, especialmente en los años 1784 y 1785.

Los interrogantes que habían surgido a raíz del problema de la cesión consistían en saber cómo y cuándo debían ser gobernadas las tierras occidentales, al tiempo que se cuestionaba si debían o no convertirse en estados. Mediante la ley del 23 de abril de 1784 el Congreso dispuso la existencia de un gobierno territorial en áreas cedidas por los estados. Esto afectó solamente a las tierras situadas al norte del río Ohio, que habían pasado a control federal cuando Virginia efectuó una cesión incondicional el 1 de marzo de 1784; las cesiones condicionales de Connecticut (25 de mayo) y Massachusetts (3 junio) de las áreas que reclamaban en esta región no eran lo suficientemente importantes como para evitar una administración federal. Las cuestiones que aún estaban sin resolver eran las reclamaciones de los indios y la elaboración de un sistema para identificar las tierras que podían ser vendidas. En lo que respecta a esto último, los sureños se mostraban partidarios de establecer un mecanismo que permitiera reclamar las tierras libremente, mientras que los del norte abogaban por la creación de un sistema de pueblos estables, que es lo que finalmente se llevó a cabo (18 de mayo de 1785).

Cuando el Congreso promulga la Ley Territorial de 1784, los colonos habían ocupado tierras en el área del actual Ohio, en Kentucky, en territorios cedidos por los cherokees al este del Tennessee (la parte norte y este del moderno Knoxville, junto al río Holsten) y a lo largo del curso del río Cumberland, al sur de su unión con el río Ohio. La influencia de los pobladores en estas áreas se desarrolló con mucha

mayor rapidez que lo que nadie podría pensar en 1784. La evolución de los colonos de Ohio, amparados por la Ley de 1784 y estando fuera del área que reclamaba España desde 1780, no es un tema que nos concierna directamente. Sin embargo, los demás pobladores no estaban amparados por dicha ley, sino que deseaban el autogobierno por varias razones.

En Kentucky y Tennessee, las respuestas de los colonos con respecto a la ley de 1784 tomaron caminos diferentes. En Kentucky, el deseo de independizarse de Virginia terminó por hacer que dicho estado tomase una resolución, en enero de 1786, que permitía la separación bajo condiciones que en aquellos momentos no podían ser satisfechas (véase más abajo). En Tennessee, la cesión por parte de Carolina del Norte de las tierras occidentales a los Estados Unidos, que se produjo el 2 de junio 1784, fue seguida de la formación de un gobierno para los asentamientos orientales (diciembre), que se autodenominaban «Estado de Franklin» y que pretendían la admisión en los Estados Unidos según los términos de la Ley de 1784. Los asentamientos de Cumberland no se unieron a Franklin, pero mostraron un comportamiento inquieto bajo la hégira del gobierno de Carolina del Norte.

Aunque el gobierno de Carolina del Norte invalidó la cesión en noviembre (sin que lo supiesen los delegados que se habían dado cita en Jonesborough con el propósito de crear Franklin), el intenso sentimiento separatista en los asentamientos orientales de Tennessee mantuvo vivo el espíritu del estado de Franklin, incluso cuando algunos especuladores de tierras, como William Blunt, que inicialmente habían apoyado la creación de Franklin en un intento de proteger la validez de sus compras realizadas en 1783 tanto en Carolina del Norte como a los cherokees, decidieron que sus intereses estarían mejor salvaguardados si sus propiedades estaban bajo el control de Carolina del Norte. Por otro lado, John Sevier, presidente de Franklin, continuó sosteniendo la independencia del estado ya que albergaba la esperanza de extender el asentamiento hasta Muscle Shoals (en el río Tennessee) en donde él mismo y otros habían comprado tierras a los cherokees en 1783. Un gobierno de estado bajo su control serviría a sus intereses, mientras que un gobierno de Carolina del Norte no constituía ninguna garantía al respecto.

Estos acontecimientos tienen lugar en el transcurso de un verano, cuando España cierra el río Misisipí por el decreto de marzo de 1784

y comienza las negociaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Tanto los observadores españoles como los de otras nacionalidades esperaban que la parte occidental que se encontraba más allá de los Apalaches, sólo atraería a un puñado de pobladores, fundamentalmente, porque España controlaba la desembocadura del Misisipí, haciendo imposible el comercio. Si la migración se hubiese mantenido en los niveles esperados, el conflicto entre España y los Estados Unidos sobre el valle del Misisipí no habría estallado en mucho tiempo. Sin embargo, los colonos comenzaron a ocupar aquellas partes de Kentucky y Tennessee que las cesiones de los indios habían convertido en espacios abiertos. En un plazo de dos años, algunos colonos ya hablaban de guerra en el caso de que no se les autorizara a navegar por el Misisipí.

Cuando Diego de Gardoqui llegó a Nueva York en calidad de *Chargé d'Affaires* de España, comenzaron a celebrarse las discusiones entre los gobiernos de ambos países (1785). Sus instrucciones pretendían lograr que los Estados Unidos aceptaran el control español de ambas orillas del río Misisipí, más allá de la desembocadura del río Ohio y, aproximadamente, en una línea que corriese en dirección al sudeste desde la desembocadura del río Cumberland hasta la frontera entre Florida y Georgia. A cambio, los americanos recibirían el estatuto de «nación más favorecida» en el comercio con España y una garantía española de la integridad territorial del área restante de los Estados Unidos. En 1781, Jay había elevado una propuesta en términos similares, exceptuando la cuestión de los límites territoriales y la interrupción del comercio en el Misisipí.

Floridablanca tenía la intención, astutamente, de aprovechar los intereses sectoriales emergentes de la nueva república en beneficio de España. Los intereses mercantiles de los estados norteños favorecían los asentamientos estables y, en general, se oponían a los asentamientos en el oeste, pues consideraban que esto contribuía a despoblar las áreas costeras. En este sentido, el hecho de que los pobladores occidentales no pudieran acceder a la utilización del Misisipí no les afectaba de forma directa. En cambio, los sureños deseaban que se poblasen los territorios situados al oeste, al tiempo que apoyaban las reclamaciones americanas sobre la utilización del río y la fijación de la frontera en los 31 grados de latitud norte. Asimismo, Floridablanca también esperaba explotar el temor americano al inglés, que aún permanecía en Canadá y tenía fuertes intereses en el comercio de pieles en el área del

sur de los Grandes Lagos, violando los tratados angloamericanos de 1782 y 1783. Éste era el propósito de ofrecer garantías territoriales.

Posteriormente, Miró redujo las reclamaciones españolas a la posesión de la orilla oriental del Misisipí por encima de los 31 grados de latitud. Las tempranas acciones que emprendió el capitán Baltasar de Villiers, cruzando el Misisipí desde Arkansas y capturando la orilla oriental para España, invalidaron los títulos británicos sobre la posesión de este territorio despoblado. Por otro lado, los chickasaw, cuyas tierras se extendían hasta el río Ohio, dependían enteramente de Pensacola para efectuar sus transacciones comerciales. La captura española de Pensacola tuvo como consecuencia inmediata el control sobre los chickasaw y sus territorios. De esta manera, España pudo reclamar la orilla oriental de la parte sur del Ohio, aún cuando se solía considerar que la Florida occidental británica no se extendía más allá de la desembocadura del Yazoo, aproximadamente 22 leguas al norte de Natchez.

Por su parte, el Congreso dio instrucciones a John Jay, secretario de Asuntos Exteriores, para que insistiese en los términos del tratado preliminar angloamericano de 1782, es decir, en la fijación de la frontera en los 31 grados norte y los derechos americanos para navegar por el Misisipí hasta el golfo de México. Estas instrucciones fueron emitidas el 24 de agosto de 1785. Las conversaciones Jay-Gardoqui comenzaron ese mismo otoño y progresaron de forma pausada.

La necesidad de acordar los límites fronterizos resultaba evidente. El estado de Georgia, que nunca había tenido la intención de ceder los territorios que reclamaba en el oeste a los Estados Unidos, procedió a crear el «Condado de Bourbon» el 7 de febrero de 1785. Extendiéndose por el norte desde el río Yazoo hasta el límite de los 31 grados por el sur, se procedió a crear en este «condado» una oficina de tierras con el derecho de otorgar todos aquellos territorios en los que los títulos de propiedad de los indios habían caducado. Para apoyar este plan, Nicholas Long y Nathenial Christmas fueron enviados entre los creek y los choctaw, con el propósito de esparcir rumores acerca de que Natchez sería atacado en breve por una coalición compuesta por soldados que se estaban preparando en Kentucky e indios amigos de los Estados Unidos. Asimismo, los comisionados William Davenport, el capitán Call y el doctor West fueron enviados a Nueva Orleans para establecer las condiciones de la existencia del nuevo condado y garantizar la fijación de la frontera en los 31 grados de latitud norte.

Cuando los comisionados de Georgia llegaron a Nueva Orleans a finales del verano de 1785, el gobernador Miró los rechazó cortésmente y remitió la cuestión a Madrid y a Nueva York para su resolución. Asimismo, envió agentes a los asentamientos de Cumberland para que confirmaran los preparativos militares del rumoreado ataque a Natchez. Hacia finales de aquel año supo que esas historias eran totalmente falsas.

Mientras tanto, en Nueva York las conversaciones Jay-Gardoqui atravesaban una etapa de *impasse* debido a la imposibilidad de alcanzar un acuerdo territorial. Esperando poder salvar aún un acuerdo comercial, el 29 de mayo de 1786 John Jay pidió al Congreso la formación de un comité investido con autoridad para negociar en términos que iban más allá de los que contemplaban sus instrucciones. En aquellos momentos se celebraban conversaciones en los estados «orientales» (norte de Pennsylvania) independientemente de los territorios sureños, con el propósito de crear una confederación separada.

Entre los temas tratados estaba la política comercial, el pago de impuestos para financiar al gobierno federal y la cuestión de las tierras del oeste, por nombrar los más importantes. Los representantes sureños en el Congreso, sospechando que Jay y los «orientales» pretendían privarles de su derecho natural a utilizar el río Misisipí, evitaron entregarles poderes y pidieron a Jay que explicase ante el Congreso en qué estado se hallaban las negociaciones, que estaban detenidas debido a las contradictorias instrucciones de las diversas partes interesadas. Al fin y al cabo, resultó que el Congreso estaba dividido –siete estados contra cinco– sobre la propuesta de eliminar el ultimátum implícito en las instrucciones originales de Jay. Se necesitaban nueve votos para tomar una decisión definitiva. No obstante Jay podía interpretar esta decisión –y así lo hizo– como un voto de confianza que le permitiría negociar una concesión en el terreno comercial para el reconocimiento de las reclamaciones territoriales de los Estados Unidos. Los estados sureños se esforzaron por lograr que las negociaciones se trasladasen a Madrid, pero su intento fracasó. Esta maniobra pretendía demorar las cuestiones y dejar las conversaciones en manos de los diplomáticos del sur. La división regional hizo que el problema se dejara en suspenso, al menos, en lo que concernía al Congreso. Por su parte, Jay reanudó sus conversaciones con Gardoqui.

Al sur, lejos de Nueva York —en donde estaba instalado el Congreso— Alexander McGillivray dirigía a los creek en una serie de incursiones a lo largo de las fronteras de Georgia y Tennessee. Su propósito consistía en empujar a los americanos fuera de las áreas que habían ocupado, violando los acuerdos existentes al respecto. Sus armas y municiones provenían de Pensacola, pero Miró no experimentaba mucha simpatía hacia sus acciones, ya que temía que España entrase en guerra con los Estados Unidos.

A lo largo de toda la frontera, las naciones indias reaccionaban violentamente ante la multiplicación de granjas y ciudades en áreas reservadas cuyas demarcaciones estaban contempladas en tratados como los de Hopewell, firmados en 1785 y 1786. El gobierno de los Estados Unidos, que había firmado los tratados, no hizo nada por detener las agresiones a los indígenas ni para instalar tropas en la frontera. Los habitantes de Kentucky vivían angustiosamente el desarrollo de estos acontecimientos.

En los asentamientos occidentales, las noticias sobre la posición negociadora de Jay y las acciones del Congreso provocaron agrias discusiones que en el transcurso del verano de 1786 subieron aún más de tono, cuando llegaron informes al norte acerca de la captura de barcazas en el Misisipí por parte de las autoridades españolas. Tanto si eran verdad como si no, dichos informes, las incursiones de los indios creek y la evidente incapacidad del gobierno federal para actuar en defensa de los intereses de los habitantes del oeste —ya se tratara del autogobierno o de la libre navegación del río Misisipí—, condujeron a la formulación de una serie de amenazas de invasión del territorio de Luisiana. Entre los habitantes de los territorios occidentales circulaba el rumor de que se estaba formando un ejército para atacar Nueva Orleans. Dicho rumor llegó a conocimiento tanto de las autoridades de Nueva Orleans como de las de Nueva York.

Al mismo tiempo, algunos dirigentes de los territorios occidentales estaban decididos a elaborar una estrategia que implicase abandonar la Unión y, simultáneamente, aproximar sus posiciones a la de los españoles, con el propósito se efectuar un trato: ellos obtendrían, cuando menos, derechos limitados para navegar por el río Misisipí y los españoles, por su parte, la amistad de los asentamientos situados al oeste. Asimismo, los dirigentes de Tennessee tenían la esperanza de que Miró pudiera presionar a los creek y a los cherokee para que cesaran

sus ataques. Esta estrategia tenía la ventaja de presionar a un tiempo al gobierno federal y los estatales que controlaban los asentamientos occidentales, tal vez forzando una respuesta a las quejas de los occidentales y, al mismo tiempo –en el caso de que fracasara la primera parte de la estrategia–, creando la posibilidad de obtener la protección española.

Esta estrategia fue puesta en práctica por los colonos que vivían a lo largo del curso del río Cumberland, en la parte occidental de Tennessee y también en Kentucky. El interés de los habitantes de Cumberland en obtener la independencia se materializó en las conversaciones que tuvieron lugar en agosto de 1786 entre el doctor James White –congresista de Carolina del Norte y terrateniente de la zona de Cumberland– y Gardoqui. White le comunicó a Gardoqui que los pobladores de la región occidental estaban dispuestos a ponerse bajo protección española si se les otorgaba el derecho a navegar por el río Misisipí. Por su parte, Gardoqui se desentendió del tema ofreciéndose a escribir a Miró, pero White no lo consideró suficiente y allí terminaron los contactos.

En Kentucky se estaban produciendo nuevos movimientos para lograr la separación de Virginia y para resolver el problema de los continuos ataques de los indios al norte del río Ohio, ya que tanto el gobierno de Virginia como el de los Estados Unidos se mostraban impotentes para hallar una solución. Asimismo, en el transcurso de las elecciones de la primavera de 1786, el general James Wilkinson hacía un llamamiento a la independencia total del estado. Dejando a un lado la posición extremista de Wilkinson, la mayor parte de los delegados elegidos para la cuarta convención de Danville que se celebró en la primavera de 1786, se mostraban dispuestos a encontrar un camino para la separación legal y pacífica del estado de Virginia. Estos trabajos habían comenzado a realizarse en el verano de 1784, cuando un grupo de militares reunidos en Danville estaban centrados en la primera elección de delegados para la celebración de una convención para discutir acerca del peligro indio. Esta convención, que se reunió en diciembre de 1784, solicitó la separación de Virginia y la formación de un gobierno para el estado de Kentucky. Esta decisión fue ratificada por las convenciones celebradas en Danville en mayo y agosto de 1785, cuyas discusiones se centraban nuevamente en el problema de los nativos. Virginia accedió a la separación mediante la ley de enero de 1786, pero

fue necesaria la celebración de otra convención para ratificar la decisión y establecer un calendario de trabajo, si el Congreso de los Estados Unidos accedía a admitir a Kentucky como estado antes del 1 de junio de 1787. Por su parte, en el transcurso de la elección de delegados por esta convención, Wilkinson reiteró su llamamiento a la independencia inmediata (de carácter ilegal). Sin embargo, resultó elegido como delegado a causa de la gran fama que había adquirido como soldado durante la Guerra de la Revolución. En setiembre de 1786, el fracaso de la convención hizo que Wilkinson se aproximara a las posiciones de las autoridades de Luisiana, con la esperanza de asegurar los derechos comerciales y, al mismo tiempo, demostrar que no se había equivocado al demandar la independencia inmediata de Kentucky.

Las intrigas, 1787-1789

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos en los territorios occidentales, Miró comenzó a pergeñar una nueva política con el propósito de rechazar el peligro de un ataque, eventualidad que, según pensaba, difícilmente podría resolver, ya que contaba con muy pocos soldados. Al mismo tiempo, intentaba aprovecharse del descontento en el oeste para conseguir los objetivos de España, manteniendo a los Estados Unidos confinados en sus territorios de la costa este. Las ideas de Miró comenzaron a madurar en respuesta a la propuesta que Pedro Wovres D'Argés le hizo a finales de 1786. D'Argés, recordemos, había prometido traer unas 1.500 familias alemanas a Luisiana procedentes de Kentucky si se cumplían ciertas condiciones, entre ellas, la concesión del permiso necesario para vender aquellos productos que trajeran a la colonia. Miró sugirió el cobro de un impuesto del 25 % del valor de todos aquellos bienes traídos a Luisiana, tal vez con el propósito de inviabilizar el plan y trasmitió la cuestión a Madrid. Pero la idea básica de ejercer una política de impuestos en el Misisipí como una herramienta en la lucha para controlar a los habitantes de los territorios occidentales, había tomado forma y se desarrolló a gran velocidad.

Aunque D'Argés parece haber sugerido la idea de utilizar tanto las actividades comerciales como los impuestos en el Misisipí como herramientas políticas por parte de España y garantizó el primer decreto para incorporar la idea (impuesto del 25 % del 23 de agosto de 1787), esta

clase de medidas también se desarrollaron debido a las menores necesidades de harina que el territorio de la Baja Luisiana tenía en aquel momento y como consecuencia de las conversaciones entre Miró, Navarro y Wilkinson que se celebraron en 1787. También es posible que la decisión de permitir las actividades comerciales mediante el cobro de un impuesto fuerte formase parte del giro que el conde de Lerena imprimió a la política colonial española a partir de 1784, sin otro propósito que el de obtener mayores ganancias.

La necesidad que tenía Nueva Orleans de abastecerse de harina constituía otra de las cuestiones que motivaron las acciones de Miró. Aún cuando el Missouri español había comenzado a incrementar la producción, la demanda en la Baja Luisiana continuaba superando la oferta. La producción en Missouri creció de una cantidad anual de 1.200 a 2.500 barriles por año en la década de 1765, hasta alcanzar una cantidad que oscilaba entre 3.800 y 4.500 barriles por año. Aduciendo que las cantidades de harina importada por vía marítima resultaban inadecuadas, Miró pretendía permitir que las barcazas cargadas con este producto descendieran el Misisipí desde Kentucky hasta Nueva Orleans. Sus contactos con Wilkinson estaban mediatizados por el problema del abastecimiento de harina, si bien, éste tenía una cantidad muy exigua para ofrecer.

Wilkinson, insatisfecho con el lento ritmo a que estaba sometido el proceso de separación de Kentucky, inició contactos con Miró y el intendente de Luisiana, Martín Navarro, y acordó el envío de varias barcazas cargadas con tabaco, harina y otros productos a Nueva Orleans para su venta en la primavera de 1787. Sin embargo, sus propósitos eran más ambiciosos. Una vez en Nueva Orleans, él y los suyos discutieron la situación en Kentucky. Wilkinson, probablemente animado por Miró, escribió un memorándum en el que proponía las condiciones de inmigración y los permisos comerciales que habría que elaborar para que los habitantes de los territorios occidentales pudieran considerar a los españoles sus amigos.

El memorándum de Wilkinson incluye una serie de promesas, análisis factuales, estudios de beneficios y referencias sobre posibles amenazas. Sugería que todo aquel que quisiera establecerse en Luisiana sería bienvenido en el caso de que jurase lealtad a la corona española y permitiese que sus hijos fuesen educados en la religión católica. Los bienes que estas gentes pudieran llevar consigo a Luisiana para instalar-

se, serían admitidos mediante el pago de un impuesto reducido. A continuación, pasa revista a los supuestos derechos naturales de los pobladores del oeste para navegar por el Misisipí y los beneficios que España podría obtener en tal caso. Como contrapunto, se exponen una serie de amenazas sobre lo que podría ocasionar la frustración de los colonos del oeste en el caso de que no se les permitiese utilizar el río, lo que podría conducir a una acción violenta para forzar su apertura. Sin dejar de lado los problemas que afectaban al territorio controlado por los españoles, Wilkinson sugirió que los habitantes de los territorios occidentales podían eventualmente pedir auxilio a los británicos e incluso ¡aludía al peligro a largo plazo que esto podía suponer para México! La concesión de derechos comerciales en el Misisipí evitaría dichos peligros.

Mientras este memorándum y el respaldo de Miró a la política propuesta se hallaban en camino hacia Madrid, siguiendo los canales oficiales, otros acontecimientos en el oeste y en Nueva York daban pie a nuevas intrigas y a la aparente posibilidad de que España extendiese su influencia en los asentamientos del oeste. En el otoño de 1786, los indios creek cesaron en sus ataques sobre los asentamientos de Cumberland, pero los cherokees chicamagua (que vivían al sur del actual Chattanooga) permanecieron en pie de guerra en el transcurso del invierno de 1786-87. Por su parte, los creek reanudaron sus incursiones en la primavera de 1787. Mientras tanto, en Nueva York, el 11 de abril de 1787 el Congreso recibía el informe de Jay acerca del tratado que éste había elaborado conjuntamente con Gardoqui, en el que se reconocía el emplazamiento de la frontera norte en la línea de los 31 grados de latitud, pero, al mismo tiempo, dicho tratado suspendía los derechos a utilizar el río Misisipí por parte de los Estados Unidos, por un plazo de veinte años. A cambio, España concedía a los Estados Unidos, el estatuto de nación más favorecida. En cualquier caso, el tratado no prosperó. Una vez más, los congresistas sureños intentaron transferir las negociaciones a Madrid como medio para obstaculizar el tratado. Fracasaron nuevamente. Cuando el debate avanzó, se hizo evidente que los tres estados norteños compartían la posición de los estados del sur, oponiéndose a cualquier tratado. Por su parte, Gardoqui había comenzado a experimentar el temor de que los pobladores de los territorios occidentales pudieran llevar a cabo una invasión si se firmaba el tratado. En resumidas cuentas, ambos bandos consideraron

conveniente dejar a un lado, por el momento, las cuestiones concernientes al tratado.

Junto a esta cuestión surgió la discusión acerca de la necesidad de un sistema coherente para tratar los asuntos relacionados con los territorios al norte y al oeste del río Ohio. La Compañía de Ohio se comprometió a comprar grandes extensiones de tierra pertenecientes a los territorios federales, pero la ley de 1784 dejaba una serie de asuntos sin resolver. Con una rapidez inusual, el Congreso aprobó una nueva ordenanza con respecto al gobierno del Territorio de Noroeste el 13 de julio de 1787. Dicha disposición estipulaba la eventual admisión de tres estados (Ohio, Indiana e Illinois) en el momento en que la población de cada uno llegase a los 60.000 habitantes, así como la instauración de un gobierno de transición. A los habitantes franceses de Kaskasia, así como a otros antiguos asentamientos del sur de Illinois, se les garantizó el derecho a elaborar sus propias leyes con respecto a la propiedad de la tierra. En 1803, se concedieron prerrogativas similares a los habitantes de Luisiana en el marco del tratado sobre las transacciones comerciales. Dejando de lado esta comparación, la Ordenanza del Noroeste contribuyó a clarificar temas tales como lo concerniente al gobierno territorial, que en la ley de 1784 no había sido tratado en profundidad. Proporcionando un sistema para la creación de gobiernos territoriales y para la admisión de aquellos territorios como estados, la Ordenanza del Noroeste supuso un argumento más para la inquietud en los asentamientos del oeste que aún dependían de los estados de la costa.

Mientras en Nueva York se desarrollaban estos acontecimientos, en Filadelfia, los delegados de los estados estaban elaborando una nueva constitución federal que otorgaba más poderes al gobierno central que aquéllos que poseía en el marco de los Artículos de Confederación forjada durante la Guerra Revolucionaria. El borrador de la constitución se ultimó en setiembre de 1787.

En el oeste, los dirigentes proseguían con sus amenazas sobre una eventual secesión, así como una posible alianza con la Luisiana española. En el transcurso de 1788 y 1789, la razón de esta estrategia residía cada vez más en el intento de forzar la ratificación de la nueva constitución federal, que estipulaba la cesión por parte de los estados de todos los territorios occidentales, con respecto a los cuales se aplicaría posteriormente las disposiciones contempladas en la Ordenanza

del Noroeste. Los distintos líderes pusieron en práctica diferentes estrategias, cada una de las cuales reflejaba sus intereses particulares.

La patria chica de Wilkinson, Kentucky, fue el primer territorio en tomar la iniciativa. En febrero de 1788 se celebró otra convención en Danville que solicitó al Congreso la admisión de Kentucky como nuevo estado en los Estados Unidos de América. Asimismo, se descartaron las propuestas de independencia inmediata apoyadas por Wilkinson. Virginia, que aún reclamaba el territorio de Kentucky, accedió a aceptar la petición si se llegaba a un acuerdo sobre una serie de cuestiones financieras. Algunos delegados al Congreso deseaban retrasar el reconocimiento como estado hasta que Vermont se mostrase dispuesto a adherirse a la unión y otros expresaron distintas preocupaciones, incluyendo las posibles intrigas con españoles y británicos por parte de ciertos residentes en Kentucky. Finalmente, el Congreso celebrado el 2 de junio acordó que Kentucky debería ser admitido como estado, pero el comité constituido para negociar con los representantes de Kentucky concluyó que el Congreso Continental no tenía la capacidad para admitir nuevos estados en la unión y sugirió que la cuestión debía dejarse en manos del nuevo gobierno, que entraría en funciones cuando el noveno estado ratificase la constitución del 2 de julio.

La entrada en vigor de la nueva constitución federal modificó la opinión de ciertos dirigentes de Kentucky. Temían el alcance de los poderes judiciales del nuevo gobierno y que esto provocase, como afirmaba John Brown –representante de Kentucky en el Congreso como miembro de la delegación de Virginia–, la firma de un tratado con España que clausurara el acceso al río Misisipí. De acuerdo con esto, disminuyó el interés en el reconocimiento. Pero los habitantes de Kentucky no tenían por qué preocuparse. El 16 de setiembre de 1788, el Congreso Continental suspendió definitivamente las conversaciones con España, reafirmó las reclamaciones estadounidenses de 1782 y acordó que el nuevo gobierno federal también debía ocuparse de esta cuestión.

En el estado de Franklin, a finales de 1787, la situación política se volvió contra Sevier y otros dirigentes y todo parecía indicar que Franklin no sobreviviría por mucho tiempo. Asimismo, en la primavera de 1787, se habían recrudecido las hostilidades con los creek. Sevier, cuando menos, parecía haber decidido que la alianza con España podía resolver el problema de los ataques indios y proteger sus intereses

en las tierras de Muscle Shoals. Por esta razón, a comienzos de 1788, Johnston, gobernador de Carolina del Norte, envió al doctor White a ver a Gardoqui con una serie de cartas (¿acaso estaban falsificadas?) escritas por James Robertson y Anthony Bledsoe, de la región de Cumberland y John Sevier, de Franklin, acusando a los españoles de incitar a los creek y exigiendo el fin de estas acciones. A su vez, Gardoqui envió de regreso a White con una oferta de «protección española». White se dirigió a ver a Sevier, pero no fue al encuentro con los representantes de los asentamientos de Cumberland. Sevier contestó a Gardoqui (julio y setiembre de 1788), indicándole el interés que tenía en la protección española para la formación de un estado independiente y, asimismo, sus propios intereses personales en Muscle Shoals. Posteriormente, White fue enviado a La Habana para discutir la propuesta de alianza del «Gran Franklin» con la Luisiana española a cambio de una serie de ventajas comerciales y el derecho de expansión más allá de Tennessee en dirección a Muscle Shoals. Mientras tanto, Robertson envió una carta a Miró por intermedio de McGillivray, con una petición de paz en la frontera y expresando la voluntad de poner al territorio de Cumberland bajo protección española. Tan grande era el interés de los territorios occidentales en lograr la protección española, que el órgano legislativo de Carolina del Norte rebautizó a los asentamientos del este con el nombre de «Mero», en honor de Miró.

Consciente de esta disposición de los habitantes de Franklin a reconocer la hegemonía española y, al mismo tiempo, con el propósito de contrarrestar las intrigas de William Augustus Bowles entre la población creek, Miró resolvió modificar su estrategia en el verano de 1788 e hizo que Panton comenzara a suministrar armas a McGillivray, animándole a que atacara los asentamientos americanos. Algunos pobladores de los territorios occidentales respondieron a esta medida dando la impresión de estar aún más dispuestos a aceptar los términos fijados por los españoles. En cambio, otros siguieron un camino totalmente opuesto, amenazando con atacar Luisiana, lo que ocasionó la construcción de defensas a lo largo la costa oriental del Misisipí. Gardoqui y Wilkinson informaron que el capitán John Sullivan, que actuaba fuera de Franklin, estaba planeando un ataque a Nueva Orleans en 1788. Asimismo, se dijo que George Rogers Clark estaba preparando un gran ejército compuesto por más de 24 compañías de soldados. Wilkinson, tras informar a Miró, comunicó esto a la asamblea de Virginia, que a

su vez, declaró que todo aquél que ayudase a Clark sería considerado un traidor.

La respuesta de Miró a estas amenazas consistió en enviar un pequeño escuadrón de barcos de guerra a Natchez, así como hombres y embarcaciones a una isla del Misisipí, situada a cuatro o cinco leguas de la desembocadura del río Arkansas (enero de 1788). Hacia el verano de 1788, cuando el peligro que representaba Clark desapareció, comenzaron a relajarse estas precauciones.

Aparentemente, Gardoqui, Miró y el capitán general Las Casas en La Habana, no pensaban que los habitantes de las tierras occidentales fuesen sinceros al solicitar una férrea alianza con España. No se equivocaban. Como se ha dicho anteriormente, Sevier estaba fundamentalmente interesado en la especulación sobre las tierras y otros parecían asistir simplemente en calidad de observadores a la convención que estaba redactando la nueva Constitución de los Estados Unidos, con la esperanza de que el acercamiento a España indujera al nuevo gobierno federal a otorgar a los asentamientos occidentales la separación de Virginia y Carolina del Norte. Cualesquiera que fuesen las dudas que albergaban los agentes españoles en América acerca de los verdaderos motivos de sus interlocutores, las intrigas sirvieron a sus propósitos, que pretendían posponer cualquier clase de ataque que llevasen a cabo los colonos del oeste, encolerizados ante la imposibilidad de navegar por el Misisipí y, asimismo, proporcionó, al menos, una cierta ventaja que podía ser utilizada para obtener un tratado con los Estados Unidos en términos favorables a España.

Cuando se le interrogó acerca del memorándum de Wilkinson y la situación en el valle de Misisipí, Martín Navarro (que en noviembre de 1788 estaba en Madrid) expresó su escepticismo. Wilkinson, particularmente, parecía prometer más de aquello que podía cumplir, a menos que se desatara una crisis gubernamental generalizada en los Estados Unidos (que Navarro, conjuntamente con algunos observadores de los Estados Unidos en 1787, esperaba que sucediese muy pronto, si es que no había estallado ya. Hacia noviembre de 1788, el peligro de una gran crisis había quedado atrás). Navarro favoreció los contactos continuos con Wilkinson y reforzó los sentimientos proespañoles, permitiendo que los colonos del oeste comerciaran por el Misisipí (hay que recordar que Navarro se mostraba favorable al comercio libre para Luisiana desde la década de 1770). Al parecer, también se potenció la in-

migración, puesto que la población constituía el último bastión de Luisiana.

Nuevas tácticas, 1788-1790

Tal vez a causa de la advertencia de Navarro, la habilidad de Miró para jugar este sutil juego se incrementó cuando el 1 de diciembre de 1788 la corona respondió al memorándum de Wilkinson, promulgando un decreto para reducir los impuestos sobre el comercio americano en el Misisipí al 15 % en términos generales, proporcionando al gobernador de Luisiana la autoridad necesaria para reducir dicho impuesto incluso hasta un 6 % —el cual podía aplicarse a ciertos «notables»— cuya confianza deseara obtenerse mediante la concesión de dicho favor.

El decreto del 1 de diciembre 1788 entró en vigor en Nueva Orleans en febrero 1789 y conformó la base del «Memorándum de las Concesiones a los Colonos del Oeste», de Miró, que se publicó el 20 de abril de 1789 y fue enviado a los distritos de Franklin y Mero por intermedio de James White. Miró ofreció la libertad de cultos, la importación de capitales libres de impuestos entre parientes (que podía incluir a los esclavos) y una serie de concesiones de tierra proporcionales a los medios y a la mano de obra que cada inmigrante aportase a Luisiana. Los inmigrantes tenían que comprometerse a defender la provincia contra cualquier invasor. Para aquellas personas que permaneciesen en los dos distritos de Tennessee, ofreció la posibilidad de establecer relaciones comerciales con Nueva Orleans sujetas a los impuestos contemplados en el decreto del 1 de diciembre 1788, pero obstaculizando el envío del tabaco. Acerca de la cuestión de si España querría aceptar o no a los dos distritos de Tennessee bajo jurisdicción de Luisiana, dio instrucciones a White de que comunicase que éstos primeramente debían conseguir la independencia.

Por su parte, Wilkinson recibió un mensaje similar para que procediera a exacerbar el sentimiento separatista en Kentucky. Asimismo, Miró notificó a Wilkinson acerca del fondo secreto autorizado por la corona, de manera que ya podía contar con recursos para presionar entre las personas influyentes en Kentucky, en favor de los intereses de España. Irónicamente, Wilkinson ya había efectuado su mejor servicio

a España al bloquear la expedición de Clark de 1788. Sus posibilidades de seguir prestando ayuda a los españoles disminuyeron rápidamente puesto que los acontecimientos escaparon a su control.

Una vez puesta en práctica por completo, la nueva política consistió en intentar evitar que se recrudeciesen las hostilidades de los colonos de los territorios occidentales hacia España, mientras se alentaba el enfrentamiento de éstos con los Estados Unidos, poniendo de manifiesto que su gobierno carecía de la fuerza necesaria para ayudarles, mientras que los españoles tenían la capacidad para ayudar a su desarrollo económico y controlar los ataques de los indios. En caso de que los colonos del oeste decidieran declararse independientes de los Estados Unidos, el objetivo era inducirles a que aceptaran el control español e incluso, un dominio de carácter absoluto. La gran ambigüedad de esta política sugiere su naturaleza especulativa. La concesión de derechos comerciales en el Misisipí, obviando los impuestos, constituía un signo de la debilidad española en el valle. En ese momento, los hispanos tenían menos de 1.500 soldados regulares (incluyendo a los oficiales), concentrados fundamentalmente en guarniciones situadas en la Baja Luisiana. Muchos de estos hombres no estaban preparados para el servicio. Los americanos parecían no darse cuenta de esta situación, ni tampoco se aprovecharon de ella. Probablemente, estaban preocupados por otros sucesos.

El anuncio de Miró de la nueva política española llegó en un momento en el que los dirigentes de Tennessee cambiaron su estrategia para lograr la independencia de Carolina del Norte, presionando al estado para que ratificase la constitución federal. Carolina del Norte ratificó la constitución el 20 de noviembre de 1789 y cedió Tennessee a los Estados Unidos el 22 de diciembre del mismo año. El Congreso aceptó los términos de la sesión el 2 de abril de 1790. Tennessee se convirtió en un territorio federal mediante la Ley Territorial del Sudoeste del 26 de mayo de 1790. Dicha ley aplicaba las disposiciones contempladas en la Ordenanza del Noroeste de 1787 para el nuevo territorio, exceptuando el hecho de que se permitía la esclavitud. Asimismo, los términos de la sesión reconocían las reclamaciones de los especuladores de tierras, incluyendo las de William Blount, que se convirtió en el primer gobernador territorial de Tennessee. Sólo algunos especuladores descontentos, tales como John Sevier, continuaron mostrándose interesados en pactar con España.

Por su parte, Virginia aceptó la separación de Kentucky mediante una ley promulgada en 1788, pero aún fue necesaria una séptima convención en Danville. Dicha convención se celebró, pero no hizo más que oponerse a ciertas condiciones contempladas en la ley, enmiendas que el órgano legislativo posteriormente rechazó. Más tarde, en julio de 1790, se celebró la octava convención de Danville, en donde se analizó una versión modificada de los términos de la separación. Esta convención aceptó dichos términos y se elevaron peticiones al Congreso y a Virginia para la admisión de Kentucky como nuevo estado. Finalmente, se convocó la novena convención de Danville en abril de 1791, con el propósito de redactar la constitución del estado.

El Congreso de los Estados Unidos aprobó la admisión de Kentucky como estado mediante la ley del 4 de febrero de 1791, quedando aún pendiente la elaboración de su constitución. Finalmente, ésta se concluyó en abril de 1792. En sus memorias escritas en 1792, Floridablanca reconoció que este hecho marcó el fracaso de sus esfuerzos para abrir una brecha entre los asentamientos del oeste y los Estados Unidos, al tiempo que condenó al fracaso todos los futuros movimientos que tuvieran el mismo objetivo.

Estos sucesos en Kentucky y Tennessee significaban que la oferta de Miró no había tenido otro efecto que incrementar el número de barcazas que descendían el curso del Misisipí en 1789 y 1790 (así como en años posteriores).

Asimismo, el esfuerzo por separar los asentamientos del oeste ofreciendo concesiones comerciales a los notables tuvo otra repercusión importante: incrementó las actividades de los especuladores de tierras que esperaban que el señalado éxito de Wilkinson en las negociaciones con Miró (1787) pudiera indicar una nueva disposición de los españoles a acceder a la colonización del área disputada. En este sentido, en el transcurso de 1788 se elevaron una serie de propuestas a Gardoqui y Miró y se hicieron esfuerzos para obtener concesiones de tierras del estado de Georgia, que aún no había cedido ninguna parte de su territorio a los Estados Unidos. En 1789, la cámara legislativa de Georgia se vio obligada a ceder 15 millones de acres. Hubo tres compañías que se beneficiaron de esta decisión. La Tennessee Company obtuvo tierras en Muscle Shoals. La Virginia Company consiguió tierras a lo largo del curso del Misisipí en los alrededores de los farallones Chickasaw, cerca de donde se encuentra en la actualidad la ciudad de

Memphis. Finalmente, la South Carolina Company –con mucho, la mejor organizada de las tres– obtuvo la concesión del área de Nogales y la cuenca del río Yazoo.

La South Carolina Company se acercó rápidamente a los españoles con el propósito de obtener un permiso para fundar una colonia de americanos en Nogales. El agente de la compañía fue el doctor James O'Fallon. Se trataba de un irlandés católico y un reputado embustero. Este intentó obtener el apoyo –entre otros importantes dirigentes de los territorios occidentales– de Wilkinson, Sevier y George Rogers Clark. Asimismo, entró en contacto con Alexander McGillivray, líder de los creek. O'Fallon se entrevistó con el gobernador Céspedes, de la Florida oriental, quien le remitió a Gardoqui. Ambos dignatarios españoles le utilizaron simplemente como fuente de información, sin mostrar genuino interés por su plan. Como ellos esperaban, Madrid negó el permiso, ya que su aprobación habría ocasionado el reconocimiento de Georgia como propietaria del territorio en cuestión, situando a los americanos, a su vez, en uno de los tres puntos estratégicos al este del Misisipí (Natchez y los farallones Chickasaw constituían los otros dos). Los reparos de O'Fallon hacia España resultaban claros, especialmente una vez que volvió a recurrir a las amenazas de una invasión de colonos del oeste si no se permitía a su compañía continuar con su proyecto (1790).

Los promotores de la South Carolina Company esperaban una posible oposición de los españoles, pero la oposición más seria que encontraron a sus proyectos provino del nuevo gobierno de los Estados Unidos. Sin pretender entrar en guerra con España y procurando incrementar su poder negociador haciendo cumplir tratados que ya habían sido suscritos con los pobladores del sur (1785-86), en la primavera de 1789 los Estados Unidos lanzaron una advertencia sobre los proyectos de las compañías y ordenaron el cumplimiento de los tratados que garantizaban a los choctaw y los chickasaw la conservación de sus tierras. Asimismo, se renovaron los esfuerzos para firmar la paz con los creek, esfuerzos que culminaron en el tratado de Nueva York del 7 de agosto de 1790. Este acuerdo evitó que McGillivray se uniera a la South Carolina Company, algo que, en cualquier caso, habría impedido la influencia de Panton.

Mientras O'Fallon se esforzaba por conseguir el permiso español para la colonia de Nogales –así como en encontrar hombres dispues-

tos a ocupar el lugar sin que les importara si el permiso era concedido o no– la posición internacional de España se debilitó repentinamente debido a la interacción del problema del estrecho de Nootka y la Revolución Francesa. El problema del estrecho de Nootka con Gran Bretaña tuvo lugar en el invierno de 1789-1790 debido a que Esteban José Martínez arrestó a algunos comerciantes de pieles británicos que encontró en el estrecho de Nootka, situado en la isla de Vancouver. Martínez había ido al estrecho de Nootka como parte de un plan de exploración y debido a la existencia de informes que hablaban de la creciente presencia rusa en la costa oeste de Norteamérica, que avanzaba en dirección a California. El objetivo era lograr el control de la costa oeste de Norteamérica y la parte más conocida del nuevo plan fue la construcción de asentamientos en California en la década de 1770. La exploración hacia el norte en dirección a Alaska, aunque menos conocida, también formó parte de esta historia.

El comercio de pieles de nutria de mar, de las cuales había una gran demanda en China, condujo a los británicos a la costa del noroeste. Aquellos españoles que habían propuesto el desarrollo de este comercio en el transcurso de la década de 1780 no lograron su objetivo, debido a la política implementada por la compañía de Manila –que monopolizaba todo el comercio con Asia– así como a la envidia y la falta de visión de gran parte de los comerciantes que trataban con Nueva España. Los británicos, menos acosados por compañías de esta clase y guiados por un gobierno que pretendía reducir la exportación de la escasa plata a China a cambio de seda y té, vieron en las pieles de nutria marina un valioso sustituto de la plata.

Las acciones de Martínez llegaron a conocimiento de Londres, en donde los intereses mercantiles desenterraron el hacha de guerra. Cuando la crisis se agudizó, la Asamblea Nacional Francesa promulgó una resolución mediante la cual se otorgaba a sí misma una suerte de derecho a veto sobre la conducta del gobierno en política exterior (23 de mayo). Hacia agosto, las perspectivas de guerra entre España y Gran Bretaña resultaban tan claras, que la Asamblea decidió anular el Pacto de Familia. El 27 de agosto, dicho pacto fue sustituido por un tratado comercial y defensivo que eximía a Francia de casi cualquier compromiso para constituirse en aliada a España, en caso de que ésta entrara en guerra.

Estas acciones del gobierno revolucionario de Francia significaban que España habría de enfrentarse sola a Gran Bretaña si estallaba la guerra. Los ministros de Carlos IV cayeron en la cuenta de que España carecía de los recursos necesarios para enfrentarse a Gran Bretaña. Nootka era un sitio remoto y apenas si merecía la pena un enfrentamiento militar que terminase en desastre, derrota que bien podría significar la cesión de colonias importantes como Cuba o el acceso comercial directo al imperio español. Las discusiones diplomáticas que se llevaron a cabo en Madrid y El Escorial entre Floridablanca y Fitzherbert, dieron paso a un acuerdo.

Firmado el 28 de octubre de 1790, el acuerdo del estrecho de Nootka emplazaba a España a restituir el monto de los daños ocasionados y a permitir el acceso al lugar de cazadores de nutrias. Esta no era la primera vez que España tuvo que renunciar a una reclamación territorial, pero probaba que era el comienzo de la «regresión de la marea» del imperio, utilizando la frase del historiador Warren Cook.

Las noticias acerca de la crisis del estrecho de Nootka llegaron al valle del Misisipí a finales de junio de 1790, aproximadamente al mismo tiempo que llegaba a conocimiento del resto de los Estados Unidos. Las reacciones fueron diversas. Los británicos situados en Canadá, sin tener seguridad acerca de la posición de los Estados Unidos, contemplaron la posibilidad de utilizar sus conexiones con los colonos del oeste para conseguir que se adhiriesen a un ataque a Luisiana y a los Estados Unidos. Dicho ataque se iniciaría desde Detroit, donde Benedict Arnold estaba planeando dicho movimiento y, al mismo tiempo, desde ambas Floridas, que podían invadirse desde las Bahamas, como había demostrado aquel verano William Augustus Bowles. En Londres, al igual que en Madrid, no se creyó que los sucesos que se produjeron en 1789 y la primavera de 1790 (que lógicamente no fueron conocidos de inmediato) darían lugar a que los pobladores del oeste pretendieran abandonar la unión o atacar Luisiana. O'Fallon advirtió la posibilidad de un ataque a Luisiana y lo utilizó para amenazar a los españoles, en un intento por asegurar la obtención de un permiso para ocupar Nogales. Este cambio en la política de la South Carolina Yazoo Company hacia España hizo que Wilkinson abandonase la compañía. George Rogers Clark se convirtió en el consejero principal de O'Fallon. Ostentaba un récord imbatible en amenazas de invasión sobre Luisiana. Por su parte, el gabinete de George Washington, presidente de los Estados

Unidos, decidió que si los británicos atacaban Luisiana atravesando territorio americano, los Estados Unidos no tendrían otra opción que entrar en guerra debido a la alianza tácita que existía con Francia. Alexander McGillivray, líder de los creek, también obtuvo una enseñanza de la crisis. Advirtiendo la debilidad de España y enfrentándose al intento de Bowles de crear una alternativa a su liderazgo y, al mismo tiempo, preocupándose por la posibilidad de que las incursiones en la frontera de Georgia pudieran provocar una guerra que podía volverse en contra de los creeks, aceptó la invitación de los Estados Unidos para que fuera a Nueva York (que por entonces era la capital federal) y allí, el 7 de agosto de 1790, firmó un tratado de amistad por el cual los Estados Unidos se comprometían a enviar suministros a los creeks si la guerra cerraba las vías comerciales existentes.

La solución diplomática de la crisis del estrecho de Nootka eliminó la amenaza de la invasión británica a Luisiana, pero no el peligro que representaba la South Carolina Yazoo Company ni tampoco la hostilidad generalizada en el oeste en contra de España. Sin tener la certeza de que Francia le ayudaría, y sin obtener por parte de los Estados Unidos la aceptación de sus reclamaciones sobre los territorios situados al este del río Misisipí –aunque existía la posibilidad de que se reiniciaran las conversaciones a partir de junio de 1791– el gobierno de España cambió su política hasta el extremo de aumentar sus operaciones militares a lo largo del Misisipí para controlar las tierras altas estratégicas. Los pasos iniciales estuvieron apoyados por la desaparición de la South Carolina Yazoo Company.

Wilkinson se atribuyó la destrucción de la South Carolina Company, si bien el factor más importante para su desaparición, sin lugar a dudas, fue la oposición del gobierno de los Estados Unidos. Lo que hizo Wilkinson fue comunicar a los directores de la compañía en Carolina del Sur las extravagancias de O'Fallon, para lo cual se negaron a reconocer sus letras de cambio, destruyendo así su crédito y sus posibilidades para continuar con el plan. Hacia comienzos de 1791, la amenaza de una colonia americana en Nogales había desaparecido. Pero el peligro subsistía.

Primeros pasos hacia una política militar, 1791-1792

Para enfrentarse al peligro, el gobernador Miró ordenó a Gayoso de Lemos, su ayudante en Natchez, que se dirigiera a Nogales con instrucciones para obtener tierras de los chickasaw y levantar un fuerte. Su construcción comenzó en mayo de 1791 y las negociaciones prosiguieron hasta la cesión por parte de los chickasaw y los choctaw que fue firmada en Natchez el 14 de mayo de 1792. Como el canal principal del Misisipí corría, en este punto, cerca de la orilla oriental, la artillería española tenía la posibilidad de controlar todo el tráfico que descendiera por el río. Carondolet y Gayoso consideraban Nogales como la clave en la defensa de la baja Luisiana, como setenta años más tarde lo sería Vicksburg –la ciudad norteamericana que posteriormente ocuparía el mismo sitio– en los esfuerzos del ejército confederado por mantener el control del río Misisipí. Mediante órdenes fechadas el 18 de setiembre de 1791, Floridablanca aprobaba la propuesta de Miró de construir un fuerte en Nogales y cualquier otra actividad que redundara en la conservación de los límites orientales de Luisiana definidos por España. El barón de Carondolet, que asumió el gobierno de Luisiana el 30 de diciembre de 1791, llevó a cabo la nueva política hasta su total cumplimiento.

Poco después de que Carondolet asumiera su cargo, Gayoso de Lemos le envío un memorándum acerca de la defensa del distrito de Natchez en el que no sólo proponía la terminación del fuerte de Nogales y la reconstrucción de las defensas de Natchez, sino también la creación de un escuadrón de pequeñas galeras que patrullaran el Misisipí para prevenir la acción de los contrabandistas y los posibles invasores. Carondolet asumió el proyecto y mientras esperaba la aprobación oficial puso en funcionamiento los barcos y tripulaciones. El escuadrón comenzó sus operaciones a finales de enero de 1792. Su historia ha sido hábilmente descrita por el fallecido Abraham Nasitir.

Aunque el escuadrón nunca superó la docena de barcos, gozaba de excelentes ventajas tácticas y estratégicas. En cuanto a la estrategia, los saltos del río Ohio impedían a los Estados Unidos el envío de barcos con un tamaño similar en dirección al Misisipí. Asimismo, las orillas del Misisipí eran generalmente cenagosas, con las tierras altas muy alejadas del canal. Las fuerzas enemigas, norteamericanas u otras, no podían utilizar las orillas para emplazar la artillería para atacar a las

galeras o a sus escoltas, mientras los españoles mantuvieran en su poder las zonas de las tierras altas (Natchez, Nogales, los farallones Chickasaw y Nuevo Madrid) al sur de la desembocadura del río Ohio. En el mismo Misisipí, el armamento y la facilidad de maniobra frente a los barcos de cubierta plana y otros barcos que navegaban río abajo con ayuda de la corriente, otorgaba a los comandantes una serie de ventajas tácticas frente a otras fuerzas que de otra manera serían superiores.

Carondolet quería más soldados para reforzar este nuevo escuadrón. Las fuerzas regulares españolas durante la colonia todavía resultaban inferiores a 1.500 efectivos y Carondelet no sólo quería aumentar el número del regimiento fijo de Luisiana por encima de los 1.856 hombres, sino que también pretendía obtener batallones adicionales y una compañía de artillería. Estos refuerzos nunca llegaron.

Mientras Carondolet supervisaba e improvisaba las defensas de la colonia, tratando de cumplir con las órdenes recibidas en setiembre de 1791, Floridablanca intentaba reanudar las conversaciones con los Estados Unidos. El motivo para ello fue el famoso memorándum de William Short, quien era el *Chargé d'Affaires* de los Estados Unidos en París. Siguiendo una estrategia diseñada por Jefferson para tratar de aprovechar la debilidad española con respecto a Europa en beneficio de los Estados Unidos, Short escribió al gobierno francés en el otoño de 1790 exigiendo por parte de España el reconocimiento de los derechos de Estados Unidos sobre el Misisipí. Este documento llegó a Madrid en junio de 1791, mucho después del final de la crisis del estrecho de Nootka, pero teniendo como telón de fondo los informes sobre las intrigas entre los occidentales y las autoridades del Canadá. Floridablanca aprovechó esta oportunidad para enviar órdenes a los agentes españoles en Nueva York, José de Jáudenes y Josef de Viar, para manifestar sus deseos de reiniciar, en Nueva York o en Madrid, las negociaciones que el Congreso Continental había interrumpido en 1787. Cuando se le presentó este ofrecimiento en noviembre de 1791, el gabinete de Washington decidió mostrarse partidario de continuar con el asunto para así demostrar a las empresas occidentales que se las tenía en cuenta, pero para realizarlo de manera que coincidiera con el plan de Jefferson de esperar a que España estuviera en una situación internacional difícil, lo cual no sucedía en 1791-92. Jefferson, entonces Secretario de Estado, se las arregló para que Short y el *Chargé d'Affaires*

en Madrid, William Carmichael, fueran nombrados representantes de los Estados Unidos a pesar de que Jáudenes le había advertido que no eran el tipo de personas que España aceptaría. Esto sucedía en febrero de 1792. Short no llegó a Madrid hasta un año más tarde, cuando España estaba a punto de entrar en guerra con Francia. Ya por entonces, la posición de España en el valle del Misisipí era más fuerte, gracias al éxito obtenido por Carondolet al vencer la oposición a la influencia española entre los indios del sur, que había sido instigada por William Augustus Bowles y los Estados Unidos.

El desafío de Bowles se inició en setiembre de 1791 cuando desembarcó en la bahía de los Apalaches. Al poco tiempo se entrevistó con los creek del sur y con los semínolas en Coweta, a quienes prometió la ayuda británica para crear el estado independiente de Muskogee y del cual él mismo sería gobernador si McGillivray era cesado en su cargo como líder de los creek. McGillivray y Panton iniciaron sus actividades para oponerse a esta amenaza, pero Carondolet hizo lo mismo. Se hicieron preparativos para enviar pequeños refuerzos para la guarnición de San Marcos, pero éstos no llegaron hasta después de que Bowles y sus aliados se hubiesen apoderado y desvalijado el almacén que Panton poseía en aquel lugar (enero de 1792). Después de este suceso, Bowles fue invitado a Nueva Orleans para discutir sus planes sobre los puertos libres y la independencia de los creek y, mientras Bowles estaba ausente, Panton, en compañía de algunos creek quiso recuperar lo que era suyo. Mientras tanto, en Nueva Orleans, Bowles parecía haber conseguido el apoyo de Carondolet, pero finalmente, este último decidió que el interés de España exigía la continuidad de la dependencia de los creek y que Panton, aunque era de nacionalidad británica, era preferible a otros comerciantes británicos que no se someterían al control español. Simulando su apoyo a Bowles, le convenció para que se dirigiese a La Habana para discutir su proyecto con el capitán general Las Casas. Al desembarcar, Bowles fue arrestado y conducido a diferentes cárceles españolas, ya que representaba una amenaza para el liderazgo de McGillivray entre los creek. Panton reasumió su papel como único proveedor para los creek bajo la tutela de McGillivray.

Desafío a la posición de España por parte de los Estados Unidos y Francia

Recién acababa Carondolet de deshacerse de Bowles cuando se vio en la necesidad de enfrentarse a un reto oficial por parte de los Estados Unidos contra dominio español sobre los indios del sur y el peligro de una invasión a Luisiana alentada por los franceses en un momento en el que aumentaba la animadversión contra los españoles entre la población francófona de Luisiana. La nueva política norteamericana se inició en 1790 y el Tratado de Nueva York fue una de sus primeras manifestaciones. La segunda fue el Tratado de Holston de 1791, que resolvía el problema de las disputas territoriales con los cherokee. Los representantes norteamericanos, tales como William Blount en Tennesee y James Seagrove en Georgia, trataron de convertir estos primeros pasos en realidades sólidas. Blount tenía la esperanza de establecer una base de intercambio en los bancos de Muscle para suministrar a los cherokee de allí y a los chikasaw de las proximidades, así como para atraer a los guerreros chickasaw, choctaw y cherokee con el propósito de que combatieran junto a los norteamericanos contra los indios de los territorios del noroeste. Invitó a los representantes de las tribus a una reunión que se celebraría en Nashville en agosto, pero sólo se presentaron los chickasaw; los creek, que eran sus vecinos más poderosos, habían advertido a los choctaw que no asistieran. Seagrove tenía la esperanza de convertirse en señor de las fronteras de Onconee que habían sido fijadas en Nueva York, pero que todavía no habían sido trazadas y así iniciar el comercio con los creek. Para cumplir con ambos objetivos, prestó ayuda a los creek del sur durante la sequía del verano de 1792. Pero al igual que le ocurrió a Blount, sus esfuerzos no se vieron recompensados.

El peligro francés había estado fraguándose durante cierto tiempo. Por una parte, la intranquilidad en Luisiana, que era un reflejo de la participación de personas comunes en la revolución y de los debates acerca de la abolición de la esclavitud y los derechos civiles concedidos a las personas de color libres, dentro del nuevo sistema provincial de gobierno decretado para Francia y sus colonias (ahora consideradas «provincias de ultramar») a partir de la primavera de 1791. Por otra parte, la intención por parte de Francia de recuperar el imperio perdido en 1763 –incluyendo Luisiana– se puso de manifiesto una vez que

España le declarara la guerra en febrero de 1793. La forma más visible de este nuevo imperialismo francés fue el esfuerzo realizado, en 1793, por parte del ciudadano Genêt para reclutar un ejército entre los colonos occidentales descontentos para invadir Luisiana. Al mismo tiempo, esto estaba conectado con el descontento popular en Luisiana y algunos pobladores veían con buenos ojos la posibilidad de una conquista francesa. Estos aspectos que presentaba la amenaza francesa deben ser estudiados antes de discutir la política fronteriza de Carondolet, ya que cada uno de ellos influyó en la cronología de sus acciones a lo largo de la frontera.

La preocupación del gobernador español en relación a la Revolución Francesa se remontaba a 1790, en el sentido de que ésta provocaría cierta intranquilidad entre los franceses y en especial entre los habitantes africanos de Luisiana. En el verano de 1790, el gobernador prohibió la inmigración de personas de color libres desde Santo Domingo. Sin embargo, no se tomó ninguna medida contra los blancos, ni tampoco contra la propaganda francesa que llegaba por correo. Los peligros, en lo que se refiere a todos aquellos que estaban relacionados con la población africana de Luisiana, se vieron confirmados por dos pequeños incidentes que se produjeron en Nueva Orleans en junio y julio de 1791, cuya autoría se achacó a la población negra libre y, asimismo, por el descubrimiento realizado en julio de ciertos planes concebidos por esclavos bambara y mina (o mandinga) para huir de sus dueños de Pointe Coupée, las autoridades de este sitio arrestaron a una docena de estos esclavos pero no los castigaron. El aumento de la violencia en Haití produjo una gran preocupación entre los dueños de esclavos del Caribe y de Luisiana. A medida que esta preocupación aumentaba, el gobernador Carondolet trataba de reducir el peligro de una insurrección por parte de los esclavos, estableciendo nuevos reglamentos para el cuidado de los esclavos, que fueron anunciados el 11 de julio de 1792. También llevó a cabo actos de fuerza con el propósito de encontrar y destruir las comunidades de negros cimarrones de la baja Luisiana. Sin embargo, los dueños de esclavos que atravesaban la mala situación económica de comienzos de 1790, no seguían las instrucciones establecidas en el reglamento, sino que, por el contrario, parecían haber optado por una conducta más abusiva en ciertos distritos. Carondolet, por su parte, no restringió la importación de esclavos desde las Indias occidentales francesas, ni de la propaganda radical que

alentaba los prejuicios antiespañoles de algunos residentes francófonos, especialmente entre los pobres de Nueva Orleans, quienes sufrían la peor situación económica.

La intranquilidad en Luisiana se incrementó y terminó por agravarse —por lo menos según la opinión de Carondolet— cuando España declaró la guerra a Francia en febrero de 1793, al producirse la ejecución de Luis XV. Por un lado, cabe citar la cena en la que Daniel Clark hijo —el 20 de abril de 1793— reunió a un selecto grupo de huéspedes norteamericanos y de residentes de Luisiana, quienes discutieron abiertamente la posibilidad de una invasión a la colonia por parte de un ejército occidental pagado por los franceses. Por otra, estaban los carteles que aparecieron en las paredes de Nueva Orleans que atacaban directamente a Carondolet y al gobierno y también las canciones —incluida La Marsellesa— algunas de las cuales ridiculizaban al gobernador, siendo entonadas por grupos de hombres que recorrían las calles a altas horas de la noche. Carondolet se quejaba en abril de 1793 de «los ciudadanos inadaptados y fanáticos de esta capital, cuya correspondencia con Francia la llena constantemente de intranquilidad y de agitadores cegados por la libertad y la igualdad» [1]. Como la tensión en la ciudad no hacía más que aumentar y corrían rumores de una invasión francesa, Carondolet llamó a la milicia e hizo una demostración de fuerza en Nueva Orleans en noviembre de 1793, anunciando públicamente que estaba realizando un ejercicio de movilización (lo que estaba haciendo realmente, pero con otro objetivo). Esta actividad, aparentemente, produjo una cierta tranquilidad durante un corto periodo, pero las noticias de las derrotas de los ejércitos españoles reavivaron el sentimiento antiespañol que durante el año de 1794 surgía y desaparecía de forma intermitente en Nueva Orleans. Como medida de precaución, Carondolet mantenía sus fuerzas militares regulares y la mayoría de los barcos de su escuadrón fluvial.

En otros lugares de la baja Luisiana, los sentimientos en favor de los franceses aumentaron durante la primavera de 1795, como ocurrió en Natchitoches, donde una banda de jóvenes guiados por un sacerdote francés amenazó a los funcionarios locales. Estos hombres ame-

[1] Carondolet a Alcudia, New Orleans, 23 de abril de 1793, en *American Historical Association, Annual Report* (Washington, 1896), I, 974-77.

nazaban con vengarse una vez que los franceses se apoderaran de la región. La brutal represión de la conspiración de los esclavos en Pointe Coupée en 1795, fue la catarsis sangrienta a que condujo este enfrentamiento entre las autoridades españolas y su temor a la insurrección, por una parte, y la inquietud –tanto de los esclavos como de la población libre– ocasionada por la Revolución Francesa, por otra. Obligado por el cabildo de Nueva Orleans a tomar medidas severas, Carondolet ordenó la ejecución de veintitrés esclavos y se cortaron las cabezas de los cuatro líderes, exhibiéndose en jaulas de hierro. Otros veintidós insurrectos recibieron entre 30 y 70 latigazos y fueron condenados a diez años de trabajos forzados en los fuertes de La Habana, otros nueve recibieron condenas de cinco años de reclusión en los fuertes, bajo la acusación de ser cómplices de los anteriores. Asimismo, los blancos Joseph Boyabal y Jorge Rochenbourg fueron sentenciados a seis años de trabajos forzados en los mismos fuertes, mientras que Jean Sorgo y Antonine Cossi fueron desterrados de por vida por haber incitado a los esclavos a la rebelión.

El peligro de que los franceses tomaran Luisiana como consecuencia de un pacto diplomático realizado en Europa, o bien, debido a una invasión por parte de un ejército occidental apoyado por los mismos franceses llegó a su punto álgido entre 1792 y 1795, pero finalmente desapareció. Este peligro se produjo como consecuencia de los planes de un grupo de imperialistas franceses, entre ellos, el almirante Kersaint, J. P., Brissoty, Pierre Lyonnet, antiguo vecino de Nueva Orleans. En estos planes cooperó también Francisco de Miranda, uno de los libertadores de Venezuela. Al iniciarse la guerra de 1793, el plan incluía el suministro de 10.000 mosquetes para un ejército que sería reclutado por Lyonnet, un tal Beaupoils y los antiguos patriotas norteamericanos Joel Barlow y Stephen Sayre. La invasión de Luisiana se llevaría a cabo en coordinación con el ataque de una fuerza naval francesa comandada por Miranda. Otros exilados norteamericanos tales como Gilbert Imlay y C. Monflorence animaron estos planes con manifestaciones exageradas acerca de la manera en que los colonos del oeste se ofrecerían a unirse al proyecto francés. Pero de acuerdo con lo que se sabe, no se envió a ninguno de los autores originales del plan a los Estados Unidos. En su lugar, se envió al ciudadano Genêt como representante de la Asamblea a los Estados Unidos. Genêt recibió instrucciones para que reclutara un ejército en los Estados Unidos con el propósito de

atacar la Florida oriental y Luisiana, mientras debía llevar a cabo una campaña propagandística para incitar a los francófonos de Luisiana a rebelarse antes o durante la invasión.

Genêt arribó a Charleston, Carolina del Sur, y rápidamente entró en contacto con hombres deseosos de reclutar las fuerzas necesarias para atacar a la Florida por el este. Luego siguió viaje hasta Filadelfia, donde inició su trabajo propagandístico y comenzó a organizar el ejército que atacaría Luisiana desde el oeste. Tanto George Rogers Clark como otros hombres que habían amenazado repetidamente con invadir a Luisiana durante los años anteriores, se unieron rápidamente a Genêt. Quizás sin saber que era más lo que decían que lo que hacían, les proporcionó dinero para que convencieran a otros para que se unieran a la causa. Las posibilidades parecían buenas ya que los colonos occidentales, con mucha frecuencia, habían manifestado de manera verbal su gran hostilidad hacia España debido a las restricciones que ésta imponía al uso del Misisipí, pero los esfuerzos que se realizaron para integrarlos en un ejército fracasaron. Los occidentales no se ponían de acuerdo en cuanto a la forma de llevar a cabo las actividades propuestas. Carondolet contrarrestó el descontento proponiendo no sólo una revisión de la política de fronteras, sino también reduciendo los impuestos sobre los productos transportados por el Misisipí, hasta un 6 %. El plan de Genêt también fracasó debido a que el gobierno de los Estados Unidos manifestó que la invasión de Luisiana (y de la Florida oriental) sería considerada como un acto criminal. Genêt gastó dinero pero no obtuvo ningún resultado. El gobierno de los Estados Unidos exigió que volviese a Francia.

El sucesor de Genêt como embajador de Francia en los Estados Unidos fue Jean-Antoine-Joseph Fauchet, quien el 6 de marzo de 1794 publicó una proclama retirando el apoyo francés a la expedición de Clark y Genêt. Dicha expedición ya afrontaba muchos problemas, no sólo debido al regreso de Genêt, sino también a que Clark, el doctor O'Fallon y otros, se disputaban el liderazgo. La información sobre la proclama de Fauchet llegó a Nueva Orleans en mayo de 1794, lo que eliminó una de las cargas más pesadas que soportaba Carondolet.

Mientras esto sucedía dentro del territorio de los Estados Unidos, las actividades de Genêt creaban un grave peligro –aunque todavía no era real– para el control español en Luisiana, peligro que estimuló a Carondolet a alimentar la histeria antifrancesa en Madrid, al informar

sobre signos, probablemente exagerados, del sentimiento antiespañol en la Baja Luisiana y de los peligros que suponía el ejército de Genêt (en el papel). Dichos informes ayudaron al gobernador a dar cierta urgencia a sus exigencias de tropas y dinero. Pero parecía que su principal preocupación consistía en oponerse a la amenaza por parte de los Estados Unidos, de la que el ejército de Genêt era sólo una parte, aunque importante, de las amenazas enunciadas por parte de los colonos occidentales de tomarse la justicia por sus propias manos y atacar Luisiana, ya que los españoles continuaban manteniéndolos alejados de las tierras que codiciaban y que eran reclamadas según el tratado angloamericano de 1782. Al mismo tiempo, esto les impedía utilizar el Misisipí sin restricciones.

La estrategia fronteriza de Carondolet

Los movimientos de Carondolet para oponerse a la política oficial de los Estados Unidos de 1790-91 y, desde la primavera de 1793, contra el peligro creciente de una invasión francesa, fue crear una alianza con los indios del sur, construyendo fuertes en las tierras altas de carácter estratégico a lo largo de las orillas del Misisipí, así como en otros lugares. El establecimiento de la alianza fue el primer paso. Para persuadir a McGillivray para que apoyara esta violación al Tratado de Nueva York, le ofreció una pensión muy elevada que sustituiría al dinero prometido por los Estados Unidos. Las actividades de Olivier dieron su fruto el 6 de julio de 1792, cuando McGillivray, actuando en nombre de los creek, firmó un tratado con Carondolet que le proporcionaba garantías territoriales mutuas. Entretanto, Panton viajó al territorio de los cherokee para reclutarlos para que combatieran del lado español ofreciéndoles y suministrándoles fusiles y municiones desde Pensacola. Les invitó a visitar Nueva Orleans durante el otoño, cuando, por deseo de Carondolet se llevaría a cabo un encuentro para discutir una posible confederación de los indios contra los Estados Unidos.

La reunión de Nueva Orleans se llevó a cabo en noviembre de 1792 con los jefes de los cherokee, choctaw y chickasaw, quienes demostraron un cierto interés por la confederación pero expusieron que debía considerarse la existencia de un comercio seguro. Carondolet se

comprometió a ello. Sus esfuerzos posteriores para llevarlo a cabo sin tomar en cuenta a los representantes de la Compañía de Panton y Leslie, perjudicaron sus relaciones con la misma sin obtener ganancias importantes. Al final, se permitió a la firma de Panton que abriese un almacén en los farallones de Chickasaw.

El plan seguido por Carondolet para introducir comerciantes no pertenecientes a la compañía, formaba parte de un proyecto más amplio para controlar los farallones de Chickasaw y utilizarlos, simultáneamente con otros lugares, dentro de su sistema defensivo. Al final, Pedro Andrés Rousseau, que era comandante del escuadrón fluvial del Misisipí, inspeccionó los farallones de Chickasaw buscando una ubicación para el fuerte, mientras regresaba río abajo después de haber reforzado Nuevo Madrid para oponerse a un ataque de los norteamericanos, que según pensaba Carondolet, podía producirse durante el invierno 1792-93. El temor de Carondolet se basaba en las intenciones que tenía Blount de establecer un centro de comercio en los bancos de Muscle, lo cual fue rechazado por el envío de un pequeño destacamento militar antes del encuentro de Nashville, de agosto de 1792. Los indios se opusieron a que los norteamericanos construyeran el puesto, pero esto no eliminó la posibilidad de una acción militar por parte de estos últimos. Rousseau visitó los farallones el 21 de marzo de 1793.

La otra zona que Carondolet deseaba que permaneciera bajo control español antes de que los norteamericanos se apoderaran de ella, era el valle del río Tombigbee. Éste conformaba un corredor estratégico que se encontraba justo al sur del banco de Muscle. El Tombigbee fluye hacia el sur hasta desembocar en el río Alabama y ambos se transforman en el río Mobile, que desemboca en el golfo de México en la bahía de Mobile, la mayor parte de su recorrido lo hace a través del territorio de los choctaw. Éstos accedieron al uso de un terreno cercano al antiguo fuerte francés en los términos señalados por el Tratado de Boucfouca, que fue firmado el 10 de mayo de 1793. Una vez que los otros grupos indígenas aceptaron la construcción del fuerte (Tratado de Nogales del 28 de octubre de 1793), Carondolet hizo construir una estructura y durante 1794 la dotó de una guarnición. Este puesto fue bautizado con el nombre de fuerte Confederación. A la compañía Panton y Leslie se le concedió una licencia exclusiva para comerciar allí.

Carondolet coronó la parte correspondiente a la alianza de su nueva política fronteriza con el Tratado de Nogales, firmado el 28 de octubre de 1793, bajo la presidencia de Gayoso, los choctaw, chickasaw, creek y cherokee firmaron el pacto de la confederación ofensiva-defensiva que incluía las garantías españolas de un apoyo diplomático a las reclamaciones territoriales de los indios, la estipulación de una serie de regalos anuales que habrían de ser llevados a sitios prefijados y la presencia permanente de agentes españoles de Indias.

Las disposiciones sobre los presentes y los lugares de entrega tenían como objeto no sólo consolidar la alianza, sino también inducir a los chikasaw a que permitieran la construcción del fuerte en el Tombigbee y otro en los farallones de Chickasaw.

El éxito de Carondolet en la creación de la confederación india no condujo de forma inmediata a nuevas acciones para refrenar la amenaza americana. La razón era que el Tratado de Nogales fue firmado en un periodo en el que las amenazas de invasión de Clark-Genêt y de insurrección en Nueva Orleans eran muy frecuentes. Como se ha comentado, Carondolet mantuvo a la mayoría de sus fuerzas regulares cerca de Nueva Orleans durante 1794. Incluso después de que Fauchet detuviera los preparativos de Clark, Carandolet tuvo que mantener a sus fuerzas alerta alrededor de Nueva Orleans, en donde consideraba que existía peligro de insurrección. Este peligro no disminuyó hasta finales de 1794 y volvió a resurgir brevemente en abril de 1795. En esta última ocasión el peligro de un levantamiento parecía tan inminente que Carondolet llamó a sus milicianos desde un lugar tan apartado hacia el norte como Pointe Coupeé. Asimismo, se reunieron los del escuadrón fluvial y sus tripulantes.

En la primavera de 1794, mientras Carondolet aún tenía sus fuerzas concentradas en Nueva Orleans, recibió una carta de Wilkinson fechada el 26 de febrero 1794. En ésta Wilkinson informaba que aunque Genêt se había marchado, los sentimientos antiespañoles y antiestadounidenses seguían siendo fuertes en Kentucky. Con recursos financieros apropiados, podría persuadir a muchos habitantes de Kentucky que para ellos su mayor interés estaba en la secesión de los Estados Unidos y en un acuerdo con España que incluiría la libre utilización del Misisipí. Debido a las cartas de los habitantes de la parte occidental que parecían apoyar las peticiones de Wilkinson, Carondolet escribió a Godoy pidiéndole permiso para continuar con las tratativas. Ca-

rondolet vio la secesión de Kentucky de los Estados Unidos (que podía llegar a convertirse en satélite de Luisiana) como una alternativa a la costosa defensa militar de la colonia.

La respuesta de Godoy a la posibilidad de una Kentucky independiente fue similar a su respuesta al Tratado de Nogales. La última, de forma más evidente que la primera, era parte de un plan para prepararse para la guerra con los Estados Unidos. Un plan que no coincidía con la política más inmediata de Godoy. Debido a la derrota sufrida a manos de la Francia revolucionaria en el otoño de 1793, Godoy estaba reajustando la posición internacional española. Una parte de ese reajuste consistía en tratar de reducir las tensiones con los Estados Unidos. Con este fin, en enero de 1794 Godoy había reconocido finalmente la responsabilidad de España en la reciente agresividad de los indios del sur. Ese reconocimiento sorprendió a los representantes de los Estados Unidos, Carmichael y Short, ya que durante casi un año Godoy había negado el papel que había jugado España en estos sucesos. Después de esto, Godoy hizo que el Consejo de Estado ratificara el Tratado de Nogales con la condición expresa de que nada en el Tratado llevaría a tomar acciones que pudieran dañar las relaciones amistosas con los Estados Unidos. Godoy y, posteriormente, el Consejo de Estado bajo su dirección, intentó mantener abiertas todas las opciones posibles y acordaron permitir que siguiera adelante la intriga y los otros planes de Carondolet, incluso cuando acordaban simultáneamente reabrir seriamente las negociaciones con los Estados Unidos. Estas decisiones se conocieron en Nueva Orleans a finales de 1794.

Mientras esperaba respuesta a sus peticiones para obtener fondos, Carondolet continuó su defensa agresiva de las declaraciones españolas llegando a acuerdos con otros vecinos de Luisiana y animando a los comerciantes de pieles a que ampliaran su influencia especialmente a lo largo del río Missouri, en donde los británicos constituían un peligro. De esta manera, Auguste Chouteau construyó el fuerte Carondolet de los Osagesen 1794 bajo las condiciones de un monopolio de seis años concedido por Carondolet, posteriormente confirmado por el gobierno español. En el Misisipí se fundó una compañía de comerciantes de pieles a comienzos de 1790, dirigida por Jacques Clamorgan con el consentimiento del gobierno para los múltiples intentos de detener a los comerciantes de pieles de Estados Unidos y británicos en el Missouri occidental y explorar una ruta transcontinental hasta el Océano

Pacífico. La compañía envió expediciones en 1794 y 1795. La última de éstas construyó un puesto cerca del actual emplazamiento de Omaha, en el estado de Nebraska, en agosto de 1795.

Una vez que el peligro de insurrección en Nueva Orleans pareció quedar atrás, en 1795, Carondolet ordenó nuevamente a su escuadrón fluvial que navegara hacia el norte en dirección a Nuevo Madrid. No mucho después que los navíos hubieran partido de Natchez el 14 de marzo, Gayoso fue informado de que 500 americanos marchaban supuestamente a ocupar los farallones de Chickasaw. Ordenó a la galera comandante ocuparlos y negociar con los chickasaw la obtención de un permiso para construir un fuerte. Informado Carondolet aprobó y ordenó a Gayoso que siguiera al escuadrón a los farallones y de ahí fuera a Nuevo Madrid en un viaje de inspección que le permitiera negociar con los representantes de los habitantes de Kentucky. Carondolet completaría de esta manera sus planes militares y vería si los habitantes de Kentucky aceptaban los términos que incluía en las instrucciones de Gayoso. Un informe que decía que la asamblea de Georgia había hecho una concesión de los farallones y de las tierras colindantes a una compañía, añadió apremio al proyecto.

Los navíos del escuadrón fluvial llegaron a Barrancas de Margo el 20 de abril de 1795. Un grupo de chickasaw a las órdenes del gran jefe Payemingo llegó dos días después para las conversaciones y la recepción de ofrendas. Apenas ocurrió nada porque los indios insistieron en esperar la llegada de Gayoso, quien llegó el 20 de mayo y enseguida obtuvo una aprobación provisional para que los españoles construyeran un fuerte con la aprobación final que llegaría de los jefes del pueblo.

El trabajo en el fuerte de San Fernando de las Barrancas empezó inmediatamente. La ocupación formal de la estructura, acabada sólo parcialmente, tuvo lugar el 30 de mayo de 1795. Gayoso permaneció allí hasta después de que un barco cargado de regalos llegara (6 de julio) y finalmente se despidió de los chickasaw quienes partieron para sus poblados el 11 de julio. Durante este periodo recibió y respondió a muchas preguntas del general Anthony Wayne comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en el oeste, que preguntaba qué hacían los españoles construyendo un fuerte en tierras americanas en tiempos de paz. La respuesta de Gayoso al efecto, fue que él respetaba cualquier posesión de los Estados Unidos (legítima). Como Wayne de-

bía haber sabido, los españoles no pensaban que los Estados Unidos tenían derecho a la orilla oriental del Misisipí bajo el río Ohio.

Después de dejar órdenes para la dirección de la guarnición, para su suministro de Nuevo Madrid y para el estacionamiento de parte del escuadrón fluvial en San Fernando, Gayoso continuó su viaje a Nuevo Madrid. Una vez allí envió mensajeros a los habitantes de Kentucky y finalmente recibió un número de respuestas que el historiador Abraham Nasitir caracteriza como «cartas largas, opacas y contradictorias» [2]. Después del viaje a otros asentamientos, Gayoso fue a la desembocadura del río Ohio supuestamente para dirigir el trabajo en un estacionamiento naval para el escuadrón fluvial, pero en realidad para esperar agentes confidenciales de los conspiradores de Kentucky. El agente que enviaron era Benjamín Sebastián, quien llegó a finales de diciembre de 1795. Él y Gayoso establecieron rápidamente que Gayoso carecía de autoridad para resolver muchos puntos delicados. No había otra solución sino descender a Nueva Orleans. Las conversaciones allí apenas habían empezado cuando Carondolet recibió una carta del rey fechada el 28 de octubre de 1795 informándole de la firma del Tratado de Pinckney. Los acontecimientos de Madrid evitaron a los habitantes de Kentucky la necesidad de seguir adelante.

Los sucesos diplomáticos

Según se iban desarrollando esos hechos en Luisiana, en Europa el ejército francés rechazaba una invasión española y después invadía el norte de España. Las victorias de los franceses se reflejaron en el levantamiento de la actividad antiespañola ya mencionada, pero esto también afectó a las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y España. Aquí estaba la crisis que Jefferson había estado esperando, la oportunidad de obtener las condiciones deseadas por los Estados Unidos gracias a los problemas de España en Europa.

Se recordará que el representante de los Estados Unidos, Short, llegó a Madrid en la primavera de 1793 justo cuando la guerra franco

[2] A. Nasitir, *Spanish War Wessels on the Mississippi, 1792-1796*, New Haven, 1968, p. 128.

española empezaba. Él y Carmichael no pudieron aprovecharse de la fortuna contraria a los intereses de España porque el gobierno español aún insistía en negociar con representantes de los Estados Unidos con un prestigio social más elevado que el de estos dos hombres. En mayo de 1794, España pidió nuevamente unos representantes apropiados e insinuó que nuevas negociaciones serían más fructíferas que las anteriores. El gobierno de los Estados Unidos respondió en noviembre de 1794 nombrando a Thomas Pinckeny, un distinguido personaje de Carolina del Sur y ministro de los Estados Unidos en Gran Bretaña, como agente especial para ir a Madrid y continuar las negociaciones.

Pinckney recibió la notificación de su nombramiento a comienzos de 1795 y decidió permanecer en Londres durante unos meses. La causa de su demora era que estaba a la espera de saber si el senado de los Estados Unidos había ratificado el Tratado de Jay que había sido firmado el 19 de noviembre de 1794. Este tratado tenía la finalidad de acabar con la presencia británica en el territorio noroccidental y su ayuda a los indios de esa región que continuaban resistiéndose a la colonización americana. Las demandas entre Estados Unidos y británicos también debían ser resueltas con cada gobierno pagando a sus propios súbditos.

Al principio, el gobierno español no conocía las condiciones del Tratado de Jay y temía que las negociaciones secretas que llevaron a éste podrían indicar una alianza entre Estados Unidos e Inglaterra dirigida contra España. Este temor era tan grande que en junio de 1794 el Consejo de Estado español acordó dar a los Estados Unidos lo que deseaba si éstos a su vez establecían una alianza defensiva y garantizaban la integridad territorial del resto de la Luisiana española. El retraso de Pinckney para ir a Madrid permitió a los españoles conocer los términos del Tratado de Jay. Juzgaron acertadamente que lejos de ser una alianza no podrían ni siquiera resolver las diferencias pendientes. Esto dio a Godoy una posición más fuerte en las negociaciones con Pinckney. No hizo uso de esto porque él y el Consejo de Estado estaban concluyendo las negociaciones con Francia las cuales hicieron que un acuerdo con los Estados Unidos fuera incluso más necesario que antes, cuando habían estado en peligro de guerra en el valle del Misisipí.

Las victorias galas en 1793-94 llevaron a negociaciones en las que los franceses dejaron claro que estarían de acuerdo con la paz sólo si los españoles acordaban cambiar sus posturas y unirse a Francia en una

alianza contra Gran Bretaña y sus aliados, la mayor parte de los cuales eran enemigos naturales de España por ambiciones territoriales conflictivas en Italia y las Américas. Los españoles que nunca estuvieron contentos con su alianza con Inglaterra, aceptaron. Los franceses también presionaron a los españoles para ceder Luisiana y su mitad de la Española, pero abandonaron su intención de pedir Luisiana cuando los españoles se negaron. El jefe negociador francés escribió más tarde que él no presionó por Luisiana por su temor a lo que el gobierno revolucionario podría hacer si estuviera en su posesión. Los franceses se conformaron con la parte oriental de la Española. El Tratado resultante se firmó en Basilea el 22 de julio de 1795. Se esperaba que España se uniera formalmente a Francia en la guerra con Gran Bretaña, probablemente en 1796 a no ser que los británicos atacaran antes. La posibilidad de que comenzara esta guerra hacía imperativo arreglar todos los potenciales conflictos españoles, especialmente en vista del informe del Ministro de Hacienda Diego de Gardoqui sobre el estado tan catastrófico de las finanzas españolas.

Las negociaciones de Pinckeny y Godoy se desarrollaron rápidamente después de la ratificación del Tratado de Basilea. El 14 de agosto el Consejo de Estado decidió dar a los Estados Unidos la frontera a 31 grados de latitud norte y los derechos a usar el Misisipí sin pedir nada a cambio. La neutralidad de los Estados Unidos en la guerra que se avecinaba con Gran Bretaña era esencial porque esa guerra probablemente provocaría una invasión británica de una de las colonias españolas en el Caribe o tal vez de Nueva España. Aun así, la conclusión del tratado llevó dos meses más. El Tratado de San Lorenzo, también conocido como el Tratado de Pinckeny se firmó el 20 de octubre de 1795.

Según los términos del Tratado de Pinckney la frontera entre Luisiana y la Florida y los Estados Unidos estaría a 31 grados al norte del río Misisipí, en el río Chatahoochee y de allí en dirección sur hasta la mitad de ese río hasta la desembocadura del río Flint, de allí hacia el este, en esa misma latitud hasta el río Saint Mary, de allí hacia su centro y hasta el mar. Los grupos de topógrafos debieron encontrarse en Natchez para determinar la línea. Los americanos podían usar el Misisipí hasta el mar a través de territorio español. Ambos lados se esforzarían en mantener a los indios en sus áreas respectivas pacíficas y neutrales al igual que entre ellos y otros grupos. Se concedió a los

americanos un derecho de depósito. Durante los tres años siguientes del intercambio de ratificación, el depósito estaría en Nueva Orleans, pero después de eso los españoles podrían trasladar éste a algún otro punto a la «Isla de Orleans». Los artículos colocados en el depósito no pagarían impuestos, y unos costos de almacenamiento moderados siempre que fueran reexportados a territorio de los Estados Unidos.

Enfrentado a la posibilidad de una guerra con Gran Bretaña, Godoy utilizó el Tratado de Pinckney para ganar tiempo en la confrontación española con los Estados Unidos sobre las tierras «suroccidentales» y el río Misisipí y lo que él esperaba que sería la neutralidad de Estados Unidos en la guerra. Que él hiciera honor a los acuerdos del tratado una vez ratificado quedaba por ser visto. Se hallaba ya en negociaciones con los franceses que le presionaban para la devolución de Luisiana. Por entonces para ellos también su respuesta fue firmar un tratado cuya ejecución se llevaría a cabo en el futuro y ver así qué oportunidades ofrecía el futuro. Éste y otros acontecimientos entre 1795 y 1803 componen el tema de el siguiente capítulo.

Capítulo VIII

LA REGRESIÓN DE LA MAREA IMPERIAL EN EL VALLE DEL MISISIPÍ, 1795-1803

La recepción de las noticias acerca de la firma del tratado de Pinckney no supuso ninguna clase de cambios inmediatos, tanto en lo que respecta a la realidad interna como a la vida económica de Luisiana y sus guarniciones situadas a lo largo del curso del Misisipí. Por otra parte, tampoco ocasionó incidentes fronterizos con los Estados Unidos ni con los indios del sureste. Hasta que el tratado fue ratificado, los funcionarios españoles enviados a Luisiana continuaron realizando sus tareas siguiendo las instrucciones marcadas y los recientes acontecimientos. Sin duda alguna, Carondolet y Gayoso estaban consternados por el hecho de que Godoy hubiera renunciado a las ventajas que ellos habían conseguido e intentaron convencerle de que no debía rendirse. Al fin y al cabo, el empeoramiento de la situación de España en Europa se tradujo en órdenes concretas para evacuar la costa oriental del Misisipí, más allá de los 31 grados de latitud norte.

Esta misma situación obligó a los españoles a levantar en 1797 las restricciones que aún se aplicaban al comercio con los Estados Unidos. Asimismo les obligó a oír y, finalmente, en 1800, acceder, a las propuestas francesas para volver a ceder la colonia a cambio de la creación y el reconocimiento de un reino para Fernando, Duque de Parma y hermano de la reina María Luisa. La guerra con Gran Bretaña hizo necesaria la firma del tratado de Pinckney y el levantamiento de las restricciones comerciales. La condición necesaria para la cesión era la existencia de una paz europea que contribuyera al reconocimiento del nuevo reino.

La firma de la Paz de Amiens en 1802 puso en marcha la cesión, pero Napoleón decidió vender Luisiana a los Estados Unidos antes que

incorporarla al imperio francés. Interesado por mantener su posición en los Países Bajos y, sabiendo que provocaría una guerra con Gran Bretaña, vendió el territorio para evitar la responsabilidad militar implícita que supondría la cólera de ciertas potencias occidentales al saber que España, una potencia débil, podría ser reemplazada por Francia —por aquel entonces, una nación mucho más pujante— a quien se consideraba culpable de la suspensión del *Depósito* en Nueva Orleans, hacia finales de 1802. El agente francés, Pedro Clement Laussat, asumió brevemente el control de Nueva Orleans en diciembre de 1803, pero unos días más tarde, el día 20 de aquel mismo mes, transfirió la colonia a los Estados Unidos. Así finalizó el dominio español sobre la mayor parte de Luisiana. Un final que ya había sido anunciado por la dependencia casi total que la colonia tenía de la marina mercante y la estructura comercial americana. Asimismo, en ese momento, probablemente un tercio de la población blanca de la Baja Luisiana era anglófona.

Retrasos en la entrada en vigor del tratado de Pinckney

La ratificación del tratado de Pinckney, el despacho de copias oficiales y la designación de los comisionados que debían llevar a cabo la supervisión de las fronteras, supuso cierto tiempo, momento aprovechado tanto por los funcionarios de Madrid, como los destacados en Nueva Orleans, para reconsiderar sus respectivas posiciones. El 25 de abril de 1796 se firmó el tratado en la ciudad de Washington. La copia oficial no llegó a Nueva Orleans hasta agosto y no incluía ninguna clase de órdenes a fin de poner en funcionamiento el depósito. De esta manera, cuando el 23 de diciembre de 1796 llegó a Nueva Orleans un barco americano y reclamó el derecho de depósito, Carondolet lo rechazó.

La evacuación de las fuerzas españolas de la costa oriental del Misisipí por encima de los 31 grados de latitud norte, un punto importante que señalaba el tratado de Pinckney, se complicó debido a los esfuerzos de Carondolet por dotar al resto de la Luisiana española de defensas adecuadas en previsión de un posible ataque inglés o angloamericano y, de paso, facilitar las ambiciones imperiales que aún albergaba junto a Gayoso. Algunos rumores hablaban de la intención cons-

tante de los estados occidentales por llevar a cabo una acción directa contra la Luisiana española, mientras otros hacían referencia a la posibilidad del estallido de un conflicto entre España y Gran Bretaña. Los informes al respecto son tan numerosos, que hoy en día resulta difícil decidir cuál es el más veraz. Así, en el verano de 1796, se decía que los ingleses atacarían San Luis, mientras que en el transcurso de 1797 la información relacionada con la conspiración de Blount hablaba de la posibilidad de un ataque anglonorteamericano a lo largo de todo el curso del Misisipí. Incluso existían informes que decían que los franceses aún intentarían organizar a la población francófona para que se rebelase. El viaje del general francés Victor Collet contribuyó a alimentar este rumor. Dicha clase de habladurías sólo comenzarán a menguar después de la total entrada en vigor del tratado de Pinckney. Todos compartían la preocupación por la amenaza que suponía el hecho de que algunos habitantes occidentales, no conformes aún por las pocas restricciones impuestas al comercio establecido a orillas del Misisipí, se aliasen a aquellos que pudiesen ayudarles a poner fin a la irritación ocasionada por el control de España sobre Nueva Orleans. Se trata de una vieja canción, cantada por nuevos intérpretes.

La respuesta de los españoles se vio expresada de dos maneras distintas en 1796 y 1797. Por una parte, la respuesta imperialista estaba representada por las declaraciones de Gayoso de junio de 1796, en donde afirmaba que España había retrasado la puesta en vigor del tratado, utilizando como excusa la demora de los británicos en implementar las disposiciones del tratado de Jay para la evacuación del territorio del noroeste. Mientras los británicos permanecieran en Detroit, representaban una amenaza para la Alta Luisiana. Carondolet fue más directo. Envió nuevamente a Thomas Power para que estableciera contacto con Wilkinson, entre otros. Finalmente, Power alcanzó a Wilkinson en Detroit después de verse asediado por agentes enviados por Ellicott y tras detenerse en Kentucky para ver a Benjamín Sebastián. El mensaje que debía transmitirle consistía en que Carondolet estaba dispuesto a ofrecer 100.000 pesos en efectivo, 100.000 pesos en municiones, y 20 piezas de artillería para sostener un movimiento de secesión en la región occidental. El límite del territorio independiente occidental se establecería a la altura del río Yazoo. Sebastián reaccionó con serenidad ante tal idea. Wilkinson arrestó a Power para desviar la atención puesta en sus reuniones, en las cuales expuso que el tratado de

Pinckney había eliminado cualquier interés occidental en la secesión. Pero poco dispuesto a abandonar la posibilidad de una jubilación, que le correspondería pagar a España, Wilkinson prometió que, una vez que ocupase el cargo de gobernador en Natchez, buscaría nuevas perspectivas para ayudar a sus amigos españoles. Ésta constituyó una promesa vacía que servía principalmente para acelerar el pago de 640 pesos, que, aseguraba, aún le debían.

La respuesta militar puede constatarse en las órdenes que Carondolet dio al teniente coronel Carlos Howard, fechadas el 26 de noviembre de 1796. Según éstas, Howard debía proceder a desmantelar el fuerte de San Fernando de las Barrancas (Nogales), apoderarse de todo cuanto fuese útil para la defensa de San Luis y prepararlo contra un posible ataque británico desde Canadá en la primavera de 1797. Asimismo, Howard debía identificar a los «Jacobinos», quienes, según los informes, se encontraban en San Luis, arrestarlos y enviarlos a Nueva Orleans para someterlos a juicio. Posteriormente, debía conducir a los ingleses desde el nacimiento del río Missouri, en donde poseían una factoría a la altura de Mandan. Actuando bajo sus órdenes, Howard partió de Nueva Orleans a finales de noviembre de 1796. Después de hacer escala en Natchez, alcanzó el fuerte de San Fernando a principios de marzo. El 5 de marzo de 1797, se dio inicio al desmantelamiento del fuerte. Los maderos fueron transportados por el río hasta Campo de la Esperanza, un puesto que la escuadra del río había planeado utilizar en el futuro, a pesar de no hallarse situado en una colina. La artillería y otros valiosos pertrechos fueron cargados a bordo de los barcos de la escuadra del río. La evacuación y demolición del fuerte culminó hacia el 20 de marzo. Los barcos navegaron río arriba hasta Nuevo Madrid y el 27 de abril llegaron a San Luis. Howard permaneció en San Luis hasta finales de julio, fortificando la ciudad y creando las disposiciones para vigilar la desembocadura del río Demoines y a otros puntos desde donde los comerciantes británicos abandonaban el suelo americano para entrar en territorio español. Dejando dos patrulleras, Howard regresó a Nueva Orleans con el resto de la escuadra. Obedeciendo a razones de carácter práctico, los españoles abandonaron la Alta Luisiana a su suerte, mientras reunían recursos militares y navales, tal como habían hecho en la Baja Luisiana.

Siguiendo órdenes distintas, Carondolet retiró las guarniciones del fuerte Confederación y San Stephens. Ambas estaban situadas junto al

río Tombigbee y constituían el medio a través del cual los españoles habían ejercido su influencia entre los choctaw.

Mientras se llevaban a cabo estas maniobras militares, el comisionado de los Estados Unidos para la transferencia de Natchez y la inspección de la frontera, Andrew Ellicott, llegó a Natchez el 24 de febrero de 1797. Éste consideró que Gayoso era una persona afable, pero poco dispuesta a entregar la provincia o dar inicio a la inspección. Dijo a Ellicott que el fuerte de Panmure no se encontraba en buen estado para la transferencia y que debían efectuarse ciertas formalidades en Nueva Orleans, donde Ellicott rehusó ir.

La negación de Gayoso a entregar el cargo de vicegobernador (y posiblemente también sus propiedades en Natchez) se vio recompensada en abril, cuando Carondolet recibió una orden desde Madrid fechada el 27 de octubre de 1796, para suspender la ejecución del tratado de Pinckney. Esta orden constituía la respuesta de Madrid a los informes acerca de un plan británico para apoderarse del territorio del noroeste en la primavera de 1797.

Conocido históricamente como la conspiración de Blount, el plan que obligó a Madrid a suspender la ejecución del tratado de Pinckney suponía tres ataques sobre Luisiana. Los indios y americanos del valle de Ohio atacarían Nuevo Madrid; los habitantes de Tennessee y los choctaw seguirían a William Blount –antiguo gobernador territorial de Tennessee y que en aquel momento ocupaba el cargo de senador de los Estados Unidos– para atacar Nueva Orleans; el capitán John Chisholm debía guiar a los indios del sur y a los hombres de Georgia para atacar Pensacola. Por su parte, Gran Bretaña debía suministrar los fondos y los escuadrones de bloqueo para Nueva Orleans y Pensacola. El general Collet descubrió las líneas generales del plan durante su viaje de inspección, porque ciertos occidentales habían creído erróneamente que los franceses contribuirían en el apoyo de dicho plan, revelándole algunos detalles. La conspiración se hizo pública el 3 de julio de 1797, cuando el presidente de los Estados Unidos, John Quincy Adams, envió al Congreso copias de una carta que Blount había escrito en abril. Su revelación eliminó cualquier interés que el gobierno británico pudiese haber manifestado en dicho plan. Aparentemente, tal interés era superficial. Para una mayor comprensión de esta conspiración, es preciso recordar que Blount estuvo involucrado durante largo tiempo en la especulación de tierras en el oeste y que habían existido planes si-

milares para atacar Luisiana (por ejemplo, el plan Clark-Genet). Pero hasta que la conspiración fue desarticulada debido a su divulgación, los funcionarios en España y en Luisiana debían contemplar la posibilidad de un ataque. El control continuo sobre Nogales y Natchez constituyó un elemento esencial para la defensa de Luisiana. Ellicott tuvo que esperar.

Tras recibir la orden del 27 de octubre, Gayoso fue aún más ambiguo al responder a las indagaciones de Ellicott acerca del momento en que Natchez pasaría a manos americanas. Por otra parte, Gayoso continuó las reparaciones del fuerte de Panmure, que constituiría la defensa de Natchez. Esta vez, recurrió a la excusa de sentir una fuerte preocupación por los indios y una cierta agitación por el constante peligro de los planes británicos en el territorio del noroeste. Los indios se mostraban inquietos puesto que se resistían a permanecer bajo el control de los Estados Unidos y la conspiración de Blount aún no era del dominio público. A su vez, España y Gran Bretaña entrarán también en guerra. No obstante, Ellicott vio claramente las intenciones que se ocultaban tras las excusas de Gayoso y comprendió que los españoles no tenían la intención de entregar Natchez, ni siquiera después de la llegada de su escolta militar. Dicha escolta consistía de algunos hombres y el teniente Percy Smith Pope, conocido como «Pope el loco». No obstante, Gayoso tenía cierta razón en sus reclamaciones. Los españoles, por otra parte, reconstruyeron el fuerte en Nogales y fortalecieron su guarnición en el puesto de Arkansas, ante la posibilidad de un eventual ataque por parte de los británicos. La respuesta de Ellicott y de Pope a estas maniobras de los españoles consistió en instigar a los residentes de Natchez para que se rebelasen. Los americanos que habían llegado más recientemente desde la frontera eran especialmente susceptibles a estas ideas. Muchos esperaban adquirir tierras y otros beneficios al encontrarse en Natchez en el momento de la transferencia, pero sus esperanzas se vieron frustradas. Otros eran bautistas o metodistas y estaban seriamente contrariados por el hecho de que las leyes españolas les prohibían practicar su religión. Algunos residentes más antiguos de Natchez tenían otra razón para querer librarse de los españoles: las deudas contraídas debido a la crisis del tabaco. Gayoso había establecido una moratoria y una posterior refinanciación de gran parte de estas deudas, pero éstas aún pesaban sobre los hombros de algunos de los plantadores. El fin del mandato español podía significar

el fin de estas deudas, ya que, de esta manera, los comerciantes de Nueva Orleans que habían contraído las deudas se encontrarían en un país extranjero. Había, además, otros residentes que veían con malos ojos a Gayoso y a los españoles.

El incidente que desencadenó la «revuelta de Natchez» de 1797 fue el arresto del 9 de junio de Barton Hannon, un predicador bautista que desafiaba constantemente las leyes españolas en público. Al día siguiente, la gente comenzó a reunirse de forma multitudinaria en las casas de los conspiradores más influyentes, con quienes Ellicott y Pope mantuvieron acaloradas discusiones. Gayoso se retiró a su fuerte, junto con sus escasos soldados y algunos milicianos leales. Allí permaneció hasta el 21 de junio, fortaleciendo sus defensas y en espera de refuerzos. Mientras tanto, los rebeldes controlaban la ciudad y discutían acerca de los pasos a seguir. La llegada de las tropas españolas decidieron el desenlace. Finalmente, se llegó a un acuerdo.

Gayoso estuvo de acuerdo en que ningún ciudadano de los Estados Unidos debería ser castigado por su participación en la «rebelión» ni podía ser obligado a servir en el milicia excepto en el caso de un ataque indio, una revuelta, o la insurrección de los esclavos. Esto libró a los americanos de cualquier posibilidad de verse involucrados en una guerra anglo-española en el valle del Misisipí. Además, ningún ciudadano que hubiese participado en la rebelión sería conducido fuera de Natchez para ser sometido a juicio. Y finalmente, el área sería considerada neutral, mientras estuviese bajo administración española, hasta que la transferencia se resolviese a un nivel más alto. Cuando los residentes se opusieron al poder de Carlos de Grand Pré, el capitán Stephen Minor fue designado para dirigir el fuerte y las fuerzas españolas.

Tras resolver la crisis, Gayoso se vio libre para dejar Natchez y desempeñar el cargo de gobernador de Luisiana, el cual le había sido de signado en octubre de 1796. Partió hacia Nueva Orleans a finales dejulio de 1797.

La puesta en vigor del tratado de Pinckney

En enero de 1798, Madrid envió una nueva orden (fechada el 23 de setiembre de 1797) para llevar a efectos por completo el tratado de Pinckney. A continuación, fueron enviadas nuevas órdenes para eva-

cuar Nogales y Natchez. El fuerte de Nogales fue evacuado y destruido el 23 de marzo. El fuerte de Panmure, situado en Natchez, fue evacuado el 30 de marzo, algunos días después de que el capitán estadounidense Guion llegase con tropas suficientes para controlar la situación. El general James Wilkinson y la mayor parte de sus soldados llegaron el 26 de mayo de 1798. Diversos retrasos de menor importancia evitaron que se determinase la latitud de la frontera (31 grados de latitud norte) hasta el 31 de mayo, fecha en que se trazó la primera demarcación. A partir de ese momento, Gayoso hizo todo cuanto pudo para mantener la calma entre los indios y colaborar con el equipo destinado a elaborar el informe territorial, que se enfrentó a considerables dificultades. La frontera no fue totalmente trazada hasta el Atlántico sino hasta mediados de 1800.

Después de realizada la transferencia de Natchez a los americanos, el traslado de las fuerzas españolas de Nogales, e iniciados los preparativos para levantar los planos de la frontera, la única parte del tratado de Pinckney que quedaba por resolver era el Depósito. Obedeciendo a las mismas órdenes que demandaban la evacuación de la ribera oriental del Misisipí, Gayoso abrió el Depósito en abril de 1798. Apenas tres meses después, en julio, el puerto de Nueva Orleans fue abierto a los barcos neutrales durante la guerra con Gran Bretaña. La orden fue emitida en noviembre de 1797. Los historiadores sitúan el comienzo del declive del control económico de España sobre muchas de sus denominadas «colonias periféricas» (por ejemplo, Venezuela, el río la Plata) a partir de este decreto. Luisiana, que en aquel momento comenzaba a percibir la influencia económica de los Estados Unidos debido a los decretos de 1788 y de 1793, era un ejemplo de estos fenómenos.

Tal como vimos en el Capítulo VI, el tratado comercial de 1793 dio lugar a un aumento inmediato en el valor de las importaciones y de las exportaciones entre Luisiana y los Estados Unidos, de manera que las exportaciones a los Estados Unidos alcanzaron rápidamente más del 60 % del total en 1794 y 1795, mientras que sus importaciones desde los Estados Unidos alcanzaron un promedio del 77,5 % del total durante los mismos años. Sin embargo, dichos niveles no se mantuvieron durante los dos años siguientes (1796-97) debido a que numerosos corsarios británicos desarrollaron sus actividades en la ruta marítima de Nueva Orleans. Los barcos americanos, a pesar de pertenecer a una na-

ción neutral, eran detenidos en el caso de llevar productos hacia Nueva Orleans o bien, si procedían de dicho puerto (lo mismo ocurría con Pensacola). Por otra parte, los corsarios británicos impidieron el envío de la subvención anual (el situado) desde Nueva España, ocasionando la escasez de moneda en Luisiana, lo cual también obstaculizó el comercio. Debido a estas presiones, las exportaciones a los Estados Unidos cayeron hasta alcanzar cifras comprendidas entre un 51 y un 54 % del total, mientras que las importaciones disminuyeron a un 40 % en 1796 y aumentan hasta un 91 % en 1797. En gran medida debido a esta última cifra, la balanza comercial se inclinó marcadamente en favor de los Estados Unidos en 1797.

La apertura del Depósito y la posterior aparición del decreto sobre el comercio con las fuerzas neutrales produjo un alza aparente en todos los sectores del comercio de Luisiana con los Estados Unidos. A pesar de que las comunidades occidentales habían ido incrementando sus actividades comerciales con Nueva Orleans desde que el decreto de 1787 les permitió hacerlo, sujetos a un pago de impuestos de un 15 % –vigentes hasta 1793– cuando se vieron reducidos a un 6 %, la apertura del Depósito produjo en apariencia lo que el historiador económico John Clark denominó un precipitado incremento de embarques Misisipí abajo. De los quizás 6.000 barriles de harina que llegaron a Nueva Orleans a principios de 1790, se llegó a alcanzar cerca de 90.000 hacia 1801. Se desconocen las cantidades de tabaco y otros productos occidentales, pero aparentemente aumentaron también de un modo notable.

El valor de las exportaciones de Luisiana a los Estados Unidos se recuperó en 1798 de sus cotas mínimas alcanzadas en 1797. Los porcentajes de exportaciones totales variaron durante los siguientes años de un mínimo de 35 % a un máximo de 79 %, mientras el valor de las exportaciones aumentaron constantemente excepto por una breve caída en 1800. En promedio, se obtuvieron 1,9 millones de reales por año. Las importaciones, que ya movían grandes sumas, continuaron haciéndolo así, aumentando gradualmente de un valor de 3,4 millones de reales (de 1798) hasta una cifra ligeramente superior a los 4 millones de reales (1802). El promedio, de 1798 a 1802, fue de 5,5 millones de reales anuales. En general Luisiana importó 2,85 veces más, en valor, de lo que exportó a los Estados Unidos, de 1798 a 1802. Sin embargo, no todos estos bienes permanecieron en territorio español.

Las cifras anuales, de 1796 a 1802, sobre las actividades comerciales de Luisiana con los EE.UU. pueden verse en la tabla 9.1. Las cifras oficiales estadounidenses para el valor de la exportaciones en dólares —y reexportaciones a Luisiana y a las dos Floridas—, de 1789 a 1803, aunque tomadas en periodos de tiempo diferentes de las cifras que se representan, también muestran el impacto del decreto comercial de 1793 y la apertura del Depósito en 1798. En la tabla 9.2 pueden verse estas cifras.

Tabla 9.1

Valor de las importaciones y exportaciones de Luisiana con los Estados Unidos, 1796-1802

Fecha	Valor en reales	Barcos E.U.	Export. %	Valor en reales	Barcos E.U.	Import. %
1796	1.483.382	24	51	932.016	21	40
1797	979.515	17	54	3.391.069	30	91
1798	1.103.505	31	55	3.431.637	37	100
1799	1.989.846	64	35	8.378.063	70	95
1800	1.887.247	77	66	4.489.081	62	73
1801	1.932.959	101	79	6.874.697	68	81
1802	2.685.565	79	36	4.138.128	64	60

Fuente: J. Lorente Miguel, «Commercial Relations Between New Orleans and the United States, 1783-1803», en J. Barbier y A. Khuete (eds.), *The North American Role in the Spanish Imperial Economy, 1760-1819*, Dover, 1984, pp. 180-186.

Diversas narraciones de la época revelan que las autoridades españolas en Nueva Orleans, así como los americanos que descendían el Misisipí o llegaban por barco para colocar sus productos en el Depósito pendiente de embarque, arrojan ideas diferentes acerca del modo en que el Depósito debía llevar a cabo sus actividades. Los americanos aparentemente esperaban que sus bienes pudieran ser desembarcados, almacenados y reembarcados sin papeleos. En cambio, los españoles insistían en cumplir una serie de formalidades que los americanos veían como una clase de persecución y extorsión, pero que pretendían asegurar que todos los productos que entraban en la Luisiana española,

tanto a través del Depósito como directamente, pagase su correspondiente impuesto. El soborno, como una manera de acelerar el trabajo de oficina necesario, parece que se convirtió en algo bastante común.

Las formalidades españolas comenzaban introduciendo guardias en las barcas y en los veleros que llegaban a Nueva Orleans. El capitán u otra persona a cargo del cargamento tenía entonces que obtener varios permisos, así como garantías de que se pagaría la tasa correspondiente si los bienes se vendían realmente en Nueva Orleans, en lugar de ser reembarcados. Las garantías llegaron a ser el trámite más odiado por todo el mundo ya que únicamente los residentes y los comerciantes de Nueva Orleans podían proporcionárselos y, a menudo, sólo se lo podían dar si los productos estaban consignados al fiador. Cada permiso, las garantías y todos los movimientos de los productos en y fuera del almacén (Depósito) tenían que ser notariados, pagando los respectivos honorarios. Los comerciantes cobraban comisiones en los productos así como unos honorarios por las garantías. Si los productos debían realmente trasladarse del almacén hacia suelo español, aunque sólo fuese para que pudiesen embarcarse, estaban sujetos tanto a la tasa de importación como de exportación.

Este sistema de aparente extorsión no resultó tan malo como pudiera haber sido. Una vez permitido el comercio con los estados neutrales, la actuación del intendente Juan Ventura Morales se concentró en reducir los impuestos en todas las importaciones de los Estados Unidos hasta un 6 %, de los 15 % (20 % para los licores) que existía a raíz del decreto de 1793, al tiempo que todos los productos embarcados al norte de Nueva Orleans estaban exentos del pago, tanto si tenían como destino la costa española como si era la costa americana. Previamente, los productos introducidos en Nueva Orleans, pero no colocados en el depósito, debían pagar el 6 % sobre exportación a los asentamientos americanos. También modificó las tarifas de exportación de modo que aquellos productos de Luisiana embarcados en navíos de los Estados Unidos pagaban la misma tasa del 6 % que si se hubiesen embarcado bajo bandera española. De acuerdo con el historiador John Clark, los productos embarcados en navíos de los Estados Unidos estaban sujetos a una tasa de hasta el 21 % *ad valorum*. Y, no teniendo bastante, Ventura Morales permitió la reexportación de los productos de Nueva Orleans a La Habana y a Veracruz en términos liberales.

Tabla 9.2

Valor de las exportaciones de los Estados Unidos a Luisiana y Florida

(En dólares americanos)
(Del 1 de octubre al 30 de setiembre)

Años	Cantidad
1789-1790	
1790-1791	25.226
1791-1792	36.544
1792-1793	164.475
1793-1794	186.452
1794-1795	1.113.763
1795-1796	475.992
1796-1797	915.252
1797-1798	1.073.617
1798-1799	3.504.092
1799-1800	2.035.789
1800-1801	1.408.029
1801-1802	2.075.614
1802-1803	1.404.582

Fuente: *New American State Papers*.

El contrabando a estos destinos continuó también, generalmente junto con embarques de cajas de azúcar en el caso de La Habana.

Mientras estos convenios beneficiaron a los consumidores en Luisiana y en el distrito de Natchez (así como a lo largo del Misisipí), no significaron nada para los cultivadores americanos o para los capitanes de las barcazas que querían exportar sus productos a través de Nueva Orleans. Así, se veían obligados a poner sus productos en el Depósito, lo que significaba tener gastos y dificultades (como ya se ha señalado), o el pago de unas tasas del 12 % *ad valorum* por haberlos exportado en barcos de bandera española. Este impuesto surgió debido a que los productos en cuestión tenían que ser importados hacia la Luisiana española antes de ser exportados.

Cuando el informe sobre esta situación —que era el doble en otros puertos coloniales españoles— llegó a Madrid, dio como resultado la aparición de una orden en 1799, repetida en 1800, prohibiendo todo comercio con los estados neutrales y que el comercio de Luisiana se efectuase únicamente en barcos de bandera española. El Depósito no

fue suspendido, pero los oficiales de aduana tuvieron que imponer las reglas de un modo estricto.

El decreto de 1799 fue bienvenido en Nueva Orleans, con las protestas de la comunidad de comerciantes, encabezados por los cónsules americanos no oficiales, Daniel Clark, Jr. y Evan Jones, el Cabildo y su fiscal general. Todos ellos se quejaban de que si se forzaba el decreto se destruiría el comercio y el resultado sería un aumento del contrabando en la colonia. Los cultivadores estaban por ese entonces completando su transición hacia el azúcar y el algodón, que tenían buenos mercados cuando podían ser embarcados. Las demandas para las importaciones aumentaron debido a la creciente población en la baja Luisiana y a los asentamientos americanos en la ribera oriental del río Misisipí. Ventura Morales atendió a las protestas, permitiendo que continuase el comercio bajo los términos que se habían acordado en 1798.

Junto a las condiciones del mercado, las principales restricciones en la producción y el comercio de Luisiana anteriores al final de 1802 estuvieron las cuasi-guerras entre los Estados Unidos y Francia a finales de la década de 1790, y la hostilidad continuada de Gran Bretaña y su rechazo para aceptar que la bandera –de los Estados Unidos, en este caso– ondease para transportar los productos de sus enemigos. Los corsarios franceses interceptaban a los barcos que viajaban con bandera de los Estados Unidos con destino a Nueva Orleans, donde los llevaban y vendían como productos de cambio. Los británicos continuaron su bloqueo de los puertos españoles y la intercepción de los barcos con destino a puertos coloniales españoles. Véase las tablas 9.1 y 9.2 para las indicaciones estadísticas acerca de estas restricciones.

Ajustes en la Luisiana española después de 1795

Habiendo perdido la jugada pensada para mantener el distrito de Natchez y de intentar desalojar los asentamientos occidentales de los Estados Unidos, a partir de 1797 los españoles empezaron a restringir la inmigración de los americanos en un vano intento por evitar que se apropiaran de Luisiana únicamente por la superioridad de población. Para conseguir este fin, en enero de 1798, Gayoso decretó nuevas normas concernientes a la concesión de tierras. A partir de este momento

sólo el intendente, con la aprobación del gobernador, podía autorizar una concesión. Las comandancias de distrito ya no podían comenzar el proceso como lo habían hecho bajo las normas de O'Reilly de 1770. Esta decisión fue ratificada por un decreto real del 21 de octubre 1798 que también hacía al intendente único responsable para la concesión de tierras. Al recibir este decreto real, Ventura Morales emitió sus propias regulaciones el 17 de julio de 1799, añadiendo incluso mayores restricciones a quienes podían recibir las concesiones. Entre otras cosas estipuló que ninguna concesión podría hacerse a los comerciantes o a personas que no se dedicaran a una profesión o a la agricultura. Ningún protestante –especialmente ministros protestantes– podrían recibir la tierra. El juramento a la bandera debía hacerse al entrar en la colonia. Las poblaciones debían estar cerca de otra población y de una comandancia ya existente. Sólo emigrantes con esclavos, dinero u otra propiedad valiosa o con cuatro años de residencia realizando un trabajo fructífero (si carecían de dicho capital) podían recibir tal concesión. Al igual que antes, todas las concesiones debían ser medidas y ninguna concesión sería reconocida oficialmente hasta tres años después de que fuera otorgada y sólo después de una revisión y de la emisión de un título del intendente en base a la medida realizada. Ninguna familia podía tener en propiedad más de 800 arpents. Todas las peticiones debían hacerse en español.

A pesar de lo restrictivo de estas disposiciones se continuó otorgando concesiones con frecuencia si se tienen en cuenta los documentos de medición del topógrafo general Zenón Trudeau y de su representante Vicente Sebastián Pintado. Estos documentos contienen las concesiones hechas y medidas posteriores al año 1794 (en especial la mayoría de las mediciones anteriores a 1794 se perdieron en el fuego de Nueva Orleans de ese mismo año) y son especialmente numerosas después de 1798. En torno a 1802, se decía que la población de Luisiana era de 50.000 personas.

Luisiana en torno a 1803

Una vez que se extendió el rumor de que Luisiana podía ser transferida a Francia y vendida a los Estados Unidos, un número de visitantes franceses y americanos en la colonia narraron sus impresiones sobre

Luisiana en los últimos años del dominio español. A pesar de los graves prejuicios contra el régimen español, los informes tanto franceses como americanos se pueden usar para hacerse una idea de cómo había cambiado la colonia desde 1763.

El primer cambio que observaban los visitantes era el fuerte en Plaquemines Turn. Diversas descripciones lo presentan como bien construido y reciamente fortificado o como inservible. Su artillería y su guarnición de 60 hombres eran la primera línea de defensa de la colonia. La construcción estaba hecha de madera y tierra. Ésta era la parada habitual de los barcos que usaban el Misisipí.

Desde el Fuerte Plaquemines a Nueva Orleans el visitante veía más o menos lo mismo que en 1763, a excepción de que ahora había unas pocas plantaciones más al sur de Nueva Orleans y las plantaciones más grandes producían azúcar. Todo ello acompañado de la tala de árboles, tarea con que ocupaban a los esclavos durante la temporada baja. El cultivo de hortalizas para el mercado de Nueva Orleans también era un cambio en comparación con tiempos pasados. En los asentamientos isleño y acadianos, en Terre Aux Boeufs (Saint Bernard Bayou) se podía encontrar algodón, ganado y vacas lecheras. La mayoría de los visitantes, probablemente haciéndose eco de las opiniones de los habitantes de la zona, criticaban la negligencia de algunos terratenientes respecto al cuidado de los diques que se hallaban frente a sus propiedades a pesar de las repetidas órdenes del gobierno y del nombramiento de magistrados con poderes para reforzar la ley que requería un apropiado mantenimiento.

En Nueva Orleans los cambios eran considerables comparados con 1763. Los incendios ocurridos en 1788 y 1794 habían obligado a reconstruir gran parte de la ciudad. Al menos las dos hileras de manzanas que daban al río habían sido reconstruidas con ladrillo. La iglesia parroquial, residencia del obispo auxiliar (presbitería) y el ayuntamiento (cabildo) en el lado noreste de la plaza, había sido construido en 1803 en estilo neoclásico. (El cabildo y la presbitería tienen actualmente tejados a dos aguas que fueron añadidos en el siglo XIX). Pero más atrás, empezando por la moderna calle Bourbon la construcción aún era la tradicional estructura de madera. Muchas casas se elevaban hasta dos metros y medio sobre el suelo para evitar inundaciones y para facilitar la ventilación. Generalmente tenían galerías en varios lados y se llegaba a ellas a través de escaleras exteriores que llegaban a la calle de

manera que generalmente interrumpían u obstruían las aceras de madera. A los ojos de la mayoría de los visitantes, estas estructuras de madera y las casas de los habitantes más pobres, construidas a nivel del suelo, en la parte posterior de la ciudad, se hallaban en unas condiciones precarias. Construidas con madera de ciprés, que tomaban un color gris por estar expuestas a la intemperie y que generalmente no estaban pintadas, a la vez que se hallaban sometidas a los estragos causados por el alto grado de humedad y calor (las termitas generalmente no atacan la madera de Chipre), la mayoría de las estructuras de madera probablemente tenía un aspecto ruinoso para los visitantes de Nueva Inglaterra o de las más prósperas partes de Europa donde la madera pintada, piedra y construcciones de ladrillo eran más comunes.

Las calles de Nueva Orleans todavía no estaban pavimentadas de piedra o ladrillo. Todos los visitantes comentaban que durante la estación de las lluvias estaban cubiertas de lodo con charcos y estiércol putrefacto y basura. Las aceras de madera servían para mantener a los peatones fuera de esta suciedad excepto donde las escaleras exteriores interrumpían el paso. Aunque los españoles se hallaban entre los primeros practicantes de la nueva «medicina medioambiental» que intentaba que las ciudades se deshicieran de «los malos aires» que supuestamente causaban enfermedades, no habían conseguido que sus avanzadas ideas progresaran en la todavía predominantemente capital francesa de Luisiana. No es extraño que la ciudad tuviera brotes epidémicos.

En las casas de las familias ricas, Nueva Orleans tenía todas las comodidades modernas. Los muebles más elegantes, porcelanas y otras cerámicas, lino, prendas de vestir y alimentos y bebidas adornaban los salones. Los inventarios y estudios arqueológicos muestran que era habitual la presencia de productos de origen inglés y francés, pero no de origen español.

La vida cultural de Nueva Orleans era limitada. El convento de las ursulinas continuaba ofreciendo clases de educación primaria a las hijas de familias adineradas y a algunos huérfanos. El maestro español ofrecía algunas clases a los chicos igual que hacían los tutores privados. Algunos habitantes cultos eran propietarios de bibliotecas modestas, apoyando al periódico de la colonia Le Moniteur de la Louisiane fundado en 1794 y publicado irregularmente hasta al menos 1798. La mayoría de los residentes ya fueran francófonos o anglófonos tenían es-

casa educación y preferían otras diversiones distintas a las del intelecto como había descubierto el gobernador Ulloa para su desgracia. Las fiestas, los juegos y los salones de baile eran especialmente importantes y servían como lugares donde hombres blancos podían conocer mujeres jóvenes de color. Muchas de las relaciones hechas de este modo eran el resultado de la escasez de mujeres europeas, pero otras tenían su raíz en costumbres sociales que toleraban a las amantes. Hacía tiempo que el clero francés toleraba dichas costumbres. Los esfuerzos del clero español para reformar estos asuntos habían sido infructuosos. También lo habían sido los esfuerzos hechos para limitar o eliminar el juego. Las cartas eran especialmente una pasión entre los hombres. Las carreras de caballos, una diversión favorita entre los acadianos no se cita en esta fecha en Nueva Orleans. La caza y la pesca proporcionaban entretenimiento al aire libre, al igual que hoy en día.

Los visitantes, incluso los que hablaban francés con fluidez, encontraron a la gente de Nueva Orleans absorta en sus propios intereses y nada inclinados a la caridad o a proporcionar ayuda a los recién llegados. Entre los adjetivos que usaban para calificarles estaban algunos como «presuntuosos», «bromistas», «mentirosos», «mordaces», «habladores» , etc. En el siglo XIX las características de los habitantes que provocaban tales descripciones se reducían al estereotipo de los arrogantes criollos franceses. El régimen español no hizo distinciones en estas costumbres sociales, tampoco lo había intentado después del encuentro de Ulloa con esta sociedad y sus costumbres. Los gobernadores siguientes pensaron que era conveniente casarse dentro de esta élite local y seguir su forma de vida.

Al norte de Nueva Orleans, en la costa alemana y en la primera costa acadiana, la caña de azúcar había suplantado al índigo hacia 1802. Los habitantes con pequeñas granjas plantaban la caña que era molida en los molinos propiedad de sus vecinos más prósperos. Los esclavos eran habituales en todo tipo de granjas y plantaciones. Este área continuó produciendo frutas y vegetales para Nueva Orleans. Las principales modificaciones ocurridas desde 1763 consistieron en una mayor densidad de población y en el cambio hacia la producción de azúcar.

Desplazándose río arriba hasta la segunda costa acadiana (las parroquias de la Asunción y La Fouche) el visitante encontraba poblaciones donde no las había en 1763. Estas granjas tenían pocos esclavos y

generalmente plantaban algodón, a medida que seguían subiendo hacia el norte. Algunos visitantes quedaban admirados de la habilidad para trabajar y la sobriedad de los acadianos que contrastaban con la lasitud de los criollos francófonos alrededor de Nueva Orleans.

La Fourche servía como un centro importante de comercio entre los acadianos y otros asentamientos del oeste tan lejanos como Opelousas en Nueva Orleans. Su importancia se originó a partir del Bayou La Fourche, un afluente del río Misisipí que era lo bastante profundo como para que pequeñas embarcaciones pudieran navegar durante todo el año. Los acadianos se habían asentado en las orillas del Bayou entre 1770 y 1780. El ganado de Attakapa y Opelousas era conducido dando un rodeo hasta La Fourche para ser embarcado en Nueva Orleans. El algodón, un poco de índigo y las habituales cosechas de alimentos crecían a lo largo del Bayou. La misma población se supone que tenía 300 personas. Casi todo este desarrollo ocurrió bajo el régimen español.

Al norte de La Fourche, en general, se repetía el patrón de nuevos asentamientos o una mayor densidad de población en los antiguos. Muchas áreas nuevas tales como las Felicianas, al norte de Baton Rouge (a la que dio nombre la esposa de Bernardo de Gálvez, Felicita de Saint Maxent) habían sido ocupadas, mientras que otras áreas que antes estaban apenas habitadas se hallaban ahora densamente cubiertas con plantaciones, por ejemplo Baton Rouge. El algodón había desplazado a la producción de tabaco y de índigo en la mayor parte de esta región. Los esclavos eran más numerosos que en 1763, especialmente en Pointe Coupée, lugar donde se llevaron a cabo las conspiraciones de 1791 y 1795. Un visitante afirmaba que en 1802 Pointe Coupée tenía 2.000 esclavos, entre 69 y 80 personas de color libres, pero sólo 700 u 800 blancos. En áreas de población demasiado pequeñas para mantener una comandancia de distrito, los españoles habían nombrado a un magistrado con poderes generales para apoyar la ley y servir como juez en asuntos de menor importancia. De esta manera el gobierno estaba representado en todas las áreas de la colonia. La escasez de clérigos y de la generalmente pequeña y esparcida población que no podía mantener a un sacerdote fijo significaba que la iglesia católica no estaba presente en todas partes.

Baton Rouge se había convertido en una pequeña ciudad de unas 60 casas. Tenía un sacerdote y la comandancia de distrito que también

supervisaba el fuerte y su guarnición de 60 soldados. La producción se basaba en índigo, algodón y diversos vegetales. La población era una mezcla de británicos, acadianos y algunos angloamericanos más un número considerable de esclavos.

En suma, la Baja Luisiana había prosperado con la administración española. El gobierno había mantenido la paz con los vecinos indios de la colonia, especialmente con los choctaw y los creek, todavía poderosos. La población de Luisiana había experimentado un aumento superior al 300 % y su producto interior bruto era varias veces mayor que en 1763. Su comercio, a pesar de estar sujeto a formalidades a las que objetaban los americanos, operaba aplicando impuestos mínimos y disfrutaba de libertad para vender y comprar donde quiera que fuera en el mercado mundial. El dinero y los créditos se facilitaban como parte del subsidio anual (situado) y ayudaba a proporcionar una estabilidad en la moneda y equilibrar el balance del déficit comercial crónico de la colonia. De hecho, sus residentes disfrutaban de una libertad considerable respecto al control del gobierno y la presión de la uniformidad religiosa. El único problema era que la ambición imperialista española en el Misisipí no había conseguido mantener la ribera oriental del gran río desde la desembocadura del Ohio hasta los 31 grados al norte, y había fracasado en la prevención de la expansión americana al oeste de los Apalaches. Esos fracasos estaban marcados por el tratado de Pinckney (1795), condenando no solamente la habilidad española para retener Luisiana a la larga, sino también la de los indios aliados de los españoles quienes dejaron de actuar como antes, enfrentando a los americanos y los españoles para su propio beneficio. La negativa de los creek a medir la frontera 31 grados al norte, fue una respuesta apropiada pero inútil. Incluso Panton, amigo durante mucho tiempo, se alió contra ellos y empezó a pedir una compensación –en tierras– de las deudas acumuladas durante el periodo español. Unas pequeñas tribus emigraron hacia el oeste del Misisipí para huir de los incautadores de tierras americanos y continuar disfrutando de los beneficios de la legislación india española, pero la mayor parte de las naciones indias tuvieron que permanecer en sus granjas y en territorios de caza hasta que fueron «trasladados» por los Estados Unidos durante 1820 y 1830.

LAS DEMANDAS FRANCESAS PARA LA RECUPERACIÓN

La reiniciación de las demandas francesas para la recuperación de Luisiana comenzaron con negociaciones en otoño de 1795, y culminaron en un tratado secreto firmado el 27 de junio de 1796. Ese tratado fue un borrador del primer tratado de San Ildefonso, firmado el 19 de agosto de 1796. Con arrogancia, fruto de sus recientes victorias militares, los franceses sugirieron que una Luisiana francesa sería una protección más efectiva para Nueva España, que si las provincias permanecían en manos de los españoles, quienes podrían enfrentarse a presiones de los Estados Unidos y de Inglaterra para entregarla. Manuel Godoy acordó entregar Luisiana si los franceses entregaban Gibraltar a España, pero sólo cuando lo hubieran hecho. Estas condiciones incorporadas al tratado del 27 de junio retrasaron cualquier acción hasta que los aliados pudieran conquistar Gibraltar o forzar a Gran Bretaña a entregarla como parte de una paz europea general. El tratado del 19 de agosto creó una alianza hispano-francesa contra Gran Bretaña y sus aliados y estableció un programa de guerra contra Gran Bretaña.

Viendo que las condiciones que habían acordado el 17 de junio eran difíciles de alcanzar pero deseando todavía asumir el control de Luisiana, los franceses volvieron al tema en setiembre de 1796 y de nuevo en 1797, proponiendo que España entregara Luisiana y la Florida y seis millones de libras anuales durante 10 años a cambio del título de Rey de Parma para el hermano de la reina y un territorio que consistía en Milán, Mantua, Módena, el ducado de Massa Carrera y ciertas áreas de la Toscana, todos ellos bajo control francés gracias al esfuerzo de un general llamado Napoleón Bonaparte. Los españoles se mostraron interesados en setiembre de 1796, pero las nuevas propuestas francesas de 1797 en este sentido no llegaron a ninguna parte, porque Napoleón creó la República Cisalpina al norte de Italia fuera de los territorios que los agentes en España habían ofrecido por el nuevo reino de Parma. Los españoles pidieron nuevas condiciones. Los franceses intentaron hacer hincapié otra vez sobre la vulnerabilidad de Luisiana a un ataque de los Estados Unidos o británico, pero los españoles estaban seguros de que los Estados Unidos permanecerían neutrales en caso de que una cuasi-guerra entre Estados Unidos y Francia (sobre los derechos de los barcos estadounidenses) les llevara a una guerra an-

gloamericana con Francia sobre el comercio. Más aún, el gobernador Carondolet había estado reconstruyendo las defensas de Nueva Orleans y los españoles creían que podrían resistir un ataque británico.

Ese verano (1797), los británicos y los franceses iniciaron las negociaciones encaminadas a terminar la guerra. En el curso de esas negociaciones los franceses mostraron el deseo de negociar Trinidad, Luisiana o Puerto Rico con los ingleses para satisfacer sus demandas de compensación territorial en las Américas. Por su parte los españoles sugirieron que ellos entregarían Luisiana y las Floridas a cambio de Gibraltar. Al final, las negociaciones anglofrancesas no llegaron a ningún término por la inmovilidad de los puntos de vista y porque Napoleón no quería la paz. Los españoles fueron forzados a entregar Trinidad a los británicos en un tratado aparte.

Mientras Godoy permaneció en el cargo, no se llevaron a cabo ni la ejecución del tratado de Pinckney ni la conclusión de un acuerdo con los franceses concerniente a Luisiana. Con su destitución, en marzo de 1798, ministros menos hábiles y más temerosos se hicieron cargo de la dirección de la política exterior española. Accedieron a las pretensiones de los Estados Unidos de que las estipulaciones del tratado de Pinckney se llevaran a cabo. Consiguieron rechazar nuevas peticiones francesas de hacer un intercambio de bienes raíces italianos por Luisiana pero sólo porque se habían derrumbado ante los Estados Unidos, eliminando de este modo el principal punto que alegaban los franceses: el valor de una Luisiana francesa como muro de contención contra la expansión de Estados Unidos.

Hasta julio de 1800 no hubo más negociaciones para la devolución después de que Napoleón se hizo con el poder en el Golpe de Brumario (9 de noviembre de 1799). La negociación propuesta era esencialmente la ofrecida en setiembre de 1796. Sin embargo, los franceses ya no controlaban los bienes raíces italianos en cuestión, por lo que podían ser apartados de las conversaciones un poco más de tiempo. Godoy volvía a estar en el poder.

Los españoles acuerdan la devolución

Los franceses continuaron ejerciendo presión para conseguir la recuperación de Luisiana. El 6 de agosto de 1800, los españoles estuvie-

ron de acuerdo en principio. Sus condiciones eran que se entregaran las tierras para el duque de Parma y que España no estaría forzada a apoyar a Francia en caso de que hubiera otra guerra. Napoleón aumentó sus demandas para incluir las Floridas y 10 barcos de guerra plenamente equipados. Su ambición era nada menos que el dominio del Caribe. Ya había enviado una fuerza expedicionaria a Haití para conquistarlo a los esclavos que se habían apropiado de la isla. Pero estas demandas iban demasiado lejos. Como expresa un historiador acerca de las negociaciones:

> Carlos IV estaba dispuesto a intercambiar Luisiana a la que tenía como una posesión colonial ajena y sujeta a un régimen comercial especial por un reino italiano para su cuñado, el duque de Parma, pero no estaba dispuesto a incluir las Floridas y aun menos, parte de su fuerza naval [1].

Su negociador mostró el deseo a entregar la Florida Occidental pero nada más.

Sin embargo, las negociaciones continuaron. Según los términos del tratado de San Ildefonso del 1 de octubre de 1800, España acordó devolver Luisiana a Francia a cambio de la creación del reino de Parma y su reconocimiento en un tratado de paz general europeo. Francia recibiría Luisiana según estaba previsto en 1768, excepto las áreas descartadas en tratados posteriores, es decir, la provincia que comprende todo el territorio al oeste del río Misisipí, más la isla de Orleans (Bayou Manchac, al sur). La Florida occidental y oriental (según estaba delimitada en el tratado de Pinckney) seguirían siendo posesiones españolas. Napoleón puso objeciones a estos términos después de que fueran acordados y obligó a realizar nuevas negociaciones. A él no le gustaba Fernando, el duque de Parma. Napoleón propuso que el hijo de Fernando, Luis, recibiera el trono de la Toscana. Después de aplicar la debida presión y sobornos en Madrid, se acordaron estos términos en la convención de Aranjuez el 21 de marzo de 1801. Francia recibió Luisiana y Elba, el príncipe Luis recibió la Toscana y otros territorios. La devolución sería efectiva con el reconocimiento de estos acuerdos

[1] E. Lyon, *Louisiana in French Diplomacy, 1759-1804*, Norman, Ok., 1934, p. 107.

en un tratado de paz general. Se habían dado los pasos necesarios para el tratado general cuando los franceses derrotaron a los austríacos y les forzaron a firmar un tratado (9 de febrero de 1801) en el que los austríacos estaban de acuerdo en entregar la Toscana al duque de Parma. Las conversaciones con los ingleses se estaban llevando a cabo. El borrador preliminar del tratado de Amien se firmó el 1 de octubre de 1801. El tratado final se firmó el 25 de marzo de 1802. Napoleón tenía el camino abierto para la posesión de Luisiana.

Resumiendo, desde junio de 1796, los españoles parecían dispuestos a devolver Luisiana a los franceses a cambio de unas consideraciones justas. Un acuerdo a tal efecto fue firmado el 27 de junio de 1796, pero los acuerdos que finalmente transfirieron Luisiana datan del 6 de agosto de 1800 y 1 de octubre de 1801. Incluso se vieron condicionados a la guerra general en Europa, una condición que no se obtuvo hasta el 25 de marzo de 1802. Las circunstancias y sus estrategias de negociación permitieron de este modo a los españoles entretener a los franceses durante unos siete años (1795-1802), lo que no era un logro despreciable para una potencia débil. Tuvieron que entregar Luisiana a su poderoso vecino después de 15 años (1783-1798), y doblegarse a las presiones de los Estados Unidos para aceptar lo que entendía que era el resultado de los tratados de 1783.

Los planes de Napoleón y sus errores

Napoleón comenzó a planear la ocupación de Luisiana cuando aún no se había secado la tinta del tratado de San Ildefonso (1 de octubre de 1800). Se redactaron órdenes preliminares a comienzos de 1801, pero las órdenes formales para preparar las tropas para este cometido no fueron emitidas hasta el 14 de octubre de 1801, cuando el comandante francés en los Países Bajos recibió la orden de seleccionar tropas que fueran apropiadas. Así permanecieron las cosas hasta el verano de 1802.

En abril de 1802, el general Claude Victor fue nombrado para ponerse al mando de las fuerzas de ocupación. En junio los españoles prometieron emitir órdenes a sus oficiales en Luisiana para entregarla a los franceses, pero hacerlo les llevó su tiempo. Mientras esperaban esas órdenes, las tropas comenzaron a reunirse en Durkik (agosto). Debe-

rían ir unas 3.000 con una fecha de partida que se había fijado para comienzos de octubre.

Los españoles continuaron haciéndose los remolones. Cuando los franceses preguntaron por el número de soldados que podrían ser reclutados para el ejército francés en la colonia (como una vez habían pensado hacer los españoles con soldados franceses cuando ellos ocupaban Luisiana) los españoles daban respuestas evasivas. Esto a su vez convirtió en incierta la posibilidad de que 3.000 soldados fueran suficientes.

Los españoles finalmente no entregaron las copias de sus órdenes para la devolución hasta el 25 de octubre de 1802. Mientras tanto, los franceses descubrieron que sólo tenían transporte para 2.400 soldados y que esos hombres, e incluso unidades completas, se necesitaban urgentemente para la campaña de Haití que se estaba desarrollado negativamente. Sin embargo, se nombró un gobernador civil, Pierre-Clement Laussat, con el título de prefecto, quien elaboró órdenes para establecer un gobierno provisional como éste en otras provincias francesas.

Una vez que las órdenes españolas estuvieran en su posesión las tropas podían ser enviadas. El puerto de embarque por entonces había pasado a ser Helvoet Sluys, un puerto a 30 kilómetros de Roterdam. Transportar a los hombres y a su equipo hasta allí, suponía más dilaciones si bien se fijó de todos modos la fecha de partida para finales de noviembre. Finalmente, Víctor partió de París hacia el puerto la mencionada fecha después de haber sido informado de que todo estaba listo para una partida inmediata. A su llegada comprobó que su ejército se hallaba lejos de encontrarse preparado. Tanto los hombres como los navíos se habían ido reduciendo a medida que pasaban a engrosar la campaña de Haití, dejándole un reducido contingente. Además los suministros no estaban a su alcance. Con indignación y desesperación intentó resolver estos problemas y zarpar antes que el invierno helara los ríos de los Países Bajos.

Los retrasos continuaron sucediéndose hasta que Laussat ordenó continuar, adelantándose así al resto del grupo. Partió en *Le Surveillant* el 10 de enero de 1803 junto con el ingeniero jefe. Este último tenía que inspeccionar las fortificaciones y trazar mapas. Llegaron a la Baliza el 21 de marzo de 1803, y fueron recibidos en Nueva Orleans el 26 de marzo. Laussat anunció a todo el mundo que el general Víctor y las

tropas estarían en la ciudad hacia mediados de abril. Apareció un barco con suministros, igual que hicieron un número de ciudadanos franceses que intentaban establecer negocios e incluso escuelas. El 7 de mayo el marqués de Casa Calvo llegó para hacerse cargo de sus obligaciones como comisionado español junto con el gobernador Manuel de Salcedo para entregar la colonia. Obedeciendo un decreto del 18 de mayo, los funcionarios españoles anunciaron la inminente transferencia. Pero Víctor aún no había llegado.

Víctor había recibido la orden de zarpar el 19 de diciembre pero contestó que necesitaba hasta comienzos de enero para completar sus preparativos. El resultado fue el que habían temido los oficiales en París: los navíos fueron atrapados en sus muelles por las heladas cuando el tiempo empeoró. No había otra cosa que hacer que esperar a que se derritiera. Mientras tanto, los Estados Unidos intentaron proteger sus intereses.

Las noticias del tratado de San Ildefonso comenzaron a filtrarse en los Estados Unidos hacia la primavera de 1801, con la confirmación de los diplomáticos estadounidenses en ese mismo otoño. A partir de enero de 1802, la publicación del texto del tratado en *Le Moniteur*, el periódico oficial de la Francia napoleónica, no podía haber duda sobre lo que estaba ocurriendo. En un primer momento las tímidas reacciones de los Estados Unidos se volvieron rápidamente estrepitosas, con los senadores del oeste y los oponentes federalistas del gobierno de Jefferson hablando de guerra si los franceses no concedían los mismos derechos de depósito que los españoles. Derechos que por el momento se hallaban en suspenso. Mucha gente en los Estados Unidos creían ver la mano de los franceses en esta suspensión.

La política inicial de Jefferson era aceptar las negativas españolas y francesas para la devolución. En su correspondencia privada, sin embargo, comentó que si los franceses obtenían la posesión del territorio, esto sería contrario a los intereses de los Estados Unidos, pero no era algo que los Estados Unidos pudieran remediar inmediatamente. Continuó aceptando negativas hispano-francesas incluso después de que fuera publicado el texto del tratado.

La actitud oficial de los Estados Unidos cambió en junio de 1802, cuando fue publicado un artículo en Francia que sugería que los Estados del oeste podían separarse de la Unión. El secretario de estado Madison respondió con la amenaza de una alianza británico-estadou-

nidense contra Francia en caso de que esta última continuara con su actitud hostil. Jefferson dejó claro que la ocupación francesa de Luisiana podría conducir a una guerra, pero privadamente escribió que esto tendría que ser pospuesto durante varios años hasta que las condiciones europeas fueran favorables y los estados occidentales tuvieran una población suficientemente grande para expulsar a los franceses. Mientras tanto, el ministro de Estados Unidos en Francia, Robert R. Livingston, recibió instrucciones de presionar para que continuaran los derechos de los Estados Unidos bajo el tratado de Pinckney. Los franceses continuaron negando que la devolución llegara a tener lugar. Sabiendo que ésta se encontraba en proceso, Livingston escribió y publicó un memorándum en el que mostraba las dificultades de la hazaña colonial propuesta y no menos de lo que podría ser la hostilidad de los Estados Unidos.

Para hacer frente a las críticas de los enemigos políticos de Jefferson en el Congreso, el secretario de estado Madison dio instrucciones a Livingston para que intentara comprar la isla de Orleans (orden del 1 de mayo de 1802). Ésta era una idea que había estado presente para los españoles en los años anteriores al tratado de Pinckney, y no alcanzó mayor éxito del que había alcanzado entonces. Los franceses respondieron que ellos habían intentado ocupar Luisiana antes de que llegaran incluso a considerar la venta. Lo que Livingston no sabía era que el tratado franco-español prohibía la venta o la cesión a un tercero y los franceses tuvieron cuidado de observar públicamente esta condición por si los españoles usaban ésta no observancia como una excusa para retirarse de su obligación de ordenar la devolución.

El cierre del depósito en octubre de 1802, volvió a levantar la cuestión a un nuevo nivel de crisis en la política de los Estados Unidos y, consecuentemente, en la diplomacia estadounidense. Los federalistas de Nueva Inglaterra y del oeste empezaron a hablar abiertamente de guerra para reabrir el depósito. Madison envió despachos urgentes a Livingston para comprar Nueva Orleans con intención de garantizar los derechos de los Estados Unidos a usar el curso inferior del Misisipí. A la misma vez, el presidente Jefferson cultivaba unas relaciones muy estrechas con el embajador británico en Washington, una relación que se aseguró los diplomáticos franceses vieran e informaran. En París, Livingston continuó recibiendo negativas para discutir todas las ofertas de los Estados Unidos. Descontento con estos esfuerzos, la administra-

ción de Jefferson envió a James Monroe como su agente especial encargado de conseguir algún resultado.

En el curso de enero de 1803, Napoleón cambió su modo de pensar acerca de sus planes para reconstruir el imperio francés en las Américas. Sabemos que la muerte del general Charles Victor Emmanuel Leclerc y la destrucción de su ejército en Haití, alteró extraordinariamente a Napoleón porque un cronista recoge un arranque de ira sobre este asunto durante la cena del 12 de enero. Por entonces también estaba claro que los españoles no entregarían las Floridas, otra pieza clave en los planes de Napoleón. El enfado de los Estados Unidos por el cierre del depósito era generalmente conocido aunque el texto de la resolución Ross, aprobado por el senado de Estados Unidos y que amenzaba con una guerra, no se recibió hasta el 8 de abril, pero quizás, Napoleón lo que pretendía era retener los Países Bajos, violando el tratado de Amien. Este acontecimiento significaba la guerra con Gran Bretaña. La aventura colonial con perspectivas inciertas se convertiría en un lujo inalcanzable bajo esas condiciones. Y los navíos que transportarían la fuerza de ocupación de Luisiana estaban atrapados por el hielo.

A finales de marzo la propaganda y la diplomacia de Napoleón estaban en su máximo apogeo, intentando hacer responsable de una nueva guerra a los británicos e intentando convencer a los franceses, aunque a nadie más, de que ellos eran los inocentes en estos nuevos problemas. Hacia finales de marzo estaban a punto de romper las relaciones diplomáticas.

El mismo día que Monroe llegó a Le Havre el 10 de abril de 1803, Napoleón anunció a sus ministros que intentaba vender Luisiana a los Estados Unidos para evitar así una posible actitud hostil de los Estados Unidos durante la guerra con Gran Bretaña que ahora estaba esperando. Livingston fue llamado e informado de que los franceses deseaban vender todo el territorio y no sólo la isla de Orleans. El día 12 se fijó el precio: 60 millones de francos y el pago de los Estados Unidos por todas las reclamaciones de sus ciudadanos contra los franceses por la cuasi-guerra y los sucesos que llevaron a esta situación. Esto añadía unos 20 millones de francos más.

¿Por qué vendió Napoleón? Se han establecido las razones que le impulsaron a abandonar su plan colonial y, de este modo, han sido sugeridas. Él no permitió a los españoles permanecer en su posesión como él se suponía que debía hacer bajo los términos del tratado de

octubre de 1800, porque estaba molesto debido a que no le habían entregado las Floridas cuando él las deseaba y no habían sido muy cooperativos para entregarle Luisiana. Los Estados Unidos le ofrecían la neutralidad e incluso posiblemente una amistad activa de la segunda potencia marítima del mundo. España no ofrecía más que problemas. Él trataba a los españoles con el desprecio que pensaba que se merecían.

Una vez que Monroe llegó a París, él y Livingston acordaron que a pesar de sus instrucciones y mutua desconfianza (ambos tenían unas ambiciones políticas muy altas) aceptarían la oferta francesa. Así lo hicieron el 19 de abril. El borrador del tratado fue terminado el 21 y firmado el 2 de mayo. El protocolo para la entrega de las reclamaciones de los ciudadanos americanos contra los franceses fue concluido una semana más tarde. Tanto el tratado de venta como el protocolo estaban fechados el 30 de abril de 1802.

El tratado requería la transferencia de Luisiana a los Estados Unidos igual que se había recibido de España a menos que hubiera cambios en el tratado. No se fijarían fronteras. Los franceses recibirían en pago 60 millones de francos y serían liberados de cualquier responsabilidad de las reclamaciones de los ciudadanos americanos (unos 20 millones más). Los franceses y los españoles disfrutarían del derecho a navegar por el Misisipí y a usar un depósito en Nueva Orleans igual que habían hecho los Estados Unidos bajo el tratado de Pinckney. La Florida occidental continuaría siendo española. Esta concesión seguiría durante 12 años más con posibilidad de renovarse. Para conseguir el dinero se pidió un protocolo para la emisión de acciones por valor de 11.250.000 dólares pagando el 6 % de interés anual. La cantidad total se entregaría a los franceses. Los Estados Unidos pagarían una tercera parte en 1819 y, el resto, en los dos años siguientes. Considerando los intereses totales harían que el coste total de la colonia duplicara el precio nominal.

Los españoles protestaron al conocer las condiciones de este tratado, pero sin obtener ningún resultado. Napoleón había violado el tratado mutuo pero no estaban en posición de resistir militarmente. Además, Casa Calvo, el agente español para la transferencia, ya estaba camino de Luisiana (de hecho ya había llegado). Incluso el despacho más urgente no le habría alcanzado antes de que hubiera anunciado la devolución después de lo cual era improbable que los habitantes fran-

cófonos de la colonia aceptaran de buena gana el dominio español una vez más. Napoleón también había asegurado el derecho de navegación y de depósito para los españoles lo que permitiría a San Gabriel, Baton Rouge y las Felicianas el acceso al mar y dejar a España con un pie en el Misisipí. A pesar de que una parte del amplio diseño de Napoleón para reconstruir el imperio francés –a expensas de España– se hacía evidente por la inclusión de los franceses en la cláusula de navegación y del depósito del tratado, España aún podría encontrar alguna oportunidad futura para obviarlo e incluso recuperar Luisiana.

En los Estados Unidos los términos del tratado de compra fueron recibidos por los partidarios de Jefferson con gran alegría. Una vez más se había conseguido una solución pacífica a una crisis que podía haberles forzado a una guerra para la que pensaban que los Estados Unidos no estaban preparados. Los federalistas que habían esperado forzar una guerra que dejara en ridículo a Jefferson fueron silenciados. A pesar de algunas objeciones en el congreso, el senado ratificó el tratado en 1803. El Congreso aprobó debidamente una legislación que establecía los gastos para la compra y para satisfacer todas las demandas.

La entrega

Laussat no solicitó una transferencia formal hasta el 30 de noviembre de 1803, fecha en la que sabía que los soldados de Estados Unidos se hallaban en camino hacia Nueva Orleans. Como no contaba con efectivos propios no deseaba asumir el mando de la colonia sin poseer los medios necesarios para asegurar el orden. Razón por la cual, dejar a los españoles al mando era la solución más sencilla. Cuando asumió el cargo nombró a un grupo completo de oficiales franceses entre los criollos y personas enviadas desde Francia para la ocasión, que consideraba eran los más capacitados. Estos personajes se convirtieron en reyes por un corto periodo de tiempo. La llegada de William C. C. Claiborne con un gran contingente de fuerzas provocó la entrega de Luisiana a los Estados Unidos, el 20 de diciembre de 1803. Los asentamientos lejanos fueron entregados sin siquiera hubiesen pasado a manos francesas en los primeros meses de 1804. Tras casi 40 años, la Luisiana española había llegado a su fin.

Consideraciones finales

En la actualidad, la mayor parte de los residentes en Luisiana y en los Estados Unidos conocen de un modo muy superficial el periodo español de la historia del valle del Misisipí. Ciertos nombres de calles en Nueva Orleans, abstrusos artículos en el código civil de Luisiana más una serie de apellidos, constituyen los signos más visibles de la presencia de España que aún perduran. La mayor parte de la población sólo conoce la herencia francesa de Luisiana.

Irónicamente, la vitalidad de la herencia gala en Luisiana se debe, en gran medida, a los propios españoles. Desde un principio, la actitud de España en la costa norte del golfo de México fue puramente defensiva e incluso cabría calificarla de pasiva. De acuerdo con esto último, el control que ejerció el imperio español sobre el área –una vez que las instituciones gubernamentales primarias se ajustaron a sus normas– no tenía el propósito de provocar cambios sustanciales en las poblaciones ya existentes o en sus costumbres. La población francófona fue autorizada a continuar como hasta entonces e incluso, su posición se vio reforzada cuando una serie de agentes españoles ayudaron a inmigrar a los acadianos francófonos de las colonias británicas situadas en la costa oriental, así como aquellos que procedían de Francia. Las levas militares solían dejar al margen a los inmigrantes hispanohablantes y no se creó programa sistemático alguno para enseñar la lengua de Cervantes. El francés continuó siendo el lenguaje empleado en la vida cotidiana hasta que se dejó sentir la influencia de los americanos angloparlantes a principios del siglo diecinueve. Gobernando de forma correcta y adoptando una actitud propia de la ilustración, si bien esto respondía a sus propios intereses, España permitió que la población francófona prosperara económicamente, se mantuviera y, posteriormente, aumentara en número de forma considerable. Incluso muchos de los inmigrantes hispanohablantes contrajeron matrimonio con individuos francófonos y terminaron por adoptar su lengua. Sólo apellidos tales como Ortego delatan una ascendencia distinta de la de aquellas personas que hoy se conocen como «cajun» (es decir, acadianos).

Por tanto, si hoy en día la presencia española en Luisiana aparece ciertamente difuminada, ¿qué cabría decir acerca del cumplimiento de los objetivos que se había marcado el país ibérico durante el siglo XVIII? Como sugiere el presente trabajo, las metas de España para con-

trolar la costa norte del golfo de México consistían en mantener alejados, primero a los franceses y posteriormente a los británicos, de las líneas de comunicación de carácter vital entre Nueva España y La Habana y luego, una vez controlada Luisiana, hacer que la frontera se constituyese los más al este posible y, de esta manera, cercar el avance constante (desde la década de 1790) de los asentamientos angloamericanos y su creciente imperialismo económico. Desde sus comienzos, en la década de 1680, la primera meta tardó un siglo en cumplirse, alcanzando resultados fructíferos con las conquistas de Baton Rouge, Mobile y Pensacola por parte de Bernardo de Gálvez (1779-1781). El segundo objetivo fue perseguido con gran vigor —alcanzando algún éxito— por agentes de España enviados a Luisiana hasta 1798, cuando una serie de circunstancias internacionales que escapaban a su control forzaron a Madrid a acatar lo estipulado en el Tratado de Pinckney (1795). A partir de entonces, mantener a los americanos acorralados a lo largo de la frontera del río Misisipí se hizo cada vez más difícil, debido a que España, en cuanto potencia, continuaba debilitándose y prefirió concentrar sus recursos militares en Europa, así como en otras partes más valiosas de su imperio. Por otra parte, hacia 1798 —o incluso, ya en 1793—, el intento de incorporar el territorio de Luisiana en el marco de la economía imperial española mediante la reglamentación del transporte marítimo y alentando la producción española de bienes destinados a su mercado, había fracasado totalmente. Sin haber permanecido ausentes por completo del mercado de Luisiana desde la década de 1750, los comerciantes y las compañías navieras angloamericanos pasaron a ocupar una posición dominante hacia 1790, debido a las condiciones reinantes durante el periodo de guerra. Para cuando el gobernador Carondelet puso en práctica lo estipulado en el Tratado de Pinckney, Luisiana ya se había convertido en un satélite económico americano. Desde un punto de vista histórico, el segundo objetivo de España (mantener la frontera oriental lo más apartada como fuera posible, mientras Luisiana permanecía dentro del sistema imperial español), tampoco se había logrado. No obstante, este fracaso tuvo unas dimensiones más reducidas de lo que cabría pensar en un primer momento. Los Estados Unidos tardaron cincuenta años en extender su soberanía a Texas, Nuevo México, Arizona, California e invadir realmente México. Probablemente, la lentitud de este avance tuvo menos que ver con la política desarrollada por España o México o, incluso, la pro-

pia política americana, que con el ritmo pausado de la expansión demográfica en relación con el tamaño del área, una vez que los americanos se adueñaron del valle del Misisipí. En resumidas cuentas, hasta que la crisis de la Revolución Francesa terminó por abrumar a España, los suyos fueron capaces de llevar a cabo sus objetivos en el valle del Misisipí con un éxito considerable.

Lejos de constituir un fracaso, como se ha sugerido en ocasiones, la Luisiana española fue un éxito, teniendo en cuenta los objetivos limitados –si bien territorialmente expansivos– que perseguía España en el valle del Misisipí. Si los acontecimientos internacionales no se hubieran vuelto en contra de España, es probable que hubiese mantenido su presencia en Luisiana hasta bien entrado el siglo XIX y, de esta manera, habría dejado en la historia del territorio una huella más profunda.

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

1519. Alonso Álvarez de Pineda explora la costa del golfo.

1559-1560. Tristán de Luna intenta asentarse en la bahía de Pensacola.

1682, 6 de abril. La Salle reclama el valle del Misisipí para Francia.

1685-1688. Colonia de La Salle en la bahía de Matagorda, Texas.

1698, noviembre. Los españoles ocupan la bahía de Pensacola.

1699. Iberville comienza la colonización francesa de Luisiana.

1702-1715. Ataques británicos e indios contra la Florida oriental, la provincia Apalache, Mobile, y Pensacola.

1719-1723. Guerra de la Cuádruple Alianza. Francia captura y devuelve Pensacola.

1715-1731. Las compañías dirigen y desarrollan la Luisiana francesa.

1718. Comienza la construcción de Nueva Orleans.

1731. El gobierno francés vuelve a tomar el control de Luisiana. Guerra contra los indios natchez.

1756-1763. Guerra de los Siete Años. Los británicos establecen un comercio con Nueva Orleans.

1762, 3 de noviembre. Luis XV de Francia regala una Luisiana reducida a Carlos III de España.

1763, 10 de febrero. Tratados de paz dan a Gran Bretaña el banco este del río Misisipí al norte del Bayou Manchac; España recibe el resto de Luisiana.

1764, febrero. Llegan los primeros acadianos a Luisiana.

1765, 1 de mayo. Antonio de Ulloa nombrado gobernador de Luisiana.

1766, 5 de marzo. Ulloa llega a Nueva Orleans bajo un tiempo frío y lluvioso.

1768, 30 de octubre. El Consejo Superior vota para expulsar a Ulloa.

1769, octubre 25. Se ejecuta a los líderes de la rebelión de 1768.

1769, noviembre. Se suspende el Consejo Superior; fundación del Cabildo.

1769, diciembre. Luis de Unzaga y Amezaga se convierte en gobernador.

1770-1771. Crisis de las Islas Malvinas con Gran Bretaña.

1772, julio. Los padres capuchinos, llegan a Nueva Orleans procedentes de España hacia 1774. La depresión económica comienza a crecer.

1776, 23 de octubre. Órdenes reales para ayudar a las Trece Colonias en la rebelión contra Gran Bretaña y para preparar a Luisiana para la guerra.

1777, 1 de enero. Bernardo de Gálvez se convierte en gobernador en funciones.

177, 21 de noviembre. Se proclaman nuevas reglas para el comercio; se permite el trato comercial con Francia.

1778-1779. Se reclutan isleños para el batallón fijo de Luisiana.

1778, marzo. Incursiones de James Willings en Natchez.

1779. 500 malagueños reclutados para colonizar Luisiana.

1779, 22 de setiembre. Bernardo de Gálvez captura Baton Rouge.

1780, 13 de marzo. Bernardo de Gálvez captura Mobile.

1780, 22 de noviembre. Baltasar de Villiers invade el banco oriental del Misisipí para España (opuesto al río Arkansas).

1781, 10 de mayo. Bernardo de Gálvez captura Pensacola.

1782, 14 de abril. Puesta en vigor de las nuevas reglas de comercio.

1783, 3 de setiembre. Los tratados de paz dejan la cuestión de la frontera entre EE.UU. y Luisiana sin resolver; EE.UU. reclama derechos de navegación en el río Misisipí.

1784, 26 de junio. Un decreto real cierra al río Misisipí para todo sujeto no español.

1785. Diego de Gardoqui abre una ronda de conversaciones diplomáticas con John Jay acerca de la frontera de Luisiana y EE.UU. reclama los derechos de navegación en el Misisipí.

1786, 14 de marzo. Un decreto real permite a los residentes británicos permanecer en Natchez si dejan que sus hijos sean educados bajo la fe católica romana.

1787, 13 de julio. El Congreso de los EE.UU. aprueba el Acta del Territorio del Noroeste.

1787, 23 de agosto. Un decreto real permite un comercio limitado con los EE.UU. en el Misisipí.

1788, marzo. Se funda Nueva Madrid.

1788, 31 de marzo. Nueva Orleans es destruida por el fuego.

1788, 1 de diciembre. Un decreto real reduce los impuestos sobre el comercio con los EE.UU. en el Misisipí; la conspiración de Wilkinson está en marcha.

1789, octubre. El Estanco detiene la compra del tabaco de Luisiana para Nueva España.

1790-1795. Crisis en la producción de tabaco e índigo; toman su lugar el azúcar y el algodón.

1790. Disputa del estrecho de Nootka con Gran Bretaña.

1791-1795. Descontento entre las poblaciones africana y francófona de Luisiana en respuesta a las revoluciones francesa y haitiana.

1791, mayo. Los españoles comienzan a construir un fuerte en Nogales.

1791, setiembre. William Augustus Bowles invade la Florida occidental.

1791, 30 de diciembre. Hector, barón de Carondolet se convierte en gobernador.

1792, abril. Kentucky admitida dentro de los Estados Unidos.

1793. El ciudadano Genêt intenta organizar a los habitantes del oeste para invadir Luisiana en nombre de la Francia revolucionaria.

1793, julio. Se anuncian nuevas reglas de comercio para tiempos de guerra. Los EE.UU. comienzan a hacerse con el comercio de Luisiana.

1793, 28 de octubre. Tratado de Nogales: alianza indio-española contra los Estados Unidos.

1794. Construcción del fuerte Confederación; incendio en Nueva Orleans.

1794, 19 de noviembre. Tratado EE.UU. Gran Bretaña (Tratado de Jay).

1795, 20 de abril. Los españoles construyen un fuerte en los farallones Chickasaw (Memphis).

1795, 22 de julio. Tratado de alianza franco-española (Tratado de Basilea).

1795, 20 de octubre. Tratado entre España y EE.UU. determina la disputa sobre la frontera entre Luisiana y los EE.UU. así como los derechos de navegación en el Misisipí. Se permite el depósito de los EE.UU. en Nueva Orleans (Tratado de Pinckney o Tratado de San Lorenzo).

1796, octubre. Manuel Gayoso de Lemos nombrado gobernador.

1797. Conspiración de Blount. Plan para invadir Luisiana con la ayuda Británica.

1797, 5 de marzo. Comienza la evacuación del fuerte de San Fernando de las Barrancas.

1797, junio. Rebelión en Natchez por población angloamericana.

1798, 30 de marzo. Los españoles finalizan la retirada de Nogales y Natchez.

1798, abril. Se abre el depósito en Nueva Orleans.

1798, 31 de mayo. Comienza la inspección de la frontera a los 31 grados de latitud norte.

1798, julio. Nueva Orleans se abre al comercio con los países neutrales.

1799, 17 de julio. Se emiten regulaciones restrictivas sobre la concesión de tierras.

1800, 1 de octubre. Tratado de San Ildefonso. España acuerda ceder Luisiana a Francia.

1802, 25 de marzo. Paz de Amiens. Se cumplen las condiciones españolas para la cesión de Luisiana.

1802, octubre. España cierra el depósito en Nueva Orleans.

1803, enero. Napoleón decide vender Luisiana a los Estados Unidos.

1803, 26 de marzo. Pierre Clément Lausset llega a Nueva Orleans; preparatorios para transferir Luisiana a Francia.

1803, 10 de abril. Napoleón anuncia que venderá Luisiana.

1803, 30 de abril. Fecha del tratado por el que se vende Luisiana a los Estados Unidos.

1803, 30 de noviembre. España transfiere Luisiana a Francia en Nueva Orleans.

1803, 20 de diciembre. Francia transfiere Luisiana a los Estados Unidos en Nueva Orleans.

1804. Transferencia española de las últimas posiciones de Luisiana.

BIOGRAFÍAS

Carondolet, Barón de. (Francisco Luis Héctor, Barón de Carondolet). Gobernador, 1791-1797. Nace en Hainault, en 1748 y fallece en Quito, el 10 agosto de 1807. Fue soldado a las órdenes de O'Reilly antes de Argel y, con Gálvez, en 1781. Fue gobernador-intendente de la provincia de San Salvador antes de servir en Luisiana. Posteriormente desempeñó el cargo de presidente de la Real Audiencia de Quito.

Casa Calvo, Marqués de. (Sebastián, Marqués de Casa Calvo de la Puerta y O'Farrill). Gobernador interino, 1799-1801. Comisario para la entrega de Luisiana, 1803. Nace en La Habana, hacia 1754 y fallece en París, en mayo de 1820. Soldado a las órdenes de O'Reilly en Luisiana, 1769, y de Bernardo de Gálvez, 1780-81.

Gálvez, Bernardo de. (Bernardo de Gálvez y Gallardo) Gobernador, 1777-1785. Nace en Macharaviaya, Málaga, el 25 julio de 1746 y fallece en México, el 30 de noviembre de 1785. Soldado desde su juventud, sirvió en la guerra de Portugal (1762) y con su tío, D. José de Gálvez, en la Nueva España. Estuvo en Francia unos años antes de llegar a Luisiana. Se casa con Marie Felicite de Saint Maxent de Nueva Orleans.

Gayoso de Lemos, Manuel. (Manuel Gayoso de Lemos y Amorín) Teniente gobernador en Natchez, 1785-1798; gobernador en 1798-99. Nace en Oporto, el 30 de mayo de 1747 y fallece en Nueva Orleans, el 18 de julio de 1799. Educado en Gran Bretaña, lucha como soldado desde 1771. Fue ayudante de O'Reilly cuando éste era gobernador de Cádiz, 1782-85.

Mcgillivray, Alexander. Jefe de los indios creek de marcada importancia. Nace hacia 1759 y fallece en Pensacola, el 17 de febrero de 1793. Hijo de un mercader escocés y de una india creek, sirvió como agente de los ingleses entre los indios creek, entre 1776 y 1783. Gran amigo y socio de William

Panton, poseía plantaciones e intereses mercantiles. Su deseo era echar a los americanos de Georgia, Tennessee, y Kentucky con ayuda de Gran Bretaña o España.

Miró, Esteban Rodríguez. (Esteban Rodríguez Miró y Sabater) Teniente gobernador, 1782-85; gobernador, 1785-1791. Nace en Cataluña en 1744 y fallece el 4 de junio de 1795. Soldado desde 1760, sirvió en la guerra de Portugal (1762) y con O'Reilly, anteriormente, en Argel (1775). Llegó a Luisiana en 1778 como oficial del Regimiento de la Corona. Se casa con Celete MacCarty de Nueva Orleans. Después de servir en Luisiana, pasaría a España, donde lucharía en la guerra contra Francia, 1793-95.

Navarro, Martín. (Félix Martín Antonio Navarro). Tesorero interino, 1768-1772; tesorero, 1772-75; contable, 1773-80; intendente, 1780-88. Nace en La Coruña, el 20 de noviembre de 1738 y fallece en Madrid, el 26 de mayo de 1793. Oficial de la Contaduría desde 1758. Llegó a Luisiana en 1765 con Ulloa.

O'Reilly, Alejandro. (Alejandro O'Reilly y McDowell). General del ejército que restableció el dominio español después de la expulsión de Ulloa, 1769-1770. Nace en Dublín, Irlanda, en 1725 y fallece en Bonete, España, el 23 de marzo de 1794. Fundador de la Academia Militar de Zaragoza y reformador de las milicias y tropa en las Antillas, 1763-1766. Más tarde desempeñaría varios cargos militares y civiles.

Panton, William. Mercader y figura importante de la política española con los indios creek y otras tribus del sureste. Nace en Aberdeenshire, Escocia, hacia 1742 y fallece en las Bahamas, el 26 de febrero de 1801. Mercader en Charleston, Carolina del Sur, 1770-75, la Florida oriental, 1775-84, y la Florida occidental, 1784-1801. Residía en Pensacola.

Saint Maxent, Gilbert Antoine. Importante mercader y amigo de los españoles. Nace en Longy, Francia, en abril de 1724 y fallece en Nueva Orleans, el 8 agosto de 1794. Llega a Luisiana en 1744. Mercader en el trato con los indios, 1749-1794. Poseía asimismo plantaciones. Su hija Marie Elizabeth se casó con Unzaga, mientras que su hija Marie Felicite se casó con Gálvez.

Ulloa, Antonio de. (Antonio de Ulloa y de la Torre Guiral). Gobernador, 1766-1768. Nace en Sevilla, el 12 enero de 1716 y fallece en Cádiz, el 5 de julio de 1795. Oficial de la Armada y miembro de Número de la Academia de Ciencias de Madrid. Tuvo fama como autor, junto con Jorge Juan, de las «Noticias secretas del Perú». Hablaba francés. Fue gobernador de la provincia de Angares, Alto Perú, y superintendente de las minas de Huan-

cavélica (1758-1763), desempeñando posteriormente en Luisiana altos cargos navales.

Unzaga, Luis de. (Luis de Unzaga y Amezaga) Gobernador, 1769-1776. Nace en Málaga, hacia 1721 y fallece en Málaga, el 21 de julio de 1793. Soldado desde 1735, llega al rango de Coronel en el Regimiento de La Habana. Acompañó a O'Reilly a Luisiana en 1769. Posteriormente sería nombrado gobernador de Venezuela, gobernador interino de La Habana, en 1782-85, y teniente gobernador de Galicia, 1785-?

Wilkinson, James. Nace en Calvert County, Maryland, hacia 1757 y fallece en Ciudad de México, el 28 de diciembre de 1825. Soldado desde 1776, ascendió a rango de General. Residió en Kentucky desde 1784 hasta 1798. Figura principal en la llamada «Conspiración Española» de aquellos años. Posteriormente desempeñaría varios cargos militares de importancia pero, por ser hombre inquieto, muy político, su fortuna era variable.

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Por su gran interés para la historia de los Estados Unidos, la Luisiana española ha constituido un tema que ha interesado a los investigadores de tal nación durante las tres primeras décadas del presente siglo. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, hubo poco interés por la cuestión a pesar del hecho de que los archivos españoles eran de fácil acceso y, hasta muy recientemente, la vida en España no era demasiado cara. En España, por contra, existía un mayor interés, como puede comprobarse por el estudio de Silvia Hilton, «El Misisipí y la Luisiana Colonial en la historiografía Española, 1940-1990», *Revista de Indias*, n.º 188 (1990), pp. 195-212. Destacan entre los investigadores españoles el doctor Juan José Andreu Ocariz y sus alumnos de la Universidad de Zaragoza y algunos investigadores de Sevilla, como el doctor Antonio Acosta. En los Estados Unidos, los doctores Jack D. L. Holmes, Gilbert Dinn (doctorado por la Universidad Autónoma de Madrid), y Abraham Nasatir fueron quienes llevaron a cabo los mejores estudios.

En general, la mayor parte de los estudios se publican como artículos, no como libros. Como consecuencia de ello y, a pesar de la existencia de historias generales tal como ésta, todavía falta una historia que sea capaz de resumir esta multitud de estudios de fragmentos de la historia de la colonia, de los cuales faltan por efectuar análisis de muchos aspectos de la historia económica y social del desarrollo de la colonia.

Finalmente hay que resaltar que el Ministerio de Cultura de España, a través de su Servicio Nacional del Microfilm, ha publicado unas ediciones en microfilm de la documentación principal de la historia de la Luisiana española hallada en el Archivo General de Indias, Sevilla, series Santo Domingo y Papeles de Cuba. Espero que con esta oportunidad para acceder a los documentos, más investigadores tratarán de llenar los huecos todavía grandes, presentes en la historia conocida de la Luisiana española.

Obras de valor especial

Acosta, A., *La Población de Luisiana Española (1763-1803)*, Madrid, 1979. Estudio de gran importancia sobre la historia de la población y su evolución a base de censos y otros documentos del Archivo General de Indias.

Andreu Ocáriz, J., *Luisiana Española*, Zaragoza, 1973. A pesar de su corta extensión, se ocupa de todos los aspectos de la historia de la Luisiana española a la luz de los mejores estudios de entonces e investigaciones del autor en fuentes primarias.

Armillas Vicente, J., *El Misisipí, Frontera de España y los Estados Unidos ante el tratado de San Lorenzo*, Zaragoza, 1977. Narración efectuada tomando como base estudios como el de S. Bemis y A. Whitaker y los documentos diplomáticos existentes en los archivos españoles.

Bemis, S., *Pinckney's Treaty: A Study of America's Advantage from Europe's Distress, 1783-1800*, Baltimore, 1926. A pesar de los prejuicios nacionalistas del autor, ofrece al lector una historia detallada.

Bouligny, F., *Louisiana in 1776. A Memoria of Francisco Bouligny*, Trans. G. Dinn, New Orleans, 1977. Introducción llevada a cabo por uno de los historiadores actuales más importantes al contenido de la memoria sobre el estado económico de la colonia.

Brasseaux, C., *The Founding of the New Acadia*, Baton Rouge, 1990. Estudio de la inmigración de los acadianos y sus historias y costumbres bajo el dominio de España y de los Estados Unidos.

Burson, C., *The Stewardship of Don Esteban Miro, 1782-1792*, New Orleans, 1940. Biografía de un gobernador.

Caughey, J., *Bernardo de Gálvez in Louisiana, 1776-1783*, Berkeley, 1934. Biografía y estudio de época del gobernador más famoso de la Luisiana española.

Coleman, J., *Gilbert Antoine de St. Maxent: The Spanish-Frenchman of New Orleans*, New Orleans, 1968. Biografía de un importante mercader pero casi sin detalles acerca de sus negocios.

Gayarre, C., *History of Louisiana*, 4 vols., Cuarta edición, New Orleans, 1965. El tomo tercero trata de la dominación española y ofrece pasajes extensos de los documentos.

Kinnard, L. (ed.), *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794*, 3 tomos, Washignton, 1945. Colección importante de documentos traducidos en inglés.

Lyon, E., *Louisiana in French Diplomacy, 1759-1804*, Norman, 1934. Estudio básico sobre esta cuestión.

Montero de Pedro, J. (Marqués de Casa Mena), *Españoles en Nueva Orleans y Luisiana*, Madrid, 1979. No se trata de una historia sino de una serie de biografías de los gobernadores y personas ilustres, acompañado de un análisis de diversos aspectos de la presencia española, así como sus huellas en el estado actual y la ciudad de Nueva Orleans.

Moore, J., *Revolt in Louisiana: The Spanish Occupation, 1766-1770*, Baton Rouge, 1976. El mejor estudio acerca de estos acontecimientos tan controvertidos.

Nasatir, A., *Borderland in Retreat: From Spanish Louisiana to the Southeast*, Albuquerque, 1976. Estudio de la frontera americana y su avance hacia la de Nuevo México y California.

Nasatir, A., *Spanish War Vessels on the Mississippi, 1792-1796*, New Haven, 1968. Estudio del desarrollo de las defensas de la colonia en un periodo crítico.

Rodulfo Boeta, J., *Bernardo de Gálvez*, Madrid, 1977. Biografía en español de este importante gobernador.

Whitaker, A., *The Spanish-American Frontier, 1783-1795; The Westward Movement and the Spanish Retreat in the Mississippi Valley*, New York, 1927. Libro fundamental por las cuestiones que expone, si bien no ofrece detalles importantes de los sucesos acaecidos en Tennessee y Kentucky.

Whitaker, A., *The Mississippi Question, 1795-1803; A Study in Trade, Politics, and Diplomacy*, New York, 1934. Mejor que el anterior y también fundamental.

Kinnaird, L. (ed.), *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794* (3 tomos, Washington, 1949). Colección importante de documentos traducidos en inglés.

Lyon, E. W., *Louisiana in French Diplomacy, 1759-1804* (Norman, 1934). Estudio diplomático excelente.

Montero de Pedro, J. (Marqués de Casa Mena), *Españoles en Nueva Orleans y Luisiana* (Madrid, 1979). Da la lista de una buena parte de la descendencia de los gobernadores y militares y da cuenta de la huella de lo español en el estado actual y la ciudad de Nueva Orleans.

Moore, J., *Revolt in Louisiana: the Spanish Occupation, 1766-1770* (Baton Rouge, 1976). El mejor estudio acerca de estos acontecimientos tan controvertidos.

Nasatir, A. P., *Borderland in Retreat: From Spanish Louisiana to the Far Southwest* (Albuquerque, 1976). Estudio de la frontera comprendida entre la Luisiana y Nuevo México y California.

Rodríguez Casado, V., *Primeros años de dominación española en la Luisiana* (Madrid, 1942). Escrito desde el punto de vista de la política en su aspecto español.

Tornero Tinajero, P., *Relaciones de dependencia* (Madrid, 1977). Incluye la Luisiana en su aspecto comercial.

Whitaker, A. P., *The Spanish-American Frontier: 1783-1795: the Westward Movement and the Spanish Retreat in the Mississippi Valley* (Boston-New York, 1927). Libro que trata de la política de los Estados Unidos y España.

Whitaker, A. P., *The Mississippi Question, 1795-1803: a Study in Trade, Politics and Diplomacy* (New York, 1934). Muy útil en el aspecto económico, también como vinculación.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

A continuación presentamos los títulos de algunas de las Colecciones.

COLECCIÓN
IDIOMA E IBEROAMÉRICA

Americanismos en la lengua española.
Historia cultural del portugués en el Brasil.
El español de América.
Los orígenes del español de América.
La crítica literaria hispánica, hoy.
El español en el Caribe.
Comunicación verbal y no verbal entre españoles e indios.
Diferencias léxicas entre España y América.
El español en tres mundos.
El español de los Estados Unidos. El lenguaje de los hispanos.
El lenguaje literario de la «nueva novela» hispánica.

COLECCIÓN
LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

Códices mexicanos.

Lenguas indígenas del Brasil.

Lenguas indígenas de Norteamérica.

Pasado y presente de las lenguas indígenas de México y Centroamérica.

Literatura de los pueblos del Amazonas.

El guaraní.

El quechua y el aymara.

El mapuche.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

El libro *Luisiana,* de Paul E. Hoffman, forma parte de la Colección «España y Estados Unidos», dirigida por los profesores Michael Gannon, de la Universidad de Florida, y Eugene Lyon, de la Fundación St. Augustine, con la colaboración del embajador Carlos Fernández-Shaw.

COLECCIÓN ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

- La Florida, siglo XVI, descubrimiento y conquista.
- La Florida contemporánea.
- Las raíces hispanas de Estados Unidos.
- España y la independencia de Estados Unidos.
- La revolución norteamericana en la independencia de Hispanoamérica.
- Texas en la época colonial.
- La Alta California española.
- Luisiana.

En preparación:

- Hispanos en Estados Unidos.
- Emigración española a Estados Unidos.
- La época mexicana del Sudoeste Americano. 1821-1846.
- Nuevo México.
- Arizona.
- La Florida colonial.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

